

**HÉLÈNE
CARRÈRE D'ENCAUSSE**

SEIS AÑOS QUE CAMBIARON EL MUNDO

1985 - 1991

LA CAÍDA DEL IMPERIO SOVIÉTICO

Ariel



Índice

Portada

A modo de prefacio

Prólogo

Primera parte. La revolución de Gorbachov

Capítulo I. Gorbachov, el brillante

Capítulo II. ¿Continuidad o transición?

Capítulo III. ¿Hacia un desmantelamiento del sistema soviético?

Capítulo IV. Acabar con la guerra fría

Segunda parte. Triunfo del "derecho de los pueblos"

Capítulo I. La rebelión de las naciones

Capítulo II. El fin del imperio

Capítulo III. La segunda muerte de Lenin

Tercera parte. La muerte de la URSS

Capítulo I. La carrera hacia el abismo

Capítulo II. El golpe de Estado. ¿Un puñado de golpistas?

Capítulo III. ¡La URSS ha muerto, viva la CEI!

Epílogo

Orientación bibliográfica

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita [Planetadelibros.com](https://planetadelibros.com) y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

A modo de prefacio

En 1919, el periodista estadounidense John Reed, publicaba una obra que cosechó un éxito considerable y fue uno de los grandes *best sellers* de principios del siglo xx: *Diez días que estremecieron al mundo*. Esos diez días fueron los del triunfo de Lenin y de la Revolución rusa que debía servir de detonante a la revolución mundial. Para desesperación de Lenin, la revolución mundial no tuvo lugar, y hubo que contentarse con «la revolución de un solo país», Rusia convertida en la URSS. Durante dos décadas, esos diez días nutrieron el sueño revolucionario de numerosos pueblos bajo el liderazgo de la Komintern,* que en realidad era la agencia internacional del poder soviético. Después de la Segunda Guerra Mundial, la revolución tan esperada por Lenin triunfó al fin, pero fue la consecuencia del avance de los tanques soviéticos hacia el oeste del continente, dando nacimiento a un imperio soviético ampliado a la mitad de Europa y a la guerra fría.

Durante casi medio siglo, ese fue el destino de la revolución imaginada por Lenin en Europa y extendida fuera de sus fronteras a China y a determinados países de Asia, África y América Latina. El mundo transformado que había anunciado John Reed, el mundo nuevo donde, según Marx, la «necesidad» habría desaparecido, donde un hombre nuevo viviría en libertad, donde «una cocinera dirigiría el Estado», esa utopía que dominó el siglo xx, en realidad dio un giro inesperado: una sucesión de poderes totalitarios, trabajos forzados, el gulag, decenas e incluso centenares de millones de muertos. El sueño de un porvenir radiante se había convertido en pesadilla.

Unas décadas más tarde se produjo otra revolución que nadie había previsto, en el mismo lugar en que tomaron forma las revoluciones del siglo xx: la utopía comunista, el sistema totalitario, la Europa soviética, se derrumbó y desapareció definitivamente en seis años. Y eso se produjo no en el seno de una catástrofe de acentos wagnerianos, a imagen de la que se llevó por delante el

otro totalitarismo del siglo xx, el nazismo, sino en paz, mediante la simple iniciativa de hombres de buena voluntad y de pueblos desbordados por ese sistema.

Fue un milagro como pocos ha conocido la historia. Extrañamente, un cuarto de siglo más tarde, la memoria colectiva continúa subestimando, cuando no olvidando por completo, esa extraordinaria serie de acontecimientos, la desaparición pacífica e incruenta de un sistema estatal todopoderoso que se creía eterno, y de un inmenso imperio fuertemente armado. Lo que se recuerda sobre todo fue la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989, que deja en la sombra el conjunto de la escena y se convierte en «el día que cambió el mundo». Sin embargo, la verdad es otra, y la resumió perfectamente Hubert Védrine, que fue uno de los grandes ministros de Asuntos Exteriores de la V República: «La caída del Muro de Berlín es emoción; la *Historia* es la caída del sistema soviético».

Es esa historia precisamente, la de los seis años que cambiaron el mundo tan radicalmente como los «diez días» de 1917, la que quiere recuperar este libro.

Prólogo

¿Sobrevivirá la Unión Soviética en 1984? La pregunta, planteada por un brillante historiador soviético, Andréi Amalrik, en 1969, era el título de un librito que causó sensación. El título parecía, en efecto, una utopía e incluso, según algunos, una provocación.

Para aquellos que observaban la URSS a finales del año 1984, esa profecía podía prestarse a la vez a la risa y a la interrogación. El objetivo del historiador, entonces desmentido por los hechos (la URSS seguía existiendo), ¿no anunciaba quizá un cierto declive soviético que todo el mundo era capaz de constatar con facilidad?

Ciertamente, a finales del año que, según Andréi Amalrik, pudo verla desaparecer, la Unión Soviética era todavía una superpotencia y no tenía otro rival que Estados Unidos. La guerra fría seguía en auge porque la URSS no había dejado de ejercer su poderío sobre el mundo. En primer lugar en Europa del Este, donde imponía el mantenimiento del orden existente, pero más aún en el Tercer Mundo, donde se proyectaba más allá de su esfera de influencia tradicional, acumulando en los años setenta unos éxitos que, a principios de la década siguiente, acabaron en desilusión.

Sin embargo, antes que nada es la imagen de los artífices de esa potencia, la de los dirigentes de la URSS, la que desconcierta. Después de Stalin, uno de los hombres más temidos del siglo xx, llegó Nikita Jruschov, personaje sorprendente, abrupto, que intentó transformar su país y las relaciones de la URSS con el mundo, y que por eso mismo fue expulsado del poder en 1964. Su sucesor, Leonid Brézhnev, estuvo en el poder dieciocho años, y fue entonces cuando la imagen del poder soviético empezó a enturbiarse. Sus últimos años fueron difíciles para su país, que se veía dirigido por un anciano, un enfermo cuyas capacidades intelectuales iban deteriorándose. En los días de fiesta nacional (7 de noviembre, 1 de mayo), el pueblo soviético contemplaba alarmado a un «muerto viviente» instalado ante el mausoleo de Lenin y, sin embargo, les decían que era el responsable de su destino. Cuando desapareció en 1982, todos sintieron alivio. Por fin la URSS tendría a su cabeza a un líder capaz

de ejercer plenamente sus funciones. Con su sucesor todo pareció volver al orden. Yuri Andrópov tenía sesenta y ocho años (ocho menos que Brézhnev cuando murió), pero había dado pruebas de una gran competencia al frente del KGB y era muy alabado por su voluntad, su rigor y su conocimiento de la situación internacional. Su llegada al poder fue acogida favorablemente, ya que iba precedida por una leyenda o más bien varias leyendas que le atribuían un talante modernizador.¹ Según decían, apreciaba el whisky y el jazz, y de ello se dedujo que estaría abierto a un acercamiento a Occidente que acabaría con la guerra fría y daría un nuevo impulso a la economía soviética, algo renqueante. La realidad fue que organizó una persecución de los «parásitos» que abandonaban sus puestos de trabajo para darse a la bebida y compartir en los bancos públicos un vodka barato que bautizaron en su honor «Andropovka».

Poco después de su llegada al poder, a los soviéticos no les quedó más remedio que constatar que al presidente con aspecto de momia le había sucedido otro enfermo, que presentaba también una imagen lamentable en el estrado del Kremlin. Andrópov sufría diversas enfermedades, pero el país lo ignoraba hasta que accedió al poder. Sus dolencias acabaron por llevárselo en febrero de 1984. Apenas quince meses después del grandioso funeral de Brézhnev, la URSS se encontraba ante el ataúd abierto de su sucesor. Esta vez, las especulaciones fueron muy largas: se escrutaron las biografías, el estatus y sobre todo la edad del posible sucesor. Debía ser lo suficientemente joven y con buena salud para poner fin al terrible espectáculo de la decrepitud de los líderes de la superpotencia. Y al final hizo su entrada Konstantin Chernenko, con setenta y tres años, la edad de Ronald Reagan. A diferencia del vivaz presidente estadounidense, Chernenko estaba ya casi moribundo cuando sucedió a Andrópov. El país comprendió que sus colegas, cínicos, al no haber conseguido ponerse de acuerdo sobre un heredero capaz de gobernar, pero que respetase el orden establecido y sus privilegios, habían colocado a un figurante en el sillón presidencial, esperando que pudiera sobrevivir un cierto tiempo. La URSS se vio enfrentada de nuevo al espectáculo de un anciano achacoso, medio inconsciente, mantenido algunos días por la fuerza sobre una tribuna desde la cual saludaba a la multitud con gesto maquinal. Y trece meses después, una vez más hubo un entierro solemne del líder desaparecido. ¿Cómo conciliar la idea de superpotencia y esa sucesión penosa de personajes en las últimas, momificados,

y de entierros repetidos? La muerte que durante diez años planeó sobre las más altas esferas del poder soviético era a la vez humillante para el país e inquietante para su poder.

Y había algo mucho más grave aún que la edad, las enfermedades y los entierros: la preparación de los hombres que dirigieron la URSS durante todos esos años. Su mediocridad era notoria. Poco instruidos, no brillaban por su inteligencia (quizá con la excepción de Andrópov), y se habían visto aupados al poder precisamente porque representaban a su generación política, muy distinta de los primeros bolcheviques. Lenin y sus compañeros, los que hicieron la revolución y tomaron el poder, eran pensadores agudos, muy educados, de una gran cultura, políglotas... cosa que no les impidió cometer errores e incluso crímenes. Stalin los eliminó también en razón de sus cualidades intelectuales, y solo permitió progresar en el partido a hombres mediocres a los que pudiera dominar con facilidad.

En su discurso, Amalrik tiene en cuenta también el factor humano: esa clase política estaba compuesta por hombres mediocres, deseosos ante todo de conservar las posiciones adquiridas y los privilegios que de ellas se desprendían. También les preocupaba apartar de la esfera del poder a todos aquellos que pudieran amenazar a aquella gerontocracia inamovible.

El único que comprendió la necesidad de dar un vuelco a ese mundo congelado fue Andrópov. Había reflexionado sobre el asunto de su sucesión, y su elección recayó en un hombre de otra generación, de otra educación y cuya ambición no se limitaría, esperaba, a la voluntad de conservar el orden existente. Pero Andrópov no tuvo la energía suficiente para oponerse a sus pares e imponerles su punto de vista. Su candidato, que fracasó a las puertas del poder, en provecho del desgraciado Chernenko, era un tal Mijaíl Gorbachov...

Los ancianos, que lo único que deseaban era mantenerse en el poder, como ya hemos visto no eran capaces de gobernar con eficiencia la URSS, un país inmenso, diverso y complejo. Estaban obsesionados con mantenerlo todo intacto, evitar cualquier sacudida. Era una situación de estancamiento, *zastoi* en ruso. A ese respecto, en aquellos años hizo furor una anécdota que se transmitió por todo el bloque soviético. El presidente de la URSS se encuentra a bordo de un tren que se avería. Primero se trata de Lenin: «¡Fusilad al conductor!», truenan el padre de la revolución. La misma escena, pero esta vez con Stalin en el tren: «¡Todos los pasajeros al gulag!», ordena. Le llega el turno a Jruschov, que piensa

que rehabilitando a todo el mundo conseguirá que el tren parta. Y por fin llega Bréznev, que dice, con toda calma: «Bajemos las cortinas y así no veremos que el tren está parado».

Desde principios de los años ochenta, el tren de la economía soviética iba a una velocidad muy lenta. La agricultura no conseguía alimentar a todo el país; la URSS tenía que importar cereales. A la crisis alimentaria se le sumaba una gran escasez de los bienes de consumo más corrientes. Empezaba a faltar de todo, desde zapatos hasta jabón. Al sector industrial no le iba mejor: los ferrocarriles se averiaban, las fábricas no producían las máquinas suficientes y estas eran de mala calidad; la energía, que se creía ilimitada, amenazaba con ser insuficiente. Bréznev reclamó desesperadamente que se ahorrara energía. La bajada de los precios del petróleo en 1985 privó a la URSS de unos recursos significativos que financiaban sus importaciones. Ya en agosto de 1983, Tatiana Zaslavskaia, una brillante socióloga que investigaba en la filial siberiana de la Academia de Ciencias de Novosibirsk —en aquella época paraíso de los investigadores de vanguardia que, a distancia de Moscú, disfrutaban de una mayor libertad—, presentó un informe sobre el estado de la economía soviética.² Fue una bomba. En el informe dibujaba el cuadro del «declive de la tasa de crecimiento de la economía nacional» y precisaba que esas tendencias negativas afectaban a la mayor parte de los sectores y de las regiones. La causa: el sistema de gestión estatal que se había puesto en marcha medio siglo antes. A pesar de las adaptaciones, debía ser profundamente reformado y no simplemente «retocado». En una época de planificación autoritaria, aparte de la falta de adecuación de los métodos de gestión y de una centralización excesiva, también desempeñaba un papel considerable la prioridad que se concedía siempre al dominio militar.

En una excelente introducción a la recopilación de documentos consagrados al final de la URSS, los autores³ subrayaban que por cada rublo invertido en la producción se dedicaban ochenta y ocho kopeks a la producción o la compra de armas. La carrera armamentística que disputaba con Estados Unidos era insostenible para la URSS: destruía su economía, en última instancia, mientras que en los años sesenta, con el impulso del primer ministro Alekséi Kosiguin, se había intentado encontrar un nuevo equilibrio reduciendo los gastos militares en beneficio de las inversiones en el sector civil. La carrera desesperada hacia la supremacía militar y los esfuerzos combinados de Estados Unidos y las monarquías árabes para hacer caer la cotización del petróleo acabaron por sumir a la URSS en una atonía económica que, en definitiva, pesó muchísimo sobre la

sociedad, la moral y la confianza del *Homo sovieticus* en su país. En ese estancamiento generalizado, solo los «apaños» permitían salir adelante, y cada uno iba trapicheando como podía, según su estatus y sus medios. Se desarrolló una economía «gris», llamada economía «en la sombra». La famosa frase «Hacen como que nos pagan, y nosotros hacemos como que trabajamos», resumía el humor del ciudadano soviético. El cinismo sustituyó a la ideología.

Y más grave aún: el estado de salud de los soviéticos se iba degradando y en el horizonte apuntaba un verdadero desastre demográfico. Rusia, después URSS, había conocido una historia muy agitada y trágica. Guerras, hambrunas, epidemias, traslados forzosos de población, tuvieron un peso enorme sobre la vida humana. Pero al término de cada período de tragedia, un movimiento intenso permitía siempre la recuperación de la sociedad. Así ocurrió, por ejemplo, tras la Segunda Guerra Mundial, que había causado una gran mortandad. Los años de reconstrucción (1946-1959) estuvieron marcados por un fuerte impulso demográfico debido, antes que nada, a una gran natalidad ligada a la confianza recuperada. A partir de ahí, y sobre todo a finales de los años setenta, la tendencia se invirtió: la natalidad bajó, la esperanza de vida se redujo de una manera espectacular y el estado de salud general se deterioró rápidamente. Uno de los indicadores más fiables de esa erosión de la salud lo proporcionaban las estadísticas del ejército. Estamos en deuda con el gran investigador Murray Feshbach, porque fue capaz de acceder, con mucha paciencia y superando grandes dificultades, a las estadísticas que daban cuenta del estado de salud de los que habían sido reclutados para el servicio militar. A pesar del carácter secreto de estos datos, Feshbach pudo constatar que casi un recluta de cada tres no era apto para el servicio militar por afecciones o malformaciones graves. Si añadimos los datos cifrados que atestiguaban un aumento de la mortalidad infantil, podemos comprender la inquietud creciente de los demógrafos soviéticos. Condenados al silencio, procuraron informar a sus colegas occidentales durante aquellos años.⁴ Todos estaban de acuerdo en un agravamiento claro del estado de salud del país. Las explicaciones son múltiples. El alcoholismo galopante, que iba afectando además a la población femenina, ocupaba un lugar preponderante. Anatoli Cherniaiev, en su diario de aquellos años decisivos, anotaba el 6 de abril de 1985 que las estadísticas de alcoholismo examinadas por el Politburó revelaban que un tercio de los alcohólicos eran mujeres, y la mitad de ellas jóvenes, mientras que «en la Rusia de los zares casi ninguna mujer bebía, y las jóvenes nunca», comentaba. Otros motivos: una

medicina que fue de gran calidad y que se degradó debido a las crecientes dificultades materiales; una farmacopea de un nivel bastante bajo, donde faltaban los medicamentos más básicos, y para acabar, una alimentación insuficiente.

Es cierto que el declive demográfico y los problemas sanitarios no afectaban de la misma manera a todas las poblaciones de la URSS: eran sobre todo prerrogativa de los «europeos». Los pueblos del sur, musulmanes y caucasianos, más favorecidos por el clima, estaban también mucho menos urbanizados y más atentos a preservar las tradiciones familiares.⁵

Y por último, la superpotencia soviética estaba entonces enfangada en una guerra en sus fronteras, en Afganistán, cuyas consecuencias políticas y morales eran cada vez más visibles. Esa guerra había empezado el 25 de diciembre de 1979. Para Moscú, el inicio había sido bastante prometedor. Todo surgió a partir del golpe de Estado procomunista y prosoviético que había tenido lugar en Kabul en 1978. Su autor, Nur Mohammad Taraki, puso fin a la república y colocó su país bajo la protección de la URSS, que envió allí enseguida cientos de consejeros civiles y militares. De ese modo, la zona de influencia soviética se extendía sin que Moscú hubiese tenido que hacer el menor esfuerzo. Sin embargo, la situación se deterioró rápidamente. Taraki fue eliminado de inmediato, estrangulado por un rival extremista, Jafizulá Amín, que invocó a su vez la protección soviética. Pero Afganistán ya se estaba sumiendo en el caos. Empezó a organizarse la resistencia contra Amín. La bandera verde del islam desafió a la bandera roja de la revolución. Fue en ese momento cuando Brézhnev tomó la decisión de intervenir militarmente en ese país «amigo», decisión que tomó sin consultar siquiera al Politburó ni a los expertos. Solo tres hombres le rodeaban por aquel entonces: Ustinov, el ministro de Defensa, Andrópov y el ideólogo, Súslov. El 27 de diciembre de 1978, el ejército soviético entró en Afganistán.⁶ La justificación que se dio a esa incursión es que Amín llamó a Moscú pidiendo ayuda, basándose en el tratado de amistad firmado el 5 de diciembre de 1978 por los dos países. En suma, el deber de «solidaridad socialista». El ejército soviético llevó con él a Babrak Karmal, que al día siguiente de la invasión asesinó a Amín y ocupó su lugar a la cabeza del Estado.

El episodio merece ser relatado, ya que da cuenta del extraño funcionamiento del sistema de toma de decisiones soviético a finales de los años setenta. Brézhnev y unos cuantos de sus más próximos provocaron esa guerra porque querían reemplazar a un aliado considerado poco fiable —Amín no era

demasiado controlable— por un hombre al que pensaban controlar. Los militares soviéticos —a excepción hecha del ministro de Defensa— eran hostiles a una aventura semejante. Y la razón invocada —la llamada de ayuda procedente del interior que recordaba desagradablemente la intervención en Checoslovaquia en 1968— no convenció a nadie. El precio que pagó Moscú desde el principio por esa guerra fue considerable. Se denunció a la URSS por haber «agredido» a un país independiente. La guerra movilizó a la oposición musulmana y fue, para aquellos que combatían contra las tropas soviéticas, una «guerra santa», cuyas consecuencias todavía se hacen notar casi cuatro décadas más tarde. La ONU condenó a la URSS. El presidente Jimmy Carter hizo un llamamiento para «contener el expansionismo soviético» y decretó enseguida un embargo sobre los cereales prometidos a los rusos. La invasión, además, facilitó la elección de Ronald Reagan, que prometió «poner de rodillas a la URSS». Esa guerra, fruto de una decisión casi personal y aventurerista de Brézhnev, sacó a la luz especialmente las debilidades e incoherencias del gobierno de los dirigentes soviéticos incapacitados por la enfermedad. Afganistán no fue jamás la Cuba de la URSS con la que se había tentado a Brézhnev, sino que más bien se convirtió en su Vietnam.

En 1984 ya no había duda posible: la intervención era un desastre total. En primer lugar, se había hundido el prestigio de la URSS, que se encontraba en posición de agresora y era incapaz de imponerse. A continuación, esa guerra permitió el surgimiento de una potente resistencia islámica, y los ecos de sus éxitos no fueron indiferentes a los musulmanes de la Unión Soviética. Y por fin, las tropas soviéticas, que suponían más de 100.000 personas, se vieron envueltas en una guerra de guerrillas —y no convencional— a la cual no fueron capaces de poner fin. Los muertos eran ya incontables, y el conflicto volvía, como un bumerán, al interior mismo del imperio. En efecto, aunque estaba prohibido discutir públicamente el coste, la sociedad no podía ignorar que las pérdidas soviéticas eran numerosas. En el corazón de las ciudades, en las cocinas —lugares habituales de reunión y de los debates en sordina de aquellos años—, las informaciones y los rumores se concentraban en torno a un solo tema: los ataúdes sellados que volvían de Afganistán, y el silencio del Estado sobre la suerte trágica de los jóvenes reclutas.

Entonces nació, casi invisible pero de una temible eficacia, un movimiento precursor de la sociedad civil que vendría: el Comité de Madres de Soldados. En realidad aún no se había constituido nada, pero aquellas madres, horriblemente

angustiadas, empezaron a reaccionar, a reunirse a fin de intercambiar las pocas noticias de las que disponían, y a prepararse para exigir cuentas al poder. Ese movimiento partía con muchas más posibilidades de tener éxito dado que además contaba con otra razón: la conciencia cada vez mayor entre la población de la brutalidad del ejército hacia sus reclutas. En la URSS, el servicio militar era bastante largo (dos años y medio), y durante ese tiempo los reclutas se mantenían alejados de sus familias y lugares de origen, aislados. Los relatos de aquellos pobres desgraciados al volver a sus casas describían malos tratos inimaginables, simples métodos de adiestramiento a los ojos de los suboficiales. A mediados de los años ochenta, el ejército inspiraba miedo, el servicio militar era considerado un tiempo peligroso para los reclutas, y combinado con las escasas noticias llegadas de Afganistán, la angustia frente al mundo militar se expresaba cada vez con una fuerza mayor. En definitiva, se comprende que, para sus administrados, la URSS de mediados de los años ochenta suscitase inquietud y ansiedad, y que el alcohol sirviese cada vez más como respuesta, a costa de la degradación física y moral de su población.

En la conciencia de lo que entonces se denominaba el «mundo libre», Estados Unidos a la cabeza, se instaló la certeza de que la URSS estaba llegando a sus últimos momentos. Todo parecía estancado (todo estaba *zastoi*), como las tropas que continuaban guerreando vanamente en Afganistán. ¿Habría perdido la partida definitivamente la superpotencia? Para una gran parte de la opinión internacional, la URSS se había sumado a Estados Unidos en la categoría de «estados agresivos», «imperialistas», y constituía una amenaza para los pequeños países independientes. Para concluir, ¿cómo no constatar que la historia tiene a veces golpes insospechados? La guerra de Afganistán dio la puntilla a la destrucción de la URSS, de su reputación, de su confianza y su poderío, de la moral de su pueblo. Atacando a ese país, Brézhnev y sus colegas olvidaron no solamente la lección que podían haber aprendido de los estadounidenses en Vietnam, sino sobre todo el hecho de que se trataba de un país «amigo». Y no desde la revolución de Taraki, sino desde hacía muchísimo tiempo: Afganistán fue uno de los primeros Estados en reconocer a la Rusia de Lenin en febrero de 1921, y en firmar con ella un tratado de amistad.

Sombrío cuadro de la URSS en aquel año de 1984, compartido por los soviéticos y el mundo exterior.⁷ Sin embargo, algunos meses más tarde, sería una URSS diferente la que verían unos y otros. Todo cambió drásticamente con la

aparición en el Kremlin de un hombre nuevo, aquel a quien Andrópov había elegido para que le sucediera: Mijaíl Gorbachov, que se convirtió en secretario general del PCUS el 11 de marzo de 1985.

Aquí comienza un momento extraordinario de la historia de la URSS, pero también de Europa. Unos años que marcarían —o al menos esa era la esperanza de muchos soviéticos— el inicio de un renacimiento de su país, y cuyo epílogo daría la razón al título del ensayo de Amalrik. En efecto, seis años más tarde, seis años después de 1984, la URSS habría dejado de existir para siempre.

PRIMERA PARTE

LA REVOLUCIÓN DE GORBACHOV

Capítulo I

Gorbachov, el brillante

Chernenko murió el 10 de marzo de 1985. El mismo día el Politburó se reunió para debatir su sucesión, y al día siguiente ya había tomado una decisión. Convocado a toda prisa, el Comité Central aprobó la proposición que presentó el ministro de Asuntos Exteriores, Andréi Gromiko. El nuevo secretario general se llamaba Mijaíl Gorbachov. Gromiko lo presentó así: «Es capaz de encontrar siempre soluciones que corresponden a la línea del partido». Así tranquilizaba al aparato del partido, dominado desde hacía años por unas cuantas momias. Pero una frase de Andréi Sájarov, entonces exiliado en Gorki, iluminaba con una luz totalmente distinta al nuevo *Gensek*. Al anunciarle su nombramiento, dijo a su mujer, Elena Bonner: «Por primera vez desde hace muchos años tenemos un dirigente del cual no tendremos que avergonzarnos». Poco después, dirigiéndose a sus «ángeles de la guarda del KGB», añadía: «El país tiene una oportunidad: por primera vez desde hace mucho tiempo tenemos un dirigente inteligente». Andréi Grachov, que fue el colaborador más cercano de Gorbachov, al transmitir esas frases comentaba: «Me recuerda a Jruschov, pero un Jruschov que hubiera hecho estudios superiores».¹

Un dirigente del cual la elite no tenía que avergonzarse, un hombre inteligente, un Jruschov educado: empecemos por ahí e intentemos averiguar, como hicieron todos los soviéticos, escrutando con pasión a ese personaje, quién era Gorbachov, el hombre.

El primer dirigente del que no nos tenemos que avergonzar

Gorbachov, separado del poder en 1992, desde entonces ha escrito con gran cuidado sus memorias, que fueron traducidas en el mundo entero. Sus más íntimos, desde su esposa Raisa a sus colaboradores Grachov, Cherniaiev, Yakovlev (su inspirador en muchos asuntos), los autores de innumerables

biografías que van desde la hagiografía pura y dura al ajuste de cuentas, todos han hablado de Gorbachov. Sin embargo, es necesario pintar aquí su retrato, porque como prueban los comentarios de Sájarov, en aquellos años decisivos su personalidad tuvo un papel considerable. Su biografía personal es a la vez ejemplar del *Homo sovieticus* y reflejo de la desgracia de los soviéticos.

Mijaíl Gorbachov nació el 2 de marzo de 1931 en la región de Stávropol, en los confines del Cáucaso, siempre convulso. Su familia, tanto paterna como materna, era de origen campesino. La región natal de Gorbachov era entonces un paraíso de la agricultura, al menos hasta que Stalin intervino para transformar el mundo rural en un vivero inagotable de recursos y de mano de obra —obreros o presidiarios— explotados sin límite por el Estado. La biografía oficial de Gorbachov, la que acompañó a su ascensión, describe unos «orígenes de campesinos pobres»; un compromiso en la vida del koljós, un padre que era comunista honrado, lector asiduo del *Pravda* y técnico agrícola, es decir, una especie de aristócrata del koljós. Durante la guerra, ese padre fue suboficial en el ejército soviético y tomó parte en todas las grandes batallas, sobre todo la de Kursk, escapando a la muerte por milagro. En suma, la biografía de Gorbachov revela unos orígenes proletarios perfectos.

Pero un componente de esa biografía que ha quedado mucho tiempo en la sombra cuenta una historia distinta. Sus dos abuelos fueron enviados a los campos de concentración en 1934, uno por «sabotaje» agrícola, otro por «actividades contrarrevolucionarias trotskistas» cuando era presidente del koljós. El arresto en plena noche de este último, ante los ojos del pequeño Mijaíl, perturbó profundamente al niño. En la casa de este abuelo reinaba sin duda una cierta tolerancia. La abuela, que había hecho bautizar a su nieto —contra la voluntad del padre y del abuelo—, conservaba algunos iconos. Pero estos se encontraban más o menos enmascarados por los retratos de Lenin y Stalin, así como folletos de grandes antepasados y de un cierto número de bolcheviques todavía vivos en los años treinta, Kalinin el primero.

Nieto de dos enemigos del pueblo, podemos interrogarnos sobre los motivos que encontró Gorbachov para ocultar ese pecado original a aquellos que decidirían cada etapa de su destino. Se sabe que la *khakteristika* que se tenía en cuenta por parte del poder para autorizar el acceso a la universidad, al partido y a toda función de autoridad atendía mucho a los orígenes. Pero a pesar de esos orígenes «poco respetables», Mijaíl Gorbachov fue admitido en 1950, en pleno período estalinista, en la Universidad de Moscú, y después en el partido en 1952.

Ese recorrido sugiere que estaba dotado de una gran flexibilidad intelectual y de una cierta capacidad de disimulo. Asegura en su biografía que al entrar en el partido tuvo que «explicar toda la historia de mis abuelos, hasta los menores detalles». Que el partido hubiera descuidado informarse mejor es algo que sorprende, y que no nos resulta del todo verosímil. No le culpemos: el sistema soviético exigía para sobrevivir tales rasgos de carácter, y Mijaíl Gorbachov salió airoso.²

Ciertamente, esas cualidades le ayudaron, pero antes que nada le ayudó su inteligencia, reconocida por Sájarov. En el mismo período, durante sus años de estudios, conoció a una brillante estudiante de sociología (¡más exactamente, de ideología!) de nombre Raisa, con la que se casó el 7 de noviembre de 1953. Ella también tenía una «mancha negra» en su biografía: un abuelo detenido en 1937 por propaganda contrarrevolucionaria en el koljós, y ejecutado después de un juicio sin apelación pronunciado por una de aquellas «troikas» que causaron estragos en los años más terribles. Esa mancha no perjudicó tampoco a Raisa, que incluso durante un tiempo enseñaría marxismo-leninismo.

El currículo rápido de dos jóvenes vidas no debe disimular lo esencial, lo que justificaría las frases de Sájarov en 1985. En primer lugar, Mijaíl y Raisa eran estudiantes brillantes de la prestigiosa Universidad de Moscú, donde enseñaban —a menudo en la lengua de Esopo— maestros muy notables. Se sentían muy unidos a sus condiscípulos, cuya libertad de espíritu se manifestaría más tarde, cuando fuera posible, pero cuyo trato y amistad solo podían enriquecerlos. La elección de los compañeros de los años cincuenta testimonia en Mijaíl y Raisa una aspiración a pensar por sí mismos. ¿Cómo no evocar a algunos de ellos? El checo Zdenek Mlynar, uno de los líderes del socialismo con rostro humano de Praga a finales de los años sesenta; el filósofo georgiano Merab Mamardashvili, gran especialista en Descartes y gran europeo, o Yuri Levada, que se convertiría en uno de los fundadores de la técnica de los sondeos en la URSS de Gorbachov... Juventud a la vez conforme al modelo soviético, pero también abierta a lo que la *doxa* soviética prohibía. Leían a Pasternak, el autor maldito y proscrito después de que se le concediera el Nobel, recitaban poemas de Anna Ajmátova, prosiguiendo al mismo tiempo un recorrido profesional y político irreprochable. En realidad eran representativos de la juventud ilustrada de aquellos años plúmbeos: sabían que su destino dependía de su aparente adhesión al sistema, y a menudo se convertían incluso en portavoces suyos, pero imaginaban también, confusamente, otras vías.

En 1956, la desestalinización aportó respuestas a las preguntas que ellos no osaban hacer abiertamente. Mijaíl Gorbachov, cuando evoca el «Informe secreto» y todo el período Jruschov,³ se muestra fascinado. Constata la necesidad de reconocer lo que fue el régimen estalinista y sus crímenes (¿acaso él mismo no fue una víctima también?), pero razona mucho en términos de lucha y de poder, subrayando la voluntad de Jruschov de eliminar a sus opositores en 1956 y su fracaso en 1964, que explica por su debilidad frente a sus rivales. Gorbachov comprendió y retuvo de ese período lo que fue el drama de Jruschov, que causó su caída. Quería reformar el sistema, sabía que era necesario, pero chocó con un Partido Comunista que defendía encarnizadamente su papel y su lugar en el corazón del sistema soviético. Gorbachov escribiría a ese respecto: «Está claro que su objetivo [el de Jruschov] no fue jamás combatir el papel dirigente del partido; solo quería modernizarlo y reducir su monopolio sobre la sociedad. Pero chocó con una resistencia encarnizada que le condujo finalmente a su derrota». Hay que tener presente este análisis, ya que aclara determinadas decisiones de Gorbachov y su comportamiento a finales de los años ochenta. En 1961, su carrera política dio un giro crucial. Fue delegado de su región en el XXII Congreso del PCUS, que decidió retirar a Stalin del mausoleo al término de una intervención esperpéntica, muy significativa del carácter a menudo irracional de los actos solemnes comunistas. En el transcurso de ese congreso que reunió a más de 5.000 miembros que no imaginaban que iban a tocar la momia de Stalin, una vieja bolchevique que había conocido las prisiones zaristas y los campos soviéticos declaró en la tribuna que Lenin se le aparecía por la noche exigiendo que se le «desembarazase» de Stalin.⁴ Así fue como se tomó una decisión que conmocionó a muchos soviéticos de la época. Con ese episodio y ese congreso empieza la vida de *apparatchik* de Mijaíl Gorbachov, la que le conduciría al cabo de dos décadas a las puertas del poder supremo.

¿Un *apparatchik* distinto de los demás?

Tras haber acabado brillantemente sus estudios superiores, Gorbachov volvió a Stávropol, su región natal; Raisa le acompañó y allí fue donde enseñó marxismo-leninismo. Gorbachov trabajó para el partido, en su seno; sería este el marco de su ascensión.

En los primeros tiempos se encontró a la sombra del jerarca de la región, Fiodor Kulakov. Este era un gran especialista en agricultura, nombrado secretario del Comité Central en 1965, es decir, que se dirigía hacia el Politburó. Como su jefe, Gorbachov se dedicó a los problemas agrícolas —en su región, la agricultura ocupaba un lugar fundamental—, y el equipo Bréznev-Kosiguin que reemplazó a Jruschov dedicó a ese sector una atención particular. Añadió entonces a sus cursos universitarios una especialización y un diploma en ese terreno. Al año siguiente, cuando tenía solamente treinta y cinco años, fue nombrado primer secretario del partido de la villa de Stávropol. Entonces comenzó su ascenso, y se le exigió que manifestase una fidelidad absoluta a la línea del partido. En agosto de 1968, los carros de combate soviéticos entraron en Checoslovaquia; fue la muerte de la Primavera de Praga. Todas las organizaciones del partido, todos sus miembros, debían aplaudir esa demostración de la «doctrina Bréznev», y Gorbachov no faltó. El texto votado bajo su autoridad por el Gorkom de Stávropol «aprueba las medidas firmes y necesarias tomadas para defender los derechos adquiridos del socialismo en Checoslovaquia». El episodio se relata sin demasiada emoción en las memorias de Gorbachov.

Esa flexibilidad explica la progresión continua de nuestro héroe en la jerarquía comunista. En 1970, Gorbachov fue promovido como primer secretario de la región de Stávropol, y se convirtió de una manera natural en miembro titular del Comité Central. Con cuarenta años ya era una gran promesa para el porvenir. Bréznev estaba todavía activo; había visto y apreciado al hombre de Stávropol, y se dedicó a utilizarlo de la mejor manera posible. Si le conocía bien se debía no al azar, sino a la geografía. La región de Stávropol es célebre por sus villas con aguas termales, donde los dirigentes soviéticos iban a buscar el reposo y recuperar la salud. Les gustaba especialmente pasar el tiempo en Mineralnye Vody, estación termal donde se reunían todos los capitostes del partido: Bréznev, su primer ministro Kosiguin, acosado por los problemas económicos del país, y el poderoso jefe del KGB, Andrópov. El joven Gorbachov, en su función de primer secretario de la región, debía velar por estos agüistas excepcionales. Los acogía, los colmaba de atenciones. ¿Cómo no ser sensibles a sus cualidades?

Desde entonces Gorbachov empezó a ser considerado una esperanza, una estrella en alza del partido. Especialista apreciado en agricultura, un sector muy difícil desde que Stalin lo destruyó, Gorbachov recibió la propuesta en 1978 de la sucesión de aquel que hasta entonces había sido su protector, fiodor Kulakov,

desaparecido inesperadamente a los sesenta años. Ciertamente, una promoción semejante no era lo más habitual: Kulakov era secretario del Comité Central y miembro del Politburó, y los candidatos a su sucesión no faltaban. En la cumbre del partido, Brézhnev, Andrópov y Súslov, el gran ideólogo del partido que desaparecería cuatro años más tarde, velaban por la elección que se iba a realizar, atentos a no hacer avanzar a algún personaje demasiado ambicioso que se apresurase a empujar a un lado a la vieja generación. Finalmente, ganó Gorbachov. Fue nombrado secretario del Comité Central, se instaló en Moscú y, dos años más tarde, entró en el Politburó, el sanctasanctórum, del cual sería el benjamín. Realmente podía dar miedo a aquella asamblea de ancianos que veían aproximarse su fin y se preguntaban quién accedería al poder después de Brézhnev. Desde luego, no un hombre demasiado joven, pensaban. La vieja generación se solidarizaba en aquel punto del que dependía su supervivencia. Por consiguiente, sus sufragios fueron a parar a tres hombres: Súslov, que durante un tiempo daría la imagen de delfín, Andrópov y el casi doble de Brézhnev, Chernenko, el único en el cual el *Gensek* tenía confianza realmente. La muerte de Súslov en 1982 dejó solos a Andrópov y Chernenko. El primero inquietaba a sus colegas. Relativamente joven, con solo sesenta y siete años, debido a su posición al frente del KGB disfrutaba de un poder considerable. Pero tenía fama de conocer el mundo (siempre desde el KGB) y los dos hombres que, en el Politburó, encarnaban la potencia exterior de la URSS —el mariscal Ustinov, ministro de Defensa, y Andréi Gromiko, ministro de Asuntos Exteriores— defendían su candidatura. A la muerte de Brézhnev, gracias a ellos fue el elegido. Un cálculo pésimo, según hemos visto: su breve reinado, y después el del inevitable Chernenko, que no lo sería menos, abrieron de nuevo la cuestión de la sucesión en 1985.

¿Quién entonces? Solo los «jóvenes» del Politburó parecían capaces de evitar que el país se eternizase en una grotesca sucesión de ceremonias fúnebres. Tres hombres estaban entonces en liza. Parecía que dos podían llevar las de ganar en razón de las posiciones que ocupaban: Grigori Romanov, que había sido primer secretario de la región de Leningrado, y Viktor Grishin, que ocupaba el mismo cargo en Moscú. Gorbachov, el más joven, todavía tenía la imagen de un *outsider*. Pero Romanov se hizo notar de una manera muy desagradable en Leningrado al romper la vajilla de Catalina II en el curso de unas escandalosas borracheras. En cuanto a Grishin, no era tan joven —setenta años— y un informe en que se lo acusaba de corrupción apareció muy oportunamente.

Quedaba, por tanto, el más joven de los tres, el brillante Gorbachov, que contrariamente a sus competidores, había conseguido superar todos los obstáculos y no arrastraba tras de sí escándalo ni informe comprometedor alguno. Su reputación era inmaculada, y cada vez iba asumiendo más responsabilidades. Al iniciarse el año 1985, aparte de sus funciones en las cumbres del partido, había sido elegido presidente de la Comisión de Asuntos Extranjeros del Sóviet de la Unión, cosa que le permitió viajar y descubrir el mundo, pero también a que el mundo le descubriera a él. Los kremlinólogos del mundo entero seguían con pasión los movimientos, frases y situación de aquel joven y seductor *apparatchik* que contrastaba tanto con aquellos que todavía ostentaban el poder. Empezaron a apostar por él en la URSS y fuera de ella. Chernenko, muy débil ya, se acostumbró a confiar en el benjamín, a apoyarse en él, y el 7 de noviembre de 1984 le colocó a su derecha en la tribuna. Es cierto que le debía algo de reconocimiento ya que, en abril del mismo año, cuando Chernenko fue elegido a la cabeza del Estado —es decir, presidente del Presídium del Sóviet Supremo— para suceder a Andrópov, fue, precisan los documentos oficiales, «según propuesta de Gorbachov». El brillante joven supo pasar así del respaldo de Andrópov, que le protegía desde hacía mucho tiempo, al apoyo de Chernenko. A menudo se presentaba como brazo derecho del nuevo *Gensek*, y parecía su candidato a la sucesión. Pero la protección de Chernenko, tan débil, tan poco respetado, seguramente no bastaba para la promoción última de Gorbachov. Habría de beneficiarse de dos voces que contaban en el partido: las de Gromiko y Ustinov. Los viajes al exterior los habían convencido de que, si había llegado la hora del cambio de generación (Gromiko esperó durante un tiempo que le llegaría el turno a él, pero comprendió que aquella esperanza era vana), Gorbachov podía ser el candidato que mejor representase su interés común. Desde luego, hubo negociaciones, y Gorbachov prometió a Gromiko a cambio de su apoyo (fue él quien propuso su candidatura) mantenerle en su puesto de ministro de Asuntos Exteriores. Aquel 11 de marzo, ¡qué éxito! Mijaíl Gorbachov había acabado su recorrido sin sufrir un solo fracaso.⁵

Con cincuenta y cuatro años se convirtió en jefe de la URSS. El tiempo de los vejestorios impotentes que dominaban el país había concluido. De repente, quedó sustituido por la imagen de una juventud insolente. Y ya sabemos que Gorbachov tenía casi como divisa una frase que los soviéticos repetían desde el fondo de su corazón: «Ya no se puede vivir así».

Un nuevo estilo

¿Qué sabían sus compatriotas de aquel hombre nuevo, promovido de pronto a la cabeza del terrible imperio soviético que, a pesar de su notorio anquilosamiento y sus debilidades, seguía espantando al mundo? ¿Qué sabía el mundo exterior?⁶ Las biografías que se hicieron públicas a la hora del triunfo no le adjudicaban más que el extraordinario recorrido cumplido desde Stávropol. Se ignoraba todo aún sobre el hombre mismo, sus ideas, su naturaleza. Su triunfo sugería, sin embargo, que estaba hecho a la imagen del sistema soviético, puesto que sus pares le habían elegido para ponerse en cabeza, y por tanto, que el sistema seguiría existiendo y funcionando como lo había hecho siempre.

Aunque Gorbachov seguía siendo poco conocido y misterioso, lo que percibieron y saludaron desde marzo de 1985 el mundo y sus compatriotas fue un estilo nuevo. El hombre era a la vez corriente y notable. Con la cara redonda, de estatura mediana, llamaba la atención por la mancha de nacimiento que marcaba su frente. La cantante Galina Vichnévskaya, expulsada de la URSS con su marido, el violoncelista Mstislav Rostropóvich, decía a quien quisiera escucharla: «Esa marca es la señal del anticristo». Pero Gorbachov no tenía aspecto de *apparatchik* clásico, sino que parecía un occidental, y también Raisa, guapa y elegante, destacaba sobre todas las mujeres de los dirigentes soviéticos. Sus compatriotas descubrieron a su nuevo *Gensek*, pero también a una pareja joven, encantadora, manifiestamente armoniosa. Descubrieron sobre todo que la esposa existía y que ejercía un papel activo junto a Gorbachov, que compartía sus preocupaciones, le aconsejaba y era respetada por su marido. ¡Qué diferencia con las matronas prematuramente envejecidas y descuidadas, tapadas más que vestidas, que los dirigentes soviéticos solo exhibían raramente!

¡Qué cambio para todas las mujeres soviéticas! La revolución proclamó la igualdad de las mujeres con los hombres, eso es cierto, pero esas mujeres no tenían derecho a consideración más que una vez al año, el 8 de marzo, Día de la Mujer. El resto del tiempo debían asumir las tareas más pesadas, hacer cola interminablemente para alimentar a sus familias y sufrir la brutalidad de unas parejas con frecuencia alcoholizadas. En una palabra: la vida de las mujeres en la URSS era, en general, un infierno. La aparición de Raisa, las atenciones que le prodigaba Mijaíl Gorbachov, el respeto que le testimoniaba, eran una verdadera revolución. Esa pareja estaba hecha a la imagen de los sueños de las mujeres soviéticas. Algunas películas americanas toleradas por el poder les habían

enseñado parejas normales pero bien vestidas, bien alojadas, aparentemente felices, y para ellas se habían convertido en un ideal inaccesible, pero que las consolaba de la vida real. El estilo de la pareja Gorbachov —que ya había asombrado a aquellos que los habían recibido en el curso de sus periplos por el extranjero, en Francia o en Canadá— impresionó favorablemente a sus compatriotas. Se añadía a ello la revolución de la palabra. La educación superior recibida por Mijaíl y Raisa, en Moscú, hacía que se expresaran en ruso, más que en «lengua soviética». Escapaban casi del todo al acento típico soviético que había alterado una lengua muy musical bajo los efectos de la proletarización de los campesinos, al traslado forzoso de poblaciones y también la caída del nivel educativo de la elite política.

La pareja Gorbachov hacía soñar. Quedaron olvidados en un instante Bréznev, Chernenko y otros dirigentes que presidían en solitario, ya que las mujeres estaban excluidas de todas las conmemoraciones soviéticas. Parecía abrirse una nueva época sencillamente porque dos seres todavía jóvenes y encantadores encarnaron de pronto a un país desmoralizado. No era solo el nuevo *Gensek* «que no avergonzaba» a su país, sino una pareja que parecía anunciar tiempos nuevos.

Capítulo II

¿Continuidad o transición?

¿Cómo dudar de que Gorbachov había nacido con buena estrella? Su fácil ascenso hacia la cumbre del poder lo testimonia. El nuevo secretario general del PCUS estaba rodeado de una generación agotada, desacreditada, y que no era la suya. Había que cambiar a los hombres para cambiar el espíritu del partido y su orientación. ¿Qué mejor ocasión para ello que un congreso del partido, siempre marcado por decisiones espectaculares? Pues bien: como el XXVI Congreso se había celebrado en febrero de 1981 y el siguiente, que según los estatutos debía tener lugar cinco años más tarde, ya estaba fijado para febrero de 1986, se le presentó a Gorbachov la posibilidad de anunciar cambios a una sociedad exasperada y, sin esperar a febrero, aportar modificaciones importantes al aparato del partido. Le hacían falta hombres nuevos, de los cuales estuviera seguro, y más presentables que aquellos que se aferraban desde hacía años a sus funciones. En sus memorias justifica los rápidos cambios personales que operó refiriéndose a Stalin y su célebre lema: «Los cuadros del partido lo deciden todo». Y explicaba que no podía mejorar el sistema sin tocar nada «desde arriba».

Hombres nuevos para salir del *zastoi*

Sin esperar al congreso del partido, aprovechó las asambleas plenarias del Comité Central, que estaban destinadas a prepararlo, para hacer limpieza en las altas esferas del aparato. Las primeras víctimas de su celo reformador fueron sus dos desgraciados competidores, Grishin y Romanov. Su reputación estaba muy empañada, y nadie lamentó su expulsión. Más espectacular fue el cambio al frente del gobierno. Su jefe, Nikolái Tíjonov, de ochenta años, representaba a la generación de Bréznev. Fue reemplazado por Nikolái Ryzhkov, un especialista en industria pesada que había dado pruebas de grandes cualidades como

organizador en los Urales. Tenía casi la misma edad que Gorbachov, con dos años de diferencia solamente. Se imponía una nueva generación política. El Politburó se le abrió enseguida, y no solamente a él, ya que también entraron entonces Shevardnadze, Ligachov y Chebrikov. El rejuvenecimiento del Politburó se vio templado por el mantenimiento de algunos de los antiguos miembros, entre ellos Gromiko y el jerarca del partido ucraniano, Cherbitski, que sobreviviría a todos los cambios hasta el final del reinado de Gorbachov. Había que cuidar de Ucrania... Pero como ya presentían casi todos, aquello no fue más que una prórroga.

Un nombramiento que casi pasó inadvertido, y que, sin embargo, tendría enormes consecuencias, fue el de un tal Boris Yeltsin, que hasta entonces había ejercido responsabilidades en su región natal de los Urales. En 1985, ese ingeniero de formación era el máximo dirigente (primer secretario) del Comité de Sverdlovsk. Gorbachov lo hizo llamar a Moscú para confiarle primero el departamento de construcción del aparato central del PCUS; dos meses más tarde le promovió a secretario del Comité Central. Su ascenso había comenzado ya. Poco después abandonó la construcción y se puso a la cabeza del comité del partido de la capital, donde sucedió a Grishin; a raíz del XXVII Congreso, entró en el Politburó solo como suplente, mientras Grishin, que ocupaba ese puesto, era miembro titular. Esa promoción rápida no acabó de satisfacer del todo a Boris Yeltsin, pero nadie salvo sus íntimos tuvo conciencia de su frustración. Primera vejación: su nombramiento como secretario del Comité Central dos meses después de haberle llamado a Moscú. Para Yeltsin existía una norma implícita: el líder del partido de Sverdlovsk debía ser nombrado automáticamente para el secretariado, nada más llegar a Moscú. Sus dos predecesores en Sverdlovsk, Andréi Kirilenko y Yacov Riabov, habían seguido un camino semejante. Así que se sintió muy mortificado, aunque, según observa uno de sus biógrafos, en cuanto fue promovido al secretariado, su humor cambió. Le parecía que su papel secundario en el Politburó no correspondía a las reglas tácitas de promoción en el partido. ¿Explica todo esto ciertas dificultades en sus relaciones con Gorbachov? En aquel momento, nadie fue consciente de todo esto. Había llegado la hora del cambio de hombres y de funciones.

Aparecieron en el gobierno nuevos rostros, y en julio se produjo una pequeña revolución. Gromiko, ministro de Asuntos Exteriores desde 1957, había esperado convertirse alguna vez, como sabemos, en líder del partido, pero constatando con realismo que eso no ocurriría, apoyó la candidatura de

Gorbachov a cambio de que le pusiera al frente de un ministerio prestigioso. En julio, Gorbachov le propuso (y Gromiko no podía negarse) la presidencia del Presídium del Sóviet Supremo, es decir, en derecho, el puesto de jefe de Estado. Aparentemente era una promoción, pero Gromiko sabía muy bien que era un simple señuelo, e incluso por partida doble. El cargo no estaba dotado de ningún poder real, que se otorgaba en realidad al líder del partido, era solo una cáscara hueca. Y Gromiko se dio cuenta entonces de que rápidamente la costumbre volvería por sus fueros y el secretario general se convertiría de hecho en jefe del Estado. Gorbachov no le dejó ninguna opción. Su amargura fue mucho más grande aún al ver que le sustituía un desconocido que no tenía ninguna experiencia en política extranjera. Edvard Shevardnadze, ya que se trataba de él, venía de Georgia, donde desde 1972 había sido primer secretario del partido. Lo habían nombrado para poner fin a la corrupción y a los excesos de una dirección desacreditada, y mostró grandes dotes organizativas. Pero del mundo exterior no sabía nada. Y además, el nombramiento de un no ruso al frente del prestigioso Ministerio de Asuntos Exteriores no solamente era algo inesperado, sino contrario a las costumbres. Los soviéticos se interrogaban: ¿cómo interpretar ese favor? La edad, quizá, porque era casi contemporáneo de Gorbachov. La explicación estaba en otro aspecto, y era en parte geográfica. El hombre de Stávropol y el georgiano se conocían desde hacía mucho tiempo; la proximidad en el espacio había favorecido los vínculos entre ambas regiones, entre sus habitantes y sus responsables.¹

Otros nombramientos cuyas consecuencias serían considerables: Alexander Yakovlev fue promovido a la dirección del departamento de propaganda del Comité Central, y Anatoli Lukianov a la cancillería del mismo Comité Central. Yakovlev era un personaje fuera de lo común. Ocho años mayor que Gorbachov, fue nombrado embajador en Canadá en 1973. Ese nombramiento en apariencia prestigioso en realidad era un exilio. Súslov, jefe en materia ideológica del Comité Central, guardián del «dogma», se había tomado muy mal un artículo publicado por Yakovlev que juzgaba contrario a la línea del partido. Solucionó el problema enviándole a Ottawa, donde permaneció diez años. Allí fue donde lo encontró Gorbachov, que hacía un largo periplo por Canadá. Era cultivado, inteligente, poco conformista, y por si faltaba algo, hablaba inglés a la perfección. De sus conversaciones muy libres sobre el estado de la URSS, y su complicidad sobre la idea de que «ya no se puede vivir así», Gorbachov conservó la certeza de que Yakovlev podría ayudarlo en el futuro. De vuelta en

Moscú le llamó y le confió la dirección del Instituto de Economía Mundial y de Relaciones Internacionales (MEIMO), institución prestigiosa y reconocida en el mundo entero por su libertad de espíritu y la calidad de sus trabajos.

Al ver los primeros nombramientos a los cuales procedió Gorbachov, constatamos que tan pronto elegía a personalidades que presentía que eran próximas a él y le serían fieles como se fiaba de las recomendaciones, aun sospechando que podían estar mal fundadas. Dudó, por ejemplo, antes de llamar a Yeltsin a Moscú, pero Ligachov insistió y su recomendación tuvo peso. Ligachov era, en efecto, un especialista en propaganda, y uno de los cargos que Andrópov había hecho venir de Tomsk en 1983 para encargarle pesadas responsabilidades en el aparato del partido. Apoyado por Andrópov, atraería también enseguida la atención de Gorbachov, que le hizo entrar en el Politburó. Estuvo entre los primeros promovidos, encargado de la ideología, lo que le convertía en el número dos del partido. Sin embargo, entre Yakovlev, espíritu libre, hombre de cultura, y Ligachov, el eterno *apparatchik* de nivel cultural medio e ideas conservadoras, el abismo era perceptible a simple vista. En ese período inicial, la elección de personas que efectuó Gorbachov testimonia como mínimo su incertidumbre sobre la vía a seguir.

¿Un cambio?

El congreso del partido se acercaba. Sería la ocasión de definir una línea de acción. La asamblea plenaria, reunida el 23 de abril de 1985, marcó la primera etapa de la preparación del congreso. El nuevo *Gensek* presentó allí su visión del estado de la URSS, declarando sin preámbulos:² «Sabemos que, paralelamente a los éxitos obtenidos en el desarrollo económico del país, se han reforzado unas tendencias lamentables estos últimos años, y han surgido numerosas dificultades». Después de haber analizado brevemente las causas de estos aspectos negativos, Gorbachov concluyó que se imponía una movilización general: «Utilizando ampliamente los logros de la revolución científica y técnica para poner las formas de la economía socialista de acuerdo con las condiciones y exigencias actuales, debemos obtener una sustancial *aceleración del progreso socioeconómico*. No hay otra vía posible».

Aquí tenemos por fin la consigna de esa primera fase del poder de Gorbachov: *aceleración*. Su discurso ilumina también la visión que tenía el *Gensek* del estado del país. Existen dificultades, sí, pero sobre un fondo de progreso continuo. Lo que hace falta, por tanto, es *acelerar* ese progreso, y los esfuerzos deben repercutir en todos los terrenos. Pero un poco más adelante, en esa misma intervención, Gorbachov utilizaba en una frase otra palabra que conocería enseguida una fortuna considerable, pero que entonces, ahogada por ese discurso tan técnico, pasaba todavía bastante inadvertida: «Ahora vemos claramente la concepción de la *perestroika* del mecanismo económico». Esa palabra quizá quedaba oculta por el resto de la frase, poco habitual: «Hay que avanzar con más audacia por la vía de la ampliación de los derechos de las empresas y de su independencia». De esas dos palabras, *aceleración* y *perestroika*, fue la primera la que tuvo en 1985 la suerte más brillante. El 12 de julio, el Comité Central y el Consejo de Ministros consagraron una resolución común a los nuevos métodos que permitirían la aceleración del progreso científico y técnico.³ Al leer esos textos se constata una cierta ambigüedad. Señalan los problemas del país, denotan impaciencia, pero en el fondo siguen siendo muy prudentes. Acelerar lo que existe no es un medio revolucionario de cambiar una situación poco satisfactoria. La prudencia caracteriza esos análisis y, sin embargo, aquí y allá surgen conceptos nuevos, como la *perestroika* apuntada en un giro de una frase. ¿Qué quería exactamente Gorbachov? Es difícil decirlo, ya que en sus declaraciones utilizaba el mismo lenguaje mesurado y aséptico de sus predecesores.

La decisión más espectacular adoptada en ese período fue quizá la prohibición del alcohol. El 7 de mayo de 1985, el Consejo de Ministros publicó una resolución sobre los medios de poner fin al alcoholismo galopante. Diversos textos precisaban a continuación la voluntad de las autoridades de acabar con ese azote nacional. Se imponía una decisión semejante. La sección siberiana de la Academia de Ciencias, espacio privilegiado para una libre reflexión económica y sociológica en tiempos del *zastoi*, había estudiado largamente esa cuestión, y emitido un informe que producía consternación. Gorbachov no fue, por otra parte, el primer dirigente soviético que intentó resolver ese problema. Lenin ya lo había intentado en 1919. Más cerca de Gorbachov, Andrópov había lanzado una campaña antialcohólica sin resultado alguno demostrado, aparte de suscitar una cierta impopularidad. Con Gorbachov ocurrió lo mismo enseguida, aunque su estilo personal lo protegiera un tanto de la hostilidad.⁴ Las medidas destinadas

a combatir el alcoholismo eran impopulares entre la mayor parte de la sociedad, pero Gorbachov caía simpático: al final se impuso la ironía hacia él, más que la hostilidad. Le llamaban «el secretario mineral», sin imputarle por otra parte las consecuencias que llevaba consigo la prohibición. Pero esta sería criticada por el pueblo, porque se oponía a sus costumbres... a su libertad, decían. La burocracia económica no fue menos severa: denunció el coste de una medida semejante para el tesoro público, que perdía ingresos con ello. Por fin, los observadores deploraban la falta de preparación que había presidido esa decisión. Yeltsin expondría en detalle a Gorbachov los inconvenientes de la «ley seca». Su resumen de la situación era sencillo y justo: «El consumo de alcohol no disminuye. Por el contrario, el producto de la venta escapa al Estado en provecho de aquellos que fabrican clandestinamente con qué satisfacer la demanda. El número de intoxicaciones, a veces mortales, es catastrófico. En resumen, mientras la situación es cada vez más preocupante, Ligachov diserta sobre el éxito de la lucha antialcohólica».

Es cierto que esa reforma, que se quería radical, una de las primeras experiencias del año de transición, fue un fracaso. Esa ley, o la manera en que se aplicó, puso de relieve las dudas de Gorbachov, consciente de la gravedad del problema del alcoholismo, pero también preocupado por respetar las costumbres del partido. Asimismo demostró que Yeltsin, lúcido, reaccionaba ante todo como hombre en el terreno, que lejos de juzgar los hechos desde su despacho, recorría las fábricas y los lugares de trabajo para observar en vivo las consecuencias de las decisiones tomadas. Y así se pudo constatar, a partir de entonces, hasta qué punto Ligachov era prisionero de sus concepciones ideológicas. Lo que se había decidido debía ser realizado, decía, poco importaban los medios que se tuvieran que emplear y los resultados reales. La oposición Yeltsin-Ligachov que se dibuja entonces ilustra dos tendencias irreconciliables: ver lo que ocurre sobre el terreno o atenerse al mito de que «las decisiones del partido son adecuadas para resolver todos los problemas». Ligachov era portador de las certezas del pasado, casi estalinistas; ante estas, Gorbachov seguía dudando.

El XXVII Congreso, reunido del 25 de febrero al 6 de marzo de 1986, será la ocasión de constatar una vez más una cierta actitud a la espera por parte de Gorbachov.⁵ Su discurso recuperaba de nuevo la consigna de *aceleración*, pero insistía también en la prudencia necesaria. No había que agitar en exceso el aparato, ni actuar de una forma demasiado rápida o imprudente: tales eran entonces las consignas de Gorbachov. Y nada más concluir el congreso, las

disposiciones autoritarias vendrían a sancionar los «ingresos no ligados al trabajo, y por tanto ilícitos» (decreto del 23 de mayo de 1986). Ese decreto se dirigía a todo tipo de actividades privadas que se desarrollaron durante el año de transición y que aliviaban un poco la suerte de los soviéticos, pero que el partido reprobaba. La decepción de la sociedad a la vista de ese texto fue grande, ya que la insistencia de Gorbachov en la necesidad de un cambio dirigido al aumento de la eficacia había estimulado mucho modestas iniciativas privadas. Por eso en la primavera de 1986, un año después de la llegada de Gorbachov al poder, dominaba la incertidumbre. Hombres nuevos rodeaban a Gorbachov, este criticaba el balance de sus predecesores y hablaba de la necesidad de cambiar de vía, pero las decisiones concretas eran modestas (prohibición) o contrarias a los estímulos que la sociedad había creído entender (la iniciativa privada cuestionada).

Fin de la mentira. Chernóbil

Sin embargo, ya no era momento de interrogarse sobre lo que quería o no quería Gorbachov: un acontecimiento imprevisto, catastrófico, cambió la situación. El 26 de abril de 1986 se produjo una explosión nuclear en la central de Chernóbil, situada en Ucrania.⁶

Advertido de inmediato, Gorbachov reunió al Politburó. Los responsables a cargo del problema se embarcaron en un discurso tranquilizador: había que evitar el pánico antes que nada. Y una primera comisión enviada por Gorbachov a Chernóbil proporcionó información poco precisa y muy tranquilizadora. Según la comisión había pocos muertos, todos los reactores de la central (que contaba con cuatro) estaban parados, y se había evacuado a varias decenas de miles de habitantes. Pero Gorbachov no se quedó satisfecho con esa información mínima, que no le daba cuenta de la magnitud del desastre y no le ayudaba a decidir cuáles eran las medidas necesarias que adoptar. Gorbachov estaba inquieto, pero todavía era prisionero de las costumbres de la dirección soviética. Había que minimizar el desastre, a falta de poder negarlo por completo. Después le venció la inquietud. Encargó a Ryzhkov que fuera a Chernóbil en compañía de Ligachov para llevar a cabo una investigación seria. Las noticias que llegaron entonces fueron más precisas, más trágicas; sin embargo, no cesó la discreción del Kremlin. Durante más de tres semanas, el poder soviético impuso un silencio

casi total al país, mientras que en los días que siguieron a la explosión, una nube radiactiva alcanzó Suecia y después avanzó hacia Europa occidental. Los medios de comunicación occidentales se ocuparon del asunto, propagando noticias no verificadas pero muy inquietantes, y los ciudadanos soviéticos, que tenían el oído atento a las radios occidentales (la Voz de América, las emisiones venidas de Múnich), recibían con angustia fragmentos de información. La política de espera del Kremlin tuvo consecuencias dramáticas. En primer lugar, en el mismo sitio, en torno a la central. Las evacuaciones, ya de entrada, fueron insuficientes. A partir de las primeras noticias que se recibieron, el Politburó sacó la conclusión de que el peligro se limitaba a Ucrania, pero los vientos orientaron la contaminación radiactiva hacia Bielorrusia, cuya población pagó un tributo espantoso a ese error de apreciación. Hubo que esperar hasta el 14 de mayo, casi tres semanas después de la catástrofe, para que Gorbachov se dirigiera a su país en una alocución televisada y reconociera, sin cautela esta vez, lo que había pasado en Chernóbil.

Sabemos por el relato que hizo Gorbachov, por las confidencias de Shevardnadze y otros, que el Politburó al principio estaba dividido sobre la actitud a adoptar ante aquella tragedia. Unos días más tarde, la mayoría de sus miembros, profundamente afectados por las noticias que iban llegando, acordaron que era necesario decir toda la verdad sobre la catástrofe. Pero, según escribe Gorbachov, «Chernóbil puso a prueba con mucha dureza la *glasnost*, la democracia y la apertura». Gorbachov analiza con una gran lucidez el acontecimiento que provocó una ruptura radical en la historia de la URSS y la mentalidad del grupo dirigente. Constata que todas las taras del sistema —la irresponsabilidad, la costumbre del secreto, pero también la negligencia en el trabajo, e incluso la embriaguez— tuvieron su papel en ese drama. Por fin, denuncia el aislamiento administrativo y el silencio en torno a la energía nuclear civil, y la guerra fría que paralizaba a los que tomaban las decisiones. Entre los culpables incluye también a los especialistas, y antes que nada al Instituto Kurchátov, que tenía el monopolio de investigación nuclear, que trabajaba aparte de todo lo demás, sin rendir cuentas a nadie, de tal manera, diría Gorbachov, «que no se sabía nada de lo que pasaba allí».

Finalmente, Gorbachov decidió decir la verdad no solo a sus compatriotas, sino también al mundo exterior. Después de su intervención televisada, informó de la situación a los jefes de Estado e instituciones encargadas de los problemas nucleares. Se imponía ese reconocimiento de la realidad. Gorbachov había

comprendido que el tiempo que se había tardado en decir la verdad y las negativas prudentes de los primeros días dañaban la imagen de su país y la suya propia.

Después de Chernóbil, «el rey iba desnudo».⁷ Primero la sociedad soviética y el mundo constataron los retrasos y mentiras de la clase dirigente. También la sociedad soviética comprendió que la seguridad que las autoridades pretendían venderle al precio de sacrificios materiales y morales que aceptaba, no era más que un señuelo. Y el mundo descubrió las extraordinarias debilidades del sistema: debilidades tecnológicas de la superpotencia, múltiples incompetencias y un gobierno desconcertado. Si no se podía remediar —para eso se necesitaba más tiempo—, al menos había que intentar restaurar una cierta imagen de la URSS. Además, Gorbachov temía que su propia imagen —la del joven dirigente altamente ilustrado e inteligente— se uniese a la imagen tan deteriorada de los dirigentes soviéticos a los que había sucedido.

La tragedia de Chernóbil fue la demostración de la incompetencia del poder soviético. A ello se unió también un acontecimiento chusco, aunque en ese período terrible la idea de lo cómico es inoportuna, un acontecimiento que puso en ridículo al Kremlin. El 28 de mayo, Mathias Rust, un joven alemán de apenas diecinueve años, aterrizó en la Plaza Roja a los mandos de un pequeño avión Cessna. Pudo atravesar la frontera, volar durante cientos de kilómetros sobre el territorio soviético, dar varias vueltas por encima de la Plaza Roja y finalmente posarse ante el Kremlin sin que ningún sistema de vigilancia aérea lo detectara. ¡Qué escándalo! Los militares se vieron señalados con el dedo, y su ministro, el mariscal Sokolov, fue destituido. Su sustituto, el general Yázov, daría que hablar algunos años más tarde al acusar a Gorbachov de «destruir el país».

Pero llegó la hora de purgar al ejército, que acababa de demostrar su ineficacia. Además, se supo que una de las causas de la falta de vigilancia, en cuanto a la seguridad del espacio aéreo, fue que los encargados de su supervisión estaban, en el momento del incidente, en estado de embriaguez aguda. Siempre el azote del alcoholismo, que la «ley seca» no había podido remediar.

Un año más tarde, en junio de 1987, un informe del Comité Central presentó un balance desastroso de los efectos de aquella ley tan impopular. Cierto, de creer al informe se bebía menos, ya que el alcohol era más difícil de obtener, pero proliferaban los fabricantes de vodka adulterado: todo el mundo se había convertido en destilador, y destilaban todo lo que tenían a mano. Por lo tanto, faltaba alcohol en las farmacias e incluso en los hospitales porque lo

robaban a mansalva. También escaseaba el azúcar, ya que servía para fabricar aquel falso vodka, y los muertos por envenenamiento aumentaban peligrosamente. La campaña antialcohólica se fue abandonando poco a poco sin que se llegara a anunciar claramente.

Para los que observaban de lejos la URSS o trataban con ella, el tiempo de indulgencia hacia Gorbachov había pasado. Quedaba una certeza: si los vientos no hubieran empujado la nube hacia el oeste, los dirigentes soviéticos hubieran permanecido fiel a sus costumbres, es decir, callar, negar, acusar a los occidentales de mala fe. Esa reacción era comprensible, pero subestimaba el malestar profundo de Gorbachov y de su entorno más próximo, a quienes la catástrofe de Chernóbil trastornó verdaderamente. Pasado el primer momento en que aparecieron los reflejos de silencio y mentira, Gorbachov se sobrepuso y optó por la verdad. Después de Chernóbil, decidió dar contenido real a su antigua convicción de que «ya no se puede vivir así», y sobre todo, puso en práctica un nuevo principio: «No se puede gobernar ya de aquella manera».

Chernóbil cerró aquel año de transición⁸ y abrió para toda Rusia, y no solamente para los altos cargos del partido, una era radicalmente nueva que quizá quede resumida por tres palabras simbólicas: *perestroika*, *glasnost*, *democratización*.

Capítulo III

¿Hacia un desmantelamiento del sistema soviético?

Las «confesiones» provocadas por Chernóbil abrieron la vía a la *glasnost*, es decir, al hecho de hacer pública la verdad. Se utiliza a menudo el término *transparencia* para traducir *glasnost*. Es muy inadecuado. En primer lugar, porque la *transparencia* de un sistema político es el ideal de todas las utopías que han soñado con someter a las sociedades. Pero también porque *glasnost*, formado a partir de *golos* [la voz], designa la expresión pública y libre de lo que se sabe verdadero.

La esperanza de ver triunfar esa libertad fundamental estaba ya inscrita desde hacía mucho tiempo en todas las mentes. En 1956, aunque todavía no se usaba el término *glasnost*, Jruschov abrió el camino a la libertad de expresión. Era esa misma libertad de palabra lo que reclamaban todos los disidentes; con ella soñaban, en los años de glaciación en que la palabra libre conducía al gulag o a un psiquiátrico, los *chestidesiatniki*, los hombres de los años sesenta condenados a vivir en el universo congelado de Brézhnev.

La alianza imprevista: Gorbachov y el mundo artístico

A pesar de las dudas de Gorbachov, el año de transición ya había dado algunas esperanzas a los soñadores. Desde finales del año 1985, poetas que antes apenas se toleraban, como Yevtushenko y Voznesenski, o incluso gente del teatro, invocaban, a manera de sondeo, la posibilidad de publicar a Pasternak o de montar piezas prohibidas. La tragedia de Chernóbil estimuló en ese sentido, como en tantos otros, numerosas iniciativas. Así, Gorbachov empujó a los escritores a reclamar que se devolvieran a la sociedad aquellos genios afectados por la prohibición:¹ Ajmátova, Pasternak, los filósofos religiosos rusos como Bulgákov, florenski o Berdiaev... A partir de entonces, algunos cineastas pidieron que se proyectaran en las pantallas algunas películas prohibidas por la censura.

En lugar de debatir con el partido, cuyos anatemas y estrecha ideología rechazaba, Gorbachov apeló a las bases, a la elite ilustrada, a aquella que quería implicarse en la verdadera cultura. Respaldada por esos estímulos, la elite literaria y artística multiplicó las propuestas, cambió la redacción de revistas y periódicos, así como la dirección de los sindicatos de escritores, cineastas, pintores y escultores. Todos los creadores querían poner fin a las restricciones ideológicas, y todos presentían que el *Gensek*, cuya curiosidad por las obras que el partido había condenado era conocida, los apoyaría. Más aún, presentían que utilizaría el argumento de sus peticiones para avanzar más en la vía del cambio. Se estableció un acuerdo implícito, que nadie osaría formular, entre Gorbachov y la elite intelectual y artística del país, con el fin de derribar el universo de restricciones ideológicas. La *glasnost* fue el producto de esa alianza imprevisible, increíble, entre el líder del partido y el mundo artístico.

Recordemos que, desde finales del año 1985, Gorbachov había mostrado lo que era su concepción de la *glasnost*, antes incluso de que se utilizara la palabra, respondiendo a los periodistas extranjeros. Primero fue la entrevista concedida a la gran revista estadounidense *Time*. Cuando los periodistas esperaban que la conversación con Gorbachov siguiera las normas habituales, su interlocutor se expresó con total libertad durante dos horas, sin consultar notas, respondiendo a las preguntas y suscitando otras, y sin eludir tema alguno. Dos días más tarde, el diario *Pravda* reproducía la totalidad de la entrevista. ¡Lo nunca visto! Gorbachov consiguió ese día sus galones de dirigente soviético de una especie nueva, insospechada para sus compatriotas y para el mundo. Unas semanas más tarde, en vísperas de su viaje a Francia, su primer viaje al extranjero, dirigiéndose a unos periodistas franceses repetía la misma hazaña. En sus memorias escribe: «A mis ojos, esas dos entrevistas representaban una experiencia nueva, una conquista. Yo sentía que había dado un gran paso». Tenía razón, el mundo también tenía esa sensación.

Gorbachov comprendió a partir de ese momento que también debía apoyar a los medios de comunicación de su país, aunque estuvieran controlados por el partido. Porque había podido constatar, en aquellos meses todavía inciertos, que algunas revistas «se atreven a hacer retroceder —escribe— los límites de la apertura». Él las convertiría en su arma. *Ogoniok*, *Moskovskie Novosti*, *Argumenty i fakti*, avanzaban en efecto, paso a paso, por un camino de libertad que parecía irse abriendo. El resultado no se hizo esperar. El público se precipitaba hacia aquellos periódicos y revistas, cuya tirada no podía satisfacer la

demanda. Desde principios de 1986 se empezaron a prestar, intercambiar o negociar esos preciosos ejemplares que contenían revelaciones sobre temas «tabú», que trataban de cuestiones jamás formuladas hasta el momento. El ejemplo fue contagioso: *Litteraturnaia*, *Gazeta*, *Komsomolskaia Pravda*, e incluso el *Izvestia*, órgano del Gobierno, se arriesgaron por la misma vía. Frente a ellos el *Pravda*, órgano del partido, sostenido por diversos miembros del Comité Central, se inquietaba por esas derivas.

Pero el movimiento ya se había iniciado. Gorbachov constató que los tabúes que paralizaban a la prensa (no se criticaba a los dirigentes, ni al complejo militar-industrial ni al KGB; no se hacían preguntas sobre el presupuesto del Estado ni sobre su veracidad...) estaban a punto de desaparecer. Para las revistas «abiertas» todo estaba sujeto a debate.

Unas obras prohibidas hasta entonces, y no solamente las clásicas, sino también aquellas que escrutaban el pasado soviético, verían la luz gracias a esa extraordinaria movilización de las elites para acceder a la verdad. Dos de ellas tendrían entonces un eco considerable. En primer lugar, una novela voluminosa, *Los hijos del Arbat*, de Anatoli Rybakov, denuncia implacable del estalinismo, que los Gorbachov habían leído en los tiempos de su circulación clandestina (*samizdat*). El *Gensek* decidió personalmente (de acuerdo, diría él luego, con Ligachov) que había que publicarla.² El éxito fue inmenso. Toda URSS la leía y la comentaba; las elites urbanas aplaudían sin reservas una descripción implacable del mundo estalinista, mientras que los espíritus conservadores se sentían desolados ante un cuestionamiento semejante del pasado. Nadie escapaba al debate.

En enero de 1987 ya, *Arrepentimiento*, una película del georgiano Tengiz Abuladze, hasta entonces prohibida, pero que apoyaba Shevardnadze, había conmocionado a decenas de millones de espectadores. Quien viera en una sala de cine de Moscú al público llorar a la salida de la película comprendería hasta qué punto el relato de ese pasado espantoso, del cual todos habían sido víctimas o habían estado cerca de una víctima, pero también del cual nadie osaba protestar, suscitaba problemas morales imposibles de esquivar.

Fue también Gorbachov quien quiso esa apertura. Poco antes del estreno de la película había dado una señal que no podía resultar equívoca. En diciembre de 1986 tomó la decisión de poner fin al exilio de aquel que la sociedad soviética tenía por conciencia moral: Andréi Sájarov. Pero el sabio, informado de esa medida de gracia, se negó a ser el único beneficiario de la magnanimidad de

Gorbachov. Exigió que se aplicase también a todos los detenidos políticos, y se constituyó en portavoz de los disidentes y de todos aquellos a los que el código penal había condenado por «agitación y propaganda antisoviética». Al dar la libertad a Sájarov, Gorbachov llevaba a cabo un gesto político espectacular, que podía servirle doblemente. Para el mundo exterior, Sájarov era el símbolo del carácter represivo de la URSS, del desprecio del partido por toda libertad de pensamiento. La imagen de la URSS, pero sobre todo la de Gorbachov, se vio transformada por el regreso de Sájarov a Moscú. El cambio que Gorbachov no dejaba de decir que era necesario se convertía en realidad. Al mismo tiempo, Gorbachov esperaba ganar al sabio para su causa, conseguir que defendiera su política. Y es cierto que al principio, apelando a la liberación de todos los presos —numerosos disidentes salieron entonces de los lugares de detención donde se pudrían—, Sájarov observó con una cierta simpatía los cambios debidos a Gorbachov. Sin embargo, esperaba que fuese hasta el final de su empresa de transformación del país, y la ruptura entre los dos hombres, como se verá más adelante, se produjo en este punto.

Gorbachov jugó en un principio la carta de la revolución de los creadores por la *glasnost*, apoyándose en la base, pero supo adoptar también en el seno del partido algunas iniciativas espectaculares. Así, en octubre de 1987, aprovechó la ceremonia del septuagésimo aniversario de la revolución para exigir que se aplicara la *glasnost* también a la historia. Lo que los novelistas o los cineastas habían hecho a su manera, entendía que el partido debía aceptarlo y hacerlo a su vez. Eliminar todos los tabúes concernientes a la historia del partido y del gobierno soviéticos, suprimir las «zonas en blanco», fueron las consignas propuestas en aquel momento tan solemne.³ Esta vez la inspiración venía de lo más alto, y quedaba a cargo de la base —los historiadores, los poseedores del saber— contemplar el pasado con ojos críticos, olvidando las verdades oficiales. Se trataba en primer lugar del destino de los hombres, de aquellos que habían hecho la revolución y que Stalin había quebrantado.

Sin duda, el «Informe secreto», leído por Jruschov en el XX Congreso del PCUS en 1956, pretendía rehabilitar a las grandes figuras del movimiento revolucionario. Pero la rehabilitación no había sido más que parcial y juiciosamente selectiva. Ciertamente, el ejército recuperó su honor, pero Jruschov tenía una deuda con respecto a él. Fueron los militares, en efecto, los que, en el momento difícil de la sucesión de Stalin, eliminaron a Beria y permitieron su ascenso. Aunque muchas figuras secundarias fueron rehabilitadas también,

grandes nombres de la oposición, y sobre todo Trotski, habían quedado en las sombras, mientras que Zinóviev y Kámenev eran evocados en términos muy poco halagüeños. El XXII Congreso, que en diversos aspectos acabaría de derribar la estatua de Stalin, sería también prudente hacia sus opositores más prestigiosos. Si entonces se trató el pasado con precauciones fue porque había que evitar romper el partido, sus verdades sucesivas, y lo que se denominaba *Partiinost*, el espíritu del partido. Las reevaluaciones de Jruschov cuidaban la autoridad del partido, que «siempre tenía razón». Sin duda, las pistas abiertas por Jruschov, el acceso a determinados documentos, permitieron a los historiadores occidentales escribir la historia de ese período. Bujarin, Rakovski, unos revolucionarios nacionales como Sultan Galiev o Jodzháyev, salieron de las sombras gracias a esas investigaciones, pero en la URSS prevalecía aún una cierta prudencia, y después de la caída de Jruschov en 1964, el silencio (e incluso los tabúes) volvió a imponerse.

La apertura autorizada y fomentada por Gorbachov permitió recuperar el estudio de esa historia trágica, la de las personalidades y conflictos de Stalin con sus rivales. Permitted también volver a abrir el expediente de Lenin, desvelar el carácter implacable del líder de la revolución, el vínculo existente entre el estalinismo y un leninismo hasta entonces considerado inocente del desarrollo posterior, e incluso demostrar quién fue el Lenin del final, un enfermo que perdía progresivamente la razón. La biografía de Lenin del general Volkogonov no habría podido existir sin la *glasnost*. También otros misterios se expusieron a la luz del día: el asesinato de Kírov en 1934, que dio la señal de partida para las purgas; la suerte de Beria en 1953: ¿fue estrangulado a la salida del Kremlin en el verano de 1953, víctima de un complot que reunió a sus rivales y a los jefes del ejército? ¿Fue detenido, juzgado de manera legal y ejecutado a finales de año? Los números de *Ogoniok* que trataban ese tema se vendían frenéticamente, y en todas partes se discutía ese pasado conocido hasta entonces solamente en la versión elaborada por el partido.

Ciertos temas históricos eran especialmente delicados porque se referían a las relaciones con pueblos de la URSS o incluso países hermanos. En el capítulo de las tragedias propiamente soviéticas hay que inscribir en cabeza la gran hambruna «organizada» en Ucrania por Stalin en 1932-1933 que, según los cálculos más serios, mató a cuatro millones de ucranianos, un millón de kazajos y dos millones de rusos. Hambruna que se había negado sistemáticamente y de la cual Stalin, cuando se evocaban prudentemente algunas «dificultades de

aprovisionamiento», había acusado a los propios campesinos ucranianos, «nacionalistas», como Skrypnyk, que sería «suicidado» en 1933, aunque el partido asegurase que fue él mismo el autor de su muerte. Todos los ucranianos, a pesar del silencio que se les había impuesto, habían vivido aquella tragedia, y seguía siendo una llaga abierta. La *glasnost* prohibía imponer durante más tiempo el silencio sobre aquel tema espantoso. Los ucranianos se dispusieron a tratarlo, arrancaron casi por la fuerza el derecho a acceder a los archivos, sobre todo locales, e interrogaron a los testigos supervivientes. Ciertamente, eran muy ancianos, pero sus recuerdos estaban muy vivos. Los niños de 1933 conservaban intacto el recuerdo de los cadáveres que cubrían los campos y de otros niños escondidos entre los arbustos, ocultándose de cualquier humano famélico que pudiera despedazarlos y devorarlos. Esta es una de las fuentes del terrible contencioso soviético-ucraniano que en 1991 se convertiría en ruso-ucraniano.⁴ Pero a finales de los años ochenta todavía el deseo de saber y de contar aquella increíble tragedia de todo un pueblo dominaba los espíritus.

Otras zonas en blanco, muy sensibles: el pacto germano-soviético y la masacre de Katyn. Sin duda, los ciudadanos soviéticos se habían quedado perplejos por el anuncio del pacto en agosto de 1939. Pero se les había presentado como una decisión indiscutible, impuesta por un entorno internacional peligroso y cuya necesidad nadie podía poner en cuestión. Sin embargo, el protocolo secreto y el reparto de Polonia entre la URSS y la Alemania nazi habían quedado en la sombra, así como la suerte prometida a los Estados bálticos. Después de 1945, la verdad oficial impuesta a todos era que los Estados bálticos se habían unido a la «patria de la revolución» por puro ardor revolucionario, y que Polonia, después de la guerra, había elegido libremente el mismo destino. Durante largo tiempo fue imposible poner en duda esa «verdad». En cuanto a la masacre de la elite militar y civil polaca en Katyn, el poder soviético la había imputado fríamente a las tropas nazis. En los juicios de Núremberg incluso había exigido que ese hecho fuera inscrito y juzgado en el capítulo de crímenes de guerra de los secuaces de Hitler. Pero les fue negado. Después de 1986, los polacos reclamaron a Gorbachov la apertura del expediente de Katyn.

Desde el principio de la *glasnost*, como se les animaba a que rellenasen las «zonas en blanco», algunos historiadores habían intentado estudiar de cerca esos dos temas; por el contrario, la reacción de Gorbachov se hizo esperar, y los archivos no se abrieron demasiado. Esos asuntos eran extremadamente

delicados, y debatirlos podía tener unas consecuencias graves, como demostraría el futuro. Gorbachov dudaba. Respondió con evasivas a un diputado estonio que, en el I Congreso de los Diputados del Pueblo en 1988, pidió la apertura de un debate en el seno del partido y del congreso sobre esta cuestión. Yakovlev, el pensador de la *perestroika*, amigo íntimo de Gorbachov, relata las evasivas con las que se contestó al diputado: «La respuesta fue que no se disponía del original del protocolo secreto».⁵ Gorbachov declaró que lo había buscado en vano por todas partes, al igual que Shevardnadze. Mentía. Leyendo las frases de Yakovlev, podemos comprender fácilmente la incomodidad o inquietud de Gorbachov y de los suyos ante lo que les parecía que podía ser una bomba de relojería. El 23 de diciembre de 1989, este presentó ante el II Congreso de los Diputados del Pueblo las conclusiones de la comisión a la que se encargó por fin, pese a algunas vacilaciones, que arrojara luz sobre el pacto. Yakovlev evocó en primer lugar el pacto mismo, que calificó de legítimo, respondiendo a los intereses de la URSS. En cuanto al protocolo, lo consideraba «amoral y jurídicamente infundado».⁶ En sus memorias, Yakovlev desvela al fin el secreto: ese protocolo no se había perdido ni mucho menos, sino que reposaba en «los archivos presidenciales, con el conocimiento de Gorbachov». «Lo mismo —añadía Yakovlev— ocurre con los documentos de Katyn. El Politburó juraba que no poseía nada, y Gorbachov callaba.» Cuando, después de la caída de la URSS, esos documentos concernientes a más de 13.000 asesinatos fueron entregados por Gorbachov a su sucesor, se constató que cada secretario general había puesto en el sobre que los contenía la mención «para guardar en secreto», firmada con su nombre. La primera mención estaba firmada por Stalin, y la última llevaba la firma de Mijaíl Gorbachov.

El clímax de la *glasnost* habría podido ser la reconciliación de la URSS con Solzhenitsyn, exiliado desde 1974 por Brézhnev después de haber sido amenazados de muerte él y su familia. Sin embargo, en 1962 Jruschov apoyó personalmente la publicación de *Un día en la vida de Iván Denisovich*, en la revista *Novyi Mir*. Pero esa tolerancia pertenecía a la época de Jruschov. Más aún que el contenido de sus escritos, era intolerable para el partido la postura de Solzhenitsyn, puesto que testimoniaba la tragedia soviética reivindicando una misión histórica: hacer oír al país y al mundo la voz de todos aquellos a los que el gulag había devorado. Desde entonces, *Archipiélago Gulag* llevó a través del mundo las voces de los torturados y olvidados. Pero la obra de Solzhenitsyn era también un análisis científico de un sistema de poder que reposaba sobre el

gulag, confundido con él, y que resultaba muy dañino para la URSS. El Premio Nobel había demostrado que, lejos de ser una creación de Stalin, el gulag se remontaba a los padres de la revolución, y por tanto era obra de Lenin. También zanjaba la cuestión, siempre debatida desde 1956, de la unidad del sistema soviético o de su perversión por un Stalin infiel al espíritu de Lenin. ¿Cómo sorprenderse de que, en el clima apasionado de la *glasnost*, hubiera surgido la cuestión de la publicación de los escritos de Solzhenitsyn a finales de 1986? La revista *Novyi Mir*, apoyándose en el hecho de que había dado a conocer al escritor en 1962, decidió hacer públicos *El pabellón del cáncer* y *El primer círculo*, prohibidos en la URSS. Esa publicación se creyó posible; se anunció incluso, y enseguida la prohibió el Glavlit, la autoridad censora. El debate duraría tres años. Solo en 1989 se levantó la prohibición y lo esencial de la obra, y sobre todo *Archipiélago Gulag*, exigencia constante de Solzhenitsyn, fue accesible para los lectores soviéticos. Gorbachov siguió manteniendo la discreción a propósito de este asunto en sus memorias, pero es cierto que, en los meses en que *Novyi Mir* y el Glavlit se enfrentaron, la *glasnost* se convirtió en un tema de crispación en el seno del partido, aunque nadie osara todavía atacarla frontalmente. El 14 de diciembre de 1986, Cherniaiev anotaba en su diario: «Había comenzado un proceso irreversible en la ideología. Solo podían detenerlo Yezhov o Beria». Y añadía: «Gorbachov puso a la elite intelectual en los puestos de vanguardia de ese combate». No provocar inútilmente un sobresalto conservador, tal era su preocupación, según ese colaborador próximo de Gorbachov. Por fin, no hay que olvidar tampoco que el *Gensek* tenía en el mismo momento otro frente abierto, el de la economía, y había lanzado una nueva consigna: *perestroika*.

Perestroika: de la economía a la revolución política

Que hiciera falta reformar la URSS y en primer lugar su sistema económico era algo que nadie dudaba. Apenas llegado al poder, Gorbachov lo había dicho, aunque su discurso fuera a veces difícil de desentrañar. El tema de la aceleración sugería la continuidad de fondo, más que un cambio radical. Pero diversas disposiciones, sobre todo las que hacían referencia al comercio mayorista, a la libertad de empresa industrial y después agrícola y, en definitiva, al papel del Estado en la vida económica, eran otros tantos cuestionamientos del sistema

existente. La posibilidad de que las empresas cooperasen con homólogos extranjeros (las *joint-ventures*) formaba parte también del catálogo de innovaciones anunciadas. La palabra *aceleración* se fue utilizando cada vez menos, antes de desaparecer definitivamente en el transcurso de 1987, mientras que la reemplazó la *perestroika*, es decir, «reconstrucción».

Ese nuevo lema no era inocente. En principio concernía a la economía, pero llevaba implícito un potente contenido político. Aflojar la sujeción del Estado sobre la economía suponía que el Estado cambiara también, que se inspirara en un principio que se honraba muy poco en la URSS: la democratización de la vida política, es decir, la evolución de todas las estructuras de poder, entre ellas el partido.

Así, el concepto de *perestroika*, bajo un exterior relativamente limitado (se trataba, en principio, de responder al desastre económico), condujo con total naturalidad a un cuestionamiento del conjunto del sistema, a la constatación de que hacía falta reformar o reconstruir el modo de gobierno, los ministerios y las administraciones. Y en ese punto estalló en pedazos la aparente unanimidad del Politburó en torno a la noción de *perestroika*.

El año 1987 fue particularmente difícil para Gorbachov, pero también estuvo lleno de rupturas que él mismo había provocado. Enseguida tropezó con las dudas de su primer ministro, Ryzhkov, que le planteó un problema sencillo: las reformas iniciadas, ¿eran compatibles con la planificación que había que preservar? Gorbachov mismo subrayó que la posición de Ryzhkov era incómoda. Estaba apegado a las reformas, empeñado en ponerlas en marcha, y era totalmente leal hacia el *Gensek*, pero estaba sometido a fuertes presiones por parte del Gosplán y de otras administraciones. Aunque no abandonó a Gorbachov, sus dudas le incomodaban. Y su confesión ante un Politburó todavía todopoderoso en 1987 ponía de manifiesto ante el país las disensiones de la clase dirigente. Gorbachov y sus pares estaban inquietos por las consecuencias políticas de la *perestroika*, porque habían comprendido que superaba de lejos el campo de la economía. Y se espantaban ante ciertas propuestas que juzgaban iconoclastas. A raíz de la asamblea plenaria del 27-28 de enero de 1987, ¿acaso Gorbachov no había propuesto cambiar radicalmente el modo de selección de los responsables locales y regionales del partido, y extender ese proyecto a los responsables de la administración y de las empresas?⁷ En último caso, eso iba en contra de toda la organización electoral de la URSS, que reposaba en la unidad de candidaturas y en un voto abierto. Sustituir la pluralidad de candidaturas y el

voto en papeleta secreta, en nombre de la eficacia y de la democratización, aunque el dominio de aplicación de ese modo de selección de cargos debiera seguir limitado, cuestionaba el conjunto del sistema político. Esa propuesta provocó un debate acalorado en el que Gorbachov tuvo que batirse en retirada parcialmente, aceptando que se contentasen con «experimentar» el proyecto en las elecciones locales previstas para junio de 1987 en un pequeño número de circunscripciones. Así reducida, la experiencia pasó casi inadvertida. Pero lo esencial era la idea anticipada, que no tardaría en ganar terreno: la posibilidad de modificar el sistema electoral suprimiendo la candidatura única de la cual el partido era amo y señor.

Aunque a menudo frenado en el interior, Gorbachov pudo desplegar sin entorpecimiento alguno una notable actividad internacional, sobre la cual volveremos más adelante. Publicó *Perestroika, una nueva forma de pensar para nuestro país y para el mundo*, donde exponía lo que era la *perestroika* relacionándola naturalmente con Lenin, «fuente ideológica de la *perestroika*». ¿Podía hacer otra cosa? Ahí proclamaba una certeza que su acción confirmaba: «La *perestroika* es una revolución que viene simultáneamente “desde arriba” y “desde abajo”».

Ese libro, aparecido en Moscú para el septuagésimo aniversario de la revolución y traducido inmediatamente en Estados Unidos y Europa, no era solo un alegato *pro domo*, sino un proyecto para el porvenir. Manifestaba también la voluntad de acallar las críticas internas apoyándose en el mundo exterior. Ese libro era un arma. Y Gorbachov, al identificarse con Lenin y reivindicar su herencia, quería privar a la facción conservadora de medios de contestación. Criticarlo a él equivaldría a criticar a Lenin.

Concibió la asamblea plenaria del Comité Central inaugurado el 21 de octubre de 1987 como la ocasión de imponer una nueva manera de pensar. Pero esa esperanza se vio decepcionada, ya que esa asamblea plenaria estuvo marcada ante todo por un cambio radical en el paisaje político: la aparición en primer plano de Boris Yeltsin. Así fue como se inició el enfrentamiento entre los dos hombres que duraría hasta la desaparición del sistema que los había engendrado y formado a ambos.

El cometa Yeltsin

La llegada de Yeltsin a Moscú, su promoción en el aparato dirigente de la ciudad y del partido habían sido, como ya hemos dicho, fruto de la voluntad de Gorbachov. Durante dos años, las relaciones entre los dos hombres, sin aproximarles demasiado, estuvieron en apariencia exentas de conflictos. Sin embargo, en su papel de responsable de la capital, Yeltsin desplegaba unas actividades poco habituales para un dirigente de su nivel. Se desplazaba a menudo en metro o en tranvía con el fin de verificar las condiciones de transporte ofrecidas a sus administrados. Entraba en las tiendas de alimentación, más deseoso de ver lo que era la vida real del soviético medio que de beneficiarse de todas las ventajas de un miembro de la nomenklatura de alto rango. Esas incursiones en el mundo «de abajo» irritaban al partido, ya que nadie ignoraba que Naina, la mujer de Yeltsin, poco adaptada al mundo de los privilegiados, le daba informes continuos sobre la realidad de una vida cotidiana de la que ellos estaban protegidos. Pero nadie había previsto el enfrentamiento que estallaría a raíz de la asamblea plenaria, y que adquirió las características de un ataque contra Gorbachov. Cherniaiev la resumía así: «1987 entraría en la historia como el año en el que apareció en el cielo de la *perestroika* un peligroso “objeto entonces no identificado”, Boris Yeltsin. Su actividad ruidosa, brusca, impregnada de demagogia en Moscú, no había convencido al Politburó para promocionarle desde el estatus de candidato al de miembro titular. Ofendido, Yeltsin intervino para criticar a Gorbachov».⁸

Cierto, este crudo resumen de las diferencias entre Yeltsin y Gorbachov parece excesivo, pero contiene un fondo de verdad. En efecto, Yeltsin pensaba que, a pesar del apoyo que le había proporcionado Gorbachov, este no escuchaba sus advertencias y sus consejos. Además, constatando que el Politburó no le ocupaba más que a medias, veía en ello la prueba de su falta de voluntad de reformar radicalmente el país. Después de la lectura del informe de Gorbachov en la asamblea plenaria, Yeltsin pidió la palabra. Le fue otorgada porque el *Gensek* lo quiso. Se lanzó entonces a una virulenta crítica de la *perestroika*, «mal conducida, construida sobre unas promesas falaces, como mejorar el nivel de vida en dos o tres años, y cuyo fracaso desorientaría a la población, arruinando su entusiasmo por el cambio». Más allá de la crítica a las reformas, Yeltsin insistió en las causas de su fracaso, en la falta de democracia, denunciando el poder excesivo de un solo hombre (Gorbachov, evidentemente), el retroceso de la colegialidad y un cierto culto de la personalidad. Yeltsin no se contentó con describir la *perestroika* y las faltas de la dirección del partido, sino que añadió

(¿a quién podría extrañarle?) una crítica sin concesiones contra los privilegios de los que gozaba la nomenklatura: «Me resulta difícil explicarle al obrero de una fábrica por qué, cuando se supone que tiene el poder desde hace setenta años, está obligado a hacer cola para comprar salchichas en las cuales hay más almidón que carne, mientras que nuestras mesas rebosan de esturión, caviar y manjares delicados, adquiridos sin problema alguno en los almacenes especiales donde el obrero, por su parte, no tiene derecho a entrar».

Esas frases sublevaron relativamente a una audiencia que, precisamente, disponía de esos privilegios y no se imaginaba quedar privada de ellos algún día. Desde hacía tiempo, los jerarcas del partido se irritaban mucho por lo que llamaban «la demagogia de Yeltsin», es decir, la atención que prestaba a la vida del hombre corriente. En efecto, había querido atraer en diversas ocasiones la atención de Gorbachov hacia la injusticia social que caracterizaba el sistema soviético, y le había hablado de su aversión ante esas prácticas. ¿Fue la aversión o una cierta lasitud lo que le empujó a extraer por sí mismo las consecuencias? A su manera imprevisible, declaró que no podía actuar en esas condiciones y pidió ser liberado de sus funciones en el Politburó y al frente del Gorkom de Moscú. Sobre ese último punto (el Gorkom), anunció que se sometería al juicio de la organización del partido de la capital. Su declaración fue acogida con gritos poco corteses y pullas. Gorbachov reaccionó con vehemencia, aunque intentando mantener un tono moderado: «¿Qué grado de vanidad y de presunción hipertrofiada hay que haber alcanzado para colocar las ambiciones personales por delante de los intereses del partido? ¿Acaso él [Yeltsin] había perdido hasta tal punto el sentido de la responsabilidad ante la historia, de la camaradería del partido, que no era capaz ni de respetar siquiera al Comité Central?». En aquella ocasión, Gorbachov se mostró particularmente agresivo. Cuando expresó su intención de abandonar las instancias dirigentes, Yeltsin pidió que las decisiones correspondientes a su estatus de presidente del comité de la ciudad de Moscú fueran remitidas a dicho comité. Y por eso, para Gorbachov (que había sabido verlo acertadamente) cuestionaba la autoridad de la instancia suprema del partido, el Comité Central: «Aquí nos encontramos ante un fenómeno nuevo —dijo—. ¿La organización del partido de Moscú va a pedir la independencia [...]? ¿No se ve en todo esto una declaración de guerra al Comité Central?».

Se comprende entonces con facilidad que el discurso de Yeltsin denunciando la incapacidad del partido para poner en práctica la *perestroika* e incluso desear su éxito, y el comentario que había hecho Gorbachov («Declara la

guerra al Comité Central») inflamasen los ánimos. Todos los participantes se enardecieron, no escatimando ni las críticas ni los insultos hacia Yeltsin. La asamblea plenaria acabó con su condena política («intervención políticamente errónea», se consignó en acta) y la remisión a una asamblea posterior de la decisión sobre su estatus.⁹ La asamblea siguiente tuvo lugar el 9 de noviembre, dos días después de que, en las ceremonias de la revolución, Yeltsin, todavía no expulsado, desfilara ante el mausoleo.

Pero el 9 de noviembre se organizó un buen lío. Fue expulsado del Politburó, después de haber perdido su cargo como presidente del Gorkom. Alejado de los puestos prestigiosos, no se quedaría sin embargo apartado de toda responsabilidad, y fue Gorbachov, una vez más, quien decidió que conservara alguna función en el gobierno. Poco después de su expulsión le ofreció el puesto de vicepresidente del Gosstroï (construcciones del Estado) con rango de ministro, pero con la prohibición de mezclarse en política. Yeltsin aceptó y, preguntándose por los motivos de esa relativa clemencia, concluyó que Gorbachov le necesitaba para imponer a su personaje. La distribución de primeros papeles en la escena política soviética quedaba de ese modo en un trío inseparable: Ligachov, el conservador; Yeltsin, el «batallador con tendencias izquierdistas», y el héroe principal, el sabio Gorbachov. Sin Yeltsin, no había oportunidad alguna de ocupar ese puesto centrista, apto para reconciliar todas las tendencias.

El análisis de las fuerzas políticas que hizo entonces Yeltsin lo corroboró Yakovlev. Este escribió que a finales de 1987, el partido, que hasta el momento había sabido disimular sus líneas de discrepancia y callar más o menos todas las oposiciones, estaba exponiendo ya sus conflictos en la plaza pública. Yakovlev distingue tres grupos ya perfectamente constituidos en la cumbre del aparato. En primer lugar, los partidarios de un cambio, pero cuya finalidad era reforzar en última instancia el monopolio del poder y de la ideología. Para ese grupo, simplemente había que corregir lo que había debilitado al partido y su reputación. Yakovlev asimila esa tendencia al proyecto fallido de Jruschov. A continuación, un grupo centrista inspirado por el Lenin de la NEP y de Bujarin, que quería modernizar la economía, salvaguardando al mismo tiempo el papel central del Estado. Por fin, los partidarios de una reforma radical, mezclando aspectos liberales y socialdemócratas, que querían cambiarlo todo, y rápido. Yakovlev reserva ahí un lugar especial para Yeltsin.¹⁰ En articular, por la violencia no disimulada de su oposición a Gorbachov. ¿No había llegado incluso

al extremo de atacar a Raisa, deplorando su mala influencia en el líder del partido? Yakovlev analiza muy atentamente las frases de Yeltsin, sus dudas quizá, su exigencia de rehabilitación en la XIX Conferencia del PCUS. E insiste en un recorrido que no siempre fue rectilíneo, a menudo incomprendido, sobre todo por Gorbachov, pero que le confería, según su opinión, el derecho moral de colocarse a la cabeza del frente de oposición a Gorbachov.¹¹

En 1987, la situación no estaba tan dividida, y Gorbachov todavía tenía al partido bajo su control. Pero Yakovlev, igual que Cherniaiev, supieron ver acertadamente que se había producido una ruptura en el paisaje político que existía hasta 1987. El duelo que marcaría el final de la vida política de Gorbachov y le arrastraría a su derrota había comenzado ya en toda regla. Sin duda, el partido, en su cumbre, estaba compuesto por aquel entonces (como había ocurrido siempre) por facciones, ambiciones y puntos de vista opuestos, pero hasta 1987, todo ello seguía dándose de una manera imprecisa y variable. Después de esa fecha, la fluidez política desapareció y Gorbachov se encontró en manos de una oposición diversa y bien fijada. Yeltsin no abandonó el tablero de juego porque, a pesar de las apariencias y a pesar del puesto de segunda categoría que supuestamente lo apartaría de la política y donde Gorbachov pensaba haberlo confinado, ya se preparaba para representar primeros papeles. Pero primero dejemos lugar a las oposiciones que apuntaban directamente a la *perestroika*.

Nina Andreieva, el arma fatal de los conservadores

El 13 de marzo de 1988, *Sovetskaia Rossia* publicaba una carta firmada por Nina Mijailovna Andreieva, profesora de química en el Instituto de Investigación de Leningrado. Titulada «No puedo transigir con los principios», esa carta era una acusación implacable contra los efectos de la política adoptada en 1985. La *glasnost*, exponía nada más empezar, suponía la discusión de problemas «sugeridos» por las radios occidentales o por ciertos compatriotas poco seguros en su comprensión de los fundamentos del socialismo. Y empezaban a llover las críticas. ¿Por qué no invitar a la juventud (Nina Andreieva era, no lo olvidemos, profesora: hablaba de las reacciones de los alumnos) a ver la historia de una manera nueva? Pero el resultado, escribía, era que se acusaba a Stalin de haber llevado a Hitler al poder, que el dramaturgo Shatrov deformaba el papel de Lenin

en la revolución, e imputaba a Stalin haber aislado a un Lenin disminuido por la enfermedad antes de asesinar a sus colegas del Politburó. Romper la imagen del constructor del socialismo tenía como consecuencia debilitar el país, desorientar a la juventud, privarla de su historia. Era, según decía Nina Andreieva, «cosmopolitismo a lo Trotski».

Pronto surgió la cuestión: ¿quién era esa desconocida cuya carta abrió una polémica que apasionó a los lectores y dividió al partido? ¿Existía de verdad? ¿Era solo un testaferro? La evidencia se impuso: Nina Mijailovna existía de verdad, enseñaba en Leningrado, y la fuerza de su llamamiento hizo que no pasara inadvertida. La prensa se implicó. El 5 de abril, el *Pravda* publicó un vigoroso contraataque no firmado. Un editorial (ya que de eso se trataba) jamás lleva firma, y por tanto nadie dudaba de que fuera obra de un portavoz del periódico, a su vez portavoz del Comité Central. Al cabo de un tiempo, *Sovetskaia Rossia* se entregaría a un *mea culpa* asegurando no suscribir en absoluto las ideas de Nina Andreieva. Sin embargo la polémica no se detuvo, y en el partido se planteó la cuestión: ¿quién se esconde detrás de Nina Andreieva? La respuesta casi se imponía: Ligachov, que desde hacía meses estaba dando la voz de alarma, clamando que la *glasnost* no era inocente de las dificultades del partido, cuya autoridad estaba erosionando. Gorbachov sabría sacar ventaja de esa crisis. Las frases excesivas de Nina Andreieva chocaban, y el partido la desautorizó. En abril, al reunirse con los primeros secretarios de las repúblicas y las regiones, y debatiendo con ellos las tesis de Nina Andreieva (sostenidas, en aquel grupo de más de ciento cincuenta personas, por algunos partidarios fervientes), Gorbachov concluyó: «Nina Andreieva nos llama a un nuevo 1937 [el apogeo de las grandes purgas]; ¿es eso lo que queréis?». Así planteada, la cuestión requería evidentemente una respuesta negativa y la confirmación del apoyo a Gorbachov.

Con gran sensatez política, Gorbachov decidió aprovechar su ventaja para probar una nueva organización de la relación Estado-partido al nivel de los sóviets, proponiendo reunir a todos los niveles las funciones de primer secretario del PCUS y presidente del Sóviet, este último puesto sometido a elección. Gorbachov veía una doble ventaja en este sistema: las elecciones darían una verdadera legitimidad a los responsables del partido, y la fusión de ambas funciones sería un medio de deslizar suavemente el poder hacia los sóviets. Esa

idea debía someterse a la aprobación de la XIX Conferencia del PCUS, para la cual se preparaba Gorbachov, y que según esperaba debía modificar radicalmente la naturaleza y los mecanismos del poder.

La modernización política y la democratización no eran esta vez palabras vanas. Pero para obtener todas las ventajas de esa conferencia había que cortar también las ramas muertas del aparato. Gromiko fue el primero en pagar las consecuencias. En el curso de una asamblea plenaria reunida a toda prisa, justo después de la conferencia del partido, se le rogó que se retirase, cosa que no pensaba hacer de momento, y que suponía un movimiento importante, al término del cual Gorbachov se convertiría en jefe de Estado... decisión que había rechazado en 1985. Pero en la primavera de 1988, solo contaba para él la conferencia del partido: esta le permitiría rediseñar el poder.

La XIX Conferencia del PCUS: hacia el multipartidismo

Mijaíl Gorbachov esperaba utilizar la conferencia del partido para hacer tambalear realmente el sistema político y reducir al silencio a los conservadores, siempre arrogantes. La conferencia siempre fue un momento importante de la vida del partido, y su estatus la situaba inmediatamente detrás del congreso. ¿Podemos olvidar acaso que la XVI Conferencia, reunida en abril de 1929, aprobó (y por tanto permitió) el lanzamiento del primer plan quinquenal, que abrió la vía al estalinismo integral? A partir de la primavera de 1988, Gorbachov había empezado a preparar el partido para las propuestas que iban a reducir su función en la vida política del país, suscitando así unas inquietudes que había decidido ignorar. Ante todo estaba preocupado por un problema nuevo: ¿qué miembros del partido debían ser delegados en la conferencia? Las reglas de la representación todavía no habían cambiado: una de las tareas de la conferencia sería fijar unas nuevas. Mientras esperaban, las instancias del partido, las células de base, seguirían conservando la responsabilidad de la elección de sus candidatos, que los niveles superiores debían confirmar a continuación. Gorbachov reclamaba con vehemencia que se eligiera a «perestroikistas» fieles a la línea defendida oficialmente por el partido, pero tuvo que constatar rápidamente que ese ejercicio resultaría muy difícil. Sobre el terreno, la base del partido a menudo estaba abierta a los llamamientos de Gorbachov; a nivel regional, donde reinaba una nomenklatura apegada al *statu quo* y preocupada por

defender sus intereses, los responsables no dudaban en prescindir de los votos de la base y sustituirlos con sus propios candidatos, hombres supuestamente mejor elegidos y «más seguros». Hubo un gran número de manipulaciones de ese estilo, que algunos años antes habrían pasado inadvertidas. Pero la *glasnost* animaba a los electores de base víctimas de esas prácticas a alertar a la opinión pública y a la prensa, y llamar en su socorro a las grandes figuras intelectuales. Las columnas de los periódicos se llenaron entonces de quejas y de propuestas exigiendo que el sistema electoral se transformase, o al menos que se recondujeran esas prácticas. Una propuesta se repetía mucho: aplazar la conferencia a una fecha indeterminada.

A pesar de esas peticiones insistentes, Gorbachov, que compartía la inquietud del ala reformadora, se mantuvo firme sobre la fecha de la conferencia, pero decidió presentar al Comité Central a partir del 23 de mayo los documentos o tesis de la conferencia y hacerlos aprobar y publicar en el *Pravda* el 27 de mayo para que el país estuviera informado y no fuera posible echarse atrás. Esos textos provocaron de inmediato un debate muy vivo en el seno del partido y, sobre todo, la sociedad se apropió de él. Los proyectos que se iban a presentar en la conferencia se comentaban con pasión. Se manifestó en todas partes una participación popular de una amplitud inédita, en los lugares de trabajo, ante los muros donde se pegaban las tesis, una especie de dazibao a la soviética, en las universidades, en todos los lugares públicos, y esas discusiones públicas prosiguieron durante los debates del partido.

La XIX Conferencia del PCUS se celebró en el Palacio de Congresos del Kremlin del 28 de junio al 2 de julio, y reunió a 5.000 delegados. Su programa era impresionante: creación de un Estado de derecho, separación de los papeles del partido y del Estado, elección de un jefe de Estado por un Congreso de Diputados del Pueblo.¹² Por primera vez en la historia soviética, un gran número de diputados serían elegidos fuera del control del partido... cosa que era verdaderamente revolucionaria.

Al presentar su proyecto, Gorbachov, que justo entonces parecía seguir dudando entre un cierto conservadurismo (¿no era ese el reproche que le había hecho Boris Yeltsin?) y una voluntad radical de innovar, no disimulaba lo esencial: quería cambiar el sistema político de arriba abajo. Más adelante diría que había concebido el programa de la conferencia como «un fusil de un solo disparo», del cual saldría por fin la reforma política que haría irreversible la *perestroika*. La política estaba en el corazón del proyecto y dirigía el resto, y

particularmente la reforma económica. Se había reprochado bastante a Gorbachov que dudase en definir sus prioridades: ¿reforma económica o política? La XIX Conferencia respondería a ese reproche. La discusión que siguió al informe de Gorbachov fue ciertamente una de las más abiertas que el partido hubiera conocido desde las asambleas de principios de la revolución. Partidarios del cambio total y partidarios de la prudencia, como por ejemplo de las tesis de Nina Andreieva, se expresaban sin contención, y mucho más intensamente dado que sabían que sus compatriotas y electores estaban a la escucha. La totalidad de los debates, en efecto, se retransmitió en directo por radio y por televisión, y el país entero vivía siguiendo el ritmo de la conferencia, como si hubiera asistido a ella.

Una vez más, Boris Yeltsin causó sensación. Tomó la palabra el 1 de julio, no como delegado de Moscú, ni tampoco de Sverdlovsk, sino como representante de la pequeña República de Carelia, donde quizá no había puesto los pies jamás antes de que esta decidiera enviarle en su nombre a la conferencia. Para conseguir el estatus de delegado había tenido que entregarse a una verdadera carrera de obstáculos.

En primer lugar probó en organizaciones de base en Moscú, después en empresas de Sverdlovsk, sobre todo Uralmash, y en todas partes el aparato del partido finalmente lo había apartado. Por eso tuvo que volverse hacia una organización de Petrozavodsk con el fin de ser elegido y conseguir entrar en la conferencia. Contaba en sus memorias que su participación en nombre de una pequeña delegación casi periférica le había hecho difícil el acceso a la tribuna. Los delegados de Carelia, en efecto, estaban sentados en el palco, y eran casi invisibles desde el Presídium de la conferencia. Para conseguir hacerse oír, Yeltsin, según aseguraba él mismo —y muchos testimonios lo confirmaban—, tuvo que forzar la suerte, abalanzarse sobre la tribuna y casi tomarla por asalto. Una vez alcanzado ese objetivo, se mostró imparable, y según su costumbre, sorprendente, incluso desconcertante. Si bien afirmó su apoyo a la *perestroika*, subrayó de entrada las insuficiencias que presentaba, sin atacar directamente al partido. Esa intervención, que apuntaba justamente a las debilidades y los retrasos de las reformas, acabó con una nota extraña. Después de haberse batido con Gorbachov, Yeltsin abandonó de repente, pidiendo al partido que borrara su condena decidida por la asamblea plenaria de 1987 y lo rehabilitase.

Ese llamamiento a la clemencia desencadenó, en un auditorio hasta entonces moderado, una avalancha de intervenciones críticas y sobre todo

injuriosas. Ligachov, que se colocaba —como había hecho durante toda la conferencia— como portavoz de un partido razonable, fiel a sus principios, se mostró particularmente violento, acusando a Yeltsin, caóticamente, de demagogia, de suficiencia y de incompetencia. Gorbachov puso punto final a esa polémica condenando de manera irrevocable las frases de aquel que aparecía como su principal adversario. Yeltsin escuchaba, petrificado, sin intentar reaccionar. Al final de la conferencia se podía pensar que su destino estaba sellado. Las propuestas de Gorbachov se habían adoptado, y nadie había osado defenderlo en lo que fue un auténtico proceso de acoso y derribo. Es cierto que durante un breve momento hubo un alegato de un delegado de Sverdlovsk, Volkov, pero enseguida el primer secretario de la región, Bobikin, le contradijo, asegurando que la delegación de Sverdlovsk reprobaba unánimemente sus frases imprudentes.

Tras esta última sesión Yeltsin se hundió físicamente, ofreciendo al partido la imagen de un hombre cuya degradación física confirmaba su deterioro político. Frente a un Gorbachov triunfante que, a pesar de sus oposiciones, había impuesto su punto de vista e iba a poder construir el porvenir, Yeltsin encarnaba, el 2 de julio, la derrota. El duelo iniciado en 1987 parecía terminado. Y, sin embargo...

Las resoluciones de la XIX Conferencia del PCUS debían ponerse en práctica inmediatamente: reorganización del partido teniendo en cuenta el reparto de responsabilidades con los sóviets, cambio constitucional y preparación de la reunión del Congreso de los Diputados del Pueblo, cosa que implicaba unas elecciones en otoño y la elaboración de una nueva legislación electoral. Finalmente, la conferencia había decidido también crear un puesto de presidente del Sóviet Supremo dotado de un poder real. El 1 de diciembre de 1988 se publicó la ley que revisaba y completaba la Constitución. Esta trataba de los sóviets, del Congreso de los Diputados del Pueblo y del Sóviet Supremo (capítulo 12, artículos 89 a 93), y de la verdadera revolución del sistema electoral (capítulo 13, artículos 95 a 100). Ese nuevo sistema se apoyaba en el sufragio universal directo con papeleta secreta. La parte más importante del texto estaba consagrada al Congreso de los Diputados del Pueblo, que debía estar compuesto por 2.250 miembros: 750 representaban las circunscripciones territoriales, según la parte proporcional de los electores; 750 representaban las circunscripciones nacionales-territoriales, a razón de 32 diputados por república

nacional, 11 por república autónoma, 5 por región autónoma y 1 por distrito autónomo; por fin, 750 representaban a las organizaciones sociales, que eran las únicas que no podían escapar a las estructuras de control tradicionales.

Las resoluciones de la conferencia y la ley de diciembre confirmaban que Gorbachov había tenido éxito a la hora de imponer su punto de vista: hacer derivar suavemente el poder del partido hacia los sóviets. Quedaban por aplicar esos textos. Antes de todo, había que poner en orden la cumbre del partido, ya que todavía no estaba desposeído de su poder, salvo en proyecto, y no pensaba renunciar a él. El 30 de septiembre, dos meses después de la conferencia, una asamblea plenaria decidió, a petición de Gorbachov, algunos cambios personales. No era cosa sencilla, ya que todos los titulares de cargos se sabían amenazados por la reducción que procedería del área de autoridad del Comité Central.

La primera víctima de la remodelación fue, como hemos visto, Gromiko. Para evitar la humillación de una expulsión, pidió por sí mismo (evidentemente, le habían incitado) que le retirasen, invocando la edad y la fatiga. Gracias a ello consiguió una retirada gloriosa, si creemos las frases calurosas de Gorbachov. El 1 de octubre, a raíz de una sesión extraordinaria del Presídium del Sóviet Supremo, Gorbachov fue elegido presidente.

Desde hacía unos cuantos meses, Ligachov no disimulaba ya su hostilidad hacia los cambios.¹³ En 1988 había sido cesado en el Departamento Ideológico del Politburó y había recibido como misión ocuparse de la agricultura. Gorbachov quería nombrar a Yakovlev para ideología, pero, ante las críticas punzantes de los conservadores, le confió las relaciones internacionales, mientras que la ideología fue a parar a Vladimir Medvedev, capaz, pensaba él, de mantener un equilibrio entre tendencias opuestas.

Otro nombramiento significativo: Boris Pugo, líder del partido de Letonia, que fue colocado al mando del comité de control del PCUS. Esa elección se juzgó pertinente en el momento, pero tres años más tarde, a la hora del golpe de Estado, Gorbachov lo lamentaría amargamente. También fue desafortunada la elección de Vladimir Kriuchkov. El juego de las sillas musicales había enviado ya a Viktor Chebrikov, director del KGB, al secretariado del partido, para maquillar allí el nuevo departamento de derecho, y Kriuchkov le reemplazó en la dirección del KGB. En 1991 se reencontraría con Pugo en el bando de los golpistas.

Aunque tuvo muchos problemas para llevar todo ese combate interior,

Gorbachov se sirvió de la talla internacional que había adquirido desde 1985 para cambiar radicalmente la línea de política extranjera y la imagen del país fuera de sus fronteras. Después de años de enclaustramiento y de hostilidad frente al resto del planeta, la URSS de Gorbachov se había abierto al mundo. Esa revolución fue más radical aún que la que anunciaba la XIX Conferencia, y sus consecuencias sobre la política interior de la URSS fueron considerables.

El éxito que obtuvo Gorbachov en la XIX Conferencia sobre su adversario Yeltsin y sobre las tesis conservadoras nos ha hecho olvidar que fue en el curso de la conferencia cuando aparecieron los elementos precursores de la crisis nacional venidera y del desmembramiento de la Unión Soviética.

El 1 de julio de 1988, la conferencia adoptó una resolución «sobre las relaciones entre naciones» que anunciaba la reforma del sistema federal sobre la base de una visión más igualitaria de los derechos de todas las entidades: repúblicas, repúblicas autónomas y regiones autónomas... El objetivo era «seguir los principios enunciados por Lenin», y gracias a ello, reducir los particularismos nacionales, el aislacionismo en el marco nacional, y reorganizar las relaciones entre naciones para favorecer su progreso económico. Esa resolución recuperaba los términos del discurso del XXVII Congreso. Pero al adoptarla, el partido demostraba que no había prestado atención a lo que había expresado la delegación de Estonia. Esta había reclamado con insistencia una mayor autonomía de gestión, una revisión constitucional que reequilibrase las relaciones entre centro y periferia con el fin de «dar a las repúblicas federadas posibilidades reales de participar en la vida internacional, establecer relaciones independientes con los países extranjeros y tener representación en los organismos internacionales». Y finalmente, la delegación de Estonia exigía asimismo el derecho a desarrollar vínculos con los Estados donde vivían diásporas próximas a las repúblicas federadas.¹⁴

En suma, las reivindicaciones de la delegación estonia eran muy concretas y ajenas a la prudencia verbal y de fondo del discurso de Gorbachov. Planteaban la cuestión de una auténtica soberanía de las repúblicas en el interior de la Federación, que esa delegación todavía no contestaba.

La indiferencia del partido a ese discurso, que no se notó demasiado fuera de las fronteras soviéticas, tuvo sin embargo consecuencias considerables. La voluntad de alcanzar una auténtica soberanía expresada por los estonios era el

toque de difuntos para el sistema federal. Habiendo extraído enseñanzas de la indiferencia del Kremlin, el Sóviet Supremo de la República de Estonia votó el 16 de noviembre de 1988 tres textos: una declaración, una resolución y una ley. La declaración afirmaba el principio de la *soberanía* de la República de Estonia. La ley adoptada el mismo día ratificaba esa soberanía y completaba la Constitución de la República de Estonia.¹⁵ Tallin lanzaba así un desafío al Kremlin y a Gorbachov, definiendo su concepción de la soberanía y exigiendo que las leyes fundamentales de la URSS se revisaran y se pusieran de acuerdo con las leyes de Estonia. Al hacer esto, los estonios habían dado un gran paso con relación a su declaración ante la XIX Conferencia. En julio exigían un cambio que esperaban de Gorbachov. Seis meses más tarde tomaban la iniciativa del cambio, invitando a Gorbachov a adaptarse a una situación nueva. La respuesta no se hizo esperar. El 26 de noviembre, el Presídium del Sóviet Supremo de la URSS publicaba un texto firmado por su presidente, Gorbachov, que afirmaba la incompatibilidad de las posturas inscritas en la Constitución estonia sobre la reforma de la soberanía con las leyes soviéticas, teniendo estas siempre primacía sobre las constituciones de las repúblicas.¹⁶

Sin duda, el tono de la reacción del Kremlin fue moderado, y ese cambio impulsó a Gorbachov a comprometerse por la vía de una reforma de la Federación, aunque sus proyectos se revelasen confusos e insuficientemente adaptados a una situación que evolucionaba con mucha rapidez. Sin embargo, esa respuesta no bastó para desarmar a los estonios, decididos a mantenerse firmes en sus posturas. Incluso, por el contrario, animó movimientos similares en los otros dos Estados bálticos al principio, y después contribuyó a pavimentar la vía para un «desfile de soberanías» que en el plazo de tres años pondría fin a la URSS. Si hay un dominio en el cual la vigilancia y las intuiciones de Gorbachov resultaron ser deficientes, ese fue el de las relaciones entre naciones. Ciertamente, el XXVII Congreso había planteado el problema nacional, las crisis que agitaron entre 1986 y 1989 Asia Central y el Cáucaso suscitaron reacciones del centro —a menudo inadecuadas o insuficientes—, pero a ese respecto, la XIX Conferencia marcó el fin de un período, aquel en el cual la iniciativa en el dominio nacional pertenecía todavía a Gorbachov. Sin querer reescribir la historia, debemos interrogarnos sobre ese momento en que la negativa o incluso la incapacidad de oír la voz de la delegación de Estonia tuvieron inmensas consecuencias. ¿Estaba ya todo decidido en aquel preciso momento? ¿O bien podemos imaginar que, si se hubiera tratado con consideración a los estonios en

julio de 1988, unos meses más tarde no habrían adelantado la tesis radical de la «soberanía estonia», cuyos ecos no acabarían de resonar nunca en toda la periferia de la Unión Soviética? Aunque es imposible responder a esta pregunta e imaginar otra vía para la evolución nacional de la URSS, resulta incontestable que el desprecio que acogió las declaraciones de los estonios llevó consigo una ruptura y, a corto plazo, el desmembramiento de la URSS.

Capítulo IV

Acabar con la guerra fría

En cuanto llegó a ser secretario general, Gorbachov manifestó un gran interés por el dominio internacional. Si destituyó a Gromiko de su puesto de ministro de Asuntos Exteriores fue porque lo consideraba desgastado, incapaz de encarnar y de conducir una política distinta a aquella que había debilitado a la URSS, sobre todo con la guerra de Afganistán. Quería a su lado a un ministro capaz de ver el mundo con ojos nuevos para elaborar una nueva política. Y eso explica el sorprendente nombramiento de Edvard Shevardnadze. Este le puso en guardia e insistió en su incompetencia total en ese terreno. Pero Gorbachov no quiso escucharle. Se rodeó de una especie de guardia cercana, compuesta de consejeros experimentados en política internacional y que —lo sabía perfectamente— compartían sus puntos de vista.

En primer lugar estaba Alexander Yakovlev, que había adquirido, durante los años que pasó en Canadá como embajador, una gran familiaridad con el mundo norteamericano y sus prácticas internacionales. Y también Anatoli Cherniaiev, que en 1985 trabajaba en el departamento internacional del partido en calidad de adjunto a Boris Ponomarev. Se uniría a ellos también un brillante especialista en relaciones internacionales, responsable durante largo tiempo de los actos del partido para la juventud en Budapest, y que sería considerado en los años de la *perestroika* como una de las estrellas en ascenso de la galaxia Gorbachov: Andréi Grachov. Participaban también en ese grupo de expertos el reputado especialista en Estados Unidos, Guiorgui Arbatov, un gran conocedor de Alemania, Valentin Falin, y Georgy Shajnazarov, que con una pasión insaciable respondía a todas las preguntas sobre política exterior e interior que preocupaban al nuevo secretario general.¹ Ese pequeño grupo de fieles ayudó a Gorbachov a poner a punto sus ideas. Le preparaban y releían sus discursos y le suministraban información.

Sin duda, Gorbachov tenía ya cierta experiencia del mundo exterior. Su viaje a Gran Bretaña en 1984 le había llevado a reflexionar con respecto al lugar de ese país en Europa y en el mundo.² Y al dirigirse al Parlamento de Gran Bretaña, declaró: «La era nuclear impone la concepción urgente de una nueva política». Las grandes líneas de su acción futura —Europa, la carrera armamentística, un nuevo modo de relacionarse entre Estados en la era nuclear... — estaban ya presentes en aquella declaración que causó gran revuelo. ¿Cómo asombrarse entonces de que su primer viaje oficial, en 1985, tuviera como escenario Francia? Él personalmente había recorrido larga y libremente toda Francia en 1977 con Raisa; había comprendido bien el papel de ese país en Europa y, además, conservaba un recuerdo muy feliz de su visita.

Sin embargo, en 1985, las relaciones franco-soviéticas no estaban en el mejor momento. Polonia y Afganistán a menudo habían movilizado a los manifestantes franceses contra la URSS. Las expulsiones de espías y de diplomáticos en 1983 había enrarecido el clima considerablemente. El Kremlin sentía también pocas simpatías por la potencia de asalto francesa, y tenía la impresión de que la hostilidad sistemática de los medios de comunicación y la sociedad hacia la URSS era compartida por el gobierno socialista y las fuerzas políticas de derechas. No obstante, la visita de Gorbachov fue un éxito. Primero personalmente, ya que la pareja Raisa-Mijaíl resultaba seductora. Raisa visitaba a los grandes modistos, aplaudía la elegancia francesa y se mostraba muy atenta a la cultura de Francia, haciendo saltar en pedazos ese tópico habitual que retrataba a los soviéticos como «poco civilizados». La libertad del tono de Gorbachov en sus conversaciones con la prensa fue uno de los elementos de su éxito, lo mismo que el tema de la «casa común europea» que desarrolló en una conferencia de prensa. En el aspecto práctico, los resultados del viaje fueron escasos, pero Gorbachov aprobó con brillantez en Francia su entrada en la escena internacional.

Mucho más difícil sería el diálogo con el presidente Reagan, poco dispuesto a entenderse con el «imperio del mal». Tampoco era demasiado proclive a responder a los llamamientos de Gorbachov a la reducción de armamentos nucleares.³ En noviembre de 1985, sin embargo, un primer encuentro Reagan-Gorbachov en Ginebra permitió al nuevo jefe de la URSS expresar con vehemencia su hostilidad a la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), y después su deseo de ver abandonada esa iniciativa con el fin de permitir una mejora del clima internacional. El presidente Reagan hizo oídos sordos, aunque estuvo de

acuerdo en que unas reuniones más frecuentes podrían contribuir al progreso de las negociaciones sobre las armas nucleares, y que era necesario debatir sin demora sobre la prohibición de armas químicas. Gorbachov no volvió a Moscú con las manos vacías, pues. Obtuvo pocos compromisos firmes, pero sí consiguió establecer un contacto relativamente apaciguado. También había aprovechado aquel encuentro para asegurar —y quizá convencer— al presidente estadounidense, en el curso de su larga charla, de su intención de salir lo antes posible del atolladero afgano.

Apoyándose en ese éxito relativo, Gorbachov publicó el 15 de enero de 1986 lo que llamaba un «documento programático» para la liquidación de las armas nucleares en el mundo para el año 2000.⁴ En ese plan, que traducía sus esperanzas, las dos grandes potencias nucleares se comprometerían a liquidar las fuerzas nucleares intermedias desplegadas en Europa y sus armas nucleares estratégicas. Para estas últimas, la operación se realizaría en dos fases, con el fin de que hubiesen desaparecido totalmente a finales del siglo xx. Y Gorbachov contaba con que Estados Unidos renunciara a la IDE.

Esa iniciativa de la que tan orgulloso estaba Gorbachov irritó de tal modo a Washington que se desencadenó de inmediato una nueva campaña contra el «imperio del mal»: se denunció insistentemente su «hipocresía pacifista», cuyo único objetivo era «desarmar al mundo». Con prudencia, los aliados de Estados Unidos se abstuvieron de comentar la declaración del 15 de enero, e incluso de hacer hincapié en ella. En definitiva, solo hizo ruido en Moscú y en el bloque socialista.

Sin embargo, Gorbachov no renunció a la idea de que había que cambiar el mundo. En mayo de 1986 reunió al ministro de Asuntos Exteriores y a todos los embajadores soviéticos y la elite diplomática residente en Moscú con el fin de presentar su programa y expresar su intención de adaptar las instituciones soviéticas encargadas de las relaciones internacionales a esa nueva concepción del mundo y a unos procedimientos innovadores.⁵ Sin dejarse desanimar por la acogida glacial que había tenido su plan de desnuclearización, Gorbachov continuó, imperturbable, su ofensiva de encanto. El 11 de junio de 1986, los países del Pacto de Varsovia —cuya dependencia de Moscú era total— propusieron a la OTAN una reducción por etapas de las fuerzas convencionales desplegadas en Europa y la destrucción total de las armas nucleares a corto plazo. Ya un año antes, en el curso de una conversación con Willy Brandt, Gorbachov había adelantado la misma propuesta.

Pero su prioridad era reanudar un verdadero diálogo ruso-estadounidense. Multiplicó así los avances y las propuestas, y consiguió que se celebrara una cumbre en Reikiavik el 11 y 12 de octubre de 1986. Esa cumbre se vio marcada por la misma incompreensión mutua que había conducido al fracaso parcial del encuentro de Ginebra. Teniendo en cuenta la experiencia pasada, Gorbachov proponía una reducción de los euromisiles y los misiles balísticos intercontinentales, tema que Reagan aceptaba al menos discutir. Pero el diálogo se volvió a bloquear en cuanto se puso sobre la mesa la cuestión de la IDE, que el presidente de Estados Unidos se negó a debatir. La rechazó obstinadamente: Estados Unidos jamás detendría las investigaciones sobre la IDE. Mientras Reagan se subía al avión que volvería a llevarle a Washington, Gorbachov hizo frente a los periodistas del mundo entero que aquella cumbre tan importante había atraído a Islandia. Y ante el asombro general, mientras George Schultz, secretario de Estado estadounidense, acababa de decir a la prensa que el encuentro había sido un fracaso, Gorbachov declaró tranquilamente que «la cumbre no había sido un fracaso, sino un avance» que abría la vía a otros progresos. El optimismo de Gorbachov podía hacer sonreír, pero testimoniaba su voluntad de encontrar una salida a una cuestión que amenazaba, según su punto de vista, el porvenir de los pueblos.

El año 1987 le permitiría efectuar algunos «avances decisivos». A partir del 28 de febrero propuso a Reagan un plan cercano a la «opción cero» que el propio Reagan había avanzado en 1981. Se trataba en esta ocasión de un acuerdo de desmantelamiento de los misiles de alcance intermedio (de 1.000 a 5.000 kilómetros) que se realizaría en cinco años. La acogida de Washington fue tan favorable que los negociadores rusos y estadounidenses reunidos en Ginebra propusieron algunos días más tarde a sus gobiernos respectivos un plan llamado «opción doble cero», previendo un desmantelamiento completo que incluía los misiles de corto alcance (de 500 a 1.000 kilómetros). A partir de entonces se sucedieron las propuestas, creando un clima propicio a una negociación seria que se concretaría a raíz del viaje de Gorbachov a Washington del 7 al 10 de diciembre. El 8 de diciembre se firmó un acuerdo histórico. El acontecimiento fue considerable: era el primer acuerdo de desarme de la era nuclear. Las dos superpotencias se pusieron de acuerdo para eliminar los misiles de alcance intermedio y corto. Sin duda, para cumplir su objetivo, Gorbachov había «olvidado» muchas de sus exigencias. Se proseguirían los estudios sobre la IDE y los arsenales nucleares franceses y británicos no se tendrían en cuenta.

Finalmente, el problema de las verificaciones que había producido auténticas batallas en Reikiavik se regularía como deseaban los estadounidenses, aceptando la URSS que intervinieran en su suelo observadores extranjeros.

Lejos de ser vanos, esos sacrificios permitían un progreso general de las discusiones sobre desarme. El 9 de marzo de 1989 se inauguró en Viena una conferencia sobre la reducción de fuerzas convencionales en Europa y sobre el establecimiento de medidas de confianza entre ambas alianzas. Fue un éxito personal para Gorbachov, que había conseguido obtener esa negociación. Tres meses antes, el 7 de diciembre de 1988, cuando acababa de reunirse en Nueva York con el presidente Reagan y su sucesor George Bush, recién elegido, se dirigió a las Naciones Unidas. Expuso allí el «nuevo pensamiento político» de su país, proclamando que los conflictos no debían resolverse mediante enfrentamientos peligrosos para el conjunto del mundo, sino pacíficamente en el marco de la ONU.

Mediante esas iniciativas obstinadas, Gorbachov consiguió forjarse la imagen de *hombre de paz*. Los dirigentes occidentales le dieron la bienvenida, y se planteó incluso la idea de concederle el Premio Nobel de la Paz. El mito del «imperio del mal» no sobrevivió a la voluntad encarnizada de Gorbachov de promover un mundo nuevo.

Afganistán tuvo un peso duradero en la desastrosa reputación de la URSS, tanto como en su situación interior. Apenas llegado al poder, Gorbachov se interrogó e interrogó a su entorno. ¿Cómo salir de ese atolladero? Porque se trataba de eso en realidad: salir de Afganistán sin quebrar la confianza que los regímenes procomunistas protegidos por Moscú tenían en el apoyo soviético, y sin desencadenar en el bloque socialista nuevas veleidades y crisis independentistas. En *Perestroika*, Gorbachov había justificado así en parte la invasión de 1979: «Ante los cambios progresistas de Afganistán, los imperialistas empezaron a presionar sobre ese país. Así, basándose en el tratado soviético-afgano, sus responsables llamaron pidiendo ayuda a la Unión Soviética. Nos llamaron once veces antes de que aceptásemos enviar allí un contingente militar limitado». Y concluyó: «Queríamos repatriar a nuestros soldados. Pero ese deseo iba de la mano con la voluntad de calmar la situación en Afganistán y su entorno».⁶ El comentario de Gorbachov es prudente. Aunque Afganistán no estuviera integrado en el bloque socialista, casi formaba parte de él. Gorbachov sabía que había que proceder con precaución, por etapas, y antes que nada preparar la partida de los soviéticos de Kabul.

Primera etapa: Gorbachov comunica a Babrak Karmal, a raíz de una conversación, su intención de retirar las tropas soviéticas, y por tanto la necesidad de que el gobierno afgano elabore una estrategia de ampliación de su autoridad. La etapa siguiente sería, en mayo de 1986, el reemplazo de Karmal por Mohamed Najibulá, que conseguiría mantenerse en el poder hasta 1992 a pesar de la retirada soviética. Gorbachov obtuvo en noviembre de 1986 el acuerdo del Politburó a su proyecto de retirada, aunque los militares soviéticos criticaban lo que consideraban un rechazo. En su voluntad de ir rápido y demostrar al mundo que el tiempo del «expansionismo soviético» había pasado, Gorbachov no solamente chocó con los jefes del ejército, sino también con Shevardnadze. Con los militares, el conflicto era doble. Denunciaban una retirada que iba a suponer, decían, una pérdida de poder; determinados jefes militares, particularmente los generales Varénnikov y Yázov, oponían a la tesis de la retirada la propuesta de un bombardeo masivo y continuo de los muyahidines sobre todo el territorio de Afganistán, a fin de reforzar el poder de Najibulá.

Con Shevardnadze, el conflicto fue silencioso pero real.⁷ El ministro de Asuntos Exteriores acudió a Afganistán a principios de año y volvió convencido de que la URSS no podía «abandonar» a su aliado en unas condiciones que le eran tan desfavorables. Sugirió entonces a Gorbachov que ganara tiempo, que retrasara la retirada de las tropas. A principios de marzo de 1989, Gorbachov convocó una reunión restringida del Politburó en Novo-Ogariovo, donde se instaló, para comparar las distintas posturas. Shevardnadze, apoyado por los militares, defendió un aplazamiento y el mantenimiento de un apoyo militar soviético a Najibulá. Sus argumentos: la necesidad de no perder prestigio en el Tercer Mundo, pero también la amenaza que representaba Pakistán, que financiaba a los muyahidines en Afganistán. Cherniaiev, informando de ese debate, subraya que Gorbachov se puso muy rojo y que, con la cara crispada, gritó: «¡Yo, el *Gensek*, no aceptaré jamás que traicionemos el compromiso adoptado frente al mundo [en Ginebra]!». Atormentado por la idea de salir del atolladero afgano, Gorbachov se veía condenado, en efecto, a no poder aplazar la decisión que había anunciado. El 8 de febrero de 1988 proclamó su intención de abandonar Afganistán en nueve meses. Hizo partícipe a Reagan de ese compromiso y de su calendario. El 14 de abril de 1988, esa decisión fue consignada en el acuerdo firmado entre las dos superpotencias en Ginebra, que hizo de ellos los garantes de la retirada de las tropas de Afganistán. Las

relaciones entre Kabul y Pakistán fueron reguladas de antemano bajo la égida de la ONU. La evacuación comenzó el 15 de mayo de 1988 y acabó el 19 de febrero de 1989. Gorbachov había ganado.

Shevardnadze comentó largamente en sus memorias su malestar ante el carácter radical, brutal, de la postura de Gorbachov. Y subrayaba que si la URSS había perdido a muchos de sus hijos en Afganistán (reconocía oficialmente 13.500), las pérdidas afganas se remontaban, a la hora de la retirada, a más de 700.000 muertos. La elección soviética de 1979 no fue extraña. Leyendo a Shevardnadze se comprende fácilmente que experimentaba un doble sentimiento de culpa, por la invasión y por el abandono de los afganos, mientras que a Gorbachov le guiaba una sola idea: la retirada rápida de Afganistán facilitaría todas las demás negociaciones con Estados Unidos y Europa. Tal como había predicho Shevardnadze, nada se arregló sobre el terreno por la retirada de las tropas soviéticas. La guerra civil se instaló indefinidamente, y otras tropas extranjeras les tomaron el relevo; Pakistán contribuyó también a una «evolución islámica» de Afganistán. Un cuarto de siglo más tarde podemos constatar que Shevardnadze fue más lúcido en ese sentido que Mijaíl Gorbachov.

Pero debemos recordar un último aspecto muy notable del final del «asunto afgano», como se llegó a llamar. Y fue la libertad del debate que se puso en marcha sobre este asunto en el Politburó. Contrariamente a las costumbres soviéticas, donde nadie osaba oponerse al *Gensek*, en aquella ocasión cada uno defendió su postura y la hizo pública. Por fin, Estados Unidos se mostró muy satisfecho de la retirada, interpretada como una victoria del mundo libre... y por tanto, una victoria suya. Las relaciones soviético-estadounidenses mejoraron mucho.⁸

Inicios de desestabilización en la Europa socialista

No era necesario que Shevardnadze u otros miembros del Politburó pusieran a Gorbachov en guardia contra los efectos desestabilizadores de la *perestroika* en la «familia socialista». Gorbachov se había preparado ya para ello. Además, el espectáculo de los responsables políticos de los Estados socialistas le había convencido de que eran casi todos parecidos a la elite brezneviana: septuagenarios, conservadores, apegados al orden existente, que garantizaba sus

puestos y sus ventajas personales. Sin duda, dos países escapaban a ese juicio implacable: Polonia y Hungría, que habían conseguido preservar con toda discreción la elección de una vía propia.

En Polonia, la llegada al poder del general Jaruzelski, y después la instauración de la ley marcial en diciembre de 1981, eran desde el punto de vista soviético lo que se podría llamar una solución «a la polaca».*

Cierto, Solidarnosc parecía rota, y el temor de ver que Polonia abandonaba el Pacto de Varsovia en beneficio de la OTAN quedaba descartado. La dirección soviética prodigaba a los «hermanos polacos» consejos de firmeza, insistiendo en el «mantenimiento del socialismo», pero no había comprendido que había que cerrar los ojos sobre sus especificidades en los dominios económico y, hasta cierto punto, político. En la práctica, el Kremlin esperaba aislar a Polonia del resto del bloque socialista y frenar así el contagio. Pero Gorbachov era consciente de que había que aflojar la presión que estaba ahogando a Polonia. Cuando, en 1987, Jaruzelski acudió a Moscú para debatir una cooperación soviético-polaca, hubo que concederle que se autorizase un estudio de las *páginas oscuras* de las relaciones entre los dos países.⁹ Una comisión mixta de historiadores polacos y soviéticos se puso enseguida a trabajar para arrojar algo de luz sobre la guerra de 1920, sobre el pacto germano-soviético y sobre Katyn. Pero esas concesiones no bastaron para frenar el movimiento innovador que iba en aumento entonces en Polonia. Gorbachov había escrito en *Perestroika* que «el marco de las relaciones políticas entre los países socialistas tiene como fundamento una independencia total». Los polacos quisieron ignorar que, al mismo tiempo, Gorbachov había insistido en la necesaria solidaridad entre los países socialistas. Decidieron tomarle la palabra y atenerse a la independencia que se les reconocía.

En cierta manera ocurrió lo mismo con los húngaros, que habían desarrollado lo que se denomina «socialismo del gulasch», fundado en unas reformas económicas atrevidas y que encontraron en los temas de la *perestroika* con qué consolidar sus innovaciones.

Pero para los dirigentes de otros Estados miembros del Pacto, la costumbre de orientarse hacia Moscú o el temor de apartarse de su influencia seguía siendo lo más habitual. En marzo de 1985, las exequias de Chernenko reunieron en el Kremlin al búlgaro Zhívkov, al alemán del este Honecker, el húngaro Kádár, el checo Husák y el polaco Jaruzelski. Todo el Pacto de Varsovia, en suma, más el disidente Ceaucescu. Gorbachov recordó a sus camaradas los principios que

regían las relaciones en el seno de la familia de los Estados socialistas: relaciones de igualdad, respeto a la soberanía y la independencia de todos los miembros, y cooperación mutua ventajosa. Esa declaración, aparentemente convenida, dejaba transparentar ya el abandono de la «doctrina Brézhnev», pero no es seguro que el público que escuchó ese discurso fuera del todo consciente de ello. Más tarde Gorbachov haría grandes esfuerzos para convencerles de que los asociaba a la *perestroika*, reuniéndolos tan pronto en el seno del Comecon como en el interior del Pacto de Varsovia, y teniéndolos informados de manera regular de los debates de la dirección soviética y de sus decisiones. Pero los efectos de esos encuentros informativos, o para discutir un problema concreto (así en Moscú, en otoño de 1986, para debatir la evolución hacia el mercado o las relaciones económicas en el seno de la comunidad socialista), seguían siendo escasos. Sin duda, esas reuniones, como la de Moscú a finales de 1986, dieron lugar a discusiones quizá muy tormentosas entre los participantes y la potencia que invitaba, pero no desembocaron en demasiadas acciones inmediatas. En los países del bloque, la *perestroika* y la *glasnost* produjeron consecuencias distintas, e incluso divergentes, en los dirigentes y en la sociedad, en lugar de unirlos en un espíritu acorde con la evolución soviética como esperaba Gorbachov.¹⁰ Por su discurso y sus gestiones, Gorbachov había hecho tambalear muchas certezas. El partido había quedado desposeído de su legitimidad en 1988. El principio de la soberanía limitada estaba debilitado, y sobre todo la retirada de Afganistán sugería que la URSS podía tolerar que un «país hermano» o casi, apelando al socialismo, pudiera salir de la comunidad socialista. En fin, Gorbachov había propagado la idea de un mundo solidario y pacificado, donde las barreras ideológicas estarían destinadas a desaparecer. Esa visión nueva del mundo, ilustrada con ejemplos concretos (el acercamiento a Estados Unidos y las reducciones paralelas de armamentos, el abandono de Afganistán), se grababa en todas las mentes, suscitando esperanzas y nuevas costumbres en las sociedades socialistas que, a veces, se transformarían más rápidamente de lo que esperaba e incluso deseaba Gorbachov. En todo caso, él no siempre dominó las situaciones ni la evolución de las mentalidades.

Cuando acabó el año 1988, casi tres años después del verdadero estreno de la *perestroika*, las consecuencias de la acción de Gorbachov eran considerables. El poder soviético que reposaba sobre la autoridad del partido, tal como lo había concebido Lenin y desarrollado Stalin, había quedado descompuesto. Ese cambio político se vio acompañado, e incluso precedido, de una auténtica

revolución social debida a la *glasnost*. La sociedad soviética, aun cuando era hostil a la *perestroika*, a la manera de Nina Andreieva, seguía su propio camino, reflexionaba fuera de los marcos políticos y, si no ponía de momento en juego sus propias instancias, al menos sí que empezaba a reunirse para expresarse de una manera autónoma. Inicia entonces su andadura la idea de los reagrupamientos sociales —que se convertirían en *frentes*— representando a la sociedad.

Y en la vida internacional, ¡qué cambio! Gorbachov abatió el muro que separaba a los dos bloques surgidos de la Segunda Guerra Mundial, el «mundo libre» y el universo socialista. La guerra fría no existía prácticamente ya. Gorbachov —debemos concederle ese mérito— consiguió, tal como había proyectado, cambiar radicalmente la situación internacional que prevalecía desde hacía cuatro décadas.

Hay que detenerse un momento a examinar ese balance provisional con el cual nadie habría soñado en 1985. Desde el estancamiento de la URSS y del mundo dividido de la guerra fría a esa URSS en movimiento y en un mundo reconciliado, el camino recorrido fue impresionante. Y más aún cuando al seguir el curso de los acontecimientos, los debates y las negociaciones, debemos reconocer que solo la voluntad de un hombre, la de Gorbachov, lo presidió todo. Sin duda, diremos, el estado de su país le imponía comprometerse por esa vía. Pero tuvo que actuar teniendo en cuenta a un país exangüe, con unas elites políticas hostiles, unas elites intelectuales que tardaron en confiar en él, o simplemente en comprender la vía que quería iniciar. Él mismo tampoco fue lo bastante claro ni constante a ese respecto, sobre todo en los dos primeros años de su reinado. ¿Y qué decir del mundo exterior, que le contemplaba con temor, desconfianza e incluso hostilidad? Para el presidente Reagan y sus colaboradores, el discurso y los actos de Gorbachov no eran más que el resultado de una política estadounidense destinada a «poner a la URSS de rodillas» y a separarle de toda autoridad o acción internacional.

Un dato importante de esa historia es que, en el curso de los tres años que fueron de 1985 a 1988, Gorbachov cambió. Todo testimonia que su visión de su país y del mundo ya no era, a principios de 1989, la misma que en 1985. El hombre que fue colocado en el poder en 1985 conocía la realidad del desastre soviético, pero creía todavía en la posibilidad de salvar el sistema. Gorbachov lo dijo a menudo: él era comunista, y en 1985 no podía imaginar que la idea comunista, el sistema forjado por Lenin, pudiera ser cuestionado. El Gorbachov

del año 1987 no era ya el mismo. Ciertamente al hacer pasar el poder del partido hacia los sóviets, pensó ser fiel todavía a Lenin, a aquel que proclamaba en abril de 1917: «Todo el poder para los sóviets». Y dibujando los contornos de un nuevo mundo, fundado sobre otras relaciones —el abandono de la guerra fría formaba parte de él—, todavía son el Estado y el sistema nacidos de la revolución de 1917 lo que piensa preservar, adaptándolos a las condiciones de finales del siglo xx. Fue esa voluntad apasionada de salvar aquello en lo que creía, pero también de adaptarlo a su tiempo, de arrancar a su país del estancamiento y el fracaso, de desembarazar al mundo de sus costumbres de división, lo que inspiró a Gorbachov entre los años 1985 y 1988. De ahí por qué aquellos que le acogieron primero con desconfianza, François Mitterrand, Margaret Thatcher, Ronald Reagan, acabaron por comprenderle, por aplaudirle y se convirtieron en su mayor parte en «gorbimaníacos».¹¹

Yakovlev, que le proporcionó muchísimas ideas y proyectos, escribió que en 1985 Gorbachov creía sinceramente en la hipótesis de un socialismo democrático, pero que presentía también que la democracia, la libertad de expresión, el fin de la guerra fría y el fin del enfrentamiento con sus propios pueblos conducirían inevitablemente al hundimiento de todo el sistema: «Él lo sabía, nosotros lo sabíamos —testimonia Yakovlev—, pero no podíamos confesárnoslo a nosotros mismos, ni decírnoslo entre nosotros. Y nos ilusionábamos diciendo que la libertad no solamente no destruiría el socialismo, sino que sería beneficiosa para él».

Esa mezcla de prudencia y de lucidez que se constataba en Gorbachov, y que sus allegados han subrayado, le permitía actuar. Pero llegaría un momento en que la *perestroika* proseguiría su camino, produciendo sus efectos más allá de la visión inicial de Gorbachov. A ese respecto, el año 1989 abrió una nueva era, nacida de sus actos, pero durante la cual Gorbachov temería que todo se le escapase. ¿No es acaso la historia del aprendiz de brujo?

SEGUNDA PARTE

TRIUNFO DEL «DERECHO DE LOS PUEBLOS»

Capítulo I

La rebelión de las naciones

El XXVII Congreso del PCUS, inaugurado el 25 de febrero de 1986, ofreció a Gorbachov la ocasión de presentar su visión de las relaciones entre naciones en el seno de la URSS y del Estado multinacional soviético.

En el cuadro bastante sombrío que dibujó del estado de su país, la presentación del Estado multinacional y las relaciones entre naciones constituían curiosamente la parte más positiva. Hay que recordar aquí que el Congreso se reunió en 1986, y que Gorbachov no había hecho todavía de la *glasnost* su tema favorito; nada tiene de asombroso, pues, que su discurso retomase todos los tópicos y vocabulario soviético tradicionales: «El pueblo soviético es una comunidad social e internacional de un nuevo tipo [...] donde las opresiones y las desigualdades han desaparecido», y tiene como fundamento «la amistad de los pueblos, el respeto de las culturas nacionales y la dignidad nacional de todos».

En esa visión idílica se distinguen, sin embargo, algunas sombras. Ciertas poblaciones tienen tendencia, dice Gorbachov, a ser «parásitos» que lo esperan todo de la Unión Soviética, mientras que todos deben participar en el esfuerzo común, y la URSS es, por definición, «un espacio económicamente unificado». Aparte de la tendencia al parasitismo de algunos, Gorbachov fustiga otra tara de las repúblicas: el localismo (*méstnichestvo*) que caracteriza la propensión de sus elites a practicar el favoritismo nacional, el nepotismo, incluso la corrupción, todo ello para el provecho del grupo nacional y en detrimento de la Unión Soviética. ¿Cómo luchar contra unas tendencias tan molestas? En primer lugar, por una movilización económica en provecho del bien común; a continuación y sobre todo, por el *internacionalismo* de los dirigentes. ¿Quién puede proporcionar unos dirigentes «internacionalistas» a las repúblicas? Naturalmente, los grupos que han sido reducidos a una postura minoritaria en el sistema del poder: los rusos y los ucranianos.¹

Ligachov, entonces en el apogeo de su poder, era casi el número dos del partido. Desarrolló ante el congreso los comentarios de Gorbachov de una manera más brutal. Lo que hacía falta para remediar esas «debilidades» eran «cambios de dirigentes». Desde hacía años, desde el período en que Jruschov dominaba la escena política soviética, las elites nacionales se habían impuesto en las repúblicas a las elites venidas del centro. Brézhnev lo había constatado con inquietud, poco antes de su muerte, al denunciar ante el XXVI Congreso la expulsión de los rusos de todos los puestos importantes de las repúblicas, y la propensión de las elites nacionales a ocupar el poder y replegarse sobre sí mismas.² ¡Da igual! Cinco años más tarde, Gorbachov retomó el discurso acusador de Brézhnev. Y al día siguiente del congreso, el *Pravda* abrió sus columnas a la discusión sobre ese tema tan delicado. Los comentarios y las propuestas venidas de todos los países inundaron el periódico. Todos iban en el mismo sentido: había que reforzar el papel de Rusia, el conocimiento de la historia y de la lengua rusa en toda la Unión Soviética.

Tras el XXVII Congreso, la línea del partido (difundida por el *Pravda*) estaba claramente expresada. La Unión Soviética era el Estado del pueblo soviético unido (*edinyi sovetskii narod*) y los comportamientos «localistas», así como sus desviaciones, ya no tenían cabida.

Sin embargo, apenas unos meses después del congreso, esa unidad se sometería a terribles ataques procedentes de Kazajistán.

Kazajistán para los kazajos

Kazajistán era una de las repúblicas más importantes de la Unión Soviética. Geográficamente, prolonga Siberia y linda con China. Gracias a su población, 14 millones de habitantes en 1985, ocupaba el cuarto lugar en la URSS. Desde 1971 estaba representada en el Politburó por el primer secretario del PC kazajo, Dinmujamed Kunaiev. En febrero de 1986, cuando se planteó el problema de la corrupción, el congreso del partido kazajo lo debatió y Kunaiev se puso a la cabeza de la cruzada por una campaña de depuración. Con ello creía haber salvado su cabeza, y voló tranquilamente a Moscú para ocupar su lugar en el XXVII Congreso. Pero no era más que una ilusión, ya que aunque conservó su

puesto en el Politburó, ese respiro sería de corta duración. Fue destituido el 16 de diciembre y reemplazado enseguida en la dirección del partido kazajo y del Politburó por Guenadi Kolbin.

Esa destitución constituyó una auténtica revolución política. Hasta entonces, la costumbre instaurada por Jruschov en 1956 para preservar las apariencias de la primacía de los cargos nacionales era confiar el puesto de primer secretario del PC de las repúblicas —a menudo completado con un puesto en el Politburó— a un dirigente nacional. El puesto de segundo secretario, por el contrario, estaba destinado a un ruso. Sin duda, ese reparto de los puestos, y por tanto del poder, se prestaba a algunos interrogantes. Ser primer secretario, es decir, el líder del PC de las repúblicas, confería a su titular un incontestable prestigio y una autoridad preeminente. La realidad, sin embargo, tenía muchos más matices. El segundo secretario no era menos poderoso, ya que tenía la responsabilidad de los cargos (del partido y de fuera de él, de todos los puestos o funciones), es decir, de todos los nombramientos, y el funcionamiento del partido dependía pues, en primer lugar, de él. Pero no tenía ni el aura del primer secretario ni finalmente el peso que le daba su presencia en la cumbre moscovita del aparato, el Politburó. Ese reparto de poderes lo había instaurado Jruschov para reconciliar centro y repúblicas, cuyas relaciones había enturbiado la muy personal gestión de Stalin, que despreciaba las sutilezas nacionales. Desde 1956 nadie lo había tocado.

Al nombrar a Kolbin en el lugar de Kunaiev, Gorbachov daba pruebas de una cierta ignorancia de las susceptibilidades nacionales y de una concepción centralizada del poder.³ Sin duda, el XXVII Congreso le animaba, puesto que había sacado a la luz una insuficiente presencia de cargos rusos en la periferia, y decretado que, para remediarlo, había que practicar el «intercambio de cargos». Kazajistán se prestaba particularmente a ese cambio, podía pensar Gorbachov, ya que los rusos eran más numerosos en la república que los kazajos (cerca de 6 millones de los primeros contra 5,3 de los segundos en 1978), sin contar un número significativo de ucranianos. Sin embargo, a principios de los años ochenta, los kazajos, manifestando un gran dinamismo demográfico, habían invertido esa tendencia y sobrepasado al grupo ruso, cosa de la que estaban muy orgullosos, pero esas estadísticas, muy estimulantes para ellos, tuvieron entonces poca publicidad.

Aunque Kolbin parecía hallarse más cerca de un equipo que aspiraba a encarnar la renovación —tenía la edad de Gorbachov—, no tenía conocimiento

alguno de la república que iba a dirigir, como tampoco de la sociedad centroasiática o musulmana. Había demostrado ser un buen administrador en Georgia junto a Shevardnadze, en Sverdlovsk, donde participó con buenos resultados, se decía, en la campaña contra el alcoholismo y la corrupción que marcaron el año Andrópov. Pero a ojos de los kazajos encarnaba la irrupción del poder central en la vida nacional. Sin embargo, su nombramiento testimoniaba la inquietud de Moscú ante la evolución de la periferia meridional. El período postestalinista, más pacífico que en los años de la posguerra inmediata, había impulsado a las repúblicas a tomar cierta distancia con respecto al centro, y la inteligencia política de sus cargos nacionales había contribuido a ello. Ciertamente que en Moscú, en las instancias centrales del poder, Kunaiev siempre había estado atento a apoyar la línea del secretario general, a afirmar la fidelidad de su partido y su república ante el poder central, y a la solidaridad de los pueblos de la URSS. Apoyándose en la libertad de acción que pensaba conseguir valiéndose de esa docilidad manifiesta hacia el centro, Kunaiev se comportaba en el país como el líder de un clan, cerrando los ojos a la corrupción y la criminalidad en aumento, y animando hasta cierto punto el desarrollo de un sentimiento nacional.⁴

Los acontecimientos de 1986 sacarían a la luz el auge de ese sentimiento, del cual Moscú no había sido consciente antes. El 17 de diciembre, apenas Kolbin acababa de ser nombrado, estallaron revueltas en Alma-Ata. Duraron cuarenta y ocho horas, durante las cuales los manifestantes se lanzaron al asalto de los edificios públicos (el del partido en primer lugar) al grito de «¡Kazajistán para los kazajos!». Sería necesaria la intervención de las fuerzas del orden (tropas y blindados) para ponerles fin. En ese mes de diciembre de 1986, el programa de Gorbachov, apertura política y *glasnost*, conoció allí un fracaso espectacular. La represión no cuadraba con su discurso oficial. Y la *glasnost* cedió su lugar al habitual silencio.⁵ En aquellos momentos, la información fue muy escasa, controlada; no se supo nada ni de la amplitud de las revueltas ni de su precio en vidas humanas. El vocabulario tradicional («desórdenes causados por maleantes extremistas, alcohólicos y drogadictos», «alborotadores») volvió a campar por sus fueros.

Ese retroceso duraría muy poco. El 10 de enero de 1987,⁶ tres semanas después de las revueltas, lo que las había provocado había desaparecido en parte. Gorbachov comprendió que haber impuesto al PC kazajo una dirección rusa (una innovación, ya que sus dos líderes eran rusos) resultaba intolerable para los

kazajos. Optó entonces por una medida a medias: un kazajo se convirtió en segundo secretario. Y en junio de 1989 iría más lejos aún, haciendo patente su propósito de enmienda al nombrar para la dirección del partido (y primer secretario, por tanto) a un kazajo, Nursultán Nazarbáyev, que casi treinta años más tarde se encuentra todavía a la cabeza del país. Nazarbáyev es un personaje notable, respetado por sus compatriotas y que gozaba al mismo tiempo de una autoridad y una confianza reales en Moscú. Aunque se sentían tranquilizados por ese nombramiento, los kazajos, sin embargo, no olvidaban la amenaza de rusificación total del partido que pesaba sobre ellos, ni sobre todo la represión sangrienta, tan contraria a lo que declaraba Gorbachov. Este último, consciente de su rencor, se mantendría apartado de Kazajistán durante todo el año 1987, dejando a los dirigentes locales las iniciativas y la responsabilidad de calmar las tensiones.

Por su parte, Kolbin quiso ofrecer a los kazajos el rostro de un hombre unido a su país, incluso identificado con él. Aprendió kazajo a un ritmo acelerado, multiplicó las reuniones con elites culturales de la república, y se esforzó por pacificar las relaciones interétnicas escuchando la petición de los kazajos de poder utilizar más y mejor su propia lengua. Pero al mismo tiempo debía hacer frente a los rusos de la república que se inquietaban ante la posible promoción de una política de «discriminación positiva» que les privaría de su estatus de grupo privilegiado. La contradicción en la cual se debatía⁷ —dar satisfacción a los kazajos mediante una política lingüística favorable y un acceso importante al empleo, y tranquilizar a los rusos preservando sus privilegios en esos dos dominios— era casi insostenible. La cuestión lingüística, tan crucial en la URSS, se explica mediante las cifras. A principios de los años ochenta, el 62 % de los kazajos eran bilingües, mientras que menos de un 1 % de los rusos conocían el kazajo. Si se cedía a las exigencias kazajas, si las autoridades locales imponían el kazajo en la vida pública y le daban más preeminencia en el sistema educativo, los rusos no iban a poder adaptarse. En 1989, cuando Nazarbáyev se puso al frente del partido, se dedicó a calmar la impaciencia de sus compatriotas y apaciguar a los rusos, ya que comprendía que la evolución iniciada por Gorbachov cuatro años antes abría la puerta a un cambio radical de las relaciones entre el centro y la periferia. Además, en otras repúblicas se precipitaban los acontecimientos, y ello contribuyó a llevar la cuestión nacional a nivel de todo el espacio soviético, cosa que reforzaba la autoridad de los responsables nacionales.

Tragedias caucásicas

Otro escenario de crisis: el Cáucaso, múltiple, complejo, que en los años veinte se mantuvo en el interior del Estado bolchevique solo a costa de grandes esfuerzos.

1988 fue ante todo el año del baño de sangre que puso de luto al Alto Karabaj. Como otros muchos problemas nacionales, el que planteaba el Alto Karabaj se remontaba a los orígenes del poder soviético. En esa época, a las tensiones profundas entre pueblos cercanos, o incluso pueblos entremezclados en un mismo suelo, se añadían las preocupaciones internacionales de la URSS, deseosa de satisfacer a un vecino grande y adversario de siempre convertido en Estado amigo, la Turquía kemalista, y por otra parte, el proyecto leninista-estalinista que tenía como objetivo frenar las aspiraciones nacionales, entonces muy potentes. ¿Acaso Lenin no había lanzado la revolución uniéndola al lema del derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos? Pues ese discurso se oyó en todas partes, sobre todo en el Cáucaso, tan diverso.

Allí fue donde surgió el problema del Karabaj, siempre disputado entre armenios y azeríes.⁸ En 1920, cuando Armenia fue sometida por los bolcheviques, el Alto Karabaj, poblado en un 95 % por armenios, les fue prometido a ellos. Pero en 1923, para complacer a Mustafá Kemal, finalmente la región se anexionó a Azerbaiyán. Era, por tanto, una *región autónoma* poblada por armenios la que integró el Azerbaiyán turcófono. La desestalinización, después del cincuentenario del genocidio armenio, incitó a la población del Karabaj a pedir a Moscú su unión a Armenia. En 1987, invocando la *glasnost* de Gorbachov, que exhortaba a que se expresaran todas las aspiraciones, una petición firmada por 80.000 personas, todos los adultos del Alto Karabaj (que contaba con 145.000 armenios y 40.000 azeríes), reclamaba al Kremlin una revisión de las fronteras de 1923. Al cabo de un año, el PCUS respondió mediante una negativa, pero la *glasnost* animaba a los disidentes a persistir.

En medio de la agitación que sacudía toda la URSS, los armenios ocuparon un lugar notable. En Stepanakert, capital de la pequeña república autónoma, las manifestaciones permanentes reunían a enormes multitudes; la vida cotidiana estaba detenida, todo se centraba en la exigencia del respeto al derecho de los pueblos a elegir su destino. Se manifestaban al grito de «¡Unidad!». Y ese

movimiento encontró en Armenia un eco igual de formidable, que movilizó al pueblo armenio en torno a dos cuestiones: la unidad y la ecología. Allí también representó un papel decisivo la *glasnost*. Antes de Chernóbil, un silencio absoluto cubría la cuestión de los desastres ecológicos y sus efectos sobre la vida humana. Se sabía —el censo de 1979 lo había demostrado— que los problemas de sanidad pública eran muy agudos en la URSS; se conocía también —aunque estaba prohibido decirlo— la amplitud de las catástrofes ecológicas. A pesar de las prohibiciones, algunos científicos y escritores soviéticos hacían llamamientos angustiados, subrayando que lo que pasaba a este respecto en la URSS probablemente no tenía equivalente en el mundo entero. Y los armenios eran las primeras víctimas de esos desastres: su capital, Ereván, era una de las ciudades más contaminadas de toda la URSS.⁹

Por todo ello los armenios se manifestaban, desde Stepanakert a Ereván, al grito de «Queremos la unidad. ¡Queremos vivir!».

La agitación armenia tuvo como resultado una agitación igual de intensa en Azerbaiyán, aunque las causas eran distintas. Hasta 1987, los azeríes se sentían en posición de fuerza en Moscú y en el Cáucaso. En Moscú tenían como portavoz a un auténtico embajador, Geidar Aliev, que después de haber sido primer secretario del PC de la república, en 1981 fue nombrado primer vicepresidente del gobierno soviético y miembro del Politburó. En el Cáucaso constataban con satisfacción el progreso de su población. Eran entonces casi siete millones en su república (seis millones diez años antes), progresaban en el Karabaj y consiguieron poblar totalmente con azeríes la pequeña república autónoma de Najichevan, geográficamente situada en Armenia, pero que fue unida a Azerbaiyán en 1923 en virtud del tratado de Kars de 1920 y de la garantía turca a esa solución territorial.

La tranquilidad experimentada por los azeríes hasta 1987 dio paso repentinamente a la inquietud. Aliev perdió su puesto en el gobierno soviético y abandonó el Politburó. Los azeríes se vieron así privados en Moscú de su defensor, en el momento mismo en que Gorbachov se rodeaba de consejeros armenios. Además, la protección turca, que en el pasado representó un importante papel en el arbitraje territorial, ya no existía.

La tragedia estalló el 18 de febrero de 1988, ya que los armenios del Alto Karabaj se negaban a esperar más. En Stepanakert y Ereván se organizaron manifestaciones multitudinarias, favorecidas en el Alto Karabaj por la huelga general que arrojó a las calles a los trabajadores, así como a los estudiantes y

alumnos de primaria. El día 20, el Sóviet de la región votó con una mayoría aplastante (110 votos contra 30, que fueron los de los diputados azeríes) la unión de la región a Armenia. Fue una revolución. Los diputados, aunque elegidos a la manera soviética, se sintieron de repente miembros de un verdadero parlamento y se proclamaron portadores de la voluntad popular. En febrero de 1988 no se había modificado aún la legislación electoral soviética, pero en los confines de la URSS algunos diputados decidieron que su misión democrática era representar al pueblo y hablar en su nombre.

Al mismo tiempo aparecía en el Karabaj (anunciando frentes populares que pronto surgirían en todas partes) el Comité Karabaj, verdadero frente popular, que pretendía, a imitación de los diputados, representar al pueblo, a la base, dirigiéndose con una sola voz al poder central. El movimiento se extendió por Armenia. Los manifestantes apelaron a Gorbachov para que les escuchara, y el Parlamento armenio hizo suyo el llamamiento del Parlamento regional del Alto Karabaj. Fue la sociedad civil la que se alzó.

Gorbachov reaccionó mal, es decir, de manera inadaptada, teniendo en cuenta la rapidez con la que se desarrolló ese movimiento.¹⁰ Hizo un llamamiento a la calma de las dos partes, invocó la necesidad de respetar el espíritu de la *perestroika*, prometió «una solución equitativa» (sin precisar cuál sería) y un debate en el seno del partido. Esas explicaciones dilatorias se escucharon en Armenia, aunque sin desmovilizar a los manifestantes, pero provocaron una reacción violenta y sangrienta de los azeríes, convencidos de que Gorbachov se había inclinado hacia el lado armenio. En Stepanakert, unos jóvenes azeríes se enfrentaron a otros armenios. Los enfrentamientos causaron dos muertos (azeríes) y decenas de heridos. Así que los azeríes decidieron vengar a sus muertos y desencadenaron el 28 de febrero un pogromo contra los armenios en Sumgait, ciudad industrial de las afueras de Bakú, donde las dos comunidades vivían una junto a la otra. Dos jornadas espantosas: violaciones, masacres, saqueos... Oficialmente se anunciaron 30 muertos y 300 heridos, pero el recuento, nadie lo duda, fue mucho más numeroso. En otras ciudades, incluso en Bakú, estallaron pogromos semejantes. Los armenios estaban aterrorizados y huían de Azerbaiyán, mientras que los azeríes huían de Armenia, en un clima de violencia ininterrumpida. Sí, Moscú reaccionó. Como siempre, se desplegaron tropas al lugar, pero tardíamente: serían incapaces de restablecer el orden.

Como en Kazajistán, a Gorbachov le costó adoptar una postura clara. Intentó contemporizar en un primer momento, anunció un plan de desarrollo

para el Karabaj... cosa que indignó a los azeríes, convencidos de que la región ya estaba suficientemente favorecida con relación al resto de la república.¹¹ Al mismo tiempo, el Sóviet Supremo condenó la postura armenia, dejando bien claro que no aceptaría modificar el estatus territorial del Karabaj. Furiosos, los armenios siguieron manifestándose. El Comité Karabaj organizó manifestaciones y huelgas, mientras que en Moscú la prensa se le echó encima. Gorbachov, como siempre, se sintió tentado de intentar apaciguar a ambos bandos, destituyendo a los dos primeros secretarios del partido: en Bakú, Baguirov, y en Ereván, Demirchian. Su eliminación no cambió nada: las pasiones se habían desencadenado ya, y por ambos bandos la calle se convirtió en lugar de debate y de enfrentamientos. Y no solo en la calle: la esfera política estaba también en ebullición y no aceptaba las vacilaciones de Gorbachov, los eternos cambios de personal y las promesas de enviar comisiones de investigación. El 15 de junio, el Sóviet Supremo de Armenia votó por unanimidad la anexión del Karabaj a Armenia. Enseguida, el Sóviet Supremo de Azerbaiyán votó, no menos unánimemente, la resolución inversa.¹²

El significado político de esos votos no se le escapó a Gorbachov. El mensaje lanzado por una parte y otra era que las cuestiones nacionales se solucionaban a partir de entonces en el propio lugar, y que Moscú ya no tenía nada que decir. Gorbachov reaccionó: se opuso a todo cambio de fronteras. Y en parte fue seguido por la XIX Conferencia del PCUS, de la cual los armenios esperaban apoyo, pero que se contentó con declarar que los derechos de las minorías debían ser mejor garantizados, sin citar siquiera al Alto Karabaj.¹³ La reacción a esa declaración general vino de los armenios de Stepanakert, cuyos diputados votaron el 12 de julio su anexión inmediata a Armenia. Ya lo habían hecho en febrero, pero era más bien una declaración de intenciones, mientras que en julio —y lo precisaron mediante su voto— ejercían su derecho a la autodeterminación.

Para Moscú no era momento de titubeos. Avalar ese voto o guardar silencio era aceptar en primer lugar el principio de un desplazamiento del poder de decisión desde el centro hacia las repúblicas; también representaba admitir que el derecho a la autodeterminación ya no era simplemente un «principio», sino una posibilidad real... cosa que, en la situación inestable de la URSS en el verano de 1988, abría la puerta a todas las voluntades separatistas. El Sóviet Supremo de la URSS debatió el 18 de julio y su voto fue negativo: el Alto Karabaj jamás se uniría a Armenia.

Tras algunos meses de disturbios, el 7 de diciembre del mismo año un temblor de tierra devastó Armenia. Las estimaciones variaban: 30.000 o 100.000 muertos. Pero nadie ignoró la amplitud de la catástrofe. Se contaban también medio millón de personas sin refugio. Al establecer el balance de ese desastre, los armenios acusaron también al sistema soviético. Las construcciones inadecuadas, mal realizadas y frágiles eran fruto de la corrupción y la incompetencia de los dirigentes soviéticos. A esa crítica del sistema se añadía la indignación, ya que justo después del seísmo, probablemente para sacar partido del desorden y la confusión, Gorbachov —que negaría después haber tomado jamás semejante decisión— hizo detener a todos los dirigentes del Comité Karabaj y a numerosos militantes. Esperaba, el 10 de diciembre de 1988, haber puesto así término a los problemas transcaucásicos.

Pero se engañaba. Los armenios no cejaron. Las manifestaciones continuaron con más fuerza si cabe en Stepanakert, pero también en Armenia, donde el 28 de mayo de 1989, septuagésimo aniversario de la independencia, el pueblo desfiló blandiendo la bandera roja, azul y naranja de Armenia libre, y reclamando no la independencia todavía, pero sí la transformación total de la URSS en un Estado realmente igualitario para las naciones.

Los azeríes estaban también enfurecidos, ya que Gorbachov, pese a haberles asegurado su autoridad sobre el Karabaj, proclamó la necesidad de proteger allí los derechos culturales de los armenios, mientras que para los azeríes aquel territorio debía ser turco y turcófono. Para los azeríes, al mezclarse en la cuestión del Karabaj, Moscú limitaba la soberanía del Estado de Azerbaiyán y violaba su Constitución. La respuesta azerí fue el nacimiento en noviembre de 1988 del Frente Popular, cuya vocación declarada era defender los intereses nacionales de Azerbaiyán frente a la Federación Soviética. El asunto del Karabaj favorecería, por tanto, el desarrollo de un nacionalismo azerí consciente de sus reivindicaciones: limitar el poder federal antes que nada. Esa crisis también hizo renacer el sueño del gran Azerbaiyán. Lenin y Stalin se habían visto ya acosados por la amenaza de un Azerbaiyán unificado, mientras que sus dos partes estaban separadas por la frontera soviético-iraní. Esa amenaza tomó cuerpo durante la Segunda Guerra Mundial bajo la forma de la República Popular de Azerbaiyán. A finales de los años ochenta, el Frente Popular azerí no se conformaba con soñar, sino que pedía que la frontera se abriese determinados días para permitir la restauración de los vínculos humanos. La petición fue ignorada, evidentemente, cosa que aumentó todavía más la amargura de los azeríes.

Ante la agitación ininterrumpida y la violencia continua, Moscú reaccionó y decidió promulgar un estatuto provisional para el Alto Karabaj, arrebatado momentáneamente a la tutela de Bakú.¹⁴ Se formó una comisión especial, que presidía un ruso, Arkadi Volski, asistido por tres armenios y un azerí. Especialista de la industria, ayudante personal de Andrópov y de Chernenko, Volski no tenía competencias especiales en lo que hacía referencia al Cáucaso. Para las dos partes en conflicto era un ruso, y por tanto un enemigo. Además, ese estatuto, llamado del 12 de enero, creaba verdaderamente un estado de excepción, puesto que las autoridades locales quedaban suspendidas y se instauraba un régimen militar estricto. Ciertamente, al colocar el Karabaj bajo ese estatuto, Gorbachov tuvo buen cuidado de asegurar a Azerbaiyán que aquello no cuestionaba las fronteras de la república ni sus derechos sobre el Karabaj. Pero sus explicaciones no calmaron ni a los azeríes ni a los armenios; todos concluyeron que el Congreso de los Diputados del Pueblo, para el cual se preparaban las elecciones, sería el nuevo marco del arreglo de la cuestión nacional. Ahí se vio lo muy erosionada, o incluso destruida, que se encontraba la autoridad del poder central por las cuestiones nacionales. La víspera del congreso, los azeríes, como los armenios, creían que la cuestión que los dividía no incumbía ya al PCUS ni al gobierno soviético, sino que los diputados que fueran elegidos poseerían verdaderamente la autoridad. Y los *frentes populares* que surgieron precisamente a favor de las crisis nacionales se consideraron, a partir de entonces, representantes legítimos de las repúblicas e interlocutores de esas futuras instancias del poder. Ya veremos que, lejos de responder al problema, el congreso alimentó las insatisfacciones y suscitó en el Cáucaso movimientos más violentos aún, decididos a romper los vínculos con la Unión Soviética. De ello derivaría la guerra.

Pero Transcaucasia contaba con un tercer Estado, Georgia, que ocuparía su lugar entonces en aquel movimiento de renacimiento nacional y crearía una nueva fractura en la Federación Soviética.

La crisis georgiana estalló inmediatamente después del I Congreso de los Diputados del Pueblo y acabó en un terrible baño de sangre el 9 de abril de 1989. Para los georgianos, esa tragedia se inscribió en ese contencioso tan pesado que los oponía al poder bolchevique desde el 25 de febrero de 1921, fecha en la cual la Rusia soviética se anexionó la Georgia independiente, y al poder soviético,

que el 27 de agosto de 1923 aplastó de una forma sangrienta un levantamiento nacional. Para los georgianos, la *perestroika* de Gorbachov se situaba ese 9 de abril entre las continuas violencias ejercidas por Lenin y por Stalin.

Antes de llegar a ese drama hay que tomar en consideración los complejos elementos de la crisis que devastaría Georgia. Como en Nagorno-Karabaj, esta se vio alimentada también por un conflicto territorial y de poblaciones nacido de los recortes del suelo georgiano efectuados por Lenin y Stalin en el inicio del poder bolchevique, para romper los nacionalismos y someter a las naciones a la dominación de Moscú. En Georgia, el problema que provocaba la indignación de los georgianos era, en primer lugar, el de los abjasios.¹⁵ ¿Y quiénes eran los abjasios? Se trataba de musulmanes dotados de una lengua propia, poco numerosos: 102.000 en 1989, contra casi cuatro millones de georgianos. Los abjasios no habían querido vivir jamás con los georgianos, ni antes ni después de la revolución. Siempre soñaron con reencontrarse con sus «hermanos» partidos hacia Turquía en el siglo XIX precisamente para alejarse de los georgianos. Para romper el nacionalismo georgiano que se había opuesto tanto a él, Stalin erigió el territorio abjasio en república autónoma enclavada en Georgia, dando así a los abjasios derechos culturales importantes y la posibilidad de desafiar a los georgianos, que sin embargo eran tres veces más numerosos que ellos en la república autónoma. Es decir, que el conflicto entre georgianos y abjasios no había cesado desde los años veinte. Y adquirió una nueva fuerza en 1978, cuando Georgia se dotó de una nueva Constitución (después de la nueva Constitución soviética de 1977) e inscribió en ella el georgiano como lengua oficial de toda la república, cosa que reducía los derechos de las minorías. De resultas de esto, los abjasios pidieron que se los uniera a la República de Rusia. Esa reacción de minorías amenazadas en su lengua, ¿no anunciaba acaso la reacción de los rusófonos de Crimea en 2014?

Georgia estaba a punto de sublevarse. En 1978, el Estado soviético era poderoso todavía, pero sus responsables eran conscientes de la gravedad del problema nacional. Leonid Brézhnev, entonces al frente del gobierno, pensó que valía más ganarse a cuatro millones de georgianos reputados por su espíritu rebelde que a un centenar de miles de abjasios. Se autorizó a los georgianos a mantener su proyecto de unificación lingüística y, bajo el ojo impávido de los responsables de Moscú, poblaron con colonos georgianos el territorio de los abjasios, agravando aún más su situación minoritaria en su república autónoma.

Que los «crímenes étnicos» y las violencias fueran moneda corriente no le preocupaba a nadie. Lo que importaba al PCUS era que «reinase el orden» en una Georgia siempre dada al espíritu de independencia.

Además, en 1972 Moscú ya había tenido mucho trabajo en Georgia para suprimir o reducir la corrupción y el mercantilismo que gangrenaban la clase en el poder. Mzhavanadze, entonces máximo dirigente de la región, había sido expulsado por tales prácticas y reemplazado por Shevardnadze, que había privilegiado la «caza de ladrones y corruptos». Cuando Gorbachov le llamó para suceder a Gromiko, su sucesor en Tiflis, Patiashvili, no se privó de decir que nada había cambiado en Georgia bajo el reinado de Shevardnadze, y que esa república seguía siendo la encarnación de la corrupción. Pero para los georgianos, las purgas económicas que golpearon a sus elites desde 1972 y la reprobación que pesaba sobre ellos traducían la simple voluntad de quebrar una vez más su orgullo y su sentimiento nacional: toda la población estaba convencida de ello. Si los georgianos se mantuvieron un poco silenciosos hasta 1985 es porque pensaban que Shevardnadze, líder del partido en la república que gozaba del favor del Kremlin (era miembro del Politburó), era capaz de protegerlos y de hacer oír su voz. Pero en 1985, y con Shevardnadze convertido en ministro, creían haber perdido esa protección política y no veían en su nuevo primer secretario del partido, Patiashvili, más que a un agente del poder central encargado de meterlos en cintura. La crisis que surgió en 1989 llevaba madurando, como hemos visto, desde 1985, y solo esperaba un pretexto para estallar.

Pero es cierto que el clima político de toda Transcaucasia fue muy agitado en ese año. Los georgianos observaban la situación en Nagorno-Karabaj y se inquietaban (el «estatuto especial» contribuía a ello) al ver que Moscú decidía una rectificación de fronteras cediendo a las demandas de las minorías. No se equivocaban, ya que los abjasios, por su parte, observaban los acontecimientos que conmocionaban a los Estados vecinos y extraían de ellos sus enseñanzas. A raíz de la XIX Conferencia del PCUS, sus delegados reclamaron el derecho a abandonar Georgia. Rectificar las fronteras era una consigna que se extendía como un reguero de pólvora en un gran número de regiones minoritarias. Para los georgianos, igual que para los azeríes, tocar las fronteras de la república era impensable. Las relaciones entre comunidades se inflamaban, el ciclo de la violencia se iba sucediendo, y una vez más era toda la construcción soviética (territorio y sistema de poder) lo que se tambaleaba.

Los abjasios no cedían, a pesar del silencio de la XIX Conferencia, sobrepasada por la multiplicación de reivindicaciones secesionistas. Bombardeaban con peticiones todos los centros de decisión, Tiflis igual que Moscú. Y los georgianos, evidentemente, reaccionaron con una fuerza similar. El 18 de febrero de 1989 tuvo lugar una multitudinaria manifestación en Tiflis al grito de «¡No a la secesión!». Los manifestantes adelantaron entonces una idea, o más bien un lema: los abjasios, teniendo en cuenta su escaso número, disfrutaban de un «estatus exorbitante», y había que adaptar su estatus a las cifras, es decir, reducir sus derechos.

La respuesta de los abjasios no tardó en producirse. El 15 de marzo de 1989 organizaron en Ljny, ciudad de la que partió el movimiento separatista diez años antes, una manifestación impresionante que reclamaba (y la reivindicación se llevaría al futuro Congreso de los Diputados del Pueblo) no solo abandonar Georgia, sino que su región se erigiese, al igual que Georgia, en república soberana. A priori, esa exigencia nos puede hacer sonreír: los abjasios no constituían más que la quinta parte de la población de la república autónoma, que contaba con medio millón de habitantes. Sin embargo, en la primavera de 1989, todas las minorías se agitaban y reivindicaban. Además se constataba que en torno a la URSS, en el espacio del Pacto de Varsovia, las voluntades secesionistas estaban a punto de ganar. Nadie ignoraba que en Moscú reinaba el desorden. Para intentar apagar los incendios que se iban prendiendo en todas partes o amenazaban con hacerlo, el poder central proclamaba que su deber era preservar el derecho de todas las minorías, fueran cuales fuesen sus dimensiones y su anclaje territorial.

Tanto en Tiflis como en Bakú, ese discurso destinado a aplacar las pasiones las inflamaba aún más. Los georgianos y azeríes temían que, para ganar tiempo, Gorbachov, agobiado fuera de las fronteras soviéticas por las mismas exigencias nacionales, hiciera en la URSS concesiones que fueran en su detrimento.

En ese contexto de inquietud profunda hay que leer la tragedia de abril de 1989.¹⁶ Esta en realidad comenzó el 25 de febrero de 1989, cuando la multitud conmemoraba el aniversario fatal de la anexión. A diferencia de la manifestación del año precedente, marcada aún por la tristeza y el recogimiento, más ceremonia de recuerdo que rebelión, en 1989 dominaba ya la llamada a la independencia. Y en las semanas que siguieron a esa conmemoración, Georgia vivió en un clima de manifestaciones más o menos permanentes. Así fue como se llegó a las terribles jornadas del mes de abril. Desde el 4 de abril, los

manifestantes se instalaron en el centro de Tiflis —en el corazón del poder— y no lo abandonaron. Apareció entonces un partido ilegal, el partido Nacional-Demócrata Georgiano, cuyos miembros iniciaron una huelga de hambre frente al asedio del gobierno. La multitud encontró sus líderes, y en torno a ellos se mantuvo día y noche hasta la represión del día 9. Así, el movimiento conquistó Sujumi, capital de Abjasia —donde los georgianos, mayoritarios, se manifestaron escandalosamente contra las exigencias abjasias haciendo huir a una minoría aterrorizada—, y Kutaisi, la segunda ciudad de Georgia.

Tres movimientos de protesta sublevaron a la población en esas jornadas sangrientas. Oposición de Georgia al poder central, en nombre de la voluntad de independencia. Oposición de los georgianos a los abjasios, tenidos por una minoría que había que reducir a un estatus conforme a su importancia numérica. Oposición de los abjasios a los georgianos en nombre de una feroz voluntad de separación. Esa imbricación de reivindicaciones que se dirigían todas a Moscú —los georgianos querían que Moscú les diera la independencia y aplastase a los abjasios, mientras que estos exigían que Moscú los liberase de los georgianos, integrándolos finalmente en Rusia— desmoralizó mucho al poder central, que en primer lugar recurrió al jefe local del PC, Patiashvili, para calmar a los manifestantes con los medios de mantenimiento del orden de que disponía. Pero fracasó: la multitud, a pesar de las amenazas de la policía, que había anunciado su presencia, continuó desfilando, convencida de que las relaciones de fuerza entre ella y el Estado habían cambiado. Esa constatación fue la que incitó al poder a ejercer la represión.

Irrumpieron algunos militares en el lugar, rodearon a la multitud, que no podía huir, y golpearon con palas de zapador a todos aquellos (hombres, mujeres y niños) que se habían reunido allí. Fue una carnicería. Más de 20 muertos, más de 200 heridos según el recuento oficial. Pero los manifestantes y la comisión de investigación discutieron esas cifras, demasiado escasas. La violencia de los medios empleados sin duda obtuvo un resultado inmediato: las manifestaciones para la independencia serían reemplazadas por comitivas de solidaridad con las víctimas. La multitud estaba horrorizada; los hospitales apenas podían atender a los heridos, tan numerosos eran. Y ya surgió entonces una acusación terrible que transmitió el Frente Popular, que se erigió en representante del pueblo georgiano: es posible que los manifestantes fueran gaseados. Jamás se había hecho una acusación de ese tipo en la URSS anteriormente, pero la encontraremos de nuevo en Moldavia poco tiempo después. Tanto en Moscú como en Tiflis, las

autoridades lo negaron, asegurando que los padecimientos de los manifestantes se debían a movimientos incontrolados de la muchedumbre. Pero muchos de ellos tenían síntomas de asfixia. *Izvestia* recuperó esa información tres días más tarde. Ante la gravedad de los acontecimientos, el poder central y el poder local dudaban. Se cerró la frontera a los periodistas extranjeros. Las autoridades debían hacer frente a preguntas que surgían por todas partes: ¿cuántas víctimas hubo? ¿Cómo habían muerto? Patiashvili dimitió y fue sustituido por Guivi Gumbaridze, que había presidido durante algunos meses el KGB georgiano. Ese nombramiento de un *apparatchik*, jefe del KGB, testimonia una prioridad: volver a instaurar el orden. Y casi todo el aparato del poder local quedó renovado. Pero esas disposiciones de urgencia no conseguirían solucionar nada.

Shevardnadze, aunque estaba muy ocupado con su pesada carga de ministro de Asuntos Exteriores, llegó pronto a Tiflis para intentar restablecer la calma. Defendía que la represión, «decidida no se sabía por quién y a qué nivel», pero no por Gorbachov y su entorno, era una «provocación» destinada a desacreditar la *perestroika*. Un crimen de los conservadores, en suma. Ese discurso, aunque algo engañoso, el carisma de Shevardnadze y la confianza que todavía tenían en él sus compatriotas, calmaron un instante a una población muy alterada. La promesa de una investigación seria también tuvo su papel. Es cierto que se nombrarían dos comisiones de investigación que trabajaron estableciendo las responsabilidades. Una de las dos fue nombrada de inmediato por el Sóviet Supremo de Georgia y confiada a un jurista reputado, especialista en derechos humanos, Tamaz Shavgulidze. Después el Congreso de los Diputados del Pueblo encargaría a otro eminente jurista, gran figura del movimiento democrático ruso que se iba afirmando entonces, y futuro alcalde de San Petersburgo, Anatoli Sobchak, que proyectara luz sobre el drama de Tiflis. finalmente, Andréi Sájarov, afectado como todos los demócratas rusos por lo que sería considerado como el Tiananmén de la *perestroika*, fue también en persona a observar en Tiflis la manera en que se llevaban a cabo las audiencias de la comisión de investigación.¹⁷

La pregunta que todos se hacían, pero de forma distinta, era: ¿quién es el responsable? ¿Dónde se ha decidido semejante represión? ¿A qué nivel? Se debatía apasionadamente el asunto de Tiflis en los medios liberales de Moscú, pero también en el seno del poder, porque todos lo consideraban la prueba de fuego para la *perestroika*. Si fue en Moscú donde se decidió todo, contando con Gorbachov o a sus espaldas, fueron su imagen y la credibilidad de su política las

que volaron hechas pedazos. La tesis defendida por Shevardnadze en Tiflis fue la que defendió el Politburó. El poder georgiano estaba muy alarmado y decidió unánimemente la represión, pero no le siguió el comandante de las fuerzas de Transcaucasia, el general Rodionov, un ruso que dejó que los georgianos organizaran el baño de sangre con sus propios medios.

A pesar de las negaciones de Shevardnadze intentando exonerar a Gorbachov¹⁸ de toda responsabilidad y todo conocimiento del plan represivo, todas las comisiones de investigación tuvieron como resultado conclusiones más matizadas. Fue Moscú quien aprobó, o al menos dejó actuar, a las autoridades locales. Tres miembros importantes del entorno de Gorbachov fueron cuestionados por la comisión de investigación: Lukianov, el mariscal Yázov y Chebrikov, que presidía el Politburó el 8 de abril cuando se debatió la situación de Tiflis, que se consideró incontrolable. En definitiva, las dos comisiones de investigación, cuya seriedad y honradez jamás se puso en duda, acabaron por constatar que la represión no estaba justificada, ya que, a pesar de sus violentos lemas, la multitud era pacífica e iba desarmada. Pero a la pregunta «¿Quién lo decidió?», era imposible dar una respuesta incuestionable. ¿Cómo no concluir que, en ese caso, la *glasnost* no estuvo a la altura, o incluso que fracasó en Tiflis? Se trató en ese caso de un auténtico retroceso. Por otra parte, esa tragedia testimoniaba la debilidad de Gorbachov en el ámbito de la política interior. Mientras que en el exterior nadie cuestionaba sus iniciativas, ni usurpaba su autoridad, en el interior del imperio hubo agitación e intervinieron de manera desordenada personalidades de su entorno, y prevalecía la impresión de que no siempre controlaba la situación.

En el caso de Chebrikov, antiguo jefe del KGB cuyo papel había querido esclarecer el diario *Moskovskie Novosti*, Shevardnadze prefirió guardar silencio. Que Gorbachov dejara así que sus más allegados se apropiaran de su autoridad, que no sancionara a nadie de su entorno, testimonia no su responsabilidad total en esa tragedia, pero al menos sí el hecho de que no supo dominar la complejidad de una burocracia cuyas taras él mismo había denunciado. Entonces deploraron su debilidad incluso sus colaboradores más próximos.

Pero todo análisis de la crisis de Georgia debe tener en cuenta otro actor: el pueblo osetio; 600.000 osetios se repartieron entonces casi por la mitad entre dos repúblicas: una al norte, unida a Rusia, otra meridional, en Georgia. En 1985, los osetios del sur no eran más que 65.000 en su república, el resto estaba disperso

por todo el territorio georgiano. Los osetios del norte son musulmanes, los del sur cristianos, pero soñaban con unirse a sus hermanos de Rusia... un sueño que Stalin se negó a realizar.

En abril de 1989, los osetios de Georgia¹⁹ manifestaron una soberbia indiferencia a la suerte de los georgianos masacrados, y la prensa georgiana se indignó por esa ausencia de solidaridad. Más aún: en otoño se creó un Frente Popular osetio que reclamaba de Moscú la unidad de los osetios de Rusia, o en su defecto, que la república autónoma del sur fuera promovida al rango de república como la de Georgia, en un estatus de igualdad con ella. Los georgianos no podían tolerar esas exigencias, y el 18 de noviembre de 1989, el Sóviet Supremo de la república votó enmiendas a la Constitución. Eran de gran importancia, puesto que reconocían a la república el derecho a rechazar toda ley federal que se juzgase contraria a los intereses republicanos. Al impugnar la primacía de la ley federal, los georgianos cuestionaban el federalismo y, por tanto, la Federación. En la base de esa reforma constitucional se encontraba simplemente la voluntad de los georgianos de protegerse contra los cambios estatutarios que contemplaba Gorbachov con la esperanza de desarmar las exigencias nacionales. Pero el resultado era que el porvenir del federalismo soviético ya estaba cuestionado.

La catástrofe del 9 de abril arrojó sombras sobre el marco conceptual del poder soviético. Para los georgianos, lo sucedido era irreparable. Consideraron que el poder soviético y la URSS eran en realidad *rusos*, es decir, enemigos, y la única conclusión que se desprendía de ello era la necesidad de separarse definitivamente. Los armenios, por muy amargados que estuvieran, no podían todavía desembocar en una conclusión tan radical, porque su principal enemigo era su vecino inmediato, Azerbaiyán, pero dejaron de creer que Rusia o la URSS los protegerían. En cuanto a los azeríes, estaban convencidos de ser más fuertes que los armenios, y por tanto capaces de prescindir de los rusos. La idea de independencia se convirtió así, a partir de la primavera de 1989, en una palabra clave en Transcaucasia.

Los frentes populares; el contagio de Estonia

La XIX Conferencia del PCUS había tenido como conclusión imprevista para las instancias superiores, como hemos visto, el asalto producido al sistema por el Frente Popular estonio, que proclamó la soberanía de la república e instauró un doble poder fáctico. A principios de 1989, el Partido Comunista estaba lejos de un concepto semejante; no conocía más que su papel dirigente. Sin embargo, esa evolución debía también mucho a Gorbachov, líder del Partido Comunista. Para reforzar la *perestroika* e imponerla a los conservadores que aplaudían a Nina Andreieva, Gorbachov quiso apoyarse en la sociedad, en los *grupos informales* que la *glasnost* sacó a la luz. Pero también pensaba que esas iniciativas de base, que él estimuló, debían ser controladas, so pena de debilitar la *perestroika* en lugar de reforzarla. Por eso favoreció el surgimiento de frentes populares, que creía capaces de enmarcar las iniciativas espontáneas de la sociedad. El ejemplo estonio muestra que, desde principios de 1989, la iniciativa se les escapaba; que sobre el terreno nacional se instaló un pluralismo de hecho por la voluntad de las elites republicanas.

El Frente Popular de Lituania se creó el 3 de junio de 1988 y elaboró un programa nacional radical (apoyo a la *perestroika*, desde luego, pero sobre todo una verdadera autonomía de la república en los dominios de la cultura, la lengua y el entorno). La gran manifestación que movilizó a la población de Vilna el 24 de junio pronunciaba lemas nacionales e indicaba que el Frente Popular solo defendería la *perestroika* si tenía un contenido nacional. Ya se ponía en cuestión la concepción gorbachoviana de la reforma.

Letonia siguió la misma vía con un Frente Popular que, nacido en octubre de 1988, reivindicaba algunas semanas después de su fundación 250.000 adscritos. En Riga, igual que en Tallin o en Vilna, los frentes multiplicaban las manifestaciones, pacíficas, desde luego, pero destinadas a dar visibilidad a una reivindicación común: la ampliación de las autonomías republicanas.

En cada una de las repúblicas bálticas, la conquista de los medios de comunicación, es decir, el medio de movilizar a la sociedad en torno a unos frentes, era un objetivo inmediato que se conseguía enseguida. En Vilna, el Frente Popular disponía de un programa de televisión y creó decenas de periódicos legales, con mucha tirada, publicados en lituano y en ruso. Los letones apostaron más por la radio y las publicaciones más esporádicas. Pero sobre todo fue la unidad de los frentes bálticos lo que les aseguró un progreso rápido.²⁰ Fueron los estonios quienes tomaron la iniciativa, fundando en mayo de 1989, en Tallin, el Consejo de Frentes Bálticos, que definió una estrategia

común de lucha para dar un contenido concreto a las proclamas de soberanía. Porque el ejemplo estonio hizo escuela enseguida. El Sóviet Supremo de Lituania proclamó la soberanía del Estado el 18 de mayo de 1989; les seguiría el Sóviet Supremo de Letonia el 28 de julio de 1989.

El Partido Comunista de la URSS reaccionó severamente a esas declaraciones de soberanía, recordando a los frentes que los Estados bálticos formaban parte de un conjunto que se llamaba URSS.²¹ Y sobre todo, confiaba a los partidos nacionales la misión de controlar esas instancias por ser demasiado independientes. Pero los partidos comunistas nacionales se mostrarían indecisos, inseguros del equilibrio que se podía encontrar entre una sociedad en estado de ebullición permanente, que consideraba los frentes populares como representantes suyos, y las exigencias de una solidaridad soviética.

A diferencia de los frentes populares, que disponían ya de una organización común y que habían definido una estrategia común, los partidos comunistas nacionales recorrerían el difícil camino que Moscú les proponía cada uno a su manera. Estonia sería el modelo, una vez más. Su PC pretendía cooperar con el Frente Popular para imponer a Moscú una concepción nacional de la *perestroika*. El PC lituano siguió una vía bastante parecida, pero subió la apuesta con respecto a su vecino estonio al proclamarse el defensor más seguro, quizá el único, de la autonomía nacional. Ese discurso caló hondo. El líder del partido de la república acusó fríamente al PCUS de injerencia en los asuntos locales y, sin embargo, nadie ignoraba que había obtenido su puesto por el favor de Moscú.

Muy distinta sería la línea del PC letón, que jugaba la baza del internacionalismo y se negaba a tener en cuenta la existencia del Frente Popular. Es cierto que en Letonia la situación de la población era muy particular. De los 2.650.000 habitantes con los que contaba la república en 1989, 1.400.000 letones se enfrentaban a 905.000 rusos, 120.000 bielorrusos y 92.000 ucranianos, es decir, que el grupo eslavo igualaba casi al de letones y el peso de la minoría rusa era considerable en la república. Para los letones —y el Frente Popular expresaba su sentimiento común—, la presión rusa o eslava era intolerable; se asemejaba a una verdadera invasión que amenazaba la existencia del pueblo letón. Desembarazarse de esos «extranjeros» se imponía como una de las consignas principales del Frente Popular. El PC, que se vanagloriaba de su internacionalismo y defendía posturas prorrusas, era considerado en Letonia como una simple agencia de Moscú, lejano a toda idea de cooperación. El Frente Popular se alzaba contra el partido en nombre de la supervivencia del pueblo

letón. Pero el Frente Popular también tendría que vérselas con un Frente Internacional de los Trabajadores del Pueblo Letón, formado en el curso del año crucial de 1989, compuesto esencialmente por rusos cuyas consignas eran: «la amistad de los pueblos» y la fidelidad al sistema soviético. Tanto la existencia de ese frente rusófono y prorruso como las posiciones promoscovitas del partido contribuyeron a impulsar el Frente Popular letón en una dirección ultranacionalista cercana a las posturas antirrusas que cristalizaron en otros lugares, sobre todo en el Cáucaso. Así, poco a poco, el desarrollo de los frentes populares entrañó un deslizamiento de posturas favorables a la *perestroika* a un nacionalismo virulento, dirigido de manera indiferenciada contra el poder central, contra la Federación Soviética y contra los «rusos».

Los bálticos lanzaron el movimiento y propusieron un modelo que seducía incluso allí donde menos se esperaba: en Moldavia. Esa república arrancada a Rumania en 1945, cuya lengua se dotó entonces, como el ruso, de alfabeto cirílico para cortar los vínculos con la lengua y la cultura rumana y para facilitar su incorporación a la URSS, era pluriétnica. La mayoría moldava (2.790.000 de sus 4.332.000 habitantes) cohabitaba con más de un millón de rusos, ucranianos y bielorrusos y una importante comunidad judía. Al principio todo parecía fácil, conforme a los deseos de Moscú. El movimiento democrático para la *perestroika* defendía las reformas de Gorbachov. Pero rápidamente el movimiento se interesó por dos cuestiones menos inocentes: la de una verdadera autonomía republicana, en un principio, y también la de la lengua, que este movimiento reclamaba que adquiriese el estatus de lengua oficial en detrimento de los derechos de otras minorías, y que reencontró la unidad perdida con Rumania mediante el abandono del cirílico y el regreso al alfabeto latino. «¡Derribemos la muralla china que nos separa de nuestros orígenes!»: ese lema, repetido sin fin en las manifestaciones, no era aceptable ni para Moscú ni para las minorías. Por fin se dibujaba una reivindicación, todavía discreta, pero que alteró a las repúblicas vecinas: la rectificación de las fronteras.²² Moldavia se vio privada de ciertos territorios en beneficio de Ucrania, que no aceptó de buen grado que se suscitara esa cuestión. Eso explica la formación, en enero de 1989, de un frente internacionalista ruso-ucraniano que exigía que el ruso fuera lengua oficial en igualdad de condiciones con el moldavo, rechazaba el regreso al alfabeto latino y condenaba toda idea de rectificación de fronteras. Esas posturas irreconciliables, violentas en su expresión, experimentaron una rápida escalada. El 20 de mayo de 1989 se creó

el Frente Popular de Moldavia en Chisinau. Muy cerca de los frentes bálticos, reclamaba el reconocimiento de la soberanía de la república, iniciar la discusión sobre las fronteras y la promoción de la lengua rumana.

Chisinau, capital de una república considerada modelo hacía bien poco, se convirtió en centro de una agitación permanente y contradictoria. Cada día, miles de manifestantes desfilaban, se enfrentaban y provocaban, reclamando tan pronto un apoyo general a la *perestroika* como la expulsión de los rusos o la rehabilitación de las víctimas de Stalin. En octubre de 1989, el Frente Popular adquirió estatus legal y se volvió hacia organizaciones semejantes, los frentes bálticos en primer lugar, con el fin de prestar la fuerza del número a unas exigencias comunes.

Ucrania es un caso particular. Segunda república de la URSS, contaba con 51 millones de habitantes, de los cuales una mayoría eran ucranianos, 37 millones, y 11 millones, rusos. La URSS entera acogía a 44 millones de ucranianos, lo que los convertía, después de los rusos, en la comunidad nacional más potente de todo el Estado soviético. Después de Chernóbil, Ucrania no dejó de denunciar su situación de «basurero nuclear» de la URSS, y ya mucho antes de la catástrofe, los ucranianos protestaban contra una política que les imponía la lengua rusa en detrimento del ucraniano, con el fin de borrar las diferencias culturales entre Rusia y Ucrania. Si ese resultado se había conseguido más o menos en 1989 en Ucrania Oriental, porque la historia de la región se confundió con la de Rusia,* por el contrario Ucrania Occidental, que formaba parte del Imperio austrohúngaro y no se unió a la URSS hasta 1945, conservó mejor su lengua, su cultura y su apego a su religión. Ciertamente, Stalin obligó a los ucranianos a colocarse bajo la autoridad de la Iglesia ortodoxa, cuando en realidad eran uniatas, greco católicos de rito oriental. La elección de un papa polaco en 1978, la acción heroica de sacerdotes polacos que, con peligro para su vida, franqueaban clandestinamente la frontera para asegurar una cierta supervivencia de las parroquias católicas, abrieron un poco una frontera que, desde 1945, había sumido a los ucranianos occidentales en una desesperación permanente, separándolos del resto de Europa.

Así fue como Ucrania se retrasó dentro del gran movimiento frontista que agitaba la periferia de la URSS en 1988-1989. Muchos pequeños movimientos dispersos contuvieron durante un tiempo las energías populares. Y el mantenimiento del PCUS del ucraniano Cherbitski tranquilizaba a sus compatriotas y frenaba sus veleidades innovadoras.

Pero en el otoño de 1989, cuando en todas las repúblicas resonaban los lemas y las exigencias de los frentes, Ucrania se unió al movimiento.²³ El 9 de septiembre se fundaba en Kiev el Frente Popular por la Perestroika (Ruj), colocado bajo la presidencia del gran poeta nacional Iván Drach. La creación del Frente Popular fue precipitada por la huelga de los mineros que conmocionó a la URSS en el verano de 1989. En Ucrania, esa huelga impulsó un potente movimiento obrero, que de entrada proclamó su independencia con respecto a todas las organizaciones tradicionales, Estado, partido o sindicatos. Ese movimiento presentaba un doble desafío para el Ruj. En primer lugar, porque este estaba dominado sobre todo por la elite intelectual, y muy bien implantado en Ucrania Occidental, mientras que el movimiento de los mineros era muy fuerte en la parte oriental de la república. El primer objetivo del Ruj era reconciliar a las elites con el movimiento obrero, y más aún, las dos partes tan distintas de Ucrania. Eso explica, ciertamente, que el Ruj hubiera elaborado en primer lugar un programa moderado, muy alejado de las exigencias radicales de los bálticos (autonomía económica de la república, tener en cuenta de inmediato los problemas de medio ambiente, nacionalismo lingüístico y, sobre todo, defensa de los derechos humanos). Las relaciones centro-república, las cuestiones de soberanía, la relación con los rusos en la república, todo eso quedó en la sombra, de momento. La *perestroika* en su versión gorbachoviana parecía bastar a los ucranianos en principio.

Gorbachov y el partido, sin embargo, no se dejaron engañar. El Ruj fue para ellos un tema de inquietud de la magnitud de Ucrania. Temían que detrás de un discurso moderado se desarrollaran, como antes, los temas nacionales que alimentaban los rencores más profundos de los ucranianos: la anexión relativamente reciente y no aceptada de Ucrania Occidental, el recuerdo espantoso de la hambruna de 1933... Gorbachov tenía motivos para inquietarse. Descubrió enseguida que, contrariamente a los demás frentes nacionales que surgieron y se desplegaron entre la indiferencia nacional, el Ruj no estaba librado a sus propias fuerzas. Adam Michnik, consejero cercano de Lech Walesa, fue a declarar durante su congreso fundador que el Frente Popular ucraniano se beneficiaba del apoyo de Solidarnosc y del Parlamento polaco. Gracias a la presencia y las palabras de Michnik, el movimiento político que sacudió toda la periferia de la URSS en torno a un tema unificador, el renacimiento nacional, encontró su lugar también en el gran impulso de democratización que estaba a punto de arrancar Europa Oriental y Central a la dominación soviética.

Así, desde finales del año 1989, llegó a su fin el segundo tiempo de la experiencia gorbachoviana. Después de las primeras vacilaciones para definir la vía que se debía seguir, los dos años que se abrieron tras la conmoción de Chernóbil estuvieron marcados por un esfuerzo extraordinario de Gorbachov para hacer evolucionar las relaciones internacionales y el lugar de la URSS en el mundo. En este tema salió muy airoso. Pero también quiso emprender una reconstrucción interior, la *perestroika*, que debía transformar la URSS, adaptarla al mundo exterior y a su tiempo, y legitimar sus pretensiones de cambiar sus relaciones con el mundo.

Pero la *perestroika* lanzada por Gorbachov produjo unos resultados que este no había previsto. Quizá habría que tener en consideración el hecho de que en esos dos años tan ricos y llenos de iniciativas y acontecimientos, tan afortunados también en determinados aspectos, la periferia, las repúblicas, la cuestión nacional en suma, escapó un poco a su atención. Sin duda, la violencia desencadenada el 9 de abril de 1989 en Tiflis, la cuasiguerra que arrasaba el Karabaj, lo movilizaron un momento, pero enseguida su atención volvió hacia aquello que le parecía esencial entonces: el desarrollo político del centro, dominar la oposición conservadora y, como prioridad, las negociaciones estratégicas con Estados Unidos, prefiguración del mundo nuevo del cual soñaba con ser iniciador.

El caso es que el incremento de las reivindicaciones nacionales y su organización en el seno de los frentes que surgían por todas partes tuvieron menos lugar en la política de Gorbachov que los cambios de Europa del Este, aunque tampoco hubiera hecho grandes esfuerzos para controlarlos. Hasta finales de 1989, la mirada que arrojaba sobre la periferia y su evolución se ajustaban a lo que su educación soviética le había enseñado: se trataba del espacio soviético, y por tanto, las elites republicanas formadas por el sistema no podían tener como objetivo destruirlo. Es cierto que al principio de ese período, en el momento del XXVII Congreso, el sistema no estaba amenazado en la periferia. Disponía de poderosos recursos interiores y de una gran capacidad de adaptación. A los conservadores, a Ligachov sobre todo, que intentaba alertarle sobre la evolución de los años 1987-1989, Gorbachov respondía invariablemente que la *perestroika* internacional, la importancia de los avances internacionales, permitirían neutralizar todas las oposiciones en el interior.

Sin embargo, la nueva situación surgida en las repúblicas provocaría en menos de dos años la desaparición del poder soviético. ¿Era ineludible ese encadenamiento de hechos? ¿Cómo se pasó de las declaraciones de soberanía (platónicas) a la independencia? ¿Acaso la URSS no era más que un enorme castillo de arena?

Capítulo II

El fin del imperio «exterior»

La llamativa política de Mijaíl Gorbachov, que parecía poder dominar o sortear todos los obstáculos, chocaría en Europa del Este con una realidad que había ignorado o subestimado. Y la consecuencia sería que en menos de dos años, esa parte del espacio comunista conquistado en 1945, el Pacto de Varsovia, y sobre todo la Alemania dividida, símbolo del mundo bipolar de la posguerra, dejarían de existir.

Como siempre, Polonia sirvió de modelo. La ley marcial, la aparente derrota de Solidarnosc, el triunfo del «socialismo real» (término empleado con preferencia a «democracia socialista»), todo eso parecía haber acabado con la oposición polaca y anestesiado a la sociedad. Sin embargo, a partir de mayo de 1988, las huelgas que estallaron contradecían esa imagen de apatía polaca. A Gorbachov, que entonces había acudido a Polonia para «encontrarse con el mundo de la cultura», le interrogaron sobre la doctrina Brézhnev. ¿Estaba todavía en vigor, o bien la había sobrepasado el «nuevo pensamiento»? Su respuesta no fue clara,¹ cosa que probablemente animó aún más a los obreros y a la oposición a proseguir su acción. Apenas Gorbachov se había dado media vuelta cuando se desencadenó una oleada de huelgas con un objetivo preciso: que Solidarnosc recuperase un estatus legal. El gobierno se negó a negociar «bajo la presión de las armas», pero tuvo que aceptar el principio de un regreso a la mesa redonda. Ese principio tardaría un tiempo en entrar en vigor, ya que el Partido Comunista polaco estaba dividido sobre la actitud que había que adoptar, y los conservadores reunidos en torno al primer ministro Rakowski bloqueaban todo el progreso. A pesar de estas oposiciones, las negociaciones de la mesa redonda empezaron el 6 de febrero de 1989, y condujeron a un acuerdo el 5 de abril. Solidarnosc recuperaba un lugar en la escena política, y se incluían las elecciones en el programa. La ley del 7 de abril modificaba la Constitución y el sistema electoral: el nuevo sistema electoral preveía unas elecciones

parcialmente libres en el Senado y la Dieta. El Partido Comunista pensaba poder controlar la situación y conservar una mayoría de electos; el escrutinio del 4 de junio supondría una cruel decepción.

Esas elecciones (semilibres) fueron un triunfo para la oposición, que se llevó todos los escaños abiertos a la competición en la Dieta (161) y 99 (sobre 100) en el Senado. Por primera vez desde 1945, un pueblo de la Europa soviетizada había podido elegir su destino de acuerdo con los comunistas. Bronislaw Geremek se puso a la cabeza del grupo de los diputados de Solidarnosc; la presidencia del Senado recayó también en un miembro de ese movimiento; solo la presidencia de la Dieta volvió al antiguo Partido Campesino. El fracaso electoral obligó a los comunistas a negociar. Tadeusz Mazowiecki fue nombrado primer ministro, pero dejó cuatro puestos ministeriales a los comunistas, entre ellos Defensa y Seguridad, supervivencia del sistema soviético. De acuerdo con Lech Walesa, se comprometió a no infringir las obligaciones del Pacto de Varsovia. El general Jaruzelski conservaba la presidencia de la república y el mando del ejército, cosa que le dejaba la posibilidad teórica de restaurar el estado de emergencia, si había necesidad de ello. Esa evolución «como quien no quiere la cosa» tranquilizó a Gorbachov. Ceaucescu no le dejaba en paz, suplicándole que detuviera el deslizamiento polaco fuera del sistema para evitar un «efecto dominó», cuyas consecuencias temía para Rumania. Pero para Gorbachov, el modelo polaco era tranquilizador. La evolución política no cuestionaba la alianza militar ni la pertenencia al sistema de solidaridad forjado por Moscú. ¿No era acaso una ilustración de los méritos de la *perestroika*? No estaba equivocado al pensar de esa manera, al menos en el verano de 1989, ya que si Polonia cambiaba, nada anunciaba una ruptura. Esa Polonia era tanto más aceptable para Gorbachov dado que, mientras visitaba en el mismo momento la RDA, habló de su apego al derecho de los pueblos a disponer de sí mismos. Con ello consiguió consolidar su imagen liberal y reforzar el prestigio del «nuevo pensamiento».

Hungría siguió un curso distinto al de Polonia, pero para llegar a un resultado casi similar. La iniciativa del cambio vino del partido. Este lo proclamó de urgencia y apartó de su cargo de secretario general a Janos Kádár, opuesto a toda reforma, según se creía. Kádár fue reemplazado por el primer ministro Karoly Grósz, próximo al líder del ala reformista del partido, Imre Pozsgay. A partir de ahí todo se precipitó. En febrero de 1989, Pozsgay impuso al partido que reconociera que el levantamiento de 1956 no era una contrarrevolución,

como siempre lo había calificado el Comité Central del PCUS, sino una sacudida a nivel nacional. ¡Qué revelación! E inmediatamente después, el partido tuvo que aceptar el multipartidismo. ¡La Hungría de Kádár no existía ya!

A partir de junio de 1989, el Partido Comunista húngaro renegó de todo lo que antes lo definía: el marxismo-leninismo, la dictadura del proletariado y, sobre todo, su papel dirigente. Hungría estaba a punto de convertirse en una república.

Renacieron o se formaron partidos políticos para tomar parte en las elecciones libres previstas para principios del año 1990.² El más notable de todos ellos era el Fórum Democrático Húngaro, fundado en 1987, que se constituyó como partido político en 1989 y ganó las elecciones de marzo-abril de 1990 con un 42,7 % de los sufragios y 165 escaños en el Parlamento, es decir, más del 40 % de los escaños. Y aliándose al partido de los Pequeños Propietarios y a los demócratacristianos, se aseguró una cómoda mayoría de 230 escaños. Esa coalición llevó a Arpad Göncz a la presidencia de la república y a József Antall al frente del gobierno. Este último seguiría hasta su muerte en 1993, señal de la estabilidad política húngara, impulsado por la fuerte personalidad de Antall, que decidió modificar la Constitución. Hungría se convirtió así en una democracia parlamentaria, dotada de un Parlamento y de un ejecutivo fuertes frente a un presidente débil, porque había sido elegido en sufragio indirecto.

Esa evolución rápida, que el presidente Bush constataría sobre el terreno en el verano de 1989, no parecía inquietar especialmente a Gorbachov. Ciertamente es que, en el momento en que se adoptó el multipartidismo en Hungría, todavía no había tomado la decisión para la URSS. La evolución húngara podía ayudarle a hacer progresar esa idea demostrando que el paso del sistema de partido único al multipartidismo no destruía el sistema comunista, sino que lo mejoraba. El caso húngaro también tenía la ventaja de probar que la evolución de la URSS y la seguridad del abandono de la doctrina Brézhnev eran sinceras. Además, Gorbachov estaba convencido entonces, con toda justicia, de que el interés que tenían los dirigentes occidentales en las revoluciones polaca y húngara, su entusiasmo, sus propuestas de ayudar a esos países (ese era el sentido del viaje de Bush a Hungría y a Polonia) no significaban que tuvieran la voluntad de intervenir en ese proceso. Al contrario, Gorbachov constataba la prudencia de los occidentales ante esas evoluciones y una voluntad manifiesta de preservar el

statu quo europeo. En cambio, Gorbachov no había previsto —aunque hubiera podido pensarlo— los efectos de esos cambios en el conjunto del bloque socialista.

La transformación de Hungría en república libre planteaba la cuestión de la frontera austrohúngara. La abrieron los húngaros en agosto de 1989, cortando los alambres de espinos que los separaban de Austria y desencadenando un éxodo masivo de alemanes de la RDA. Estos se lanzarían hacia la brecha para huir hacia Occidente y llegar a la RFA a través de Austria. Los húngaros que atravesaron una frontera que debía permanecer cerrada lo hicieron casi con tres meses de anticipación con respecto a los alemanes que destruyeron el Muro de Berlín. Les abrieron el camino, y eso se olvida demasiado a menudo.³

Otro país, otra revolución: se trataba de la Revolución de Terciopelo, que cambió el destino de Checoslovaquia.⁴ El país y el pueblo que los carros de combate del Pacto de Varsovia aplastaron en agosto de 1968, había conocido desde entonces un período de postración y de espera masiva, aunque en enero de 1969, el estudiante Jan Palach, inmolándose en la plaza de Wenceslao, recordó a sus compatriotas que la «normalización» era inaceptable. Más tarde, la Carta 77, dirigida por Jiri Hájek, Jan Patocka y Václav Havel, se asignó una doble misión: dar testimonio de la rebelión checa contra el aplastamiento de 1968 y reunir todos los datos posibles sobre violaciones de derechos humanos en el marco de la «tercera cesta» del Acta final de Helsinki. Checoslovaquia era, hay que recordarlo, signataria del Acta final. Perseguidos, conducidos a la prisión, los «artistas» no quedaron inactivos cuando les era posible, ni dejaron de estar atentos a toda posibilidad de manifestarse. Y la *perestroika* les dio los medios.

A partir de 1988, en Checoslovaquia se multiplicaron las manifestaciones para conmemorar todos los acontecimientos posibles: suicidio de Jan Palach, ocupación del país, día de los derechos humanos, etc., y siguieron los arrestos sin conseguir jamás detener ese movimiento. A principios de 1989, Checoslovaquia todavía era considerada un pilar del conservadurismo comunista. Y, sin embargo, en noviembre, inmediatamente después de la caída del Muro de Berlín, esa imagen se desmoronó. Dos acontecimientos, casi simultáneos, cambiaron brutalmente el paisaje pacífico de Checoslovaquia. Primero una gigantesca manifestación que tuvo lugar en Praga, el 17 de noviembre de 1989, para conmemorar el levantamiento estudiantil de 1939, reprimido por las tropas alemanas que ocupaban entonces Bohemia. Dos días más tarde, Václav Havel y otros disidentes fundaron el Foro Cívico. Ese foro se

dispersó enseguida por las provincias. En Eslovaquia apareció su homólogo, Público Contra la Violencia. Los responsables del Partido Comunista, alarmados, se volvieron entonces hacia Gorbachov pidiéndole ayuda. Él no se movió. La doctrina Bréznev no era más que un recuerdo. De modo que los comunistas tuvieron que resignarse a convocar una mesa redonda, que tuvo lugar del 26 de noviembre al 9 de diciembre, e instalar un gobierno abierto a la oposición y cuya constitución no carecería de peripecias.

El Estado cambió de rostro: Gustáv Husák se vio obligado a abandonar la presidencia y cedérsela a Václav Havel, Petr Pithart se puso al frente del gobierno en Praga y Jan Čarnogurský en Bratislava. Por fin, la presidencia del Parlamento recayó en Alexander Dubček, símbolo de la Primavera de Praga. La Revolución de Terciopelo se había cumplido, pero para hacerla perenne había que modificar la Constitución y la ley electoral. Václav Havel planteó ya desde un principio dos cuestiones difíciles, que tendrían consecuencias para el porvenir. En primer lugar, recordó la expulsión de los alemanes de los Sudetes, reinstalados en Alemania, un tema tabú hasta aquel momento. Evocando la injusticia de su suerte y las violencias sufridas por aquella minoría, Havel quería provocar en sus compatriotas la necesaria toma de conciencia de aquel drama olvidado y preparar el terreno para una reconciliación germano-checa. El dirigente checo consideraba que Alemania, que soñaba ya con su unidad, y Checoslovaquia, una vez liberada del comunismo, debían construir sus relaciones sobre una comprensión mutua y una cooperación estrecha.

El otro tema, que abordaría con la misma osadía, estaba ligado a Eslovaquia. En ese período de conmociones como cataclismos, Havel no ignoraba que el espíritu de independencia de Eslovaquia no había muerto, e incluso que Čarnogurský lo cultivaba secretamente. Abogó, por tanto, por una federación «auténtica» y un cambio de nombre del Estado, que abandonaría la palabra *socialista* para convertirse en «República Checoslovaca». Sin embargo los eslovacos se opusieron, arguyendo que esa denominación se parecía demasiado a la que se adoptó en 1918 para calificar un Estado centralista. Se optó finalmente por «República Federal Checa y Eslovaca».⁵ Havel era muy lúcido: sabía que los eslovacos no aceptarían durante demasiado tiempo esa organización estatal conjunta. Pero como el tiempo apremiaba, había que elegir con urgencia las nuevas asambleas, y sobre todo llevar a término la transformación democrática del nuevo Estado. Los nuevos dirigentes no temían una injerencia soviética, ya que al inicio de 1990 sabían que Gorbachov tenía los

ojos puestos en Alemania. Allí naufragaría todo el sistema fundado por Stalin. Hasta entonces, la división de Alemania y, desde principios de los años sesenta, la edificación del Muro de Berlín, eran los símbolos del concepto soviético de Europa, un concepto que se creía inmutable.⁶

En 1989, Alemania del Este estaba muy agitada. La apertura de la alambrada de la frontera entre Hungría y Austria había incitado a los alemanes del este a volver la espalda al muro que los separaba del oeste y precipitarse hacia el nuevo itinerario que la intrepidez de los húngaros les proponía. En 1989, fueron por tanto cerca de 400.000 personas las que se lanzaron hacia esa vía milagrosa. Las conmociones políticas de Varsovia y Budapest habían alarmado a diversos jefes de Estado del Pacto de Varsovia, en primer lugar a Erich Honecker, el dirigente del PC alemán, y también a Todor Zhívkov, su homólogo búlgaro. Cuando se reunió en Bucarest en julio el Comité Político Consultivo del Pacto de Varsovia, insistieron en convencer a Gorbachov de que el bloque socialista estaba en peligro. ¿Acaso las elecciones polacas no habían mostrado, un mes antes, que un poder en apariencia sólido podía verse barrido por una oleada popular? Así que suplicaban a Gorbachov que detuviera en seco la desbandada que se iba perfilando. Gorbachov siguió inamovible: no habría respuesta militar a las evoluciones de los europeos del este.

Honecker quedó muy inquieto por ese rechazo, por la indiferencia de Gorbachov ante los acontecimientos polacos y húngaros, por la agitación que se apoderó de la RDA. Se sabe también que el «nuevo pensamiento» inspiró a su homólogo de la República Federal, Helmut Kohl, la esperanza de que la división alemana pudiera llegar a su fin en un plazo previsible. Gorbachov acudió en junio de 1989 en visita oficial a Bonn, signo ineludible de una aproximación de Moscú al enemigo de ayer. Y fue aplaudido entusiásticamente por una población convencida de que la *perestroika* podría aplicarse también a la cuestión alemana.⁷ «Gorby» constató con estupefacción su increíble popularidad. Por todas partes adonde iba oía resonar ese apodo de «Gorby». En octubre, el canciller Kohl acudió a Moscú. Su conversación en la intimidad con Gorbachov fue comentada así por Cherniaiev: «Cuando se observa en la cumbre cierta voluntad de hablar por ambas partes, de hombre a hombre, se comprende que se ha entrado en un mundo nuevo».

Sin embargo, Gorbachov, como escribiría en sus memorias, no pensaba que el mundo nuevo que nacería gracias a la *perestroika* debiera sustituir al mundo de la posguerra o cambiarlo radicalmente. Por el contrario, estaba convencido —

y toda su educación alimentaba esa certeza— de que la RDA todavía estaba enraizada en la historia y las dos Alemanias continuarían siguiendo dos vías distintas, una orientada hacia el oeste y la OTAN, y la otra hacia Moscú y la comunidad de Estados socialistas. En el verano de 1989 no existía para él — como constatamos al leerlo— una «cuestión alemana». Por el contrario, sí que había una cuestión de la RDA y de su clase dirigente, que todavía no había comprendido que había llegado el tiempo de las reformas razonables, el tiempo de la *perestroika*. Honecker, que soñaba con un golpe de fuerza militar sobre Varsovia, le inquietaba por su conservadurismo y su pusilanimidad. Además, Gorbachov tenía entonces otras preocupaciones en mente que mezclarse en las agitaciones que iban en aumento en Berlín Este y en otras ciudades de la RDA.⁸

Sin embargo, desde su punto de vista rígido, Honecker tenía motivos para alarmarse. En su país se fue propagando con rapidez una oposición visible y discretamente estimulada por la Iglesia protestante, cuya autoridad era grande. La oposición tomó la costumbre de manifestarse los lunes por la tarde en Berlín, pero también en Dresde y en otras ciudades de la RDA, para reclamar profundas reformas del sistema. El 7 de octubre de 1989, la RDA celebró el cuadragésimo aniversario de su fundación; todos los líderes de los partidos comunistas de Europa del Este participaron en las festividades, Gorbachov a la cabeza. Pero, como escribiría después, aunque se reunió con Honecker en siete u ocho ocasiones desde 1985, fue muy crítico con él y le instó a tener en cuenta las reivindicaciones populares que iban en aumento, sin que sus consejos despertaran el menor eco en su interlocutor. Entre los dos hombres, líderes de un mismo partido, las relaciones eran mucho más difíciles que las que se establecieron entre Gorbachov y Kohl. Y ese 7 de octubre, Gorbachov no solo estaba impresionado por los manifestantes del lunes, sino que Raisa también le había contado sus reuniones en la RDA. Todos aquellos a los que había visto, dirigentes e intelectuales, le confiaron: «Para nuestro país, es medianoche menos cinco». Las ceremonias de Berlín también incomodaron mucho a Gorbachov, ya que en su discurso Honecker se contentó con vanagloriarse de lo que había conseguido en el curso de las cuatro últimas décadas, dice Gorbachov, sin «extraer ninguna conclusión de la situación presente y para el porvenir». Su incomodidad aumentó ante el espectáculo del desfile de antorchas que siguió, o las delegaciones, compuestas por jóvenes militantes del partido u organizaciones próximas a este, que desfilaban cantando «¡*Perestroika*, Gorbachov, socorro!». Constató entonces que se había consumado el divorcio entre Honecker, siempre

triunfante y ciego a la realidad, y una sociedad ávida de libertad. Los acontecimientos posteriores confirmarían el análisis de Gorbachov: «La RDA recordaba a una marmita herméticamente cerrada olvidada sobre el fuego».⁹

No era el único que lo entendía así. El partido de la RDA sacó sus conclusiones el 18 de octubre. Reunido ese día, el pleno del Comité Central decidió destituir a Honecker de sus dos puestos prestigiosos: secretario general del partido y también presidente del Consejo de Estado de la República, y confiar ambos a Egon Krenz, hasta entonces responsable en el Politburó de la seguridad del Estado y la Juventud. «Medianoche menos cinco»: esa evaluación se revelaba optimista. Krenz se vio desbordado rápidamente por las manifestaciones masivas que proseguían sin descanso y las exigencias populares cada vez más osadas: democratización, fin de los abusos del sistema, apertura de fronteras. El 1 de noviembre se reunió con Gorbachov en Moscú, y este le animó a poner en marcha reformas radicales. Pero era demasiado tarde, y la noche del 8 al 9 de noviembre, la multitud reunida ante el Muro de Berlín obligó a los responsables a abrir los puntos de paso. El muro, símbolo de una Alemania dividida, dejó de existir en unas pocas horas. La suerte de los alemanes fue que Honecker no estaba ya, y su sucesor no se atrevió a reaccionar. Krenz estaba convencido de que las tropas soviéticas no se moverían —Gorbachov se lo había repetido así a todos los dirigentes del Pacto de Varsovia que le pedían que interviniese— y aceptó lo que poco antes parecía inimaginable.

La caída del muro, seguida de una alegría popular extraordinaria que conmocionó a las cancillerías, marcó solamente el inicio del proceso. Sin duda, algunos jefes de Estado pensaron entonces que la enormidad de ese acontecimiento, la emoción encarnada por Rostropóvich, cuyo genial violoncelo sonó a los pies del muro, iban a detener un momento la historia que se precipitaba.

Gorbachov, a quien nadie se había atrevido a despertar, se enteró de la noticia a la mañana siguiente, y comentó así, según Andréi Grachov, la decisión de las autoridades alemanas de abrir los puntos de paso: «Han hecho bien». Y añadió que nadie en el mundo capitalista debía mezclarse en el asunto alemán.¹⁰

Pero para él, si la caída del muro y las reformas eran temas legítimos, la unidad alemana era un asunto diferente que no quería abordar. No obstante, le sería imposible refrenar el ardor del canciller Kohl. Un año antes, en octubre de 1988, a raíz de su encuentro en Moscú¹¹ y después de haber hablado de asuntos generales —según informaba Cherniaiev en su diario con la fecha del 28 de

octubre—, Kohl pronunció un discurso en el cual insistía una y otra vez en la «Alemania unificada» y en «Berlín». Gorbachov había previsto, según su consejero, ese momento reivindicativo de su encuentro y había pedido a Falin y a Cherniaiev que le preparasen una nota adecuada para enfriar el entusiasmo de su interlocutor, y después renunció, considerando —esa es la interpretación de Cherniaiev— que Kohl se valía de esas declaraciones para satisfacer sobre todo a sus aliados y a su electorado.

Gorbachov tuvo que constatar enseguida que, contrariamente a sus ilusiones del año anterior, la voluntad de restaurar la unidad alemana estaba grabada en el corazón de la política del canciller. El 28 de noviembre, Kohl presentó al Bundestag un plan de diez puntos destinado a organizar la reunificación de Alemania. No había advertido a nadie, y menos a Gorbachov, que se sintió a la vez desamparado y furioso por lo que tomó como una traición. El plan comportaba exigencias que rozaban el «ultimátum», escribió, y precisaba su concepción del problema alemán: «La RDA seguirá siendo independiente y miembro del Pacto de Varsovia».

Expuso sus reservas e incluso su hostilidad al plan Kohl a Dietrich Genscher, que acudió a Moscú a principios de diciembre, y por tanto sabía que a él mismo le había cogido por sorpresa la declaración de su canciller. Sus discusiones fueron acaloradas. Gorbachov estaba convencido, como escribiría más tarde, de que la señal que dio por medio de Genscher incitaría a Kohl a reflexionar. Exasperado por la impaciencia y por lo que llamaba «cierto aventurerismo» del canciller, Gorbachov contaba también con la hostilidad de los países occidentales a una reunificación de Alemania para sostener su postura. Sabía que el presidente Mitterrand temía una Alemania que la unificación impulsaría a nuevos sueños de poder y alejaría de la Unión Europea. Margaret Thatcher no era más favorable, y Estados Unidos tampoco. La posición de François Mitterrand abogando por la «profundización de un proceso paneuropeo» se unía a su propia concepción de una «casa común europea».¹² Sin embargo, las preocupaciones que se expresaban en todas partes no impedían que se sucedieran los acontecimientos inquietantes en un espacio que se volvía cada vez menos comunista. El contagio del cambio iba ganando a los «rezagados» de la *perestroika*.

En Bulgaria, las reformas tardaban porque muchos elementos —el sentimiento nacional antiturco, la ortodoxia, la cuasidesaparición de la elite burguesa, cierto acuerdo de los intelectuales con el sistema— acercaban a ese

país a Moscú. Desde luego, se había ido desarrollando progresivamente una oposición entre 1987 y 1989, pero estaba compuesta sobre todo por intelectuales comunistas que esperaban que el partido se comprometiera en la vía de las reformas necesarias. Solo más tarde, con un entorno más radical, esos oponentes empezaron a criticar el propio sistema. Justo después de la caída del muro, un «golpe de Estado» comunista expulsó del poder a Todor Zhívkov y su equipo conservador. Ese golpe tuvo éxito porque las fuerzas armadas búlgaras decidieron no intervenir. Y eso tuvo como consecuencia que los nuevos detentadores del poder —comunistas reformadores «a lo Gorbachov»— salvaran durante un tiempo el sistema comunista en una versión más moderada. El sucesor de Zhívkov, Petar Mladenov, se mostraba adepto al «socialismo», aun comprometiéndose por la vía de las reformas.

Durante algunos meses más, la situación siguió siendo incierta, pero la oposición, consciente de las dificultades encontradas por el nuevo equipo en el poder, se dedicó antes que nada a organizarse y unificarse. La Unión de Fuerzas Democráticas, dominada por la poderosa figura de Zheliu Zhelev, disidente notorio, se constituyó el 7 de diciembre, y se le unieron rápidamente unos partidos políticos que estaban hibernados desde los años cuarenta. El equipo en el poder no podía ignorar esa fuerza de oposición creciente. Para ganar tiempo, hizo concesiones: prometió elecciones libres, retiró de la Constitución los artículos que garantizaban el papel dirigente del partido y una «relación especial con la URSS», pero nada consiguió desmovilizar a la oposición, y Mladenov se vio obligado a negociar con ella en febrero-marzo de 1990 y debatir la futura organización de Bulgaria. La mesa redonda fijó las elecciones en el mes de junio. Al mismo tiempo, un congreso del Partido Comunista decidió a la vez cambiar el nombre del partido, que se convirtió en Partido Socialista Búlgaro (PSB), y adoptar un programa socialdemócrata. El partido propuso incluso a la Unión de Fuerzas Democráticas que formase con él un gobierno de coalición. La idea fracasó, pero testimoniaba el desconcierto del equipo de Mladenov.

Las elecciones de junio de 1990, destinadas a instaurar una asamblea constituyente, según los sondeos habrían podido asegurar una victoria de los comunistas. Disponían aún de organizaciones territoriales capaces de movilizar a los electores y de cierta autoridad sobre los medios, aunque no los controlasen ya en realidad. En ese clima de transición, el resultado fue muy notable. Si el PSB consiguió alcanzar una mayoría de un 53 % de los votos, la Unión de Fuerzas Democráticas obtuvo un 38 %. La oposición había quedado debilitada por sus

divisiones. Un número muy grande de partidos pretendía tomar parte en la votación, y más de una veintena lo consiguieron, pero solo cuatro franquearon el umbral fatídico del 4 % de votos que permitían acceder al Parlamento. Esa abundancia de partidos dispersó las voces de los electores favorables a la oposición, pero las elecciones mostraban el progreso democrático de Bulgaria. La mayoría surgió de esas elecciones en un estado de gran debilidad, a pesar del número de voces que había canalizado. Al partido Socialista Búlgaro le costaba muchísimo que admitieran su legitimidad tanto los no comunistas, que veían en él una variante disfrazada del antiguo partido dirigente, como los comunistas convencidos, para los cuales ese partido era insuficientemente comunista.

Los desórdenes aumentaron, la multitud se manifestó al grito de «¡Mladenov, dimisión!», mientras la sociedad se instalaba en la desobediencia civil y las amenazas de huelga. Mladenov tuvo que ceder. Zheliu Zhelev le sucedió en la presidencia de la República, pero no pudo restaurar la estabilidad gubernamental. Bulgaria, pilar del Pacto de Varsovia, que había sido considerada durante largo tiempo por Moscú como una cuasi-república de la URSS, se alejaba a paso vivo del conjunto fraterno. ¿Qué quedaba pues del bloque, en ese período fatal de 1898-1990? Aparentemente, Rumania.

Pero ahí también el desastre fue rápido, como bajo los efectos de la ola democrática que se abatió sobre Varsovia, Budapest, Praga...

Del 20 al 24 de noviembre, el Partido Comunista rumano celebró su XIV Congreso, y Ceaucescu se pavoneó, seguro de su fuerza y su poder casi estalinista.¹³ El congreso lo reeligió secretario general, a despecho de una situación interior extremadamente tensa. Las tropas patrullaban por las calles de Bucarest día y noche para impedir que hubiera manifestaciones. Rumania parecía ignorar entonces la *perestroika*, el desmembramiento de los partidos de la región. Su aislamiento en el mundo comunista solamente se veía igualado por su soledad a escala internacional. Sin embargo, la tempestad no dejaría indemne el reino de Ubú, o más bien de la pareja Ceaucescu. Lo alcanzó el 16 de diciembre, tres semanas después del triunfo del congreso.

La crisis estalló casi en los confines del país, en la parte de Transilvania que se disputan Hungría y Rumania, en Timisoara. Tuvo como detonante la persecución contra un sacerdote húngaro, Laszlo Tokés, que las autoridades locales pretendían expulsar. Toda la población se enfureció, quiso defenderle, y la ciudad quedó paralizada por una manifestación gigantesca. Ceaucescu envió las tropas, aseguró que los manifestantes eran «*hooligans* fascistas al servicio de

las fuerzas imperialistas». El mundo se ofuscó también al oír la noticia, difundida por los medios, que propagaba cifras y hechos alucinantes: más de 4.000 muertos, el descubrimiento de fosas comunes...

La rebelión llegó hasta Bucarest, donde también intervinieron las tropas. Después de haber ordenado la represión, Ceaucescu intentó huir con su mujer Elena el 22 de diciembre, pero los capturaron, los pusieron bajo arresto y fueron ejecutados el 25 tras un juicio sumario celebrado por un tribunal militar improvisado.

Ese juicio ilegal,¹⁴ como la violencia y los relatos más que exagerados que acompañarían ese período (a los centenares de supuestos muertos de Timisoara se añadirían en los medios de comunicación otras estadísticas no menos fabulosas), dieron a la revolución rumana un carácter especialmente trágico. Fue el único país donde el final del comunismo fue catastrófico y sangriento.

Al mismo tiempo que se conocía en Bucarest la fuga de los Ceaucescu, accedían al poder nuevos responsables. Ion Iliescu y Petre Roman anunciaron la formación de un Frente de Salvación Nacional, y se dedicaron a establecer la democracia, el pluralismo y unas reformas económicas inspiradas por la *perestroika* de la primera época, y por tanto relativamente tímidas.

La base del programa político propuesto por Iliescu no era totalmente conforme a la visión occidental de la democracia.¹⁵ Iliescu decía: «Nosotros no somos esclavos de la ideología». Y el Frente de Salvación Nacional se presentaba como un movimiento de masas destinado a asegurar la participación popular en la vida política. La revolución rumana quedó marcada, en los días que siguieron a la huida y ejecución de la pareja infernal, por una cierta confusión. Una guerra callejera que dejó varias decenas de víctimas se había extendido de Bucarest a Sibiu, Brasov y otras ciudades de provincias. Los nuevos dirigentes multiplicaban las advertencias contra los «ataques terroristas», manteniendo de ese modo cierto estado de pánico. Algunos historiadores han planteado la tesis de un complot, más que una revolución popular, que se pudo beneficiar de la ayuda soviética. Aunque resulta imposible confirmar o desmentir esa tesis, podemos reconocer, sin embargo, que a Gorbachov le molestaba mucho Ceaucescu, y que su desaparición se producía en buen momento. Correspondería al primer ministro designado en aquellos días turbulentos, Petre Roman, calmar los ánimos, disipar rumores y preparar las elecciones.

Sin embargo, antes de desaparecer tan trágicamente, Ceaucescu había

tenido tiempo para asistir el 4 de diciembre en Moscú a lo que fue la última cumbre del Pacto de Varsovia. Nuevos rostros rodeaban entonces a Gorbachov y Ceaucescu: el polaco Mazowiecki, primer ministro desde agosto, el húngaro Németh, el búlgaro Mladenov, el alemán Modrow, el checo Adamec. Si esa reunión se hubiese celebrado en Berlín y no en Moscú, su impacto quizá habría sido diferente. Se sabe, en efecto, que Modrow y Krenz lo habían deseado, y que querían convencer a Gorbachov, rogando a los intermediarios que le presionaran. Gorbachov dudó, pero acabó por alinearse con la opinión de Shajnazárov, que en una nota redactada a toda prisa le ponía en guardia contra una cumbre del Pacto en Berlín, cuando la cuestión del porvenir de Alemania ya se estaba debatiendo. Reunir una alianza militar podía parecer una demostración de fuerza, escribía justamente Shajnazárov.¹⁶ Renunciando a este proyecto, Gorbachov demostraba que la idea misma de presionar —sin hablar de usar la fuerza— se había convertido para él en un tabú.

Esa cumbre marcó el final de la alianza militar, que se convirtió en una simple alianza política. Para los jefes militares soviéticos, ese cambio era difícil de asumir; lo experimentaban como la aceptación por parte de Gorbachov de un abandono de poder.¹⁷ Y lo conservaban en la memoria cuando, poco tiempo después, quiso pedirles su apoyo.

Las revoluciones del Este europeo, de las cuales la caída del muro fue el símbolo más llamativo, marcan el final del período glorioso de la política extranjera de Gorbachov. Hasta entonces, él había acumulado éxitos uniendo habilidosamente su acuerdo al progreso democrático y una amenaza muy vaga de vuelta al orden establecido que no se llegó a aplicar, ya que temía demasiado comprometer su política europea y el crédito de la *perestroika*. Por momentos, sus colegas del Pacto de Varsovia, sobre todo Ceaucescu, quisieron empujarlo a hacer uso de la fuerza para frenar, o mejor dicho controlar el movimiento que él mismo había puesto en marcha. A veces había esgrimido esa amenaza —con palabras encubiertas, ciertamente—, pero no la llegó a usar, aunque la evolución en Europa del Este y Central escapaba a sus previsiones y a todo control. Hasta el invierno de 1989, la evolución política de los países del Pacto de Varsovia fue consecuencia de su voluntad de impulsarlos hacia la *perestroika*. En aquellos primeros años realmente quería acelerar el curso de los cambios.

Después de 1989, sus propósitos fueron evolucionando. Había que intentar que los acontecimientos fueran más despacio, y eso era mucho más difícil dado que no disponía de los mismos medios ni la misma autoridad sobre los países antiguamente sometidos a la URSS. Se enfrentaba a nuevos interlocutores, apoyados en unas sociedades que exigían de ellos políticas independientes; a partir de entonces, el recurso a la fuerza se hacía imposible, y el marco de ese recurso, la alianza militar, desaparecía. Gorbachov tuvo éxito en su apuesta, que era transformar el mundo comunista europeo, y tenía que medir el precio de ese éxito: las transformaciones que fomentó funcionaban en contra de la URSS y amenazaban con dejarla aislada.¹⁸

Y aquel fin de año de 1989 todavía pensaba poder contar con sus interlocutores occidentales, con su respeto del poderío soviético, aunque este estuviera desmoronado, sobre el reconocimiento que debían inspirarle sus esfuerzos por hacer nacer un mundo nuevo sobre unas bases pacíficas, y no sobre el enfrentamiento. Si esa visión optimista de las relaciones con Occidente estuvo bien fundada durante un tiempo, el debilitamiento de la URSS en el interior de sus fronteras después del debilitamiento en el exterior, y también el debilitamiento personal del propio Gorbachov desanimarían a sus interlocutores a la hora de ayudarle como él había esperado.

Pero en su encuentro con el presidente Bush en Malta el 2 de diciembre mantuvo aún su esperanza de un porvenir que se presentaba claro, ya que en esas conversaciones pudo insistir en los progresos realizados en el mundo y en el papel que él había desempeñado.

Una vez evacuado Afganistán, el Muro de Berlín destruido y concluida la guerra fría, de todo lo cual los acontecimientos alemanes eran el símbolo visible, la ausencia de toda presión soviética sobre los movimientos de liberación de Europa del Este y el desmantelamiento del Pacto de Varsovia, ¿no eran acaso otras tantas señales de que la URSS se había convertido en un país parecido a los demás, al cual la comunidad internacional debía tratar con equidad? Las conversaciones americano-soviéticas sobre los barcos de guerra sacudidos por la tormenta, las frases calurosas del presidente Bush asegurando a Gorbachov que «el mundo será mejor si la *perestroika* tiene éxito», sugieren que Gorbachov acabó por convencer a los estadounidenses. ¿Por qué dudar pues del apoyo occidental a esa *perestroika* que mejoraría el mundo? Seguramente Malta ancló en él con fuerza esa ilusión, que le impulsaría a subestimar un gran número de dificultades interiores.

Capítulo III

La segunda muerte de Lenin

El año 1989 quedó marcado por la desaparición del «segundo imperio soviético» y una descomposición progresiva del imperio que Lenin había conseguido reconstruir. Pero sería más aún el año del rápido derrumbe del sistema político fundado en 1917 y que Stalin había «perfeccionado». La XIX Conferencia del PCUS había abierto la vía a un cambio radical del sistema mediante el regreso programado de los sóviets a la escena del poder en detrimento del partido, los inicios del multipartidismo y el cuestionamiento del monopolio del partido.

El I Congreso de los Diputados del Pueblo

La consecuencia directa de la conferencia fue la celebración, del 25 al 30 de mayo de 1989, del I Congreso de los Diputados del Pueblo, elegido conforme a las leyes elaboradas por la conferencia y ratificadas en la ley del 1 de diciembre de 1988 que revisaba la Constitución. Los 2.250 diputados que componían ese congreso habían sido elegidos por medio de sufragio universal directo con papeleta secreta (artículo 13 de la ley del 1 de diciembre). El sistema sometería a la autoridad del partido la elección de las candidaturas del grupo que representaba a las organizaciones sociales, pero la libertad de candidaturas para los demás diputados confería por primera vez desde 1918 un poder real a los electores. Las elecciones demostraron que ese poder no era ilusorio, a pesar de los numerosos intentos del partido de ejercer presiones o manipular el proceso electoral. Algunos candidatos fundamentales, apoyados por el partido, fueron derrotados en Leningrado, y Boris Yeltsin, objeto de oprobio, resultó elegido en Moscú con un 89 % de los votos, a pesar de múltiples maniobras destinadas a eliminarlo. En la época del estancamiento, el partido habría experimentado una gran satisfacción en vista de los resultados de la votación: un 85 % de los elegidos eran miembros del PCUS, es decir, muchos más que en años pasados,

en los cuales el Sóviet Supremo contaba con cerca de un 30 % de miembros «sin partido», cosa que no tenía significado alguno. Pero el 85 % de los miembros del partido elegidos en 1989 actuaban en un contexto político totalmente distinto, y eran imprevisibles para el PCUS, ya que se sentían libres. ¿Serían más conservadores? ¿Estarían decididos a proseguir por la vía de la ruptura? Si el partido era siempre semejante a sí mismo, la sociedad soviética había cambiado profundamente, y los recién electos eran el producto de ese cambio. Esas elecciones, con unos resultados aparentemente espectaculares, habían electrizado a la sociedad y preocupado al partido, según se constató en el intervalo de tiempo que las separaba de la reunión del congreso.

El 21 de mayo, una manifestación de una amplitud casi desconocida agitó la capital. Más de 100.000 personas se apretujaron en el estadio de Luzhnikí, aplaudiendo a rabiar los discursos arrebatados de los diputados recién elegidos, venidos de todo el país, y sobre todo los de dos figuras sobresalientes, Andréi Sájarov y Boris Yeltsin, a los que se tenía por líderes de la oposición. Yeltsin fue la auténtica estrella de aquel mitin pues la multitud veía ya en él al rival de Gorbachov y al jefe de filas de un poder alternativo. Si el pueblo soviético tenía la sensación de haber impuesto su voluntad en las primeras elecciones casi libres desde 1918, Gorbachov por su parte entendió el mensaje. Lo que rechazaban los electores era el poder tal y como estaba en funcionamiento, es decir, la autoridad del partido.¹ El poder, sí, pero también los «estantes vacíos» de las tiendas de alimentación, las viviendas imposibles de encontrar y demasiado pequeñas, y todos los servicios desfallecientes del Estado, empezando por los transportes, inadaptados desde la guerra. Jamás, decían los soviéticos, su vida cotidiana había sido tan difícil.

¿Qué hacer salvo intentar mejorar la imagen de un partido tan impopular cambiando a sus responsables? El 25 de abril, un mes antes del congreso, Gorbachov reunió al Comité Central que constaba de 458 miembros, de los cuales 301 eran titulares y 157 suplentes. Sin preámbulos había anunciado a esos fieles entre los fieles que 110 de ellos «deseaban retirarse» por diversos motivos: edad, fatiga... Entre los retirados «voluntarios», cuya partida fue aceptada por unanimidad y sin protestas por parte de las víctimas, se encontraban grandes figuras del aparato del partido: Ponomariov, Solomentsev; del Estado: Gromiko, Tijonov; del ejército: los mariscales Ogarkov, Kulikov, Sokolov, o incluso el líder del partido azerí, el poderoso jefe del clan Aliiev.²

Esa decisión de Gorbachov fue duramente criticada, aunque se hubiera

votado por unanimidad, y él llegó a sospechar que detrás de los oradores que le acusaban, como Alexander Melnikov, se ocultaba su verdadero adversario, el que tiraba de los hilos: Ligachov. Eso le reforzó en la certeza de que la vanguardia se había convertido en «retaguardia», y que había que romperla. Con el telón de fondo de una gran agitación social y un partido traumatizado se reunió en el Kremlin el I Congreso de los Diputados del Pueblo. En muchos aspectos se podía pensar que ese congreso perpetuaba tradiciones bien establecidas, ante todo por el lugar, el Palacio de Congresos, y por el peso aplastante del partido.

Y, sin embargo, todo había cambiado ya. El Politburó, que ocupaba habitualmente la tribuna, se había instalado entre los diputados. El secretario general del partido, que conforme a la costumbre habría tenido que inaugurar el congreso, cedió su lugar al presidente de la comisión electoral. Por fin, apenas se comenzó a discutir el orden del día —aquí la costumbre exigía que fuera aceptado sin debate— se elevó la voz de un diputado prestigioso, el académico Sájarov, exigiendo una modificación importante. En el primer lugar del orden del día figuraba como siempre la elección del presidente del Sóviet Supremo, que debía salir del congreso. El único candidato era Gorbachov. Pero como objetaba el Premio Nobel, hay que hacer las cosas por orden: que el candidato Gorbachov presentara primero su informe sobre su actividad pasada, que se debatiera a la luz de la situación del país, y que la elección tuviera lugar solamente al término de una discusión abierta a todos los diputados.³ En 1989, el PCUS dominaba todavía el congreso, y la proposición innovadora de Sájarov no tenía demasiadas posibilidades de imponerse. Fue rechazada, y después de algunas intervenciones poco significativas, Gorbachov fue elegido por 2.123 votos contra 87, o sea, el 95 % de los sufragios. La tradición soviética se imponía.

Sin embargo, los diputados se desquitaban enseguida, y la elección del Sóviet Supremo les proporcionó la ocasión. Debían ser designados 542 miembros para formar las dos cámaras, Sóviet de la Unión y Sóviet de las Nacionalidades. Algunas maniobras confusas enturbiaron el juego, multiplicando o sustrayendo escaños al voto, y la manipulación más grosera acabó de eliminar a Yeltsin del Sóviet Supremo. Enseguida los diputados reformadores, que se reunían ya bajo la etiqueta de «grupo interregional», ocuparon el terreno. Sus jefes de filas eran Yuri Afanásiev, Boris Yeltsin, Gavriil Popov, Anatoli Sobchak y algunos otros, que defendían un programa llamado de las «5D»: desmonopolización, descentralización, despartidización,

desideologización, democratización. Atacaron a Gorbachov por turno. El más vehemente fue el historiador Yuri Afanásiev, portavoz del grupo, que denunció «un Sóviet Supremo estalinista-brezneviano»⁴ y amenazó con movilizar contra él a la calle. El asunto acabó regulado en el congreso por un diputado venido de Omsk, desconocido hasta entonces, Alexei Kazannik, que dimitió de su escaño en el Sóviet de las Nacionalidades en favor de Yeltsin.

El episodio, aunque acabó bien, modificó, sin embargo, el paisaje político. Gorbachov, que había sido elegido triunfalmente por el congreso para dirigir el Sóviet Supremo dos días antes, adquiriría el aspecto de un vencido frente a la figura conquistadora de Yeltsin, que de víctima potencial de la venganza presidencial pasaba al estatus de competidor apoyado por el fervor popular. La pareja antagonista, que dominaría la vida política de la URSS hasta el fin del régimen, entró en escena a partir de entonces. Aunque Gorbachov clamó a los cuatro vientos que había deseado que la elección de Yeltsin se llevara a cabo sin obstáculos, nadie le creyó. Ese día consiguió sus galones de manipulador. Los reformadores estaban convencidos de ello, y los conservadores del partido no le perdonaban sus debilidades y sus fracasos. Su impopularidad no hizo entonces más que aumentar entre la clase política, y su popularidad declinó en la sociedad, como testimonian muy bien los sondeos. El congreso fue seguido con pasión y sin desfallecimiento en el país entero, todos pegados a los televisores y tomando partido por los oponentes.

Pero el I Congreso de los Diputados del Pueblo no fue solamente una ocasión de batallas de procedimientos y de personas, sino que se vio marcado por unos debates que cuestionaron el pasado soviético, y sobre todo el papel del partido. Un diputado de Estonia, Lipmaa, planteó la pregunta tabú del pacto germano-soviético, pidiendo que los protocolos secretos se dieran a conocer al pueblo. Gorbachov y Shevardnadze respondieron que, a pesar de todos sus esfuerzos, esos protocolos eran imposibles de encontrar. Nadie les creyó y la asamblea se unió al diputado estonio para reclamar la formación de una comisión de investigación del Sóviet Supremo. El II Congreso de los Diputados del Pueblo volvería sobre ello, y la violencia de sus argumentos tendría duras consecuencias para la autoridad del partido, que sería acusado de mentir permanentemente, sobre todo en las relaciones con los Estados bálticos, que habrían pagado esas mentiras con su independencia.⁵

El I Congreso quedó fuertemente marcado por Sájarov, que ejerció como agitador planteando una idea sacrílega: suprimir de la Constitución el artículo 6

que reconocía al partido un papel dirigente. En mayo de 1989, su idea era prematura: encontró pocos partidarios que la apoyasen. Pero inspiró al grupo interregional, que la retomó por su cuenta implícitamente tras las sesiones mantenidas en Moscú el 24 de septiembre. Sájarov, Afanásiev, Yeltsin y Popov defendieron allí una tesis sencilla, destructora para el sistema: tenían que reconocer los partidos políticos, es decir, el multipartidismo, sin el cual no puede haber democracia y Estado de derecho. Por lo tanto, había que olvidarse del artículo 6 de la Constitución.

Poco después del final de ese congreso, en el cual los ciudadanos soviéticos sacarían la conclusión de que las verdades establecidas no eran eternas y que nadie en el partido estaba por encima de las leyes, lo que constituía un choque moral considerable, la URSS acabaría sacudida como no lo había estado nunca por una huelga de mineros que, entre el 10 y el 20 de julio, se extendió desde el Kuzbass al Donbass, y que parecía decidida a paralizar toda la producción carbonífera del país. La causa es bien conocida: los mineros de la URSS —patria de los trabajadores como no había otra— vivían en unas condiciones materiales espantosas, privados de lo más necesario. En la URSS postestalinista habían estallado de vez en cuando algunas huelgas, siempre rodeadas de un silencio de plomo. En el verano de 1989 ya había aparecido la *glasnost*, y el silencio ya no existía. El país entero y el mundo exterior serían informados enseguida. La noticia vino a completar el cuadro del desastre económico en el cual estaba sumida la URSS de Gorbachov. Y, como dirían cada vez más voces, del «desastre en el cual ha sumido Gorbachov a la URSS».

El Sóviet Supremo tendría en cuenta la huelga para votar una ley que rompía con toda la *doxa* del sistema. El 9 de octubre de 1989 se reconoció el derecho de huelga a los trabajadores soviéticos, aunque con algunas limitaciones para sectores estratégicos, pero esa ley constituía un inmenso paso adelante desde el punto de vista de una sociedad agitada, y un paso atrás desde el punto de vista del partido. Un mes más tarde, el 7 de noviembre, las festividades tradicionales destinadas a celebrar el septuagésimo segundo aniversario de la revolución ilustraban muy bien la atmósfera de desastre que rodeaba al poder. Algunos manifestantes irrumpieron en las inmediaciones de la Plaza Roja y las ceremonias, antaño tan solemnes, perdieron todo su lustre. Todo evocaba el desastre.

Gorbachov se dio cuenta e intentó mantener el equilibrio igualitario entre las exigencias de los reformadores y las de los conservadores, que se hacían oír

mucho más. El derecho de huelga que reconocía era una concesión importante. De ahí a tocar el papel dirigente del partido había un abismo que se negaba a franquear.

La batalla del artículo 6

El Politburó, según ha contado Gorbachov, había debatido ese tema en junio de 1989. Todos sus miembros, escribió, comprendían la necesidad de modificar el artículo 6, pero a partir de ahí, las posiciones chocaban. Para los más conservadores —Ligachov, Nikonov, Cherbitski— había que aportar «enmiendas cosméticas». Los reformadores —Shevardnadze, Yakovlev, Medvedev— objetaban que ninguna reforma del artículo discutido que se fundase en pretextos falsos podría pasar, y que se trataba por tanto de todo o nada. Por fin, un grupo de centristas —Ryzhkov, Vorotnikov, Chebrikov— sugería una fórmula realmente atrevida, pero que compensaría el mantenimiento de la noción de «partido de vanguardia». Gorbachov planteó la cuestión en un largo artículo que *Pravda* le publicó el 26 de noviembre. En él reconocía una vez más que el sistema tenía la necesidad de cambiar profundamente, pero se negaba, al menos de momento, a que se tocara su base: el papel dirigente del partido.

Ese anuncio, porque de eso se trataba, no impediría que el II Congreso de los Diputados del Pueblo volviera sobre la cuestión, y en unas condiciones mucho más violentas y dramáticas que en el congreso precedente. Esa segunda sesión, comenzada el 12 de diciembre, duraría diez días. De inmediato, los diputados se vieron enfrentados a la cuestión crucial de la supresión del artículo 6 que plantearon por turno una representante de Estonia y después Yevtushenko, el poeta tan querido por los rusos, y sobre todo, una vez más, el físico Sájarov. En sus memorias, Gorbachov insiste en el carácter cordial de las relaciones que mantenía con el académico, y sugería que este quizá fuera utilizado por oponentes empeñados en colocar su causa bajo un patronazgo tan ilustre. Aunque todo esto lo expresaba con mucha prudencia, Gorbachov se equivocaba, porque Sájarov, desde el I Congreso de los Diputados del Pueblo, dejó bien clara su voluntad de arrancar al partido el abandono del artículo 6, y volvió con vehemencia en el curso del II. Intervino en diversas ocasiones a ese respecto, y la última vez, el 14 de diciembre a las 15 horas, fue en un cara a cara trágico con Gorbachov, que acabó por silenciarlo cortándole el micro. Gorbachov había

ganado una vez más, porque la propuesta de derogación del artículo 6 fue rechazada. Pero entonces apenas separaban 244 votos a los conservadores de los reformadores. Era una victoria pírrica, ya que se puso de manifiesto que empezaba a dibujarse una mayoría en favor de la abolición del artículo 6, y esa cuestión no tardaría en volver a los debates.

En ese conflicto, Gorbachov fue sobre todo el perdedor moral. Había tratado con grosería al hombre más respetado entre sus pares y en el país entero. Y lo que es más grave: al día siguiente de aquel enfrentamiento, Sájarov se desplomó, víctima de una crisis cardíaca. Su muerte fue vivida como un auténtico drama nacional por todos sus compatriotas, para los cuales encarnaba la conciencia moral del país. Cuando anunciaron su muerte, los diputados del pueblo guardaron, puestos en pie, un minuto de silencio; sus amigos organizaron una manifestación pública en el parque de Luzhnikí donde la multitud, venida espontáneamente, aclamó al difunto y a las estrellas del grupo interregional, al grito de «¡Abolid el artículo 6!»; el nombre de Gorbachov sería abucheado y se oiría decir aquí y allá: «¡Tú le has matado!». Una enorme multitud desfiló igualmente ante su féretro. Era el homenaje de todo un pueblo que quedaba desamparado por la desaparición de aquel que fue para ellos un guía.

Poco antes de que se celebrara el II Congreso, Sájarov había presentado a sus colegas del grupo interregional un proyecto de Constitución de la Unión de las Repúblicas Soviéticas de Europa y de Asia⁶ que contenía lo esencial de las posturas que intentó defender en su última intervención. Ese proyecto, que había redactado él personalmente, renovaba totalmente las relaciones entre centro y periferia, que debían establecerse sobre la base de una igualdad real de los poderes y de una libertad total de entrar y salir de la Unión Soviética. Los derechos y libertades de los ciudadanos debían ser conformes a los que había definido la ONU. En la parte consagrada a las instituciones del Estado central, el partido ya no existía. El texto, de una precisión notable, hubiera podido transformar la URSS en un Estado pluriétnico, democrático y federal, a imagen de los Estados más avanzados de ese tipo. Fue difundido gracias a los desvelos del grupo interregional, y se publicó en 1990. Pero por desgracia siguió siendo desconocido para la mayor parte de los ciudadanos de la URSS.

El combate que llevó a cabo incansablemente el académico, y su muerte trágica, impedían a Gorbachov dejar pendiente la cuestión del artículo 6. Además, el año 1989 acabó mal: el comunismo fracasaba en Europa Central y Oriental, y Lituania adoptaba una postura muy nacionalista en el seno mismo de

la URSS. Un bonito día de diciembre, el Parlamento de Lituania derogó por su cuenta y riesgo el famoso artículo 6; le siguió el Partido Comunista de la república, cuyo líder, Algirdas Brazauskas, proclamó el 25 de diciembre la independencia de su partido con respecto al PCUS, y por tanto el derecho del PC de Lituania a decidir por sí solo la suerte del artículo en cuestión. Y para coronarlo todo, el Partido Comunista de Letonia hizo lo mismo el 28 de diciembre. ¿Cómo podía agarrarse todavía el partido de Gorbachov a ese «papel dirigente» que había dejado de existir en otros partidos?⁷ En su diario, el fiel Cherniaiev daba un diagnóstico severo: «Ese año de 1989, el Estado soviético empezó a hundirse. El centro del poder, el Politburó, perdió toda autoridad y la posibilidad de hacer ejecutar sus decisiones».

En el entorno de Gorbachov, ese hundimiento no pasó inadvertido. De ahí la sugerencia que le hizo el 28 de enero su amigo e inspirador fiel, Yakovlev: dar su propio «golpe de Estado». El programa elaborado por Yakovlev era impresionante por su amplitud. Propuso a Gorbachov instaurar un auténtico régimen presidencial, dar inmediatamente la tierra a los campesinos, las fábricas a los obreros, fomentar la empresa privada, conceder la independencia a las repúblicas que la reclamasen, fundar un sistema democrático sobre el multipartidismo, y por tanto abandonar el partido único y su monopolio. Lo que sugería entonces Yakovlev era la concentración del poder del Estado en las manos del presidente, liberado de las influencias del Sóviet Supremo. Los más cercanos a Gorbachov, entre ellos Cherniaiev, se alarmaron mucho: «En una palabra, que lo que aconseja es un golpe de Estado». «Sí —respondió Yakovlev—, y que no puede esperar.» El método que se preveía para conseguirlo no era menos radical. Gorbachov debía dirigirse al pueblo inmediatamente en un discurso televisado. A la pregunta: «¿Qué dice Gorbachov?», Yakovlev aseguraba que estaba de acuerdo, sin precisar, añade Cherniaiev, a qué se refería exactamente ese acuerdo.⁸

En realidad, Gorbachov, como solía pasarle a menudo, dudaba, consciente de que Yakovlev quería comprometerle en aquello que él consideraba no solo un golpe de Estado, sino también una *revolución*, ya que en términos de política de larga duración, era una auténtica revolución del sistema político y económico que imaginaba. Mientras Yakovlev pedía a los fieles que preparasen la intervención televisada que había previsto para el 4 o 5 de febrero, Gorbachov decidía una vez más contemporizar, dirigirse a la asamblea plenaria del partido, que quería reunir precisamente el 5 y 6 de febrero, y no llamar al pueblo a la

revolución como pretendían Yakovlev. Deseaba también proponer al partido algunas medidas intermedias adecuadas para aplacar, según esperaba, a extremistas de ambos bandos. Pero los rumores se apoderaron del proyecto, cada uno alimentó su propia idea de lo que se preparaba en el Comité Central y podía compartir, gracias a la *glasnost*, sus inquietudes o sus convicciones en mucho mayor número. El 4 de febrero de 1990 se manifestaron más de 100.000 personas en Moscú, y todas las intervenciones hablaban de la abolición del artículo 6.⁹ Gorbachov decidió entonces convocar al Comité Central a mediados de marzo, en principio para preparar el XXVIII Congreso del PCUS, en realidad para tratar por fin de ese maldito artículo. La asamblea plenaria, reunida los días 11, 15 y 16 de marzo, decidió debatir un proyecto de revisión de la Constitución que, mezclando la creación de una presidencia de la URSS y una modificación del artículo 6, permitiría poner punto final a aquella peligrosa discusión.

Conforme a ese proyecto, el texto adoptado por el III Congreso de los Diputados del Pueblo, el 14 de marzo, introdujo en la Constitución en vigor (la de 1977) dos innovaciones de gran calado.¹⁰ El artículo primero creaba el puesto de presidente de la Unión de Repúblicas Socialistas, precisando que «no limitaba las competencias de las repúblicas soberanas y autónomas tal como las había definido su propia Constitución y la de la URSS». El artículo 2 ordenaba retirar del preámbulo de la Constitución las palabras «papel dirigente del Partido Comunista, vanguardia de todo el pueblo» y añadir un artículo 6 redactado de este modo: «El Partido Comunista de la Unión Soviética, otros partidos políticos y también los sindicatos, las organizaciones de juventud y los movimientos de masas [...] participan de la elaboración de la política del Estado soviético».

Aquí vemos el espíritu de compromiso que presidió esa revisión constitucional que se había vuelto inevitable. Y efectivamente, el nuevo artículo 6 se vio modificado por la eliminación del preámbulo que afirmaba el papel dirigente del partido, y lo presentaba como *una* de las organizaciones sociales que participaban en la definición de la política. Pero se cita al partido aparte de otras organizaciones, figura en primer lugar y es el único nombrado. En sus memorias, Gorbachov dice que los debates que condujeron a ese artículo fueron muy animados, y que algunos diputados insistían en suprimir toda referencia al partido, pero que seguían siendo minoritarios. Disminuido y colocado en situación de competencia con otras organizaciones sociales como estaba, el Partido Comunista conservaba un lugar particular en la Constitución reformada. Aun reconociendo que la transformación —y no la supresión pura y simple del

artículo 6 tan ardientemente solicitada por los reformadores— era el fruto de un compromiso, Gorbachov negaba haber maniobrado y buscado una fórmula que pudiera reconciliar todas las posturas.¹¹ Sin embargo, la solución adoptada no obtuvo el acuerdo de los diputados reformadores, y la popularidad de Gorbachov sufrió mucho. Para sus adversarios liberales era un manipulador, y no el promotor creíble de la democracia.

Gorbachov tuvo que preocuparse también por su elección a la presidencia, que tampoco se daba por sentada. En vano intentaron encontrarle adversarios. En definitiva acabaría por ser el único candidato... y sería elegido, a pesar de la oposición declarada del grupo interregional a la creación de ese puesto de presidente y a su candidatura. Yuri Afanásiev fue tan vehemente a la hora de manifestar esa oposición que Gorbachov lo calificó de colérico, evocando incluso a propósito de este tema a Robespierre, y añadiendo: «Quizá Afanásiev sueña con representar un papel análogo en la *perestroika*». En el otro extremo, no del hemisferio pero sí al menos de las opiniones expresadas, Nazarbáyev, el dirigente de Kazajistán, hizo oír la voz de las repúblicas de una manera especialmente habilidosa. Con el pretexto de defender el principio de una función presidencial y la candidatura de Gorbachov, declaró que ese sistema era tan perfecto que debía extenderse a las repúblicas. Y gracias a eso consiguieron rápidamente un peso considerable frente al centro. Rusia sería la primera en demostrarlo. Pero en marzo de 1990 si Nazarbáyev, un hombre de una inteligencia política aguda, había comprendido la ventaja que podían sacar las repúblicas de esa reforma, la mayoría de la asamblea era menos consciente y votaría por el candidato que se le proponía, sin analizar las consecuencias.¹²

Por tanto, Gorbachov fue elegido cómodamente, pero no con unos resultados a la soviética, ya que no obtuvo más que el 59 % de los votos (1.329 votos a su favor contra 495). Pero en sus memorias se revela la gran satisfacción que le produjo esa ascensión a la cumbre del Estado. La función presidencial era prestigiosa. Iba acompañada (artículo 127.5) de dos nuevas instancias que debían reforzar la autoridad del presidente: un Consejo de la Federación (indispensable, consideraba Gorbachov, a la hora en que las naciones se agitaban y cuestionaban las competencias del centro) y un Consejo Presidencial. El presidente de la Unión Soviética sería también el presidente del Consejo de la Federación, y tendría el privilegio de nombrar a los miembros del Consejo Presidencial. Así, las dos instancias, que dependían directamente de él, volverían a dar lustre y medios de acción al jefe del Estado soviético. Se comprende la importancia que

Gorbachov le otorgaba, y también la oposición encarnizada de los reformadores a una reforma que les parecía un medio de recentralizar un Estado en descomposición y consolidar el poder de un líder al que se consideraba debilitado.

Con esa reforma, Gorbachov ostentaba más poderes de los que tuvo jamás Stalin. ¡Qué éxito! Su candidatura a la magistratura suprema fue propuesta por unanimidad por la asamblea plenaria del Comité Central, que había precedido al congreso. El partido manifestaba así que le mostraba su confianza para mantener al país en la vía trazada por Lenin. Y tenía esa nueva legitimidad del Congreso de los Diputados del Pueblo. Ahí fue donde su éxito conoció sus límites. El artículo 127.1 de la Constitución modificada postulaba que debía ser elegido por sufragio universal, y no en el segundo grado de una asamblea. Gorbachov alegaba que las elecciones de 1990 eran excepcionales, y que en el porvenir el recurso al sufragio universal sería la regla. La opinión pública y la historia se quedarían con el hecho de que Gorbachov evitó en marzo de 1990 presentarse al sufragio de sus conciudadanos, prefiriendo el del partido.

Yakovlev observa a ese respecto que, cuanto más tiempo pasaba, más oscilaba Gorbachov entre los que sustentaban tesis opuestas, y que sus palabras favoritas habían acabado siendo: «Es demasiado pronto».¹³ Más cruel aún, Cherniaiev, que también era cercano a él, cita una frase largamente recuperada por los manifestantes de febrero clamando que Gorbachov era «la estrella descendente, cuya luz todavía brillaba un poco en Occidente».¹⁴ Para aquel que, cinco años antes, era en su país un astro resplandeciente, ¡qué caída! Pero los manifestantes que entonaban esa frase tan dura pensaban en la situación caótica del país, en la penuria creciente, en la escalada de los precios. Y entonces surgieron unas organizaciones espontáneas, «informales», bajo los nombres más diversos: comités, frentes populares... en todo el espacio soviético, en las grandes ciudades rusas: Yaroslavl, Sverdlovsk, Ivanovo-Voznesensk, Volgogrado, Perm, Murmansk y otras muchas. Ellas pretendían encarnar la independencia local y proclamaban su intención de sustituir a las autoridades del Estado y el partido para regir la vida cotidiana de la población y lo que quedaba de su vida económica. ¿Anarquía... o revolución conducida por la base?

Deriva nacional: de Vilna a Moscú

Apenas elegido presidente, Gorbachov tuvo que hacer frente a un problema nacional cuya gravedad tuvo que constatar a partir de 1989.

Los lituanos, cuyas manifestaciones habían dominado la escena soviética en 1989, y el Frente Popular Sajudis, que ganó el 24 de febrero las elecciones locales —organizadas libremente, ya que los lituanos querían ser sus propios amos en su casa—, votaron el 11 de marzo la independencia de la república, en el momento mismo en que se reunía el Congreso de los Diputados del Pueblo que debía reformar la Unión Soviética.¹⁵ ¡Qué provocación! Además, dos meses antes, el Parlamento de Vilna había derogado el artículo 6 por iniciativa propia. Exasperado por el nacionalismo lituano, Gorbachov había decidido acudir a Lituania. Con auténtico valor, hizo frente a multitudes hostiles y multiplicó las promesas, sobre todo la de estudiar de inmediato una ley sobre la secesión. Y dijo, Ligachov lo repitió a continuación, que los desacuerdos entre Moscú y la periferia no podían ser regulados por el caos. Como los lituanos se obstinaban, Gorbachov se puso duro y declaró el 11 de marzo que las decisiones de Vilna eran ilegales, que amenazaban los intereses vitales de la Unión Soviética y que, para que quedase patente su condena, enviaba carros de combate y paracaidistas a la capital.

Su cálculo resultó justo a corto plazo. Los lituanos permanecieron firmes en sus posturas, negándose a renunciar a la declaración de independencia, pero los estonios, que se disponían a seguir el ejemplo de sus «amigos bálticos», pospusieron su decisión. Todo impulsaba a Gorbachov a la intransigencia: la reunión del Congreso de los Diputados del Pueblo, donde debía jugarse el porvenir de la URSS, pero también el plazo más lejano (finales de mayo) de la cumbre soviético-estadounidense. Pero la presidencia de Estados Unidos no escondía que los acontecimientos de Vilna le inquietaban. Para Gorbachov, la cuestión lituana no debía «contaminar» la futura cumbre. Las enmiendas constitucionales votadas entonces testimoniaban una voluntad de reforzar el poder central frente a la agitación nacional. Por lo tanto, al día siguiente del congreso, nuevas leyes indicaban los límites que no debían franquearse en el debate nacional. Una ley del 3 de abril precisaba las condiciones en las cuales se podía ejercer el derecho de secesión. Debía someterse a referéndum y el quórum de votantes exigidos para su validación era de dos tercios de los habitantes de la república.¹⁶

Los lituanos declararon que el texto era abstruso y que por tanto resultaba inaceptable. Sin embargo, al día siguiente le seguiría otra ley que organizaba el

estado de excepción, amenaza apenas velada para aquellos que «crearan una situación que pusiera en peligro al Estado soviético». Gorbachov, como tenía por costumbre, respondió a aquellos que criticaban sus decisiones cambiando de opinión a cada momento. La ley del 3 de abril, que no reconocía las declaraciones de independencia unilaterales, colocaba a Lituania en la ilegalidad, y Gorbachov oponía a los rebeldes el derecho internacional y la Convención de Viena del 23 de abril de 1978 que obligaba al Estado deseoso de autodeterminación a respetar el derecho del país que quería abandonar... ¡es decir, la ley del 3 de abril! Pero Gorbachov amenazaba también a Vilna con sanciones económicas, y sugería que todo se podría rematar con rectificaciones territoriales. ¿Acaso Vilna no era, antes de 1945, Wilna, que Bielorrusia podía reivindicar?

Paralelamente a ese arsenal de presiones, Gorbachov multiplicaba también las sonrisas.¹⁷ En un discurso pronunciado el 10 de abril ante el XXI Congreso del Komsomol, aseguraba que «había que dar carácter real a la soberanía de las repúblicas, independencia económica y la posibilidad de un desarrollo libre de las lenguas y las tradiciones culturales».

Esas frases estimulantes, como las amenazas, podían calmar, creía, el frente báltico. Calma que había que restablecer urgentemente, porque había surgido un adversario de otra dimensión frente a la URSS y su presidente: Rusia. Gorbachov no se equivocaba: había comprendido que lo que llamaba «el síndrome lituano» o incluso el «campo de maniobras lituano» había sido sin duda alguna la manifestación de un sentimiento nacional profundo, pero también que Rusia, al embarcarse por la vía de la ruptura con la URSS, permitía a Lituania conducir su independencia a su término, sin temer ya más las represalias del Kremlin.

La irrupción en la escena política de la cuestión rusa no habría tenido que ser una sorpresa: no era ninguna novedad. Los responsables políticos rusos se habían preocupado especialmente en 1989 por unos proyectos de «autonomía descendente» elaborados por Gorbachov y su equipo. El partido había imaginado entonces elevar a las repúblicas autónomas al estatus de repúblicas soberanas, cosa que habría tenido como efecto ahogar a Rusia en la masa de repúblicas así promovidas y reducirla al mismo rango que la república tártara o la baskiria. A ese proyecto se unía otro, no menos perverso, que consistía en recortar Rusia en cinco grandes regiones económicas: Rusia central, Rusia oriental, Siberia occidental, Siberia oriental y Extremo Oriente. Si la primera propuesta estaba

justificada a ojos de sus promotores por el «deseo de hacer justicia a todas las nacionalidades» (cosa que siempre había sido la menor preocupación del partido), la segunda lo era por un prurito de racionalidad económica. Los rusos no eran tontos. Era Rusia, su pujanza, su existencia misma, la que sería víctima de esas manipulaciones.¹⁸ Esos proyectos contribuyeron enormemente a una movilización nacional rusa en 1989 y al éxito de los jefes de fila del movimiento. Inmediatamente después del III Congreso de los Diputados del Pueblo, se pudieron constatar los efectos. En las elecciones municipales que se desarrollaron en abril, fueron elegidos triunfalmente dos personajes importantes del movimiento democrático ruso, muy activos en el congreso: Gavriil Popov para la alcaldía de Moscú, Anatoli Sobchak para la de Leningrado.

Pero el acontecimiento siguiente, el que temía sobre todo Gorbachov, que había intentado impedirlo en vano, fue la elección triunfal de Boris Yeltsin al frente del Parlamento ruso, el 29 de mayo. Gorbachov multiplicó las maniobras contra él, impulsó a unos candidatos de distracción, hizo presión sobre los diputados rusos. La candidatura de Yeltsin a la presidencia del Parlamento ruso tomó así el aspecto de un doble duelo que enfrentaba a Yeltsin con Gorbachov y Rusia con la Unión Soviética. Yeltsin fue elegido por 508 votos sobre 1.062 votantes... un resultado muy justo, pero que bastaría para provocar el furor de Gorbachov, que acusaría a Yeltsin de ser un «destructor».

Lo que siguió fue ineludible. Al proclamar su soberanía el 12 de junio de 1990, Rusia abrió la vía a lo que se llamaría con toda justicia «desfile de las soberanías».¹⁹ Los bálticos estaban demasiado lejanos para inspirar a otros pueblos de la URSS, y su historia era particular. Por el contrario, la inmensa Rusia era para todos un modelo indiscutible, cuya potencia en el seno de la URSS garantizaba a aquellos que iban a seguir su ejemplo una protección real frente al poder central. La declaración rusa del 12 de junio reivindicaba la soberanía del Estado, una autonomía en todos los terrenos y el derecho a *salir libremente de la Unión Soviética*. La ley del 3 de abril y los límites que fijaba habían caído en el olvido. Era previsible que el ejemplo ruso se viera seguido de inmediato por una serie de repúblicas. El discípulo de Moscú más importante a los ojos de Gorbachov sería evidentemente Ucrania, que proclamó su soberanía el 16 de julio de 1990.

Como si ese hundimiento de las estructuras estatales de la URSS no bastara, el partido, que Gorbachov creía haber salvado el 14 de marzo, y del cual podía esperar el apoyo, participó también en el refuerzo de la soberanía rusa. Desde

1925, Rusia no había tenido (a diferencia de otras repúblicas) un partido comunista propio, ya que su movimiento comunista se suponía que estaba representado por el partido de la Unión Soviética. En 1989, Gorbachov había creado una estructura ligera en el interior del PCUS, destinada, según él decía, a los comunistas rusos, pero sobre todo empeñada en impedir la creación de un partido ruso en un momento en que Rusia quería dotarse de estructuras políticas propias. La «oficina rusa del Comité Central» creada por Gorbachov remitía, como este escribió, a una iniciativa de Jruschov, que por su parte también se había enfrentado al problema ruso y que puso en marcha una oficina del Comité Central del PCUS para Rusia, dotada de un aparato. Ese organismo duró algunos años y después se extinguió; Gorbachov le prestaba una existencia cierta. Una vez más, las iniciativas de Jruschov servían de inspiración para la *perestroika*.

Sin duda, los dirigentes de la Rusia democrática estaban ya alejados del partido. Habían reclamado la derogación de su papel dirigente, pero la mayor parte de ellos seguían siendo miembros, y decididos en calidad de ello a influir en él. En esas jornadas agitadas, Cherniaiev observó: «Afanásiev, Yeltsin y Travkin [miembro del grupo interregional del congreso] hicieron el juramento público de fundar un partido “anticomunista”». Esta explicación, confirmada posteriormente, testimonia cierta confusión. Los miembros responsables rusos se peleaban para fundar un PC ruso y al mismo tiempo querían un «partido anticomunista»... Pero esas contradicciones mostraban ante todo su voluntad de asegurar a Rusia una posición fuerte en el seno de las instituciones centrales.

El 20 de junio de 1990, la Conferencia de los Comunistas de Rusia, instancia nueva creada inmediatamente después de la declaración de soberanía, se transformó en el PC ruso y eligió a sus responsables bajo los ojos impávidos de un Gorbachov condenado a sufrir un desaire tras otro.²⁰ La elección del primer secretario del PC ruso, Iván Polozkov, fue una derrota suplementaria para Gorbachov. Este había propuesto un candidato para ese puesto. Polozkov ganó por 1.396 votos contra Lobov, un tercer candidato que Gorbachov no había propuesto, y que obtuvo 1.056 votos, mientras que quien tenía su apoyo fue rechazado de plano. Gorbachov pudo constatar que, por primera vez en el seno del partido —y los comunistas rusos representaban el 62 % de los efectivos del PCUS—, una propuesta del secretario general era ignorada sin más. Todo eso auguraba problemas para el XXVIII Congreso, que estaba a punto de celebrarse, y sobre el cual se fundaba la esperanza de recuperar el control. Rusia se escapaba a todos sus cálculos.

Ya el 15 de abril un célebre periodista ruso, Stanislav Kondrachov, había publicado en *Izvestia* un artículo de título premonitorio, «La Primavera de Praga en 1990», consagrado a la «resurrección rusa». Gorbachov aún podía alegrarse de ello. Sus colaboradores se inquietaban por su silencio, por su pasividad, por la ambigüedad de su comportamiento. «Se volvió muy diferente; hay un Gorbachov fuera de nuestras fronteras, otro aquí. Eso se vio particularmente después de su último viaje a Estados Unidos [la cumbre de Washington del 31 de mayo al 2 de junio]. Allí tenía sus razones, defendía un *país que progresaba hacia la plenitud*; aquí encarna un miedo instintivo, un modo de actuar de *apparatchik*, de táctico, una manía del compromiso que ha hecho un daño considerable a nuestra política... Allí es sincero; aquí, engaña.» Estas frases llenas de decepción de Cherniaiev (24 de junio de 1990) son un eco de las amargas conversaciones mantenidas por colaboradores cercanos a Gorbachov. Mientras no cesaba de mejorar la imagen de Yeltsin, a quien las elecciones dieron el estatus de dirigente de Rusia, la de Gorbachov no dejaba de palidecer.

Cherniaiev tenía razón. Era en el exterior, donde hacía furor la *gorbimanía*, donde Gorbachov se sentía más a gusto. A menudo ocurren estas cosas con los jefes de Estado, cuando se enfrentan con dificultades en el interior de su país. Pero hasta que la *glasnost* no permitió expresarse a la sociedad, el amo de la URSS ignoraba el sentido de la palabra «impopularidad».

La cumbre de Washington fue para él un momento feliz. Aparte del acuerdo firmado el 1 de junio sobre la eliminación de las armas químicas y la declaración de intenciones sobre un futuro acuerdo «Start» (reducción de armamentos estratégicos), que fueron otros tantos éxitos, Gorbachov recorrió Estados Unidos, Minnesota, habló en la Universidad de Stanford, donde su viejo amigo George Schulz le acogió y le presentó a los estudiantes como el «gran hombre» y el «gran pensador de nuestro tiempo». En Moscú, sin embargo, pesaba el silencio sobre el éxito de la cumbre y el acuerdo triunfal conseguido por Gorbachov con Estados Unidos.²¹ Los espíritus estaban monopolizados por la evolución de las relaciones de fuerzas en la URSS mientras se iba definiendo el cara a cara con Yeltsin.

El último congreso del PCUS

A su vuelta, Gorbachov dudaba. ¿Había que aplazar el congreso del partido, como le aconsejaban Ligachov y Ryzhkov, inquietos al ver a los comunistas rusos hacerse valer en los debates e imponer sus puntos de vista? Los dos hombres le pidieron una prórroga a fin de poder «trabajar a los delegados». Gorbachov optó por el respeto al calendario, porque veía que cada vez se hacía más hondo el abismo existente entre conservadores y reformadores. La inquietud se explicaba por su posición: sentía que todo el proceso de cambio se le escapaba, y que la *perestroika* ya no estaba de moda. En lo sucesivo, el debate llevaría hacia temas fundamentales como la supervivencia de la URSS, el sistema político y el porvenir del imperio. El aumento de los «temores» de Gorbachov es un hecho real, constatado por todos sus colaboradores, que le llevó a reflexionar para encontrar la manera de frenar la escalada de unos cambios que sabía que ya no podía controlar. Así se abriría una fase nueva de la historia de la URSS y del poder gorbachoviano.

Pero antes detengámonos un momento en el congreso, el último de la historia del partido de Lenin, creado noventa años antes, y que se reunió del 2 al 13 de julio de 1990 en medio de una confusión total. El partido había perdido su característica primordial, su papel dirigente, pero se negaba todavía a ser un partido político más entre otros muchos. Los primeros días, algunos participantes especialmente violentos acusaron a la dirección del partido de haberse resignado a perder su hegemonía. Los objetivos de esa andanada de invectivas conservadoras eran, antes que nada, el secretario general Yakovlev, Shevardnadze, Medvedev... La propia dirección —clamaban los oradores— casi consigue que quiebre el partido. Pero en sus acusaciones solo hacían referencia a los reformadores, olvidando que todavía existía una dirección colectiva y que aquellas disposiciones tan discutidas eran responsabilidad de todos sus miembros. Yeltsin intervino para sugerir que el partido cambiase de nombre y adoptase una denominación acorde con la orientación de un socialismo democrático, vía en la cual la URSS debía adentrarse sin tardar, según él. El economista Abalkin rogaba que la URSS abandonara su organización económica y se orientase sin demora hacia la economía de mercado, un cambio apoyado por Yeltsin en nombre de Rusia. En ese momento Gorbachov todavía dudaba, y elogió la economía de mercado regulado, recordando que él mismo había colocado la reforma en el corazón de la *perestroika*. ¿No podría haber un terreno

de acuerdo entre esas dos grandes fieras que «se buscaban» a lo largo de todo aquel congreso? No, no era posible llegar a ningún acuerdo... y la batalla por los puestos lo demostraría.

Gorbachov había dudado si presentarse o no para el puesto de secretario general en una coyuntura inédita.²² Como presidente de la URSS, ¿podía permanecer a la cabeza del PCUS, dado que este ya no ocuparía un lugar central en el sistema político y se vería enfrentado a otros partidos? Al final decidió presentarse como candidato, pero el desconcierto era muy grande, y cada uno aventuraba diversos nombres: Shevardnadze, Yakovlev, Bakatin, o incluso otros ilustres desconocidos. A final, Gorbachov se enfrentó al subdirector de una compañía hullera de la región de Kemerovo, que había representado un papel activo en la creación del PC ruso, Avaliani, que obtuvo 501 votos, mientras su gran rival atraía los votos de 3.411 delegados.

Después vinieron las elecciones a secretario general adjunto, puesto que se acababa de crear para aliviar, según la versión oficial, al secretario general, que acumulaba una enorme cantidad de funciones. Gorbachov declaró que, como era ruso, el partido debía elegir como adjunto a un representante de otra nación, y adelantó el nombre de Vladimir Ivashko, primer secretario del Partido Comunista ucraniano. Este había sido un candidato efímero al puesto de secretario general y enseguida fue rechazado; se decía que era partidario decidido de las reformas. Ligachov se presentó también, despertando las críticas y las burlas: «Acabará usted como Chernenko», le espetó un diputado. Él persistió, y su cara a cara con el ucraniano acabó en confusión. Ligachov obtuvo 776 votos, mientras que 3.109 fueron a parar a Ivashko.

Por fin hubo que elegir un Comité Central que, en el espíritu de Gorbachov, debía reflejar el federalismo. La reforma del Estado federal estaba a la orden del día; el partido debía consolidarla. De los 85 escaños del Comité Central, 75 tenían que quedar reservados a dos comunistas que representaran a la Unión Soviética —miembros eminentes de la dirección del partido, del gobierno de la URSS, artistas, militares, etc.—. Entre esos 85 miembros figuraban responsables de Rusia: Yeltsin, Silaiev y Jasbulatov. Una vez más, Yeltsin scandalizó y deslució con ese alboroto el éxito que se habría podido apuntar Gorbachov. El 12 de julio, un día antes de la clausura del congreso, pidió la palabra y explicó que habiendo sido elegido presidente del Sóviet Supremo de Rusia, donde se había instaurado el pluripartidismo, temía que su función y su compromiso entrasen en conflicto con las decisiones del PCUS. En consecuencia, anunció que dimitía del

partido.²³ Gorbachov decidió tomarse esa dimisión como si nunca hubiera existido. Aunque surgieron aquí y allá algunos gritos de «¡Esto es una vergüenza!», Gorbachov observó con satisfacción que Yeltsin era el único que abandonaba el partido. Pero unos días más tarde, Popov y Sobchak hicieron otro tanto.

Ese 12 de julio de 1990, las posturas contrarias de Gorbachov y Yeltsin — ocupar la cabeza del partido o abandonarlo con estrépito— daban a su enfrentamiento una dimensión inédita. Gorbachov sabía que el partido estaba desacreditado. Pero esa desafección era sobre todo de la elite, la parte más ilustrada de la población, la de las grandes ciudades. En lo más profundo del país, para el hombre de la calle, el partido seguía siendo un mito: era el partido de Lenin, cuya momia seguía reposando en el mausoleo. Amo del partido, Gorbachov disponía de la fidelidad del pueblo de los humildes, de aquellos también que dejaban su trabajo en el fondo de las minas para gritar su miseria a la cara de los manifestantes de Moscú. A ese apoyo popular incontestable podía añadir el poderío material del partido, sus innumerables militantes, dispuestos a seguir, pensaba él, al que estuviera en la cumbre, y por tanto heredero legítimo de Lenin, sus organizaciones siempre movilizables, sus riquezas... ¿No tenía acaso la seguridad de que su poder conservaba un apoyo sólido frente al desafío de la oposición?

La postura de Yeltsin era la inversa. En primer lugar, contaba con el entusiasmo que suscita un gesto solitario de revolución. Pocos habían escapado en una Rusia donde los ánimos se acalararon tanto aquel verano de 1990. Pero se dirigía también al conjunto del país y a sus representantes legales, de los cuales Gorbachov aseguraba la legitimidad, incluso una cierta superioridad sobre el partido: los sóviets. Hacia ellos se volvía, diciendo: «El tiempo del partido ha concluido ya; vuestro tiempo, el de los sóviets, ha llegado por fin». Su gesto espectacular era iconoclasta, rompía las certezas ideológicas forjadas durante tres cuartos de siglo. La URSS había vivido bajo el signo de la *avant-garde* desde 1917. Ser miembro del partido, exhibir un carnet del partido, constituía un verdadero pasaporte para la existencia. Con inconvenientes también, pero en definitiva eran las ventajas las que prevalecían. La dimisión teatral de Yeltsin llevaba en sí misma un mensaje devastador: se podía vivir sin estar provisto de un carnet del partido. Del mismo modo, deslegitimaba a Gorbachov, símbolo de la pertenencia al partido. ¿Cuál de los dos prevalecería en esa carrera, en parte simbólica?

Gorbachov multiplica las iniciativas

El presidente de la URSS comprendió que, sin iniciativas osadas, no podría hacer frente a su rival. Por eso, en cuanto terminó el XXVIII Congreso, extrajo las conclusiones en los dos ámbitos en los cuales los debates demostraron que era posible una movilización popular: la economía y la cuestión nacional. Economía de mercado: la expresión había sonado varias veces en el Palacio de Congresos, y en ese terreno, Gorbachov pensaba que su rival podía estar desarmado. Había criticado, por cierto, a su primer ministro en el congreso por haber tardado en avanzar por la vía del mercado. Por su parte, Yeltsin había quedado seducido por un joven economista partidario de la economía de mercado, Grigori Yavlinski, y había adoptado sus ideas. Yavlinski sugería que su proyecto en vías de elaboración para Rusia se profundizara y adaptara a toda la Unión Soviética. A pesar de las dudas de Yeltsin, poco deseoso de cooperar con Gorbachov, la idea siguió su camino y un equipo de economistas reformadores —entre ellos Yavlinski, Petrakov, Yasin, Fyodorov— bajo la dirección del académico Stanislav Shatalin, miembro del Consejo Presidencial, elaboró el «programa de los quinientos días» que organizaba el paso a la economía de mercado. Era un plan audaz, que había tenido en cuenta el problema delicado del reparto de competencias entre centro y repúblicas. El plan fue redactado en agosto de 1990, y por un momento se creyó que podría apaciguar las relaciones entre Gorbachov y Yeltsin. Además, había llegado la hora de las vacaciones, el presidente de la URSS se iba a Foros, su suntuosa residencia de verano, y Yeltsin se iba al campo, cerca de Moscú. Los contactos entre ambos enemigos eran raros; la tensión podía bajar.

Pero ni el verano ni las vacaciones detuvieron el deterioro de la situación económica. Se temía que la hambruna golpease a determinadas regiones, la penuria se extendió por todas partes y, como siempre, el descontento general fue en aumento. El 24 de septiembre, una ley del Sóviet Supremo daba al presidente la posibilidad de legislar mediante decretos para recuperar la economía y favorecer el paso a la economía de mercado.²⁴ Esa disposición despertó la indignación de los reformadores. Aunque la sabían necesaria en una situación de crisis, desconfiaban de la multiplicación de medidas autoritarias que llevaría al país hacia atrás. Yakovlev, el inspirador de la *perestroika*, ya se alejaba de

Gorbachov, negándose a reunirse en el Politburó y disponiéndose a abandonar el partido, cosa que haría en diciembre. A ojos de sus fieles, Gorbachov «se deslizaba» hacia los conservadores, que repetían sin cesar que, si no se restablecía el orden y la autoridad, se perdería el control del país.

Las aspiraciones nacionales crecientes eran también una gran fuente de inquietud. El «desfile de soberanías» había atraído a la mayor parte de las repúblicas. El 16 de julio, apenas el XXVIII Congreso había acabado sus trabajos, el Parlamento ucraniano proclamó su soberanía y la supremacía de las leyes de la república sobre las de la URSS.²⁵ Bielorrusia hizo lo mismo el 27 de julio.²⁶ Ucrania era, después de Rusia, la república que pesaba más en la Unión Soviética, pero, desde las más grandes a las más pequeñas, fuera cual fuera su estatus, todas las naciones se unían al desfile. La república uzbeka había proclamado ya su soberanía el 20 de junio, Moldavia el 23 de junio, Armenia y Turkmenistán el 23 de agosto, Kazajistán el 25 de octubre y Kirguizistán el 15 de diciembre. Las repúblicas autónomas sintieron que les salían alas y siguieron al movimiento.²⁷ Así se multiplicaron las declaraciones de soberanía de las repúblicas autónomas de Osetia del Norte (situada en Rusia, a diferencia de Osetia del Sur, incorporada a Georgia), Carelia, los komis, los tártaros, los udmurtos, los yakutos, buriatos, baskirios, kalmukos, maris, chuvasios... Durante todo el otoño de 1990, las repúblicas autónomas de Rusia se volvieron contra ella, como ella misma había hecho contra la URSS. Así, Rusia se vio enfrentada a su vez al problema nacional. Pero el conflicto no era más que aparente, las declaraciones de soberanía no afectaban, en último caso, a las relaciones entre Moscú y sus entidades. Enclavadas en territorio ruso, a menudo pobladas tanto por rusos como por nacionales, usando la lengua rusa, las repúblicas autónomas difícilmente podían imaginar un destino independiente. Como la soberanía estaba entonces de moda, era natural que las repúblicas autónomas desearan también ejercer el derecho de proclamarla.

El caso de Georgia se impuso enseguida a la atención de Moscú, ya que la aspiración a la soberanía se transformó de inmediato en proceso de independencia. El 20 de junio, con la fiebre nacionalista en ascenso, el Sóviet Supremo de Georgia votó dos textos muy esclarecedores en cuanto al estado de ánimo que prevalecía en Tiflis.²⁸ El primero trataba «de las garantías para la defensa de la soberanía estatal de Georgia», el segundo «de los mecanismos jurídicos para la restauración de la independencia de Georgia». Cuando la mayor parte de las repúblicas estaban todavía afirmando su voluntad de soberanía,

Georgia reclamaba que la «anexión de 1921 llegase a su fin». Esa reivindicación estaba teñida por un fuerte sentimiento nacional, que tomó en 1990 la forma de una hostilidad manifiesta a todos aquellos que no eran georgianos en la república: en primer lugar los rusos, pero también los abjasios y los osetios, dotados de repúblicas autónomas.

El caso de los osetios es particularmente significativo. Vivían en una región (*oblast*) autónoma, que en una primera época reclamaban que se elevase al rango de república autónoma (declaración del 10 de noviembre de 1989).²⁹ Entrando en el «desfile de soberanías», el Sóviet Supremo de la nueva república autónoma proclamó su soberanía el 20 de septiembre de 1990. Abjasia declaró su soberanía el 25 de agosto de 1990, pero añadió un texto sobre «las garantías jurídicas del estatuto estatal de Abjasia». Ese documento es muy explícito.³⁰ En él, Abjasia se niega a compartir la suerte de la Georgia independiente, y pide participar como *sujeto de pleno derecho* en la nueva organización de la Unión Soviética, que se debe renovar. Esa postura —separación de Georgia, sobre todo en la hipótesis de una independencia completa de Georgia, y voluntad de encontrar un estatus en el seno de la URSS— se hizo eco, naturalmente, de las crisis sangrientas que marcaron las relaciones entre georgianos y abjasios en el curso del año 1989, pero también fue una reacción al sentimiento nacional exclusivo de los georgianos.

Así, 1990 sería, a pesar de las declaraciones tranquilizadoras que Gorbachov prodigó a las naciones, el año del ejercicio de las soberanías y de un movimiento centrífugo acelerado. Gorbachov multiplicó las promesas y no faltaron los textos destinados a tranquilizar a las repúblicas en cuanto al respeto de sus derechos. Al término del XXVIII Congreso, una resolución del Comité Central definía «una política nacional democrática... la vía hacia una unión voluntaria, la paz y la concordia entre los pueblos».³¹ El congreso anunció la elaboración de un nuevo pacto de unión, y el 20 de julio el Consejo Presidencial y el Consejo de la Federación adoptaron un proyecto de nuevo tratado, reemplazado por otro proyecto el 24 de noviembre, definiendo los principios y la organización de la nueva Unión Soviética y lanzando lo que se denominaría el proceso de Novo-Ogarevo.³²

Gorbachov estaba convencido de haber recuperado la iniciativa presentando un proyecto propio para impedir la dislocación de la Unión Soviética. El texto de noviembre recibiría el acuerdo del Comité Central del PC el 11 de diciembre, y se vería completado por un llamamiento a los partidos de las repúblicas

invitándolos a debatir y a formular sus sugerencias. La organización central del Komsomol añadiría también su contribución, publicada en su órgano *Komsomol'skaia Pravda* el 15 de diciembre, aprobando el proyecto pero acompañándolo de una seria advertencia. Para que el nuevo conjunto pudiera funcionar, haría falta, precisaba el Komsomol, que el Estado de la Unión Soviética renovada fuese «fuerte», y que no se limitara a una construcción simbólica. El apoyo del Partido Comunista al proyecto, y por tanto a Gorbachov, estaba ya asegurado, pero era un apoyo «vigilante», destinado a preservar en la nueva Unión Soviética los elementos que garantizaban que la centralización y el orden lo regenerarían. Gorbachov quería que ese proyecto se viera sometido a la aprobación de la sociedad; el Congreso de los Diputados del Pueblo le seguiría, votando dos resoluciones, una para marcar la necesidad de «conservar a la URSS bajo la forma de una federación renovada», y la otra para anunciar la celebración de un referéndum sobre ese tema.³³

El IV Congreso de los Diputados del Pueblo se reunió del 17 al 20 de diciembre de 1990. Gorbachov lo abordó con confianza, seguro de encontrar allí numerosos partidarios de su concepción de la Unión Soviética renovada, así que decidió presentar importantes proyectos de reforma de las instituciones, permitiendo ajustarlas al nuevo equilibrio de poderes entre centro y periferia. Su optimismo chocó rápidamente con el humor belicoso de un gran número de diputados, y esas jornadas, de las cuales esperaba una victoria, se vieron marcadas por duros enfrentamientos con adversarios o críticos a menudo brutales. El congreso se abrió con un episodio desagradable para Gorbachov. Una representante electa originaria de Chechenia, llamada Umalatova, de la que se decía que estaba protegida por él —de hecho, él había favorecido su entrada en el Comité Central—, pidió que el primer punto del orden del día fuese un voto de confianza para el presidente de la URSS. Esa petición era contraria a las costumbres y parecía fruto de una manipulación o utilización de una representante algo ingenua. En efecto, unos días antes, a raíz de un mitin, Afanásiev había exigido la dimisión de Gorbachov. La idea estaba en el aire, y la petición de la representante chechena parecía abrir la vía a un debate sobre ese tema. Desde luego, ni que decir tiene que todo el grupo interregional, que conseguía reunir en torno a él numerosos diputados (obtuvieron 400 votos, cerca de la décima parte de la asamblea), votó en contra de esa propuesta, y por tanto en contra de la confianza a Gorbachov. El debate fue áspero, y la hostilidad con respecto a él se manifestó sin cortapisa alguna.

Gorbachov tuvo que batirse en varios frentes. Primero en el de la economía, donde la distancia que había tomado con el programa liberal —la economía de mercado— con el que se había comprometido de antemano, le valió ataques violentos. ¿Acaso no había afirmado recientemente que no era posible instaurar la propiedad privada de la tierra, provocando así la indignación de su primer ministro Ryzhkov, empeñado en poner en marcha las reformas económicas del «programa» Shatalin? Al llegar al congreso, Gorbachov pensaba menos en la economía que en la necesidad de hacer adoptar unas medidas encaminadas a restaurar el orden en el país. Sin duda, las dificultades económicas crecientes exasperaban a la población: esta lo decía en las manifestaciones y en los sondeos, y se notaba que la emoción popular podía conducir al desorden. Debido a todo esto, Gorbachov consideró que el mantenimiento del orden era la prioridad política del momento.

Sus proposiciones institucionales reflejaban su inquietud. Le parecía necesario oponer a una sociedad agitada un poder presidencial más firme que aquel que estaba recogido en la reforma constitucional de 1989. Y para realizar ese objetivo, adelantó tres propuestas. En primer lugar, transformar el Consejo de Ministros en gabinete, órgano más restringido que colocaba el ejecutivo bajo la autoridad directa del presidente. Después, transformar el Consejo Presidencial en Consejo de Seguridad. Aquí no proponía un sencillo cambio semántico, sino la sustitución de una instancia de consulta y de deliberación por un órgano dedicado a los problemas de seguridad, teniendo quizá autoridad sobre las fuerzas del orden. Y por fin, una innovación: la creación de un vicepresidente del Estado designado para cinco años y que pudiera, en caso de necesidad, asegurar el reemplazo de la función presidencial. Jamás había habido vicepresidente en la URSS, y su capacidad de reemplazar al presidente suponía que al final podía representar una amenaza para el primer personaje del país. Parece que Gorbachov no lo había visto así en diciembre de 1990, pero tuvo que recordarlo algunos meses más tarde.

Esos cambios importantes en las instancias dirigentes acabaron ratificados, y el congreso se concentró en lo que hacía referencia a las personas que dependían de ellos.

Gorbachov no era el único en querer modificar los órganos del poder. Una petición lógica, teniendo en cuenta la transformación en curso de la Unión Soviética, procedía de la periferia. Se refería a la composición del Consejo de la Federación, creado al mismo tiempo que el Consejo Presidencial. Esa demanda

tenía como objetivo ampliar el Consejo de la Federación, acogiendo en él a unos representantes de repúblicas autónomas. Gorbachov se opuso. Se encontraba en minoría tras el voto sobre esa cuestión: solo 140 diputados sostuvieron su posición, mientras que 1.890 de entre ellos votaron a favor de la ampliación del Consejo de la Federación. Los diputados del Congreso de los Diputados del Pueblo, que debía su existencia a Gorbachov, señalaron también de una manera muy ostensible que no lo consideraban ya portavoz de sus intereses y sus opiniones. El divorcio estaba en marcha. La supresión del Consejo Presidencial fue votada sin debate: solamente se opusieron 34 votos. Esto tuvo unas consecuencias políticas serias para Gorbachov porque apartaba de sí mismo a sus colaboradores más próximos, aquellos que habían imaginado con él la *perestroika*, o que la habían acompañado desde el principio. Yakovlev, Shatalin, Medvedev, Primakov, abandonando un consejo disuelto, desaparecieron de la esfera del poder. Solo Primakov fue «recuperado» por el Consejo de Seguridad en razón de sus competencias sobre Oriente Medio y de los contactos que había establecido en todas las regiones estratégicas en el curso de su carrera de periodista, de experto y de *apparatchik*. Pero ¿qué decir de la separación con Yakovlev, el más íntimo entre sus íntimos, aquel que había inventado la *perestroika* y que, decepcionado, quiso alejarse de Gorbachov? El nuevo consejo acogería a unos hombres cuya orientación liberal no era la principal virtud que tenían. Esos «conservadores» se llamaban Yanaiev, Pugo, Kriuchkov, Yázov. Nombres que se harían famosos en agosto de 1991, pero de eso Gorbachov todavía no sabía nada.

La desaparición del Consejo de Ministros en provecho del gabinete supuso una erosión de la función del jefe del Gobierno. Aquel que dirigiera el gabinete no tendría autoridad real; se vería subordinado al presidente. ¿Qué hacer con Ryzhkov? ¿Cómo hacer aceptar a alguien tan fiel semejante degradación de estatus? La naturaleza resolvió el problema: una crisis cardíaca acabó con él la noche del 25 al 26 de diciembre. El sillón quedó vacante por tanto, y Gorbachov nombró a Valentin Pavlov, un especialista en problemas financieros que encontraremos también en el bando golpista, en agosto de 1991. En el entorno de Gorbachov, el nombre del sucesor de Ryzhkov había suscitado animadas discusiones. Cherniaiev había sugerido que llamando a Sobchak para dirigir un gobierno de coalición en el cual la «Rusia democrática» hubiese encontrado un

lugar, Gorbachov habría podido atenuar la hostilidad de ese grupo en su contra, incluso utilizar a Sobchak contra Yeltsin. Esa propuesta no encontraría en Gorbachov más que indiferencia.

Última cuestión: ¿a quién nombrar vicepresidente? Un puesto que, como ya hemos dicho, era temible para el que ostentaba el poder. Escogió a Guenadi Yanaiev, comunista hasta la médula, que había hecho carrera en los aparatos de las organizaciones sociales (sindicatos, grupos de amistad con el extranjero...) y que presidía el grupo de los comunistas en el Congreso de los Diputados del Pueblo. Gorbachov tuvo que imponer su nombramiento, que como el de Pavlov, suscitó grandes reservas. Según dijo después, se le había señalado «la inclinación a la bebida de Pavlov», y añadía que lamentaba haber sido tan poco vigilante en ese caso.

Ese congreso fue un auténtico viacrucis para Gorbachov. Pero durante los tres primeros días ni siquiera sospechaba el cataclismo que acabaría por abatirse sobre él.

El 20 de diciembre, Shevardnadze subió a la tribuna para anunciar que dimitía de su puesto de ministro de Asuntos Exteriores, y por tanto del Politburó, y luego declaró, en tono sepulcral: «La dictadura está ante nuestras puertas». Los testigos de esa escena cuentan que Gorbachov, sorprendido, acogió aquella declaración impactante con la cara atónita. Su estupefacción y su furia no hicieron más que crecer ante la avalancha de intervenciones que siguieron, todas insistiendo en confirmar lo que había dicho Shevardnadze. Oradores tan prestigiosos como el académico Lijachov (considerado después de la muerte de Sájarov como su heredero moral), el historiador del estalinismo Roi Medvedev, el politólogo cuya competencia era unánimemente reconocida, fiódor Burlatski, y otros más, expusieron con vehemencia su aprensión al ver que se avecinaba la dictadura anunciada por Shevardnadze.

El congreso concluyó con esa profecía siniestra que el porvenir se encargaría de confirmar. Afanásiev sacó la conclusión de que los Congresos de los Diputados del Pueblo también habían cambiado mucho en menos de dos años. Al principio, escribía, esas asambleas conjugaban agresividad y flexibilidad. En 1990 todavía eran agresivas, pero sobre todo había charlatanería. Como vemos, no apostaba por su porvenir, al poner en cuestión su eficacia.

Con el congreso acabó el año 1990, tan difícil para Gorbachov en el plano interior. Sus allegados se alejaban de él; su programa de reformas, tan arriesgado, quedó abandonado en parte; su popularidad estaba a media asta. Le

abucheaban en las manifestaciones cada vez más a menudo, y se multiplicaban las peticiones de que dimitiera, hasta el punto de que reconocía haber tenido a veces la tentación de abandonarlo todo. Sin embargo, fue él quien quiso esos cambios, y antes que nada, quiso hacer efectiva la libertad de expresión y asegurar una representación real de la sociedad a todos los niveles, desde los sóviets al Congreso de los Diputados del Pueblo. Y eso precisamente era lo que le permitía a la sociedad protestar contra él. Para aquellos que le siguieron (y Yakovlev se expresaría al respecto sin ambages), su tragedia se debió a su carácter: la falta de resolución, el deseo de controlarlo todo que, al final del año 1990, le condujeron a apoyarse en el partido, a renunciar a determinadas ambiciones suyas, a confiar en el orden más que en la iniciativa social.

Sin embargo, en el momento mismo en que se veía tan duramente cuestionado por los suyos había también otro Gorbachov, el que veía el mundo exterior, el que proseguía su camino fuera de las fronteras de la URSS y desarrollaba imperturbable su proyecto: transformar un mundo belicoso en un mundo de paz.

La unidad de Alemania restaurada

El año 1990 había quedado marcado por la disgregación progresiva de la potencia soviética y por una evidencia: el carácter incontrolable e irreversible de ese proceso. Pero Gorbachov tenía entonces los ojos fijos en el exterior. Para él, había llegado la hora de poner punto final a la guerra fría regulando la cuestión alemana. Al principio la tarea no fue cosa sencilla. Desde hacía decenios, la división de Alemania y el estacionamiento de tropas soviéticas en su parte oriental se consideraban la base de la política de seguridad soviética. Cada vez que se había planteado en la URSS la hipótesis de un regreso a la unidad alemana, iba acompañada de la exigencia de neutralidad de ese país, y las propuestas occidentales de unificación eran rechazadas sistemáticamente por Moscú. Tras la caída del Muro de Berlín, Gorbachov había dicho con insistencia que no quería ni oír hablar de la reunificación alemana, y la mayor parte de los jefes de Estado europeos le animaban en ese rechazo suyo. La «casa común europea», según él creía, podía albergar dos Alemanias. Ya hemos visto que el plan Kohl, anunciado sin precauciones el 28 de noviembre de 1989, cogió desprevenido a Gorbachov, que comprendió rápidamente que no podría

encastillarse durante mucho tiempo en una postura negativa. Se vio presionado por el jefe del gobierno de coalición de la RDA, Hans Modrow, que le explicó que, teniendo en cuenta el estado de la opinión pública en Alemania del Este, era imposible mantener largo tiempo una Alemania dividida.

Gorbachov planteó entonces otra cuestión, que sería una condición previa para su aquiescencia a la unidad alemana: las consecuencias de esa unidad para la seguridad de Europa. En febrero de 1990 anunció al canciller Kohl que no se oponía ya a la reunificación de Alemania, pero que primero había que arreglar el asunto de las alianzas.³⁴ En ese mismo momento, los ministros de Asuntos Exteriores de los dos pactos adversos (OTAN y Varsovia) se pusieron de acuerdo en Ottawa para debatir, en el seno de las Conferencias 4+2 (las cuatro potencias ocupantes y las dos partes de Alemania), los problemas internacionales que resultasen de la unidad alemana restaurada.

Para Gorbachov, la Alemania reunificada debía permanecer neutral, o, al igual que la Francia del general De Gaulle, no debía participar en el mando integrado de la OTAN. El canciller Kohl, consciente de los problemas económicos de la URSS, abrió la vía a un acuerdo proponiendo una ayuda para remontarlos, y sobre todo añadió unas cláusulas militares destinadas a tranquilizar a la URSS. El ejército alemán debía restringirse a 370.000 hombres, y la Alianza Atlántica no desplegaría tropas en el territorio de la ex RDA antes de la retirada de todas las tropas soviéticas. Finalmente, el gobierno alemán aportaría una importante contribución financiera para la repatriación de fuerzas soviéticas estacionadas en Alemania: estas contaban en efecto con 380.000 soldados y 120.000 civiles. En el aspecto económico propiamente dicho, el canciller Kohl aceptó también que su país tomase a su cargo las obligaciones económicas contraídas por la RDA con Moscú por el período del plan quinquenal 1991-1995, y acordó créditos bancarios a la URSS. Esas propuestas acabaron de convencer a Gorbachov, que se declaró de acuerdo con la pertenencia a la OTAN de una Alemania reunificada.

Pero le obsesionaba una cuestión: la de una eventual extensión de la OTAN más allá de sus fronteras de 1990. Se aseguró ante el canciller Kohl, y después ante James Baker, secretario de Estado estadounidense llegado a Moscú el 9 de febrero, de que se entendía su inquietud. «¿Prefiere usted —preguntó Baker— una Alemania unificada fuera de la OTAN, sin tropas estadounidenses, o una Alemania unificada que conserve los vínculos con la OTAN, pero con la garantía de que la jurisdicción y las tropas de la Alianza no se extenderían hacia el este de

la frontera actual?» El acuerdo se hizo teniendo en cuenta la segunda hipótesis. Baker dijo entonces explícitamente a Gorbachov (y esta conversación sería confirmada por el embajador estadounidense en Moscú, John F. Matlock): «No habrá más extensión de la jurisdicción actual de la OTAN hacia el este». Gorbachov repitió: «La ampliación de la zona de la OTAN es inaceptable». Deseaba que la seguridad de Europa se confiase a unas estructuras creadas en el marco paneuropeo.³⁵

Esa preocupación de Gorbachov, que la OTAN no se extendiera hacia el este, hacia las fronteras soviéticas, era obsesiva, y machacaba con ella a todos sus interlocutores. Pero, entonces, ¿cómo comprender que habiendo recibido la seguridad por parte de tan gran cantidad de altos responsables, en el primer rango de los cuales se encontraban el canciller Kohl y James Baker, no se hubiera preocupado de hacerla constar en un documento escrito? Parece que ni Gorbachov ni su ministro de Asuntos Exteriores, Shevardnadze, para quien la extensión eventual de la OTAN era una inquietud permanente, pensaron que había que consignar por escrito las promesas tranquilizadoras, e incluso los compromisos que solicitaban de sus homólogos como precio de la aceptación de la reunificación de Alemania.³⁶ ¿Cómo interpretar esa ligereza? ¿Optimismo por parte de Gorbachov? ¿Incompetencia de Shevardnadze? Es mucho más extraño aún dado que la cuestión de la ampliación eventual de la OTAN en el este se planteó en el momento mismo en que unas repúblicas soviéticas animadas por el ejemplo alemán reivindicaban su independencia. Era el caso de los bálticos y de Ucrania. ¿Cómo imaginar que esa marcha hacia la independencia no conduciría a las repúblicas de la URSS a buscar un apoyo contra ella en Occidente, y por tanto en la OTAN? Sin duda, la URSS durante largo tiempo había agitado la idea de la disolución simultánea de dos alianzas para establecer un nuevo orden europeo. Pero ese proyecto databa de los tiempos en que la URSS era poderosa. En 1990, mientras se descomponía y el Pacto de Varsovia agonizaba, Gorbachov temía la extensión de la OTAN; sin embargo, no pensó en confirmar las promesas que se le prodigaron. A principios del siglo XXI, Vladimir Putin no tendría ningún texto que oponer a los ucranianos o a los georgianos que reclamaban su voluntad de unirse a la OTAN. Y no se encuentra ninguna justificación de ese hecho en todos los escritos de Gorbachov.

El acuerdo de Kohl y Gorbachov³⁷ sobre la reunificación en una sola Alemania perteneciente a la OTAN se concluyó en Zheleznovodsk, en el Cáucaso, el 16 de julio. El 12 de septiembre, la Conferencia 4+2 pudo así acabar

sus trabajos, e inmediatamente después el canciller Kohl se comprometió, a cambio de la retirada de las tropas soviéticas antes de finales del año 1994, a transferir a la URSS 15.000 millones de marcos. El 3 de octubre, Alemania estaba reunificada, y su pertenencia a la OTAN consagraba una soberanía total. El 9 de noviembre, un año exacto después de la caída del Muro de Berlín, Rusia y Alemania firmaban en Bonn un tratado de vecindad, alianza y cooperación, y Dietrich Genscher saludaba «el regreso a Europa de la Rusia regenerada». Al usar esa fórmula tan poco habitual, Genscher expresaba su gratitud a Gorbachov, artífice de ese cambio histórico que borraba cerca de medio siglo de división alemana y el vergonzoso Muro de Berlín. Proclamaba la paz en el este de Europa, instaurada también gracias a Gorbachov.

Sin embargo, subsistía un problema: el de la evacuación de las tropas soviéticas de Alemania, que no era fácil de poner en práctica. A pesar de la ayuda alemana, la URSS se vería sobrepasada por esos soldados cuyo regreso señalaba su fracaso y el de su ejército. Además, no había nada preparado para acogerlos. Las tropas que volvían de la RDA, consideradas hasta entonces como la elite del ejército soviético, acabarían dispersas a través de todo el país, como lo sería el conjunto de las tropas repatriadas de los países del Pacto de Varsovia. Ese repliegue provocó una enorme confusión. Estacionadas en países ocupados o aliados, las tropas soviéticas habían disfrutado de un estatus material muy cómodo; de repente se veían enfrentados a la penuria, sobre todo de alojamiento, a las dificultades de aprovisionamiento, porque ya no había tiendas especiales para ellos, y a retrasos en el pago de sus sueldos. Hasta 1990, el ejército había sido el niño mimado del régimen soviético, y de pronto se convirtió en el «pariente pobre» del país, a quien nadie quería ayudar. Los soldados volvían vencidos, aunque no como consecuencia de un combate perdido, sino de una negociación decidida por Moscú. El ejército soviético se resintió brutalmente de esa pérdida de prestigio y de medios. El general Yázov expresaría con intensidad la amargura del cuerpo que dirigía, y la hostilidad colectiva apenas disimulada hacia aquel a quien todos los militares tenían por responsable de ese menoscabo de Rusia. Ciertamente es que la eliminación de todos los símbolos de la victoria de 1945, el primero de todos la división de Alemania y la ocupación de su territorio, coincidía con el desmembramiento del Estado soviético. Asombrosa coincidencia: Ucrania proclamaba su independencia el mismo día en que Gorbachov aceptaba reconocer la plena soberanía de Alemania.

En el caso del golpe de Estado de agosto de 1991, Alemania adoptó una

actitud mucho más clara que Francia. Dietrich Genscher, ministro de Asuntos Exteriores, sugirió que aquella crisis de poder en la URSS debía impulsar a Alemania a «revisar completamente su política con respecto a la Unión Soviética», añadiendo que en el futuro, «en esencia, las relaciones se mantendrían con las repúblicas». Primera aplicación de esa reorientación política: en noviembre, mientras la URSS existía todavía, Alemania, tomando en consideración el nuevo equilibrio de poder que se había creado tras el golpe de Estado, invitó a Boris Yeltsin, presidente electo de la Federación de Rusia, a que acudiera a Bonn.

Una declaración común en catorce puntos precisaba la naturaleza de las relaciones entre los dos Estados soberanos, relaciones bilaterales que recuperaban los términos aplicados a las relaciones germano-soviéticas tal y como se habían definido un año antes, tras la firma del tratado RFA-URSS.³⁸ El canciller Kohl declaró a la televisión francesa, inmediatamente después de la partida de Yeltsin de Alemania: «La Unión Soviética ya no existe... Lo primero que debemos hacer es no esperar a que se instale el caos, sino preguntarnos qué hacer para evitar el caos».

¿Habría podido imaginar Gorbachov un año antes que su interlocutor privilegiado le abandonaría incluso antes de que hubiera perdido la partida?

Últimos resplandores de gloria

Pero lo que era un desastre para muchos soviéticos quedaba todavía disimulado por el progreso continuo de la organización de la seguridad en Europa. El 19 de noviembre de 1990, el Centro de Conferencias del Ministerio francés de Asuntos Exteriores acogió durante dos días la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa (CSCE). Durante esas jornadas que reunían a treinta y cuatro jefes de Estado europeos en París, Gorbachov actuó como estrella, y a ello contribuyó la acogida calurosa de François Mitterrand. La Carta de París para una nueva Europa, firmada tras ese foro que institucionalizaba la CSCE, ¿no era acaso el resultado del apego del presidente de la URSS a la «casa común europea» y de la tesis que defendía frente a James Baker de un sistema de seguridad paneuropeo? Y eso, era perfectamente consciente, solo había sido posible porque, en nombre del «nuevo pensamiento», había puesto fin a la guerra fría.

La tarde del primer día de la conferencia, los treinta y cuatro jefes de Estado estaban invitados a la Ópera Real del palacio de Versalles. En ese marco tan alejado de sus preocupaciones, entre oro y magnificencia, viendo a Margaret Thatcher tan digna, dando pruebas de una sangre fría muy victoriana a pesar de su derrota, anunciada algunas horas antes, Gorbachov estaba lejos de imaginar que su propio destino iba a seguir rápidamente un curso idéntico. Por el contrario, fue una ocasión llena de optimismo. Aquel día la OTAN y el Pacto de Varsovia habían firmado el primer acuerdo de reducción de armamento convencional en Europa, acuerdo que prefiguraba la paridad numérica de las dos alianzas antes de 1994. Parecía también que se avecinaban días buenos para la potencia soviética. Junto a Gorbachov, Shevardnadze encarnaba aún la política extranjera de la URSS. Quién podía prever que el georgiano, cuyas competencias y habilidad eran tan apreciadas por las cancillerías occidentales, abandonaría la escena soviética diez días más tarde con un golpe de efecto espectacular.

¿Cómo iba a dudar Gorbachov de poder oponer a las dificultades interiores ese reconocimiento mundial de su acción pacificadora, dado que en Oslo el Comité del Nobel le había otorgado el Nobel de la Paz? Ese mismo comité antes había reconocido los méritos excepcionales del proscrito Andréi Sájarov. Anunciado el 15 de octubre, el premio le sería entregado en el curso de una sesión solemne en Oslo, el 10 de diciembre. Pero al día siguiente del anuncio del Premio Nobel, Gorbachov se vio atrapado bajo el fuego de un violento ataque de Yeltsin ante el Sóviet Supremo de Rusia. Su adversario (ya que se trataba de un adversario declarado) le reprochaba con vehemencia haber impulsado un programa económico irrealizable que conducía a la URSS a la quiebra y a la implosión inmediata. Gorbachov fue acusado de «traicionar» a Rusia y de querer estrangularla. ¿No era acaso una verdadera declaración de guerra? Gorbachov se dio por aludido y renunció de inmediato a acudir a Oslo. Se hizo representar en la ceremonia de entrega del Premio Nobel por el primer viceministro de Asuntos Exteriores, Anatoli Kovalev.

Esos éxitos internacionales del año 1990 subrayan el carácter contradictorio de la historia soviética. Aunque se confundía todavía (pero solo en parte, y no por mucho tiempo) con el poder de Gorbachov, la URSS adquirió en el exterior la imagen de un país liberado de su especificidad, tras haber renunciado a sus proyectos amenazadores para el mundo. El imperio soviético se convirtió entonces en un miembro normal de la comunidad internacional. La cumbre de París daba testimonio de ello.

Al mismo tiempo, en el interior de las fronteras soviéticas, lo que dominaba era la incertidumbre sobre el porvenir de la Unión Soviética, en cuanto a la capacidad del Estado de mejorar la economía y mantener la paz social. ¡Dos imágenes contrarias de un mismo país! Y resulta muy significativo que Shevardnadze, artesano obstinado de una política extranjera tan notable, habiendo engrandecido la imagen de la URSS, fuese el que anunció brutalmente el fracaso de la *perestroika*.

TERCERA PARTE

LA MUERTE DE LA URSS

Capítulo I

La carrera hacia el abismo

¿Cómo concebir el relato de un período tan excepcional e imprevisto que acabaría con un temblor de tierra: el fin del poderoso imperio soviético, el fin del sistema comunista y la entrada en la escena internacional de un país desconocido, Rusia?

Los Estados bálticos en avanzadilla

Al principio hubo, evidentemente, un recrudecimiento de las violencias nacionales. Tras las independencias proclamadas en 1990, los poderes republicanos habían expresado enseguida la pretensión de tomar el control del ejército presente en sus territorios. Esa voluntad se veía estimulada por el anuncio de la salida de las tropas del Pacto de Varsovia de Hungría y Checoslovaquia. Los Estados bálticos sacaron la conclusión de que las repúblicas también tenían derecho a disponer de unidades nacionales y asegurar la formación militar de sus ciudadanos. Sajudis, el movimiento de independencia de Lituania presidido por Vytautas Landsbergis, fue la primera organización que planteó esa exigencia, cosa que incitaría a los jóvenes reclutas de las repúblicas a no responder al reclutamiento del ejército soviético, a desertar, esperando ser incorporados en las unidades nacionales que se anunciaban. En cuanto pudieron hacerse oír, los frentes populares de Georgia y Moldavia formularon la misma exigencia. En cuanto a Ucrania, nada más proclamarse su independencia, declaró que iba a dotarse de su propio ejército. Los responsables del ejército soviético, el mariscal Yázov en primer lugar, inquietos ante el estado de desmoralización del ejército, el desmembramiento con el cual estaba amenazado y el número creciente de desertiones, dudaba si reaccionar o no, a pesar de su hostilidad a la constitución de unidades nacionales. En Moscú, la postura del poder era intransigente —rechazo de las unidades nacionales y suspensión de todas las

discusiones sobre este tema peligroso—, pero el debate en la periferia estaba ya iniciado y no se podía detener. Por lo tanto, resulta asombroso que la cuestión militar sirviera de pretexto para una intervención armada en Lituania.

Usar la fuerza era muy tentador para el Kremlin dado que, desde el 24 de septiembre, la URSS vivía bajo el régimen de unas leyes de excepción. Eso facilitó la aparición, el 7 de enero, de unidades de paracaidistas en los Estados bálticos con el motivo de capturar a los reclutas que huían del reclutamiento. Pero el 12 de enero su misión se volvió más precisa aún: había que meter en cintura a los países bálticos. La noche del 12 al 13 de enero, en Riga, las tropas sitiaron la televisión lituana y las OMON (unidades del Ministerio del Interior) tomaron por asalto la academia de policía; después, el 20 de enero, esas unidades atacaron el Ministerio del Interior de la república. Los muertos y heridos se contaron por centenares. En las tres repúblicas bálticas se reunió una multitud que alzó barricadas ante los edificios de los Parlamentos, donde se habían refugiado sus gobiernos. A la inversa, un comité de salvación pública, formado por comunistas lituanos, intentó tomar el poder en Vilna y un comité de salvación nacional hizo otro tanto en Riga. Uno y otro fracasaron, pero el escándalo fue inmenso.

En sus memorias, aun deplorando el uso de la fuerza en Lituania, Gorbachov la justifica, invocando el conflicto que oponía entonces a la primera ministra Kazimira Prunskienė con Landsbergis, sostenido por el partido Sajudis. Gorbachov acusa a Landsbergis, elegido presidente de Lituania un año más tarde, de haber fomentado un golpe de Estado contra un gobierno que sospechaba que era favorable a Moscú. Y añade (y ese es su principal pesar) que la elección de Boris Yeltsin a la presidencia del Sóviet Supremo de Rusia y la retórica nacionalista rusa fue lo que inspiró ese golpe de Estado.¹

Las reacciones al uso de la fuerza en Vilna serían violentas. En Moscú primero, donde cerca de medio millón de manifestantes apoyaron a Lituania con sus gritos y exigieron la dimisión de Gorbachov. Este juraba que la intervención en los Estados bálticos se decidió sin su consentimiento.² Pero los enfrentamientos nacionales se desarrollaron también sobre un terreno propiamente nacional. Eso fue lo que pasó en Georgia durante los meses de enero y febrero, cuando Tsjinvali, la capital osetia, fue campo de batalla de un enfrentamiento de extrema violencia entre georgianos y osetios.

Indignados por la intervención rusa, los bálticos decidieron entonces por su cuenta y riesgo organizar referendos para sondear a la opinión pública acerca de

la hipótesis de una independencia total. Moscú condenó esos referendos y los declaró ilegales, y por tanto improcedentes.³ Imperturbables, los bálticos se obstinaron. El 9 de febrero tuvo lugar el referéndum de Lituania: el proyecto de independencia obtuvo el 90 % de los votos. El 3 de marzo le tocó el turno a Estonia, donde el 77 % de los votantes aprobaron la independencia. Si el «sí» recogió en ese país menos votos que en Lituania se debió a la presencia de una nutrida población rusa, de la cual una parte, sin embargo, respondió positivamente a la pregunta planteada.

Rusia, escudo de las naciones rebeldes

A raíz de esas jornadas trágicas, Gorbachov no acudió a Vilna ni a Riga, como había hecho un año antes. Nadie en esas repúblicas estaba dispuesto a verle o a oírle, y se lo hicieron saber. Por el contrario Yeltsin, desde el principio de las grandes matanzas, viajó a Tallin para hablar con los bálticos y debatir acerca de la ayuda que Rusia podía aportarles. Proclamó a los cuatro vientos que Rusia estaba a su lado. Es cierto que en el año precedente ya había aplaudido el reagrupamiento de los frentes bálticos, y sostenido la tesis que estos defendían frente a Moscú: los Estados bálticos jamás habían estado incorporados a la URSS, según las reglas del derecho, y las independencias de 1919 por tanto seguían siendo válidas, y no tenían que someterse a las leyes de la Unión Soviética ni siquiera para decidir su secesión.

Ese apoyo se tradujo en 1991 en la firma de un texto que reconocía la soberanía de los tres Estados bálticos de Rusia. Más decisivo aún: los responsables rusos y bálticos se dirigieron al mismo tiempo al secretario general de la ONU, pidiéndole que convocase una conferencia internacional para solucionar el problema báltico. El apoyo ruso era tanto más importante dado que desde el 24 de octubre de 1990, Yeltsin había declarado que se oponía sistemáticamente a la ley federal, ya que esta se oponía a las leyes de la república e invadía su soberanía.⁴ Esa decisión, que el Sóviet Supremo de la Unión Soviética invalidó enseguida, era muy inquietante para Moscú, y más aún dado que Ucrania siguió el mismo día el ejemplo ruso. La rebelión simultánea de dos de las repúblicas más importantes de la Unión Soviética la debilitaba considerablemente, y quitaba todo su alcance a la condena de las pretensiones de Rusia a la soberanía. Yeltsin prosiguió su ofensiva de «repliegue» de la Unión

Soviética colocando los recursos naturales de Rusia bajo la autoridad del poder ruso y decidiendo reducir por imperativo la contribución financiera que la república debía aportar a la Unión Soviética. Declaró también que las relaciones de Rusia con las demás repúblicas de la Unión Soviética debían establecerse por vía bilateral directa, ignorando al poder central.⁵ Más inquietante aún, a su regreso de Lituania, después de haber interpelado a las Naciones Unidas para que intervinieran en los asuntos internos de la URSS, Yeltsin anunció la conclusión de un acuerdo cuatripartito (Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán) cuya razón de ser era defender la soberanía de las repúblicas.⁶ Y añadió a ese catálogo de decisiones que debilitaban a la Unión Soviética que Rusia necesitaba un «ejército ruso».

Un mes más tarde, el 19 de febrero, Yeltsin intervino en la televisión rusa durante cuarenta minutos, usando un vocabulario y un tono de fiscal: «Gorbachov engaña al país, su política es impopular, es responsable de la sangre vertida en los conflictos nacionales y en la disgregación de la URSS». La conclusión de toda esa acusación era, ni que decir tiene, que Yeltsin exigía la destitución de Gorbachov. La réplica no se hizo esperar. Gorbachov convocó primero a su «consejo privado» (Yakovlev, Bakatin, Medvedev, Revenko, Primakov, Shajnazárov, Ignatenko, Boldin y Cherniaiev) antes de una reunión del Sóviet Supremo que, siguiendo la pauta de sus consejeros, quería poner a Yeltsin en una situación comprometida. A este se le había advertido de que «confesara que solo hablaba en su nombre», y que sometiera sus explicaciones a los diputados rusos a los que había que convocar de urgencia. El Sóviet Supremo de la URSS, o mejor, aquellos que habían planteado esa idea, esperaban así sublevar al Parlamento ruso contra Yeltsin y desencadenar un proceso de destitución. Evidentemente, la sugerencia no tendría continuidad alguna, ya que Yeltsin controlaba el Parlamento ruso y más aún la calle. Su respuesta estaba, ante todo, en el apoyo de la multitud. Ciertamente, Gorbachov había aprovechado la fiesta del Ejército, el 23 de febrero, para movilizar a 100.000 manifestantes favorables a su causa. La respuesta de Yeltsin revelaba la desproporción de fuerzas y adhesión popular entre los dos bandos. El día elegido por Yeltsin, el 10 de marzo, 500.000 manifestantes reunidos en Moscú dieron su apoyo a los mineros de Kuzbass en huelga y sobre todo abuchearon a Gorbachov, invitándole a que abandonase el poder sin demora. Durante la manifestación se difundió el discurso pronunciado la víspera por Yeltsin en la Casa de los Cineastas. Allí hizo un llamamiento a sus partidarios a «entrar en guerra contra

un Gorbachov que miente sin parar y nos está conduciendo a un callejón sin salida». La multitud aplaudió con entusiasmo, al grito de «¡Abajo Pavlov y sus precios locos!», «¡Echad al presidente [Gorbachov]!».

Con este trasfondo de ruptura violenta entre Rusia y la URSS, y entre los dos hombres fuertes del país (Yeltsin, el poder en auge, y Gorbachov, el poder en declive), se iba a abordar la situación más difícil de la renovación de la Unión Soviética, con la cual el presidente de la URSS contaba para recuperar su autoridad. Reformar la Unión Soviética significaba salvarla: ¿no era eso acaso parte esencial de la *perestroika*?

El proceso de Novo-Ogarevo

Salvar la Unión Soviética: ese objetivo se imponía a Gorbachov a medida que lo que fue el bloque socialista acababa de descomponerse. En Budapest, el 25 de febrero, los ministros de Asuntos Exteriores y de Defensa del Pacto de Varsovia decidieron la disolución de sus estructuras militares con fecha 31 de marzo.

Ese día, el Comité Político Consultivo del Pacto de Varsovia decretó la supresión del comando integrado. La alianza militar del Este, que había roto las veleidades de independencia de los húngaros y los checos, y mantenido a raya las de los demás «satélites» de la URSS, ya no existía. Es cierto que los propios satélites habían desaparecido. Última encarnación de ese mundo desaparecido, el Comecon, creado en 1949, sería disuelto el 29 de junio. El componente político del Pacto de Varsovia, que Moscú se había esforzado por preservar para que subsistiese un símbolo de la alianza, no le sobreviviría más que dos días. El 1 de julio, los seis países miembros del pacto borran todo rastro de alianza querida por la URSS y odiada por la mayor parte de sus miembros, cuya función había sido la de imponer el orden al bloque socialista nacido en 1945 y someterlo a Moscú, más que oponer un sistema de defensa a la Alianza Atlántica.

Sola, pero muy discutida, la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, símbolo del «internacionalismo» tal como se comprendía en Moscú, seguía existiendo.

Decidido a hacer progresar la soberanía rusa, pero todavía no hasta la independencia, Yeltsin tendría que definir esa postura sutil con relación al proyecto de la Unión Soviética de su «mejor enemigo». Sin duda en el transcurso de determinados encuentros, sobre todo el 11 de noviembre de 1990,

Yeltsin aseguró a Gorbachov su acuerdo sobre la necesidad de reformar la Unión Soviética. Pero mantuvo la discreción con respecto a la concepción personal de la reforma, y no desaprovechó una sola ocasión para colocar minas bajo el texto que preparaba Gorbachov. Así ocurrió el 19 de noviembre. Mientras Gorbachov vivía en París horas reconfortantes debatiendo la seguridad de Europa, el día mismo de la apertura solemne de la CSCE, Rusia y Ucrania firmaban un tratado de amistad que contenía, entre otras cosas, un artículo ratificando la intangibilidad de las fronteras entre ambas repúblicas. Esa negociación bilateral hacía poco caso de la URSS, que todavía existía, y auguraba un mal futuro para la Unión Soviética.

De regreso en Moscú, Gorbachov presentó solemnemente el proyecto de nuevo tratado de la Unión Soviética, que Yeltsin criticó ya de entrada. En principio, por su nombre, URS en lugar de URSS, Unión de Repúblicas Soberanas, ya que, decía, la palabra *soberanas* disimulaba la realidad: el aspecto centralizador del texto. El 17 de enero, Gorbachov anunció que se celebraría un referéndum para interrogar a todos los ciudadanos soviéticos sobre su voluntad de salvar el conjunto fundado por Lenin.⁷ Ese referéndum constituía un acontecimiento ya que, por primera vez en su historia, se convocaba a los soviéticos para que dieran su opinión sobre una cuestión que les concernía, fuera de toda intervención del partido. Debían responder a una sola pregunta: «¿Considera usted indispensable conservar la Unión de las Repúblicas Socialistas Soviéticas bajo la forma de una federación renovada de repúblicas soberanas, iguales en derecho, en la cual se garantizan plenamente los derechos y libertades de cada persona, sea de la nacionalidad que sea? Sí o no» (artículo 2 de la resolución del Sóviet Supremo de la URSS del 16 de enero de 1991).

La pregunta, como se puede constatar, se formulaba con gran claridad. Yeltsin decidió añadir una pregunta adicional para Rusia. Los electores rusos deberían pronunciarse sobre la creación de una presidencia de la república, cuyo titular se elegiría por sufragio universal. Ese añadido provocó el furor de Gorbachov, consciente de que un presidente que gozase de un estatus igual al suyo daría a la Rusia soberana una existencia estatal real, y a su presidente una autoridad comparable con la del presidente de la Unión Soviética y en competencia. Se esforzó por combatir esa idea, sin éxito. Ciertamente, otras repúblicas ya habían instaurado una presidencia. Era sobre todo el caso de Lituania. Pero Rusia, por su peso, representaba para la futura Unión Soviética un desafío totalmente distinto.

El referéndum se desarrollaría en un clima poco favorable. En primer lugar, en razón de la escasez alimenticia, agravada en ese año de 1991. Cherniaiev, el 31 de marzo, anotaba en su diario: «Reunión del Consejo de Seguridad sobre las cuestiones de aprovisionamiento de la población. Ahora el problema más acuciante es el pan. En Moscú y en las ciudades hay unas colas como las que había hace dos años para comprar salchichón. Si no nos procuramos cereales de aquí a junio, habrá hambruna. Solo Ucrania y Kazajistán llegan a duras penas a hacer frente a este problema». La tarde del mismo día añade: «Si vas a una panadería, o está cerrada con candado o completamente vacía. Moscú no había visto nada semejante en toda su historia, ni siquiera en los peores años de hambruna». Además, los mineros del Kuzbass volvían a estar en huelga durante un período ilimitado. Los mineros del Donbass siguieron el movimiento; el clima social no cesaba de enturbiarse.

Otra dificultad: seis repúblicas se negaron a participar en el referéndum. Las tres repúblicas bálticas consideraban que no les concernía, «puesto que ellas jamás se habían unido a la URSS»; Georgia también compartía la misma postura, Moldavia y Armenia decidieron unirse al boicot. Entre las nueve repúblicas que se disponían a tomar parte en el referéndum, eran muchas las que, siguiendo el ejemplo de Rusia, querían integrarlo bajo la forma de pregunta subsidiaria de sus preocupaciones propias.

A pesar de todas estas dificultades, la participación fue masiva (un 80 % de votantes) y la respuesta a la pregunta planteada por Gorbachov fue muy positiva: un 76,4 % de los votantes se pronunciaron a favor de una Unión Soviética renovada.⁸ Los electores rusos dieron su apoyo a la unión casi en el mismo número: 71,34 %. Y el 69,86 % de ellos aprobaron la creación de una presidencia de la república.

En cierto modo, al acabar esa sorprendente consulta popular, Gorbachov y Yeltsin estaban igualados. Yeltsin deseaba el rechazo de la unión, Gorbachov el de la presidencia. Los dos se desvivieron con discursos y maniobras para convencer a los electores de que los siguieran, y ambos ganaron y perdieron a la vez. Solo les quedaba aprender la lección del escrutinio, Gorbachov organizando el proceso de renovación de la Unión Soviética, Yeltsin presentándose a la presidencia. Pero el clima político después del referéndum era más terrible que nunca. Por ambas partes llovían las acusaciones. Del lado de Gorbachov se propagaron rumores sobre el alcoholismo de Yeltsin y su impopularidad en el extranjero (lo recibieron mal en Estrasburgo, fue incapaz de expresarse ante los

alumnos de la Universidad Johns Hopkins en Estados Unidos), que deshonraba a su país. Por su parte, Yeltsin acusaba a Gorbachov de ser el responsable de la escasez alimenticia al aceptar el plan Pavlov de aumento de precios. La calle, una vez más, era el recurso de Yeltsin.

El 28 de marzo, a raíz de la reunión del Sóviet Supremo de Rusia, Gorbachov pidió a los diputados (en su mayoría conservadores y comunistas) que dijeran si «los votos de los electores debían transformarse en institución política». En otras palabras: si había que tomarse en serio la pregunta adicional del referéndum del 17 de marzo. La atmósfera estaba especialmente cargada. Gorbachov prohibió las manifestaciones en Moscú, pero el alcalde de Moscú, Gavriil Popov, condenó esa decisión, y la prensa, incluido el *Izvestia*, le apoyó. En la capital reinaba el desorden. Las calles estaban paralizadas por las tropas de la milicia a las órdenes de Gorbachov, pero también bloqueadas por los pesos pesados favorables a Yeltsin. Unos 200.000 manifestantes invadieron la calzada, a pesar de las prohibiciones, y abuchearon al poder central, que aparecía de pronto muy debilitado. Los diputados rusos se negaron a apoyar la prohibición de manifestarse y de «reunirse bajo la amenaza de los fusiles». El doble poder iba creciendo. El Parlamento ruso, que Gorbachov intentó utilizar contra Yeltsin, después de haber dudado se volcó por completo hacia la «causa rusa». El 24 de abril, los diputados rusos votaron una ley instituyendo la presidencia de la república, fijando las elecciones para el 12 de junio, y acordaron entre tanto otorgar plenos poderes a Yeltsin.⁹

Para Gorbachov no era solo una mala noticia: las catástrofes se acumulaban, y las amenazas que pesaban sobre él iban en aumento. El 2 de abril, mientras la situación en Moscú polarizaba su atención, una asociación llamada «Unidad para el Leninismo y los Ideales Comunistas», instalada en Leningrado, pidió su dimisión. Entre los responsables se encontraba una vieja conocida, Nina Andreieva, cuya influencia en el partido no era despreciable. Ella era la voz de todos aquellos a quienes molestaba la *perestroika*. Así que el llamamiento de esa asociación, poco conocida antes de que se manifestase, lo recogió el Gorkom (organización comunista de la ciudad) de Leningrado, después el de Kiev y el Comité Central del partido de Bielorrusia. Todos interpelaban al Comité Central del PCUS y exigían que se celebrase un pleno extraordinario para hablar del caso Gorbachov.

En la periferia, la situación también se agravaba. Georgia, que había ignorado el referéndum del 17 de marzo, organizó el 31 su propio referéndum,

no sobre la unión, sino ya sobre la independencia de la república. La participación fue increíble, y un 98,93 % de los votantes se pronunciaron a favor de la independencia, que proclamó el Parlamento el 9 de abril. Zviad Gamsajurdia, presidente elegido por el Parlamento surgido de las elecciones legislativas de octubre de 1990, llamó mediante un decreto del 16 de abril al pueblo georgiano a responder al poder soviético mediante la «desobediencia nacional y civil»; Georgia le siguió. El 26 de mayo, Gamsajurdia fue elegido presidente de la república por sufragio universal, con un 86,5 % de los votos.

Para Gorbachov, de vuelta de un breve viaje a Japón que sería para él un claro en esa lúgubre sucesión de malas noticias, habría que batirse en tres frentes. El de las diversas instancias del Partido Comunista, primero, que siguiendo al grupo de Nina Andreieva y en el mismo espíritu, se había movilizado para reclamar no solo un pleno extraordinario con el fin de cambiar «la dirección del partido», sino también un congreso extraordinario para instaurar el estado de emergencia y restaurar la dictadura del partido. La víspera del pleno de abril se debatía en el partido, y algunos miembros del Politburó explicaban tranquilamente a Gorbachov que la base, es decir, los comunistas normales y corrientes, se habían alzado en su contra. ¿Podía ignorar el partido los llamamientos de la base? Segundo frente: el de la gran empresa de Gorbachov, el proceso de renovación de la unión, llamado de Novo-Ogarevo, que había que poner en marcha después del acuerdo cumplido por la sociedad el 17 de marzo. Y por fin (y no era lo más sencillo), el frente de las relaciones con Rusia. Gorbachov sabía lo que significaba la elección de Yeltsin a la presidencia rusa e intentó obstaculizarla, y no fue tarea fácil, dado que sus apoyos en el seno del partido estaban a punto de volverse en su contra. El proceso de Novo-Ogarevo era aparentemente lo más fácil de poner en marcha.

El referéndum le aseguraba una legitimidad incontestable. El 23 de abril, Gorbachov reunió en la residencia presidencial de Novo-Ogarevo a los dirigentes de las nueve repúblicas que habían participado en la gran consulta. Se redactó y aprobó un documento, que se llamaría la declaración de los 9+1, después de algunas correcciones propuestas por las repúblicas.¹⁰ En él se establecía una distinción entre los nueve Estados que aceptaban formar parte de la unión y que se otorgaban entre ellos el régimen de nación más favorecida, y las repúblicas que se negaban y con las cuales las relaciones se edificarían sobre la base de las normas internacionales. Al término de esa primera reunión, todos sus participantes apelaron al cese de las huelgas y al regreso al orden. El Nuevo

Tratado de la Unión, tal y como se redactó en abril, se publicó el 27 de junio para verse sometido a la ratificación de los parlamentos y repúblicas y de la URSS. Ese proyecto preservaba los derechos de las repúblicas, pero precisaba también los poderes del centro. Los poderes *comunes* reforzaban a las repúblicas.¹¹ Se convino que solo las repúblicas firmarían el tratado, cosa que Yeltsin tendría que imponer a las numerosas repúblicas autónomas de Rusia, muy reticentes en este aspecto. La eventualidad de su alineamiento estatutario sobre las repúblicas de la unión agitó mucho a la opinión pública, que esperaba su inscripción en el tratado. Pero no hubo excepciones.¹² El tratado debía ser ratificado el 20 de agosto, todas las repúblicas estaban de acuerdo. En esa cuestión decisiva, Gorbachov estaba convencido de haber ganado la partida y salvado la unión. Ciertamente es que enseguida aparecieron algunas sombras en ese acuerdo: venían, naturalmente, de Rusia. El 29 de julio, Yeltsin reconocía solemnemente en nombre de Rusia la independencia de Lituania, y firmaba con el presidente Landsbergis un tratado de diez años precisando los fundamentos de las relaciones ruso-lituanas. Al enterarse de ese proyecto, Gorbachov reaccionó rápidamente expresando su oposición, pero Yeltsin no lo tuvo en cuenta. En julio de 1991, las relaciones entre Rusia y el centro se vieron oscurecidas por otros muchos temas, sobre todo por las decisiones de Yeltsin con relación al Partido Comunista. Ya volveremos sobre ello.

Fue precisamente el partido el que dio más guerra a Gorbachov durante ese período en el cual consiguió hacer progresar su proyecto de unión y acumuló éxitos en la escena internacional: la participación en el G7 de Londres y la firma en Moscú del Tratado Start I a raíz de la visita del presidente Bush a la capital de la URSS. Pero Gorbachov se vio enfrentado a las críticas cada vez más violentas del partido, en el seno del cual muchos miembros exigían el regreso a «una línea clara, leninista», opuesta a lo que entonces se llamaba «reformismo» del secretario general. Con ese fin se reunió un pleno el 24 de abril.

Ya en la víspera la reunión del Politburó había sido devastadora para Gorbachov, acusado de poner en práctica una «política autoritaria que había destruido al partido y el país». Sobre este último punto, los adversarios de Gorbachov disponían de un argumento muy poderoso: el partido se estaba quedando sin miembros. En el pleno del 2 de abril, dos millones de comunistas faltaron a la llamada. En el pleno siguiente, en julio, se constató una fuga igual de importante. En un año, el partido había visto huir a cuatro millones de miembros, o sea, más del 20 % de sus militantes. ¿Quién era el culpable de

semejante desafección? Gorbachov, coreaban sus críticos. Exasperado, aquel declaró que dimitía de su puesto de secretario general, provocando así cierto pánico, y los que lo habían atacado con tanta dureza contribuyeron a retenerle entonces. Ese episodio bastante patético repetía la misma representación que se había llevado a cabo algunos meses antes en el congreso del Partido Comunista ruso, donde Polozkov, líder de partido, amenazado por una moción de censura, había reaccionado anunciando que abandonaría el secretariado general. El resultado no se hizo esperar: la moción desapareció al momento, reemplazada por un rechazo general a la dimisión de Polozkov. ¿Se inspiró Gorbachov en este precedente? Lo que está claro es que, habiendo experimentado —igual que Polozkov— el grado de hostilidad de sus colegas, se hizo cargo de la situación.

No podía jactarse de un resultado notable, pero la negociación de Novo-Ogarevo le permitía mostrar que, lejos de ser el culpable del naufragio de la Unión Soviética, estaba haciendo lo necesario para salvarla. Exhibió la declaración de Novo-Ogarevo, sobre la cual se habían puesto de acuerdo los 9+1, como símbolo de una nueva era. Los miembros del Comité Central estaban, por su parte, más preocupados por la situación económica del país que por la de las naciones, y Gorbachov entonces tuvo que defender largamente su política, que intentaba reconciliar las posturas de los partidarios del mercado y de aquellos a quienes asustaba el deslizamiento fuera de la economía administrada. Gorbachov declaró: «Teniendo en cuenta las particularidades y las tradiciones de nuestra sociedad, nos oponemos a la sustitución total de la propiedad del Estado por la propiedad privada. Debemos crear una economía mixta, multiforme, que permita un desarrollo libre de todos los tipos de propiedad». ¡Olvidémonos del plan Shatalin! Para apaciguar a los reformadores del Comité Central, Gorbachov desarrolló la idea de que la socialdemocracia había cambiado y que podía convenirles una evolución semejante.

Al pleno siguiente le correspondería responder a las cuestiones planteadas en abril y aplicarse la lección para preparar un congreso del partido que lo «renovase». En el momento en que los miembros del Comité Central se separaban, después de haber fijado el programa de su próximo encuentro, no sabían —y Gorbachov no lo imaginaba tampoco— que con el pleno de julio el partido fundado por Lenin dejaría de existir.

Ese último pleno se inauguró el 25 de julio. No se presentaba de manera favorable para Gorbachov. Este pudo invocar el éxito del proceso de Novo-Ogarevo, cuyo texto definitivo presentado el 5 de julio debía someterse a la

aprobación de las repúblicas el 20 de agosto. Gorbachov, en efecto, podía felicitarse por ese calendario. Por el contrario, ¿qué podía decir del G7 anunciado a bombo y platillo? Ciertamente, le habían invitado a unirse en Londres a los responsables de los países más poderosos del planeta, pero solo cuando ya habían concluido sus trabajos. A pesar de esa decepción, defendió ante ellos la causa de la URSS, insistiendo en las reformas cumplidas, sobre todo en la ley que instauraba la privatización. Pero la ayuda económica que reclamaba le fue negada. Ahí se pudo constatar hasta qué punto el debilitamiento interior de Gorbachov pudo impulsar a los grandes jefes de Estado a abandonarle. Como premio de consolación, a la URSS se le prometió el estatus de «miembro asociado» del FMI: nada que pudiera impresionar a la asamblea plenaria.

Además, Yeltsin, fiel a su costumbre de provocar al partido en el momento más inoportuno, acababa de lanzar una bomba entre los comunistas, decidiendo por decreto prohibir las organizaciones del partido en las fábricas y en todos los lugares de trabajo. Cortados de ese modo los vínculos entre el partido y el mundo del trabajo, la organización comunista, a semejanza de todos los demás partidos recientemente formados, no tendría más base que la territorial.¹³ Esta decisión, que coincidía prácticamente con la inauguración de la asamblea plenaria, pesaría sobre todos sus trabajos. Gorbachov se negó a dejarse arrastrar a esa querrela, una trampa que le tendía su rival, pensaba él, y fingió que mantenía el debate al nivel más elevado: la preparación del congreso y su programa. Su actitud pacífica no pudo evitar, sin embargo, una grosera intervención de Yeltsin: «¿Quién necesita un programa? ¿Para qué?». Gorbachov, sin embargo, conseguiría hacer adoptar su programa a una mayoría aplastante, y el futuro congreso del partido ratificaría unas tesis socialdemócratas.* Esa extraordinaria unanimidad, cuando hasta el momento del voto Gorbachov había sufrido las críticas más violentas, ¿no anunciaba acaso lo que seguiría, la voluntad de un cierto número de comunistas de poner término a la experiencia de la *perestroika* mediante medios ajenos a los procedimientos del Estado y del partido?

Si Gorbachov no lo percibió es porque su mente estaba en otro lugar, vuelta hacia la política extranjera. Se esperaba al presidente Bush en Moscú, y la cumbre que se celebraría en Novo-Ogarevo, residencia cuyo nombre estaba unido a la renovación de la Unión Soviética, podía serle útil —o al menos así lo creía él—. Para Gorbachov, acosado en el interior, la acción internacional era desde 1986 una compensación, la esperanza de recuperar su popularidad y

obtener al fin una adhesión popular a su política. Yakovlev replica en sus memorias que jamás los dos rostros de la política de Gorbachov habían estado tan alejados ni su personalidad tan dividida como en julio de 1991. En el interior, escribe, se mostraba inseguro, siempre más tentado por soluciones de compromiso, incapaz de seguir una línea clara. En el exterior, en sus actos internacionales, seguía siendo un hombre decidido, que perseguía un objetivo auténtico: la puesta en práctica del «nuevo pensamiento» que debía pacificar el mundo y que le aseguraba todavía nuevos éxitos. Su drama estuvo quizá en esa dicotomía. Tratándose del partido, Gorbachov consiguió más o menos tener éxito, entre una asamblea plenaria y otra, manejándose con evasivas para satisfacer a los bandos opuestos y hacer inscribir en el calendario un congreso que adoptase su programa. Sin embargo, había un ámbito en el que no encontraría más que decepciones: el del enfrentamiento con Yeltsin.

La «resistible ascensión» de Boris Yeltsin

Al fracasar a la hora de impedir la creación de un puesto de presidente de la república en Rusia, Gorbachov se empleó para eliminar a Yeltsin de la competición para ese puesto. Encontró dos candidatos que le servirían de contrapeso: su antiguo primer ministro Nikolai Ryzhkov y Vadim Bakatin, una persona cercana, miembro del Consejo Presidencial. Bakatin había sido ministro del Interior del gobierno Ryzhkov, pero los conservadores, que le reprochaban sus ideas reformistas y su hostilidad ante el uso de la fuerza en Lituania, le habían destituido en noviembre de 1990, poco antes de la formación del gobierno Pavlov. Gorbachov podía, pues, esperar que Bakatin fuera apoyado por los liberales. Aparte de Bakatin y Ryzhkov, Yeltsin se vio enfrentado a varios rivales, de los cuales algunos estaban lejos de ser despreciables. Ryzhkov tenía como adjunto al general Grómov, comandante del cuerpo expedicionario de Afganistán, que había tenido que organizar la retirada poco gloriosa de las tropas soviéticas de ese país y que, a la hora de las elecciones, comandaba la región militar de Kiev. La candidatura Ryzhkov-Grómov se beneficiaba del apoyo declarado del Partido Comunista.

Otro candidato cuyas oportunidades parecían reales: Vladimir Zhirinovski. ¡Y qué candidato! Desconocido hasta 1990, había hecho una entrada muy ruidosa en la escena política rusa a la cabeza del partido Liberal Demócrata que

él mismo había fundado, y se identificaba con un programa un poco confuso de «monarquía liberal». Detrás de esa expresión inédita en la Rusia de los años noventa, Zhirinovski proponía un nacionalismo extremista, una visión personal del imperio que pretendía preservar en torno al Estado ruso, y por fin, un racismo inconfesado. Ese candidato era una estrella de la televisión, de la cual se servía con un arte consumado. Notable orador y demagogo, sabía captar la simpatía de las multitudes jugando con las frustraciones nacionales y materiales. De creer a los rumores, su candidatura a esas primeras elecciones presidenciales rusas la inspiró el entorno de Gorbachov para añadir más confusión aún, dispersar los votos y hacer caer al indeseable Yeltsin.

Había dos candidatos más marginales aún, pero que podían entorpecer también la constitución de una mayoría: el general Makashov, comandante de la región militar Volga-Ural, conservador convencido que había hecho un llamamiento al ejército para que arbitrara en una «situación caótica» en 1990 y, por tanto, a que diera un golpe de Estado. Y un candidato obrero, Aman Tuleiev, presidente del sóviet de Kemerovo.

Ante esa multiplicidad de candidaturas, dos de las cuales se valían del apoyo del ejército (Ryzhkov y el general Makashov), Yeltsin no quiso ser menos. Formó también una lista electoral con el general Rutskoi, héroe de la guerra de Afganistán, que gozaba en 1990 de la admiración unánime de los militares. Yeltsin había tenido buen ojo: las voces del ejército no se dispersarían mientras pudieran concentrarse en Rutskoi. Los sondeos privilegiaban a los dos candidatos «gorbachovianos», Ryzhkov y Bakatin, dejando pocas oportunidades de éxito a Yeltsin, pero en Rusia los encuestadores carecían de experiencia.

Esas elecciones apasionaron a los rusos, que votaron en masa. En efecto, eran las primeras elecciones por sufragio universal de un dirigente de primera fila. Y se les proponía una verdadera elección. ¡Qué novedad para un pueblo al que regularmente se le pedía que acudiera a las urnas, y se veía obligado a votar en unas elecciones donde no se podía elegir, y donde toda sorpresa estaba excluida! Ya habían sido elegidos otros presidentes en determinadas repúblicas, como Landsbergis en Lituania y, pocos días antes, Gamsajurdia en Georgia. Pero el cuerpo electoral estaba infinitamente más restringido y, sobre todo, los candidatos no habían tenido ningún o casi ningún adversario. En Vilna y Tiflis, las apuestas parecían seguras, mientras que en la inmensa Rusia, con poblaciones y culturas tan diversas, nada parecía ganado antes de que acabase el proceso electoral. A la hora de los resultados se constató que las ilusiones de

Gorbachov y los suyos hacían juego con la enorme inexperiencia de los encuestadores. Boris Yeltsin fue elegido ya en la primera vuelta con más del 60 % de los votos. El mismo día, su amigo Popov, que se presentaba en tándem con Luzhkov, fue elegido no menos triunfalmente alcalde de Moscú, contra otro tándem apoyado por Gorbachov: Saikin y Kraiko, cuyo fracaso testimonió la hostilidad de los votantes rusos hacia aquellos que les parecían ser los «candidatos de la URSS». El éxito de Yeltsin consagraba la reaparición de Rusia en la historia y en la conciencia colectiva.¹⁴

Cherniaiev lo supo ver y observó (con amargura, ya que había votado a Bakatin): «No es la Unión Soviética sino Rusia lo que tienen todos en el espíritu. ¿Saldrá de esto quizá alguna cosa? Si así es, yo también lo aplaudiré. Olvidemos a la Unión Soviética si hace falta, con tal de que exista Rusia». Frases reveladoras de un hombre que había creído en la *perestroika* y en la renovación de la Unión Soviética. También testimonian la desilusión de un colaborador de Gorbachov que estaba a su lado y comprometido desde 1985. El 12 de junio de 1991, ese fiel partidario empezó a pensar que la respuesta a la antigua cuestión de la modernización del país quizá la tuviera Rusia. Frente a un Yeltsin triunfante, a los otros candidatos se les agrió la fiesta: solamente un 17 % de votos para la lista Ryzhkov-Grómov, un 3,4 % para Bakatin, candidato respetado aunque no elegido. Esos fracasos eran también manifestaciones de hostilidad hacia Gorbachov, que apostó de manera abierta por esos dos candidatos. En cuanto a los otros postulantes a la presidencia rusa, quedaron muy decepcionados: ese fue el caso de Zhirinovski, que no obtuvo más que el 7,8 % de los votos, y Makashov (3,8 %). El obrero Tuleiev, que era en realidad más *apparatchik* que obrero desde hacía mucho tiempo, salió mejor parado del asunto en realidad, ya que con un 7 % de los votos casi alcanzó a Zhirinovski.

Este escrutinio revela la evolución de los ánimos en Rusia. Los electores eligieron a un candidato (Yeltsin) no por un reflejo de rechazo o de frustración, sino más bien de manera positiva, adhiriéndose a un programa claramente enunciado: restauración de Rusia, reducción de la autoridad del Partido Comunista en Rusia (que se aplicaría casi de inmediato por medio del decreto antes citado sobre la despartidización, que sería adoptado el 20 de julio), reforma económica radical (adopción del mercado, transferencia de la tierra a los campesinos, transformación del complejo militar-industrial) y derecho a la

autodeterminación para todos los pueblos. La creación de una presidencia rusa deseada por Yeltsin, que hacía de Rusia una república de pleno ejercicio, ilustraba ese derecho.

Vitali Tretiakov, redactor jefe del periódico independiente *Nezavisimaia Gazeta*, definió mejor que nadie lo que Boris Yeltsin representó para los rusos, asegurando así su éxito el 12 de junio. Era, dice, el *samozvanets* siempre presente en la historia rusa, un término que se traduce impropriamente por «impostor», mientras que en la tradición política de Rusia es aquel que se proclama como sustentador legítimo del poder desde fuera y contra este mismo, en nombre de una legitimidad inmanente.¹⁵ Desde 1987, Yeltsin se había opuesto abiertamente al poder establecido, el del partido, el de Gorbachov. Este último escribió que la postura de Yeltsin no era más que la ambición, la voluntad de ocupar el primer lugar desalojando al titular legal. Pero si se mira con más atención, ¿cómo no ver que en ese período tan turbulento de la historia soviética y rusa, aunque hubiese existido un conflicto personal, Yeltsin se apoyó en realidad en la sociedad civil? De ella extrajo su legitimidad, mientras esa sociedad tomaba conciencia progresivamente de aquello que la diferenciaba y la alejaba de la sociedad política y del país legal.

En cierto modo, los electores de 1991 aprendieron la lección de febrero de 1917, cuando, al hundirse el poder, los hombres del gobierno provisional, incapaces de recoger el testigo que dejó el emperador, dejaron vía libre a los bolcheviques. En 1991, la sociedad ya había madurado, y comprendió la lección del pasado que la *perestroika* le había permitido descubrir. La casualidad quiso que en 1991 la sociedad encontrara en su camino a un hombre que el sistema rechazado había preparado para las tareas del poder y de la gestión. El *samozvanets* de 1991 ostentaba una doble legitimidad: la del apoyo popular y la aptitud para gobernar que el sistema anterior le había reconocido. Así el país tenía la garantía de no abandonarse en manos de un impostor incompetente que lo ignoraba todo del ejercicio del poder. A finales del siglo xx, la sociedad sabía —a diferencia de sus predecesores de 1905 y de 1917— que la práctica gubernamental, en un mundo abierto y dominado por la competencia, es demasiado compleja para confiarla a aficionados. Yeltsin fue vilipendiado, calumniado por el Kremlin, tratado de borracho, incapaz y sobre todo aprendiz de dictador. Si la sociedad le eligió fue porque en Rusia la embriaguez seguía sin ser un pecado capital, pero la mentira ya no se aceptaba. Cuando el aprendiz de dictador se sometió al sufragio universal, mientras que los que denunciaban su

ambición se sustraían, fueron sus adversarios los que aparecieron como impostores. Las elecciones del 12 de junio de 1991 consagraron una doble legitimidad: la de Yeltsin, pero más aún la de Rusia, confirmada como Estado soberano y casi Estado-nación. Y estas deslegitimaron a la vez a aquel que quiso impedir esas elecciones, el presidente de la URSS no elegido por sufragio universal, y a una URSS que no quería reconocer la Rusia salida de las urnas. Entonces se planteó una cuestión: ¿cómo conciliar la URSS y Rusia? ¿Cómo pasar de un sistema estatal e institucional que ya solo existía en los textos a la realidad política que un electorado inmenso acababa de imponer?

Inmediatamente después de esas elecciones, lo que todos buscaban era no agravar el conflicto. Gorbachov optó por un estatus de «superpresidente» y felicitó a Yeltsin por su victoria... por teléfono. Yeltsin mantuvo la prudencia, al no tener ningún propósito hostil. Esa calma aparente no impidió que llegaran a continuación algunas declaraciones poco corteses. El 15 de junio, Gorbachov apareció en televisión. El tema oficial era la política de privatizaciones, pero se dejó tentar por su deseo de referirse a las elecciones de Rusia. Y observó que 25 millones de rusos no habían acudido a votar: Yeltsin no había recogido, por tanto, más que 40 millones de votos de un total de 103 millones. Los asistentes contuvieron el aliento: ¿acaso Gorbachov pensaba declarar que el elegido no era legítimo? Impresionado quizá por el silencio que reinaba en el estudio, reuló y concluyó diciendo que, después de todo, esas cifras reflejaban la diversidad de opiniones. Algunos días más tarde, Yeltsin, en viaje a Estados Unidos, entrevistado en televisión, le devolvió el golpe y dijo: «A mí no me gusta Gorbachov». Yeltsin estaba en Washington desde el 18 de junio invitado por el presidente Bush, consciente del nuevo equilibrio de fuerzas en Moscú y deseoso de ver de cerca al presidente ruso que acababan de elegir. Después, el presidente estadounidense quiso compartir sus impresiones con Gorbachov, que dio un discurso inesperado, presentando un cuadro idílico de la situación: «El proceso de Novo-Ogarevo está reforzado por el apoyo de las repúblicas y la elección de Yeltsin, al cual el apoyo de Rusia aporta un peso nuevo». Parecía que ambos adversarios habían firmado la paz, ya que los dos sabían que les interesaba mantener la Unión Soviética.

El 10 de julio fue entronizado Boris Yeltsin. La ceremonia, retransmitida por todas las televisiones, arrojó nueva luz sobre las orientaciones de la nueva Rusia. No era solamente una nueva organización del Estado lo que estaba llamada a descubrir la sociedad, sino un nuevo sistema político. Los discursos hicieron referencia a los santos patronos de Rusia que marcaron la larga historia del país: san Vladimiro, que la cristianizó, san Sergio de Rádonezh, que encarnó la resistencia a la opresión tártara, y también a los grandes soberanos que forjaron o consolidaron el Estado: Pedro el Grande, Catalina II. El patriarca de todas las Rusias, Alejo II, se expresó en nombre de todas las religiones presentes en Rusia, cuyos altos dignatarios, vestidos de gala, se situaron con él en primera fila. Las campanas de las iglesias de Moscú tocaron a rebato, un coro excelente entonó el himno *Gloria a nuestro zar ruso*, contribuyendo a dar a esa ceremonia un carácter profundamente ruso. La idea rusa que Yeltsin evocó en su discurso planeaba sobre aquellas celebraciones. Gorbachov no podía dejar de intervenir. Su colaborador Cherniaiev constató tristemente que su discurso no estuvo a la altura de un acontecimiento tan solemne y tan emotivo para el pueblo ruso.¹⁶ Pero la presencia y el discurso de Gorbachov testimoniaban, sin embargo, que entre Rusia y la Unión Soviética se había establecido momentáneamente una paz precaria. Lo testimoniaban también las banderas rusas y soviéticas que flotaban una junto a otra en el Kremlin, y la cohabitación de dos equipos rivales en las oficinas donde los bolcheviques habían reinado en solitario desde 1917.

Esa paz (provisional) era tanto más necesaria dado que, a pesar de las apariencias, el clima político seguía siendo febril. El decreto de Yeltsin que excluía al partido de los lugares de trabajo había suscitado violentas reacciones en el seno del PCUS. El primer ministro Pavlov se lanzó a ejecutar una «operación de oposición» a Gorbachov con el pretexto de que su apoyo a la economía de mercado era contrario al programa del gobierno. Y pidió con toda frialdad que le fueran entregados los plenos poderes. Le apoyaban en esa exigencia el director del KGB, Kriuchkov, y los ministros del Interior, Pugo, y de Defensa, Yázov. Las estructuras «de fuerza» volaban así en auxilio de lo que podía haber sido un «minigolpe» si Gorbachov no hubiera conseguido reconducir la situación.

Fue el mundo exterior quien le salvó. A mediados de julio tuvo que acudir a la cumbre del G7 en Londres, y unos días más tarde recibió a Bush en Moscú y entre tanto concluyó el Nuevo Tratado de la Unión. Gorbachov puso en guardia a sus adversarios conservadores: él y solo él podía preservar la Unión Soviética,

marco y defensa del sistema comunista. Sus más allegados, o los que lo habían sido, le abandonaron para unirse a unas fuerzas políticas que él no dominaba. El movimiento de reformas democráticas, que tomó forma en junio-julio, reagrupaba a los más cercanos a Yeltsin: Rutskoi, elegido con él, Iván Silaiev, primer ministro de Rusia, los alcaldes yeltsinianos de las capitales rusas, Popov y Sobchack, y dos amigos de Gorbachov, Shevardnadze y Yakovlev, que se pasaron entonces al bando enemigo.

A pesar de todas estas decepciones, Gorbachov continuaba creyendo en su buena estrella. A finales de julio, el Sóviet Supremo de la URSS y los presidentes de las dos cámaras dieron su acuerdo al texto definitivo del Nuevo Tratado de la Unión y se prepararon para firmarlo. El gobierno, después de inútiles demandas destinadas a reforzar los poderes de los órganos de la Unión Soviética, se unió también, así como el PCUS. Como el Politburó y el Comité Central habían aprobado ese texto el 25 y 26 de julio, Yeltsin presentó una última objeción el 29 de julio —negando que la Unión Soviética pudiese recaudar un impuesto asegurando su existencia—, pero aceptó finalmente un compromiso. A raíz de una última reunión con Gorbachov,¹⁷ Yeltsin había criticado el «entorno detestable» de su interlocutor, afirmando que las repúblicas no firmarían el tratado en tanto Kriuchkov, que había intentado un golpe de Estado en Lituania, estuviera al frente del KGB. Lo mismo ocurría con Yázov, «halcón» superviviente de una época revuelta. Nazarbáyev, que asistía al encuentro, añadió a la lista de indeseables o incluso de «imposibles» al ministro del Interior, Pugo, y a Yanaiev. Gorbachov respondió: «Nosotros vamos a expulsar a Kriuchkov y a Pugo». La conversación concluyó mediante una propuesta de Yeltsin que dejó estupefacto a Gorbachov: «Propongo a Nursultán Nazarbáyev como primer ministro de la nueva Unión Soviética». Anonadado en principio, Gorbachov acabó por aceptar la idea.

El 31 de julio, el acuerdo de todas las partes parecía ya arreglado, y la firma se programó para el 20 de agosto en Moscú. Debía estar rodeada de una gran solemnidad. Una falsa nota, y llamativa, había ensombrecido, sin embargo, ese clima aparentemente tranquilo. El 23 de julio, la víspera del pleno, *Sovetskaia Rossiia* había publicado un manifiesto titulado «La palabra al pueblo», firmado por una decena de personalidades políticas que reivindicaban su calidad de «patriotas». Entre los firmantes, los generales Varennikov y Grómov, algunos escritores, entre ellos Rasputín, el cineasta Bondarev e incluso una cantante muy popular, Liudmila Zikina. Ese manifiesto llamaba al pueblo a sublevarse contra

la «traición» de los políticos y parlamentarios irresponsables que habían organizado la división del país. Ese texto particularmente agresivo, apoyado por grandes personalidades, no dejaba de evocar el llamamiento lanzado al partido algunos años antes por Nina Andreieva en el mismo periódico. Era una empresa no disimulada que intentaba desestabilizar a Gorbachov, y este no habría debido subestimarla. Pero según confirman sus memorias, él no se dejó impresionar, convencido de que un manifiesto semejante no pesaría demasiado en relación con los apoyos que había conseguido el Tratado de la Unión.

¿Qué podían hacer, pues, los autores de ese aparente éxito, sino irse de vacaciones? El verano de 1991 fue particularmente caluroso, y la temperatura en Moscú resultaba insoportable. Gorbachov partió hacia Crimea, donde le esperaba la suntuosa residencia de Foros. Yeltsin, por su parte, antes de dirigirse a sus cuarteles de verano, voló a Alma-Ata para firmar un acuerdo entre Rusia y Kazajistán. Volvió el 18 de agosto por la noche y se instaló en su dacha de Arjangleskoe, a algunos kilómetros de Moscú. Gorbachov no había respondido a su petición de apartar a los «indeseables» (Kriuchkov y compañía) antes de firmar el tratado, remitiendo esa difícil decisión al futuro, como hacía a menudo. Las inquietudes de Yeltsin no iban a tardar en verse justificadas, y Gorbachov pagaría el precio de su política incierta y dilatoria mediante el golpe de Estado del 20 de agosto de 1991, la cautividad y, finalmente, la pérdida del poder.

Capítulo II

El golpe de Estado. ¿Un puñado de golpistas?

Moscú. 19 de agosto de 1991

En el mes de agosto, una gran parte de los moscovitas estaban de vacaciones, fuera de la capital. Además era lunes, justo después del día en el cual los que no estaban descansando iban a buscar un poco de frescor a las afueras de Moscú, y a la ciudad le costaba recuperar su actividad. Sin embargo, aquella mañana en que el calor era ya asfixiante, los teléfonos sonaron de un extremo a otro de la ciudad. «Los tanques han entrado en Moscú», «Mirad la televisión, Gorbachov está enfermo», «Ha tomado el poder un Comité para el Estado de Emergencia». Las noticias que circulaban eran también inciertas, caóticas, pero todas decían lo mismo: había tenido lugar un golpe de Estado.

De hecho, desde las cinco de la mañana, un comunicado de la agencia Tass anunciaba que Mijaíl Gorbachov no podía ejercer sus funciones por motivos de salud y que, conforme al artículo 127 de la Constitución, el vicepresidente Guenadi Yanaiev se convertía en presidente interino. Se instauró un Comité Estatal para el Estado de Emergencia (GKChP) y se proclamó el estado de excepción por seis meses. Los miembros del Comité de Emergencia, aparte del presidente interino, eran bien conocidos: todos habían sido promovidos por Gorbachov a principios de aquel invierno, en perjuicio de los liberales. Se trataba del primer ministro Pavlov, del presidente del KGB Kriuchkov, del ministro del Interior Pugo, del ministro de Defensa Yázov. Todo el grupo de «indeseables» cuya partida exigía Yeltsin algunos días antes. Se añadían dos personalidades menos conocidas: el presidente de las industrias del Estado, director de una fábrica de armamento de Sverdlovsk, Alexander Tiziakov, y el presidente de la Unión Campesina, Vasili Starodubtsev, ambos miembros de la nomenklatura, pero cuya presencia en el seno del grupo debía testimoniar que los «obreros» y los «campesinos» tomaban parte en la nueva organización del poder. Último participante del GKChP: Baklanov, que representaba al Comité

Central del partido. En su llamamiento al pueblo soviético con fecha 18 de agosto, el Comité de Emergencia justificaba así su entrada en escena y sus iniciativas: «Un peligro mortal amenaza a nuestra gran patria. La política de las reformas comenzada a iniciativa de M. Gorbachov [...] está en un callejón sin salida [...]. El poder ha perdido la confianza de la población [...]. El país en realidad se ha vuelto ingobernable».¹

Estupefactos, los moscovitas descubrían de repente el «peligro que pesaba sobre el país», el nuevo poder y los carros que desfilaban por Moscú desde el amanecer, mientras que la víspera por la tarde nada se había filtrado del complot. Gorbachov enfermo... esa ficción era difícil de aceptar. ¿Cómo no pensar en el precedente de Jruschov, apartado del poder en 1964 por un golpe «pacífico»? Entonces estaba de vacaciones en el Cáucaso; Gorbachov, por su parte, reposaba en Crimea. Aparte de ese detalle geográfico, las circunstancias eran parecidas.

A Jruschov se le impidió que se comunicara con Moscú, y después le destituyeron de sus funciones sin que ni una sola voz se elevase en su favor. Los miembros del comité —se lo empezó a llamar enseguida por sus iniciales, GKChP— estaban convencidos de poder repetir la operación de 1964, pero habían tenido que llamar a los carros. Entre 1964 y 1991 había, en efecto, una diferencia considerable: la *perestroika* había impulsado la libertad de expresión. Los golpistas sabían que el miedo no tenía tan sujeta a la multitud. Más valía pues, pensaron, intimidar a los posibles protestatarios.

Declararon a Gorbachov no solo enfermo, sino incompetente. ¡Una vez más, el paralelismo con Jruschov! De entrada, el comité multiplicó los anuncios destinados a «iluminar a los trabajadores». Una declaración al pueblo soviético «informándole de la situación», un decreto instaurando el estado de emergencia, varios textos exponiendo las medidas de excepción y una declaración del presidente del Sóviet Supremo de la URSS, Anatoli Lukianov, sobre el Nuevo Tratado de la Unión. Según los términos de esa declaración, el tratado era contrario a la Constitución en muchos de sus puntos, y había que rehacerlo de arriba abajo. Esa declaración demuestra que uno de los objetivos del golpe era detener el proceso de transformación de la Unión Soviética, consolidarla en lugar de desmantelarla. El decreto sobre el estado de emergencia lo confirmaba, precisando que se aplicaba sobre todo el territorio de la Unión Soviética, y por tanto también en las repúblicas, cuyos responsables desamparados se esforzarían, durante las primeras horas del golpe, en comprender lo que implicaba para la soberanía recientemente proclamada de los Estados signatarios

del texto de Novo-Ogarevo. Por la noche, los miembros del GKChP dieron una rueda de prensa destinada antes que nada a los periodistas extranjeros, encargados así de completar las informaciones enviadas desde la mañana por el comité a todas las capitales. El tono de los oradores era firme, solemne, pero no convenció.

Extraño golpe de Estado, en verdad, que testimonió cierto amateurismo. En Moscú se desplegó un material militar considerable, pero las fronteras seguían abiertas; el teléfono funcionaba y no hubo ningún arresto; la población empezó a reunirse y a levantar barricadas. Y todos se interrogaban sobre Gorbachov, su situación real. Pero muchos responsables políticos, entre ellos Yeltsin, Shevardnadze y determinados presidentes de repúblicas, se planteaban otra pregunta: ¿era Gorbachov la víctima del golpe de Estado o bien su cómplice? Después de todo, fue él quien instaló en el poder a los hombres del GKChP y se negó a escuchar los avisos que sobre ellos le prodigaron sus más allegados y Yeltsin. ¿No había anunciado ya Shevardnadze el golpe que se avecinaba, en el momento de su estrepitosa salida? En esas horas de dudas no se esperaba una reacción de Gorbachov, sino más bien de Yeltsin. Sin embargo, no resulta desdeñable saber cómo se desarrolló el golpe de Estado en Foros.

Foros. 19 de agosto de 1991

La víspera del golpe, Gorbachov se preparaba para volver a la capital para firmar, el día 20, el Tratado de la Unión, culminación de muchos esfuerzos. Las vacaciones en Foros habían sido felices, disfrutando del calor y el clima familiar tan querido para Mijaíl y Raisa. Estaban rodeados por su hija Irina, su yerno y sus nietas. Todas las mañanas, la dacha Zaria (Aurora), residencia presidencial, acogía a Cherniaiev y las secretarias Olga Lanina y Tamara Alexandrova, instaladas en la dacha Iujnaia (Meridional), situada a una decena de kilómetros de Foros. Shajnazárov, otro consejero próximo al presidente, residía allí con su mujer, y trabajaba con él por medio de interminables conversaciones telefónicas.

El 18, Gorbachov habló por última vez con Cherniaiev y constató una hora más tarde que el teléfono estaba cortado. Antes incluso de que pudiera sentirse intrigado por esa extraña avería, le anunciaron la llegada a Foros de una delegación que pidió reunirse con él. Se puede imaginar su asombro. Era su

último día de descanso, no esperaba ninguna visita, y esa llegada intempestiva le irritó bastante. Además, era contraria a las normas de seguridad establecidas en Foros, igual que a las del protocolo.

¡Y qué delegación más curiosa! Semipartisana, semimilitar. Boldin, jefe de la administración presidencial, Shenin, secretario del Comité Central, pero también el general Varennikov, comandante en jefe del ejército de tierra, Plejanov, del KGB, y Baklanov, *apparatchik* de la industria militar y —eso lo ignoraba Gorbachov todavía— miembro del GKChP. Un poco desorientado, Gorbachov se volvió hacia el responsable de su seguridad, Medvedev, que confesó que no comprendía nada e intentó llamar a Kriuchkov antes de constatar que el teléfono no funcionaba.² Gorbachov decidió entonces recibir a sus inesperados visitantes. Pronto se enfrentó a un verdadero ultimátum. La delegación se presentó como emisaria del GKChP, cuya existencia, evidentemente, Gorbachov ignoraba, y le rogó que firmase de inmediato un decreto proclamando el estado de emergencia. Gorbachov se negó, se enfadó, exigió explicaciones sin obtener más que respuestas confusas y contradictorias. Se le anunció el arresto de Yeltsin en Alma-Ata o en el camino de regreso, y a continuación le dijeron que dicho arresto tendría lugar al día siguiente en Moscú. Sus interlocutores aseguraban que la situación era incontrolable en la capital y que frente al caos, el único elemento de estabilidad era el Comité para el Estado de Emergencia. El GKChP le exigía, por tanto, que firmase el decreto y aceptase transferir el poder a Yanaiev, o bien que dimitiese. Gorbachov se negó a firmar.³ ¿Cómo no pensar en aquellos momentos terribles en Jruschov, que fue conducido a Moscú en 1964, vencido, despojado de su autoridad, obligado a dimitir? La obstinación del presidente desconcertó a la delegación del GKChP. Gorbachov les ordenó que se fueran, jurando que no firmaría jamás ese documento.

Informados de ese fracaso, los conjurados del Kremlin buscaron entonces otros medios de presión. Primero, militares: hacía falta que Gorbachov comprendiera que estaba prisionero, que no podía esperar socorro del exterior. Buques de guerra cerraban la bahía de Foros, los aviones sobrevolaban la hacienda y se desplegó una guardia militar. Al mismo tiempo, Gorbachov supo por la BBC, que su hija había conseguido captar, que los golpistas habían invocado su estado de salud deficiente para justificar la nueva organización del poder. A partir de entonces se esforzó por aparecer en su balcón y dar paseos por

el parque de la dacha, con la esperanza de que algunos curiosos, armados de gemelos, lo vieran y transmitieran al exterior la noticia de que el presidente gozaba de una salud perfecta, o que algún guardia fiel hiciera lo propio.

Sin embargo, la situación era espantosamente agobiante. Gorbachov había tomado conciencia al fin de su cautividad. Las noticias le llegaban gracias a un transistor que su familia había conseguido ocultar y una vieja radio que había reparado su médico. Cuando la televisión volvió a funcionar al fin, Gorbachov constató que en las repúblicas nadie parecía inquieto ni hablaban de ningún golpe de Estado. Oyó a Nazarbáyev hacer un llamamiento a la calma, pero ¿por qué motivo?

Gorbachov no aceptó el sometimiento. Redactó una declaración dirigida al pueblo soviético, exigiendo que cesara esa situación ilegal. Que Lukianov, presidente del Sóviet Supremo, convocase de urgencia la Asamblea o un Congreso de los Diputados del Pueblo. Y sobre todo que un avión le llevase sin demora a Moscú. Pero cuando redactó esos textos conminatorios, Gorbachov no imaginaba que Lukianov se había unido al bando golpista. Su silencio le inquietó, lo mismo que la ausencia de reacciones a su declaración. En la televisión oyó el llamamiento a la calma de todos los dirigentes de las repúblicas. El presidente Kravchuk pidió también a los ucranianos «que respetaran la legalidad y no cedieran a las provocaciones». Pero como Nazarbáyev, Kravchuk no pronunció siquiera el nombre de Gorbachov.

Pasaron dos días en medio de aquel espantoso silencio. El 21, Gorbachov constató que los buques que habían entrado en la bahía la abandonaban para dirigirse hacia Sebastopol. Pensó entonces que sus enemigos, no contentos con haber inmovilizado su avión y colocado el aeropuerto bajo su control, querían bloquear también el acceso marítimo a Foros.⁴ Mientras meditaba sobre su suerte, se anunció al prisionero la llegada de otra delegación enviada por Kriuchkov. Gorbachov sabía que podía temer cualquier cosa de los recién llegados, y se negó en redondo a recibirlos.

Pero al fin llegó la salvación, y jamás habría imaginado un giro como el que tuvo lugar. Después de setenta y tres extenuantes horas de cautividad, ¡fue Boris Yeltsin, su adversario de siempre, quien le dio la libertad! Yeltsin había conseguido hablar con él por teléfono, y le dijo que controlaba la situación y que le enviaba a una delegación rusa, y no soviética. El regreso a la libertad gracias a Yeltsin, ¡qué ironía! En realidad no era el envío de una delegación lo que Yeltsin había imaginado al principio. Quería acudir él mismo a Foros en compañía de

Kriuchkov que, viendo el fracaso del golpe, desamparado, decidió aproximarse a Yeltsin. El entorno de Yeltsin no le permitió acudir en persona, y después los diputados rusos también insistieron en que temían que se lanzara imprudentemente a una aventura peligrosa. Así que una delegación rusa dirigida por él partió enseguida hacia Foros. Gorbachov mandó decir a Kriuchkov que lo sabía todo, que conocía a los traidores y que su complot había fracasado.⁵

Gorbachov acogió entonces con gran alegría a los enviados de Yeltsin: Rutskoi, Silaiev, Primakov, Bakatin, pero también diputados rusos y periodistas. El avión estaba ya dispuesto para llevarse al ilustre prisionero. Antes de eso, Gorbachov quiso demostrar que el golpe no había cambiado nada. Se hizo el amo de la situación, dio órdenes al Kremlin, o pretendió darlas, decretando el arresto de los golpistas. Después, acompañado de aquellos que habían compartido con él aquellas horas de angustia, voló hacia Moscú, donde aterrizó llegada la noche. Un pasajero inesperado, dadas las circunstancias, formaba parte de aquel mismo vuelo: el mismo Kriuchkov, el poderoso golpista del cual nadie ignoraba las responsabilidades. ¿Por qué incluirlo en ese vuelo? Probablemente —y la explicación la dieron el propio Gorbachov y Yeltsin— porque la delegación rusa temía que, desesperados por el fracaso del golpe, los golpistas abatieran el avión. La explicación es plausible: Kriuchkov servía, por tanto, de escudo para Gorbachov y para los enviados de Yeltsin.

Cuando se examinan las imágenes de ese regreso resultan muy reveladoras de los efectos trágicos del golpe sobre Gorbachov. Este dijo al día siguiente de su retorno: «He vuelto de Foros a otro país, y yo mismo no soy ya el que era, sino otro hombre».⁶ Era obvio. El Gorbachov que descendió por la escalerilla del avión parecía ausente, blando, más sencillo que el del pasado. Había perdido su soberbia. Tras él, Raisa, que le había apoyado siempre y casi siempre le había guiado, estaba deshecha. Un accidente vascular, llamado púdicamente «problemas circulatorios», le había dejado secuelas: un brazo inerte lo testimoniaba. Gorbachov atribuiría a la prueba sufrida la enfermedad de la sangre que acabaría por llevársela.

Pero para Gorbachov, aunque lo hubiera podido pensar, las cosas no volvieron a empezar como si nada. Primero tenía que comprender la situación y constatar que el que había derrotado a los golpistas era Boris Yeltsin, nada menos. A partir de ahí, podría intentar recuperar su lugar en el sistema soviético que él creía que existía todavía.

Moscú. La Casa Blanca. 19-21 de agosto de 1991

Para Yeltsin, igual que para Gorbachov, esos «tres días más largos» de la historia empezaron la noche del 18 de agosto. Se encontraba entonces en Alma-Ata, su visita había terminado ya, pero una situación extraña captó su atención. El avión que tenía que coger se retrasaba sin parar. Acabó por despegar a medianoche, y aterrizó en Moscú el mismo día a medianoche también. Es lo que se llama un «vuelo cero», que anula el tiempo, ya que Alma-Ata y Moscú están separados por tres husos horarios. De madrugada, en su residencia de Arjangleskoye, al salir de la cama, Yeltsin descubrió que se había reunido allí toda la elite rusa: Jasbulatov, presidente interino del Sóviet Supremo, Ivan Silaiev, jefe del Gobierno, Burbulis, secretario de Estado, Luzhkov y Sobchak, y ocho miembros de la guardia presidencial. «Solo faltaba yo para acabar de aliñar la ensalada de la junta», escribía el general Kobets, consejero militar de Yeltsin, a quien se debe el relato de la vida cotidiana en Moscú durante el golpe.⁷ A las siete de la mañana, la guardia más cercana a Yeltsin estaba ya en pie de guerra porque el golpe no la cogió desprevenida. Yeltsin intuía desde hacía mucho tiempo que algún día se organizaría un complot semejante. En enero de 1991, la operación militar lanzada contra Lituania le había parecido un ensayo o incluso mejor aún, la repetición de un futuro golpe de fuerza cuyo verdadero blanco sería Rusia. Había comprendido, desde que Rusia regresó a la escena política con la declaración de soberanía del 12 de junio de 1990, y después con las elecciones presidenciales con sufragio universal del 12 de junio de 1991, que Rusia y el Partido Comunista de la URSS no podrían coexistir. A partir de entonces se preparó para un posible golpe de Estado dirigido contra Rusia. Por tanto había elaborado con su equipo militar, dirigido por el general Kobets, un plan de resistencia llamado «plan X».

Más aún que la operación de Lituania, la entrada de 50.000 hombres armados en Moscú el 28 de marzo de 1991 había impulsado a Yeltsin a tener en cuenta una reacción militar. El pretexto de ese paseo armado por la capital era que veintinueve diputados rusos, reunidos en el Kremlin, se sentían «amenazados por los demócratas», y habían llamado al gobierno federal para que los protegiera. Esa intervención no tuvo éxito: las tropas asistieron a algunas reuniones organizadas por demócratas pacíficos y luego se retiraron. Pero Yeltsin pensaba que había quedado demostrado que, siguiendo órdenes (¿de quién?), unas tropas podían entrar en la capital, rodear el Kremlin donde tenía su sede la

Asamblea rusa —como había sido el caso el 28 de marzo—, dispersarla e incluso detener a sus miembros. De ahí el plan X, cuyas modalidades de aplicación veremos más adelante.⁸

Hay que volver a aquella madrugada del 19 de agosto. Yeltsin, informado de la situación nada más levantarse por el comunicado del GKChP, se reunió con sus más allegados en la dacha, y estos le propusieron organizar la resistencia en Arjangleskoye. El general Kobets reaccionó con violencia: «Hay que asaltar la Casa Blanca. ¡No es una cuestión de horas, sino de segundos! Allí tendremos nuestros medios de comunicación, nuestros diputados, nuestros partidarios, nuestros electores». Todos se sumaron a ese propósito. Había que ir a Moscú urgentemente y encarnar la oposición de Rusia al golpe de Estado.

La situación, por otra parte, no era tan sencilla. Una división especial del KGB, el comando Alpha, muy activo durante la guerra de Kabul, tomó posiciones en Arjangleskoye durante la noche. Alpha estaba encargado de vigilar al presidente ruso. Yeltsin, siguiendo el consejo de Kobets, decidió partir en coche por el camino habitual. Silaiev lo recorrió antes que él y al llegar a la Casa Blanca llamó por teléfono para decir que había vía libre. Entonces Yeltsin se puso en marcha. Su partida, efectuada sin grandes precauciones, fue oportuna. Apenas se había ido cuando una tropa en traje de faena se presentó en la dacha, pretendiendo que los enviaba el general Grachov para asegurar su protección, pero se supo enseguida que ese grupo estaba encargado de detener a Yeltsin. La llegada tardía de ese comando fue la señal de cierto desorden en el bando golpista. A las ocho de la mañana, antes de abandonar su dacha, Yeltsin redactó un *Llamamiento a los ciudadanos de Rusia*.⁹ Tras denunciar «el carácter ilegal del golpe de Estado de derechas, reaccionario y anticonstitucional», y declarar ilegales todos los decretos, circulares e instrucciones que emanaban del Comité de Emergencia, Yeltsin reclamó que se convocara un Congreso Extraordinario de los Diputados del Pueblo y llamó al pueblo ruso a resistir, a los militares a negarse a participar en el golpe de Estado, y a todo el país a iniciar de inmediato una huelga general.

Lo que siguió es bien conocido, pero debemos recordarlo. Todo el grupo llegó a Moscú tras una carrera veloz, sin encontrar el menor obstáculo. Ignorando al Kremlin y los centros tradicionales del poder, Yeltsin y sus amigos se instalaron en la Casa de los Sóviets situada en el muelle de Staraya Presnia, que sería bautizada como Casa Blanca (los muros estaban revestidos de mármol blanco). Y esa Casa Blanca se convirtió enseguida en el corazón de la resistencia

y en el centro simbólico de Moscú. Los moscovitas se dirigieron hacia allí. Avanzaron los carros blindados, rodando por todas las avenidas y ocupando los puentes. Los moscovitas parlamentaron con la tripulación de los tanques y Yeltsin, que observaba por la ventana el espectáculo de los civiles rodeando los tanques sin manifestar temor alguno, como para confraternizar, no dudó en absoluto. Salió de la Casa Blanca, se subió a uno de los carros detenidos allí y arengó a la multitud, apelando a la defensa de la libertad. El país había encontrado su líder.

Todo quedó claro. Ese mitin improvisado y espectacular se difundió en todas las cadenas de televisión. Rusia, pendiente de las emisiones, contuvo el aliento. Y los habitantes de Moscú siguieron precipitándose masivamente hacia la Casa Blanca; llegaron camiones que bloquearon los cruces, las calles, los puentes, impidiendo todo movimiento de los carros de combate, mientras se levantaban barricadas por todas partes. Luzhkov, alcalde adjunto de Moscú, hizo llevar a la Casa Blanca y a la plaza del Manezh, por donde avanzaba una división blindada del KGB, materiales de construcción, vigas, todo lo que hacía falta para erigir unas sólidas barricadas capaces de detener a los tanques. Los medios de comunicación rusos y del mundo entero estaban también presentes y difundían de manera continua las imágenes asombrosas de esa resistencia popular: la de Yeltsin encima del tanque, la de aquellos que se precipitaban a su lado. Dos fieles muy famosos se unieron a él: el gran violoncelista Rostropóvich, ya presente dos años antes ante el Muro de Berlín destruido, y Shevardnadze. Los dos se aseguraron de que hubiera vigilancia nocturna, rondas de los grupos de defensa improvisados. La leyenda del levantamiento contra el golpe de Estado estaba a punto de nacer.

Muy rápido, el golpe pareció ahogarse. Pavlov, el primer ministro, estaba al borde de un ataque de nervios y buscó consuelo, según diría él mismo, en el alcohol, hasta el punto de olvidar lo que se desarrollaba en torno a la Casa Blanca. Cuando acabó el golpe, encontrarían a Yanaiev también medio ebrio en su oficina. La debilidad de los golpistas y su fracaso no se debían solamente a la mediocridad de sus líderes, sino también al hecho de que el ejército no había seguido ni mucho menos el movimiento, aunque su ministro, el mariscal Yázov, un conjurado de primera hora, intentase reagrupar a los militares de alto rango. En vano. Tuvo que recurrir por tanto a Grómov, que en julio hablaba de la necesidad de restablecer el orden en el país, pero que a finales de agosto desapareció del mapa. Lo mismo ocurría con el comandante del ejército del aire,

Sháposhnikov, y el jefe del Estado Mayor del Ejército, Moiseiev. Ninguno de ellos respondió a la llamada de su ministro. El único jefe militar que se comprometió fue el general Kalinin, comandante de la región de Moscú.

Ese débil apoyo explica que los tanquistas, desamparados, sin saber muy bien la misión que se les encomendaba, se hubieran mostrado poco ofensivos. Sin embargo, Yázov no había escatimado medios. Dos unidades de divisiones blindadas, Taman y Kantemir, estaban sobre el terreno, lo mismo que unas unidades del KGB, entre ellas la célebre brigada Alpha, encargada de detener a Yeltsin y que llegó demasiado tarde. Solo el nombre de Alpha habría hecho temblar a aquellos que se resistían al golpe, ya que esa división se había cubierto de gloria en el Cáucaso y en Afganistán. Especializada en operaciones políticas delicadas —liberación de rehenes, golpe de Estado en Kabul—, disponía de paracaidistas y blindados aguerridos. Su brutalidad también era bien conocida.

El general Kobets, aplicando el plan X, se empleaba en provocar las desertiones, apelando a los jefes militares para que se negasen a enviar a Moscú las tropas que se esperaban como refuerzo para «defender la legalidad». Su actividad infatigable, que estuvo muy bien planificada, consiguió a menudo desorganizar al bando contrario. Esa excelente organización militar destinada a desorientar al enemigo se veía acompañada de un plan político, también elaborado de antemano en razón de los temores al golpe de Estado experimentados desde 1991 por el presidente ruso. Yeltsin sabía que podría ser detenido, y concluyó que era necesario prever un relevo para asegurar la continuidad del poder si un día tenía dificultades. Para más seguridad, se previeron dos «gobiernos alternativos». En París tenía que instalarse un gobierno en el exilio bajo la autoridad del ministro de Asuntos Exteriores, Andréi Kozyrev, que voló el 19 hacia la capital francesa con ese fin. En Sverdlovsk, en suelo ruso, funcionaría un segundo gobierno que sería, según la expresión del general Kobets, «un gobierno de recambio».¹⁰

¡Qué contraste! Por un lado, una notable resistencia a los golpistas: por el otro, su rápida disolución. Primero los hombres: los conjurados pronto perdieron la sangre fría. Lukianov, tan hostil en sus declaraciones al Tratado de la Unión, calló obstinadamente después... casi se podría pensar que se escondía. Kriuchkov buscó enseguida una puerta de salida y propuso a Yeltsin ir con él a liberar a Gorbachov. Esa mañana del 21 de agosto, sin que se supiera quién había dado la orden, dado que el Comité de Emergencia seguía existiendo, las tropas empezaron a retirarse de la capital.

Frente a ellos existía la legalidad, era visible. Era Yeltsin y eran las instituciones de Rusia. El 21 de agosto se reunían al mismo tiempo el Parlamento ruso y el Presídium del Sóviet Supremo. Ante el primero, Yeltsin condenó el golpe de Estado y anunció que tomaba el mando de las fuerzas armadas estacionadas en Rusia.¹¹ El segundo proclamó que la destitución de Gorbachov era ilegal. Se informó a Gorbachov en el avión que lo llevaba a Moscú y así supo que su poder estaba intacto. Destituyó a los culpables y nombró enseguida a otros sustitutos.

El golpe terminó tres días después de haber empezado y Rusia observó un espectáculo asombroso: unos golpistas intentando salir del lío lo mejor posible, como Kriuchkov, que intentó unirse al bando contrario, o algunos jefes sumidos en la desesperación, como Pugo y el mariscal Ajroméiev, que pusieron fin a sus días.¹² También fue un espectáculo ver una ciudad repentinamente liberada de tropas que no habían disparado apenas. Quedaron tres muertos aplastados por los tanques, pero en realidad no hubo tiroteos. El 20 de agosto se anunció en varias ocasiones que las tropas federales iban a asaltar la Casa Blanca, y el toque de queda decretado en Moscú en la tarde del día 20 por el general Kalinin provocó cierto pánico. Yeltsin, a pesar de las advertencias que se le prodigaron, se negó a ceder. Anuló el toque de queda, lanzó dos llamamientos a las tropas regulares y a las del KGB pidiéndoles que «se alinearan del lado del orden constitucional encarnado por el presidente de Rusia». Añadió algo tan importante como hábil: «Declaro que los militares y colaboradores de los ministerios federales de Defensa y del Interior, así como del KGB, implicados en los actos anticonstitucionales del Comité Estatal para el Estado de Emergencia, no serán objeto de ninguna acusación judicial en relación con el cumplimiento de las órdenes de sus jefes, si aplican inmediata y estrictamente los decretos y directivas del presidente de Rusia». La amnistía propuesta contribuiría a agrupar las tropas en torno a Yeltsin.

Después del golpe vendría el tiempo de las leyendas y de las preguntas. La prensa no perdería la ocasión de difundir las segundas, y el propio Gorbachov evocaría las que hacían referencia a su participación implícita en el golpe de Estado: «Algunos autores llegaron incluso a afirmar que yo estaba *conchabado* con los golpistas, que no quería firmar sus declaraciones, pero que les había prometido unirme al GKChP si todo iba bien. No hace falta precisar que todo eso es completamente falso».¹³ No fueron solo los periodistas desesperados por pillar una noticia los que transmitieron esas suposiciones. Shevardnadze, el

hombre que siempre sopesaba sus palabras, planteó la cuestión en términos bastante claros. Gorbachov, que había instalado en el poder a los futuros golpistas y que no había tenido en cuenta todas las advertencias que se le prodigaron en las semanas precedentes al golpe, ¿no tenía acaso también auténtica responsabilidad en este asunto? Yakovlev se preguntaba asimismo qué líneas separaban la negligencia manifiesta de Gorbachov de una culpabilidad más directa.¹⁴ Muchos compatriotas suyos habían acabado por pensar que probablemente Gorbachov «sabía», y que prefirió callar para a continuación sacar partido del golpe, ya tuviera éxito o fracasara. Su legitimidad había quedado muy quebrantada.

Pero en el extranjero, donde la *gorbimanía* estaba todavía en su apogeo, no se cuestionó jamás la legitimidad del presidente soviético, y el prisionero de Foros fue, para todos los jefes de Estado, el héroe de una tragedia montada contra él para liquidarle. El presidente Bush le llamó por teléfono a Foros para interesarse por su suerte. Y el presidente Mitterrand, después de haber aceptado por un momento la idea de que Yanaiev actuaba con legitimidad en su función interina, se alineó con Gorbachov en cuanto este volvió a Moscú. Le manifestó una atención muy calurosa, al mismo tiempo que mantenía a Yeltsin a distancia, asqueado, según diría siempre, por su grosería.

El general Kobets, por su parte, era otro asunto muy distinto, más molesto aún en el clima posgolpista: el hombre subido al carro de combate, ¿tenía o no también conocimiento de aquel proyecto? Él citaba para apoyar su hipótesis la reunión casi milagrosa de la mañana del 19 de agosto de toda la clase dirigente rusa en la residencia de Yeltsin.¹⁵ Y la rapidez con la cual supo reaccionar y organizarse el presidente ruso. La lógica de esa hipótesis sería que el golpe le permitiría desembarazarse de Gorbachov y denunciar su complicidad con los conjurados. La idea, divertida, eso sí, que según afirmaba Kobets solo había planteado como un juego, no tuvo éxito. El propio Yeltsin respondió. La reunión al alba del 19 de agosto se debía a la inquietud que experimentaban sus colaboradores que como él, presentían, sin saberlo del todo, que se estaba preparando un acontecimiento preocupante.

A Yeltsin y a los suyos se les puede reprochar una gran imprudencia. Si la división Alpha hubiera tenido instrucciones claras, habría podido realizar una magnífica redada en la mañana del 19 de agosto y desembarazar a los golpistas de Yeltsin y sus amigos. Hemos hablado antes de las iniciativas militares del poder federal que habían conducido a Yeltsin a temer un golpe de Estado

dirigido contra Rusia. ¿Acaso él mismo no había sufrido también, dos meses antes, el intento de golpe parlamentario de Pavlov? ¿Y qué decir de las alarmistas advertencias de Shevardnadze? Una gran inquietud pesaba sobre Rusia en aquel verano de 1991. Se comprende que Yeltsin, junto con Kobets y Rutskoi, los militares que le rodeaban, viendo ese clima, estuviesen preparados para algún «mal golpe» de los conservadores. El 19 de agosto, Yeltsin tomó conciencia de que ese golpe, realizado en unas condiciones muy dudosas, podía servirle y permitirle iniciar una revolución política que solucionaría definitivamente el problema de la legitimidad que existía en la URSS desde el 12 de junio. Observando a Yeltsin, se constata que en cuanto llegó a la Casa Blanca declaró que Gorbachov era víctima de un golpe ilegal, pero hablaba en nombre de Rusia y no de la «legalidad gorbachoviana». Las jornadas que siguieron a la liberación de Gorbachov dieron pruebas suficientes. En definitiva, el episodio testimonia el amateurismo que presidió la preparación de ese golpe. Pensamos en las palabras famosas del general De Gaulle que barrió con desprecio, con un revés de la mano, «a un puñado de generales». ¿El puñado de golpistas de Moscú merecía acaso más respeto?

¿Qué legalidad para el posgolpe?

Gorbachov, que había regresado de Foros bajo la protección de los más cercanos a Yeltsin —¡qué enfrentamiento de dos legitimidades en competencia!—, había creído sinceramente, como explicó después, que todo sería como antes, aunque «volviera a otro país». Pero razonaba, como siempre, en términos de organización política. Era el presidente de la URSS. El Partido Comunista de la URSS todavía existía, y él apelaba a su estatus a la cabeza de la Unión Soviética y del partido para reivindicar su legitimidad. Además, pensaba poder continuar tratando con Yeltsin en el tono habitual de sus relaciones, que mezclaba hostilidad y connivencia, en el marco de unas legitimidades que estaban en competencia, cierto, pero la suya era la preeminente. Las jornadas cruciales del 22 y 23 de agosto desmentirían esa suposición de una forma hiriente.

El 22 de agosto fue verdaderamente una *jornada rusa* en la que el presidente y el pueblo ruso tomaron todas las decisiones. Ese día se aprobaron dos textos importantes. Un decreto presidencial prohibía toda actividad de las organizaciones y partidos políticos en el seno de las fuerzas armadas que se

encontraban estacionadas en territorio ruso.¹⁶ A decir verdad, el objetivo era el Partido Comunista. El preámbulo del decreto lo explicitaba: «Las organizaciones del PCUS presentes en las unidades militares han contribuido [durante el golpe de Estado] a utilizar la fuerza contra una población pacífica». En virtud de ese análisis, el artículo primero del decreto suprimía «las estructuras, organizaciones y partidos políticos en el ejército».

El mismo día, una resolución del Sóviet Supremo ruso firmada por su primer vicepresidente Jasbulatov estipulaba: «Hasta el establecimiento por una ley especial de los símbolos estatales nuevos de Rusia, la bandera histórica de Rusia —blanca, azul, roja— será la bandera oficial de la Federación Rusa». Enseguida se vio ondear esa bandera sobre todos los edificios públicos de Moscú, sobre la alcaldía de Leningrado y en las ciudades de provincias. La Rusia histórica estaba de vuelta.

En la noche de aquella jornada febril, la multitud atacó un símbolo aborrecido del régimen soviético: la estatua de Dzerzhinski, fundador de la policía política. Esa estatua gigante que presidía el centro de la Lubianka, plaza dominada por la sede del KGB, fue abatida en una atmósfera de regocijo increíble. Una vez más las cadenas de televisión mostraron al mundo la caída espectacular de aquel a quien el régimen soviético había idealizado.

El 23 de agosto se pudo medir la separación existente entre los dos presidentes, pero también confrontar la potencia rusa por un lado y la desbandada de la URSS por otro. Ya la víspera, por haber declarado a raíz de una conferencia de prensa que la traición de algunos jerarcas no afectaba a la autoridad del partido, Gorbachov despertó la indignación de los suyos y acabó abucheado. Eso no era nada comparado con lo que le esperaba al día siguiente.

El 23 de agosto acudió al Sóviet Supremo de Rusia a fin de expresar su gratitud por el apoyo que las instituciones rusas le habían dado y por el papel que habían representado en la derrota de los golpistas.

Por desgracia, no pudo evitar defender una vez más al partido, cosa que desencadenó el furor de los diputados rusos. No había imaginado lo que siguió, mucho más humillante dado que todas las televisiones del mundo estaban filmando aquella escena. Estaba de pie cuando a su lado el gigante Yeltsin, que le superaba con su talla y su estatura de héroe adquirida durante el golpe, le puso a la fuerza una hoja de papel en la mano, exigiéndole que la leyera en voz alta. Gorbachov se debatió, argumentó, se negó, y finalmente, dominado por su adversario y por la espera malévola de aquel público inmenso, tuvo que ceder y

leer lo que ni siquiera había visto un instante antes. Era la declaración del gobierno que ponía en funcionamiento el GKChP el día del golpe de Estado, y nombraba a los miembros del comité, es decir, todos los ministros elegidos antes por Gorbachov. Su traición estaba inscrita en aquel texto que el desgraciado presidente de la URSS tuvo que leer con voz apagada, casi inaudible, atascándose en las palabras, con los ojos fijos en el papel, huyendo de las miradas de aquellos que tenía delante. Fue un momento insoportable, pero que llenó de alegría al auditorio.

Gorbachov no había acabado de sufrir a manos de su implacable adversario que, en cuanto acabó aquella lectura, anunció triunfalmente que «suspendía la actividad del Partido Comunista de Rusia en territorio ruso».¹⁷ El decreto del mismo día hacía oficial esa decisión y la completaba precisando que el Ministerio del Interior y la Prokuratura de Rusia estaban a cargo de instruir las «actividades inconstitucionales de los órganos del partido» (art. 1) y que «los bienes del partido, así como sus recursos financieros, se colocan bajo secuestro hasta que la justicia se pronuncie» (art. 3). A partir del día siguiente, Yeltsin puso también bajo arresto los archivos del KGB, los del partido y todos los medios de comunicación de los que disponía el KGB sobre el territorio ruso (comunicaciones telefónicas, códigos, informática...)¹⁸ Como en esencia el territorio ruso era el mismo que el de la URSS, Gorbachov pudo medir la pérdida de medios de acción de una Unión Soviética de la cual todavía era presidente.

Para Gorbachov, la prohibición del partido, ya fuese en Rusia (aunque el partido ruso representaba un 60 % del PCUS), era inaceptable. Intentó convencer a Yeltsin de que esperase, pero en medio del indescriptible alboroto que se organizó, reforzado por los aplausos frenéticos de los diputados, nadie le escuchó. Era un hombre solo, que parecía estar perdido y haber perdido la partida. A pesar de sus protestas, acabó vencido. No tendría otro recurso, él, el comunista sincero que quiso dar «rostro humano» al comunismo, que seguir el ejemplo de Yeltsin. El 24 de agosto aparecía una declaración firmada por Mijaíl Gorbachov, secretario general del Comité Central del PCUS, que se iniciaba con la constatación de que las más altas instancias del partido (Politburó, Secretariado, Comité Central) no habían impedido el golpe, y que muchos responsables del partido tomaron parte en él. A partir de ahí, Gorbachov se dirigía primero al Comité Central: «En esta difícil situación, el Comité Central del PCUS debe tomar una decisión difícil pero honrada, la de su

autodisolución». Después de solucionada esa cuestión, fue su propia suerte la que decidió, y así anunció las conclusiones personales que había extraído de las jornadas del 19 al 21 de agosto: «Ya no me es posible cumplir, en lo sucesivo, las funciones de secretario general del partido».

Aunque las últimas líneas de la declaración intentasen atenuar esa ruptura trágica, evocando «a los comunistas que creían en la democracia y conservaban su fidelidad a la legalidad constitucional», Gorbachov se vio obligado a alinearse con Yeltsin.¹⁹ Tres decretos del mismo día confirmaban esa humillante rendición.²⁰ Uno (n.º 2.460) colocaba los bienes del partido bajo la autoridad del Sóviet de los Diputados del Pueblo. Otro (n.º 2.462) prohibía, como ya se había hecho en Rusia, toda actividad de los partidos políticos (es decir, del PC) en el ejército, Ministerio del Interior, KGB y todas las instancias de seguridad, así como en los ferrocarriles. Por fin, el decreto 2.461, después de haber expuesto primeramente su rechazo hacia el gabinete de ministros que traicionó, nombraba un comité presidido por Arkadi Volski, Yuri Luzhkov y Grigori Yavlinski. La elite rusa, la que rechazaba el sistema soviético, se encontró así al mando de lo que quedaba de la URSS. Ese gobierno acogería también a otros yeltsinianos. Bakatin se puso al frente del KGB, Barannikov fue nombrado ministro del Interior, y el mariscal Sháposhnikov se convirtió en ministro de Defensa, escoltado por el general Grachov con el cargo de viceministro. El general Kobets, que participó con Yeltsin en la defensa de Moscú durante el golpe, compartió con el general Volkogonov —que sería el autor de una notable biografía de Lenin— la responsabilidad de reorganizar el ejército y sus instituciones políticas.

El 25 de agosto, Yeltsin extendió aún más su presa sobre los restos de la URSS decidiendo (decreto del 25 de agosto): «En razón de la disolución del Comité Central, del PCUS y de la suspensión del Partido Comunista de Rusia, todos los bienes muebles e inmuebles del PCUS y del PC de Rusia se declaran propiedad del Estado de la RSFSR». El 26 de agosto, Gorbachov completó ese despojamiento de la Unión Soviética al firmar con su propio nombre el decreto que transfería la agencia de prensa Novosti a la RSFSR. Entre las iniciativas de Yeltsin y las capitulaciones de Gorbachov, la URSS acabó de verse despojada de su autoridad y sus bienes en beneficio únicamente de Rusia.

Aunque humillado y obligado a firmar unos textos contrarios a todas sus convicciones, Gorbachov no se dio por vencido. Preparó incluso su revancha, al menos así lo creía él, en tres terrenos. En el plano interior, donde contaba con el

Sóviet Supremo para promulgar unas disposiciones más favorables a la URSS, o que reequilibrasen un poco las instituciones centrales y rusas. En el plano de la Unión Soviética, acabando el proceso de Novo-Ogarevo... medio, esperaba él, de recuperar su poder. Finalmente, contaba con sus relaciones con los grandes del mundo exterior, donde según pensaba, la *gorbimanía* todavía no se había extinguido.

¿Era posible recuperar la autoridad o se trataba de una ilusión? La reunión del 26 de agosto del Sóviet Supremo reveló las enormes dificultades de un proyecto semejante. Gorbachov presentó en ella su programa: más reformas, sobre todo la del sistema político, pero también la finalización del Tratado de la Unión renovada. El Sóviet Supremo dedicó ese día mucho tiempo a debatir sobre el golpe y, de forma inesperada, decidió disolverse, dejando al Congreso de los Diputados del Pueblo el cuidado de poner en marcha nuevas instituciones. El congreso oyó el llamamiento y, reunido el 22 de septiembre, propuso una nueva organización del poder central para el período de transición hacia una nueva URSS. Esa nueva organización resucitaba el Sóviet Supremo, asamblea bicameral formada por el Consejo de las Repúblicas y el Consejo de la Unión. La gran innovación era la creación del Consejo de Estado. Gorbachov había sugerido primero un «Consejo de Seguridad», pero después prefirió el «Consejo de Estado», con connotaciones más históricas. El Consejo de Estado estaba compuesto por el presidente de la URSS, que dirigía los trabajos, y «personalidades del más alto nivel» de las repúblicas, es decir, de sus presidentes. Las decisiones del Consejo de Estado tendrían fuerza de ley.²¹

Los obstáculos al Tratado de la Unión

Para Gorbachov se trataba de decisiones para un período de transición, y su objetivo prioritario era el Nuevo Tratado de la Unión. Pero esa nueva organización era importante para el porvenir, ya que privilegiaba a las repúblicas. El Sóviet Supremo les había asegurado ya más lugar y más autoridad de la que tenían antes. En el Consejo de Estado, los presidentes de las repúblicas compartían realmente el poder con Gorbachov. Finalmente, las cuestiones económicas se confiaban a un Comité Económico Interrepublicano, denominación que ponía el acento en el papel central de las repúblicas en esa fase de transición.

Colocando así las repúblicas en el centro de un sistema institucional renovado, Gorbachov estaba convencido de responder a sus votos, y por tanto de verse apoyado por sus presidentes. Había constatado ya las reservas que estos tenían hacia sus propuestas anteriores, y el desconcierto causado por la competencia de los dos centros de poder Kremlin-Casa Blanca. La parálisis del poder central que resultaba de ello incitó a los responsables de las repúblicas a actuar de manera dispersa. Gorbachov consideró que el sistema puesto en marcha el 5 de septiembre por los diputados del pueblo, sistema que él mismo propuso, podía tranquilizar a las repúblicas, demostrándoles que el poder central existía de nuevo. Y el Consejo de Estado, institución nueva que concentraba lo esencial de los poderes hasta que la nueva Unión Soviética y sus instituciones hubieran tomado forma, le parecía el mejor modo de llegar a un acuerdo y a la creación de instancias comunes.

Gorbachov se dio cuenta al cabo de poco tiempo de que la voluntad de las autoridades republicanas de desembocar en la firma del tratado a menudo se veía desbordada por las pasiones nacionales. El mes de agosto de 1991, o más bien los últimos días de ese mes, después del fracaso del golpe, estuvieron marcados por una cascada de declaraciones de independencia que recordaba muchísimo, en un registro superior, al «desfile de las soberanías» de los años 1989-1990. Hasta el golpe de Estado, solo tres repúblicas —aparte de Lituania, cuyas decisiones audaces hemos visto ya— se habían comprometido por la vía de la independencia. Dos habían planteado esa posibilidad, Estonia (2 de febrero de 1990) y Letonia (15 de febrero), pero su procedimiento quedó inacabado. Solo Georgia se atrevió, el 9 de abril de 1991, al término de un referéndum popular, a proclamar el «restablecimiento de la independencia estatal de Georgia».

A partir del 20 de agosto fue la desbandada definitiva de la Unión Soviética. Las proclamaciones de independencia se sucedieron mientras Moscú vivía en la incertidumbre política. Estonia la proclamó el 20 de agosto, Letonia el 21, Ucrania el 24, Moldavia (que se designó entonces con el nombre de Moldova) el 27, Azerbaiyán el 30, Uzbekistán el 31. El movimiento prosiguió durante los meses siguientes con la independencia de Tayikistán el 9 de septiembre, Armenia el 23 (tras el referéndum del 21 que planteaba la pregunta de la «salida de la URSS»), de Azerbaiyán el 18 de octubre y de Turkmenistán el 27. Solo dos repúblicas permanecían aún con el estatus de soberanía, Bielorrusia y Kazajistán, pero Bielorrusia suspendió en su territorio las actividades del Partido Comunista nacional y las del PCUS a partir del 24 de agosto.²²

Al mismo tiempo, Gorbachov, consciente de las reticencias cada vez más acusadas de ciertas repúblicas con respecto a la Unión Soviética, quiso poner en marcha, a un segundo nivel de las estructuras económicas, un espacio económico común o mercado común que desarmaría las desconfianzas y prepararía la ampliación futura de la Unión Soviética a todas las repúblicas. Durante un momento fue posible creer que esa unión económica podía ser una tabla de salvación para la URSS. Su programa de reformas, sus perfiles, también habían sido objeto de un trabajo de preparación notable, dirigido por Yavlinski. El plan que este había elaborado y que, a finales de septiembre, Gorbachov propuso a los presidentes de las repúblicas, podía seducirles: un mercado común de bienes y servicios, un espacio monetario único, una libertad total para las empresas de las repúblicas y su inserción en el entorno internacional.

El 1 de octubre, el Consejo de Estado reunido en AlmaAta dio su acuerdo a la creación de una comunidad económica a la cual se adherirían Rusia, Bielorrusia, Kazajistán, Kirguizistán, Turkmenistán, Uzbekistán, Tayikistán y Armenia. Esos nueve países (las ocho repúblicas y la URSS) firmaron el tratado fundador de esa comunidad económica el 18 de octubre en el Kremlin, en una ceremonia muy solemne.²³ Ucrania, Moldavia y Azerbaiyán se hicieron esperar, pero esas tres repúblicas firmaron más tarde. Optimista, Gorbachov subrayaba que «parecía posible utilizar las relaciones económicas para superar la desconfianza hacia las estructuras unionistas».

Valiéndose de ese éxito, él se dedicó entonces sin descanso a poner en marcha el Tratado de la Unión. Para poder tener éxito necesitó el apoyo de Yeltsin, y lo encontró en varias ocasiones, proponiéndole la redacción de un texto común. Pero Yeltsin, después de titubear mucho, opuso un texto redactado por expertos rusos, cosa que indignó a Gorbachov. El proyecto de su homólogo ruso no tenía nada que ver con una unión de Estados, ni siquiera con una confederación; era —exclamaba Gorbachov furioso— una especie de «comunidad del tipo de la Unión Europea, con unos órganos centrales todavía más debilitados». Así que fue a visitar uno a uno a los presidentes de las repúblicas, intentando movilizarlos contra el proyecto de Yeltsin. Este, ya indiferente a la Unión Soviética renovada, no insistió, dejando que Gorbachov y sus colegas elaborasen un nuevo proyecto más acorde con sus puntos de vista.

Preparar un Tratado de la Unión parecía un desafío en vista de las incomprensiones y los malentendidos que surgían incesantemente entre el Kremlin, la Casa Blanca y las repúblicas. Sin embargo, Gorbachov se obstinaba:

aún verían el día cuatro versiones más del tratado, y todas serían contestadas. Los auténticos obstáculos estaban en Moscú y en Ucrania, y su oposición condenaba a la larga la idea misma de la unión.

Ucrania marcaba la diferencia sin cesar. En las discusiones sobre la jerarquía entre comunidad económica y Tratado de la Unión, el presidente ucraniano Kravchuk declaró que concedía prioridad al acuerdo económico, al contrario que Gorbachov; después anunció que, conforme a los votos de su Sóviet Supremo, no podría participar en las negociaciones antes del 1 de diciembre, ya que en esa fecha Ucrania debía aprobar por referéndum la independencia proclamada el 24 de agosto. Pero el referéndum no era más que una confirmación, una manera de obtener la legitimación popular, y sin esperar, Kravchuk reivindicó para su país el uso de su lengua, de su bandera, de su moneda, de sus fuerzas armadas y de la fuerza de disuasión nuclear.

Las dilaciones de Kravchuk, presidente de una de las más importantes repúblicas, paralizaron el proceso. Más aún: en el momento mismo en que los 8+1 firmaron el acuerdo económico, el 18 de octubre, Ucrania estaba ausente, pero su Sóviet Supremo anunció que la república, efectivamente, había tomado el control de todas las fuerzas armadas estacionadas en su territorio y todo lo que era propiedad militar. Esas decisiones indignaron a los colaboradores de Gorbachov. El 7 de octubre, Cherniaiev observaba: «Se había apoderado de las armas nucleares y consideraba que Donbass y Crimea eran suyos. Y creía también que Sebastopol le pertenecía». Era octubre de 1991: la URSS se moría, pero existía oficialmente... y ya se planteaba el problema, que resurgiría un cuarto de siglo más tarde, de los derechos de Ucrania sobre Crimea y Sebastopol...

En ese otoño de 1991, a Ucrania no le inquietaba solamente la URSS. Rusia había tomado conciencia de que no se podía ignorar la «cuestión ucraniana». Era esa cuestión la que explicaba las dudas de Yeltsin sobre el porvenir de la Unión. En el fondo, no era partidario más que de una unión de mínimos. Lo que le importaba eran las reformas de envergadura para las cuales se preparaba su país: la «terapia de choque» a la polaca elaborada por Egor Gaidar partía de la liberación de los precios, preveía también la reforma financiera, la sustitución del rublo ruso por la moneda común. El 19 de octubre, el ministro de finanzas anunció que Rusia estaba lista. Yeltsin proclamaba cada vez con mayor contundencia la supremacía de las instancias del poder ruso sobre lo que quedaba de las instancias federales. Y el 23 de octubre, ante el Congreso de los

Diputados del Pueblo de Rusia, propuso un programa de transición que dinamitaba el proyecto de comunidad económica y casi acababa de liquidar la URSS. Quería apropiarse de la banca del Estado de la URSS, reducir un 90 % los efectivos del Ministerio de Asuntos Exteriores soviético y suprimir setenta ministerios federales. Para Rusia era una huida hacia delante y el entierro de la Unión Soviética tal como existía y tal como Gorbachov intentaba hacerla emerger de las discusiones de Novo-Ogarevo.

Yeltsin jugaba al gato y al ratón con Gorbachov; cambiaba a menudo de opinión. Después de ese golpe de efecto, asistió el 4 y el 14 de noviembre a las reuniones del Consejo de Estado para poner a punto el tratado. Esos comportamientos de Yeltsin no eran contradictorios más que en apariencia. El Tratado de la Unión le importaba poco, pero las discusiones a propósito del tratado tenían el mérito de asociar a Ucrania. Ahora bien; lo que Yeltsin temía a partir de esa época era una ruptura de Ucrania con la Unión Soviética y todos sus homólogos, y un deslizamiento de la república hacia el mundo occidental.

En el Consejo de Estado, el 14 de noviembre, Yeltsin venció a Gorbachov imponiendo el principio de un Estado-Unión confederado, es decir, una Unión de Estados Soberanos con un Estado confederado que asumiera las únicas funciones que le concederían los Estados confederados. A raíz de la última reunión del Consejo de Estado, mantenida el 25 de noviembre, Yeltsin pidió incluso que el concepto de Estado-Unión fuera reemplazado por el de Unión de Estados. Gorbachov se irritó, amenazó con abandonarlo todo, y después aceptó finalmente que esa fórmula confederada muy flexible se sometiera a los sóviets supremos de las repúblicas para que fuera aprobada en el curso del mes de diciembre.

Al menos tenía esa esperanza. Fijando así una fecha para la aprobación del tratado, Gorbachov no tenía en cuenta los acontecimientos que debían desarrollarse en ciertas repúblicas, sobre todo los referéndums de minorías deseosas de afirmar sus voluntades nacionales antes de la ratificación de un nuevo estatuto. Así es como, en Moldavia, los rusófonos de Transnistria y los gagaúzos turcófonos manifestaron su rechazo a continuar compartiendo la suerte de los moldavos. Sobre todo el 1 de diciembre, el referéndum que tuvo lugar en Ucrania llevó a Kravchuk a la presidencia (triunfo del sufragio universal) y el 90 % de los electores votaron por la independencia. En vista de ese triunfo electoral, el presidente Kravchuk declaró directamente que Ucrania no

participaría en el tratado de Novo-Ogarevo. Para Yeltsin, sin Ucrania no podía existir ninguna Unión de las Repúblicas Soberanas. El proyecto surgido de las interminables reuniones de Novo-Ogarevo estaba muerto y bien muerto.

La ligereza o incluso optimismo inveterado de Gorbachov le incitaron seguramente a descuidar esos obstáculos que surgieron al final del recorrido. En su mayor parte, sin embargo, estaban previstos o eran previsibles. Su asombro, su desconcierto ante la lentitud y los fracasos del proceso de Novo-Ogarevo testimonia que había olvidado las voluntades nacionales, que no cesaban de aumentar. A la inversa, Yeltsin tendría los ojos fijos sobre las naciones, en especial sobre Ucrania. Eso contribuyó a su victoria sobre Gorbachov.

Capítulo III

¡La URSS ha muerto, viva la CEI!

8 de diciembre de 1991. Una noticia asombrosa, publicada por los medios de todos los países, dejó pasmado al mundo entero: ¡la URSS, esa superpotencia a la que no igualaba nadie salvo Estados Unidos, con un armamento temible y unas iniciativas agresivas, ya no existía! La decisión de liquidarla la tomarían tres presidentes de las repúblicas de la URSS reunidos en una residencia del bosque de Belavezha, cerca de Minsk, capital de Bielorrusia. Es decir, que en un lugar desconocido, tres hombres, tres jefes de Estado relativamente poco conocidos, salvo por sus compatriotas, acababan de trastocar el equilibrio mundial.

La bomba de Belavezha

Su decisión fue anunciada en términos sorprendentes, adecuados también para hacer que se tambaleasen todas las certezas: «Nosotros, las repúblicas de Bielorrusia, Federación de Rusia (RSFSR) y Ucrania, en calidad de Estados fundadores de la URSS y firmantes del Tratado de Unión de 1922, en adelante designados como altas partes contratantes, constatamos que la URSS como sujeto de derecho internacional y realidad geopolítica deja de existir».

Después de esa declaración liminar que suprimía un inmenso Estado y un sujeto de derecho internacional que el mundo había conocido desde la revolución de 1917, el artículo primero precisaba: «Las altas partes contratantes fundan la Comunidad de Estados Independientes».

Este texto, titulado «Acuerdos sobre la fundación de la Comunidad de Estados Independientes», estaba firmado —no en orden alfabético, sino quizá teniendo en cuenta el hecho de que Minsk, capital de Bielorrusia, era el lugar donde se había tomado esa decisión— por S. Shushkiévich, presidente del Sóviet Supremo de Bielorrusia, Boris Yeltsin, presidente de la RSFSR, y L. Kravchuk,

presidente de Ucrania. Una «declaración de los jefes de Estado de las repúblicas de Bielorrusia, RSFSR y Ucrania» fechada el mismo día, firmada con los mismos nombres y en el mismo orden, precisaba que la Comunidad de Estados Independientes estaba abierta a «todos los Estados (miembros de la URSS y de otros Estados) que compartiesen los objetivos y los principios de ese tratado».¹ «Son garantes del respeto de los compromisos internacionales que derivasen de los tratados y acuerdos contratados por la antigua URSS y asegurasen la unidad del control de armamento nuclear y su no diseminación.»

Apenas difundida la increíble noticia, todos querían conocer los detalles y las justificaciones.

¡Así que una superpotencia —una de las dos superpotencias que dominaban entonces el mundo— desaparecía en un instante, o en unas horas, tras setenta años de existencia en los cuales esa formidable URSS había representado un papel internacional que solo tenía por equivalente el de la superpotencia estadounidense! La sorpresa fue total.

El golpe dio de lleno a Gorbachov, que se encontraba entonces en el Kremlin. Golpe o más bien se diría que potente huracán, por lo que ocurrió a continuación, dejando estupefactos a los presidentes de las once repúblicas de la URSS reunidos en Alma-Ata para aprobar el Nuevo Tratado de la Unión, tan largamente preparado. Esa breve frase: «La URSS ya no existe», arrebató de repente todo significado a su reunión y a las negociaciones que proseguían desde hacía meses. Y la indignación fue mucho mayor aún al ver que la noticia les llegaba exactamente veintitrés minutos antes de dar la vuelta al mundo. Ese huracán que se llevó sin previo aviso a la URSS y al comunismo fue imprevisto, incluso imprevisible. Retomemos la historia que los participantes, y antes que nada los colaboradores de Yeltsin, nos han transmitido. Los textos oficiales la confirman.

Todo empezó la tarde del 1 de diciembre. En la euforia de la victoria electoral que acababa de experimentar, el presidente Kravchuk proclamó a los cuatro vientos que Ucrania no se adheriría a ningún Tratado de la Unión bajo forma alguna que le fuera propuesta. Yeltsin sacó de inmediato la conclusión de que había que plantear una alternativa para preservar los vínculos entre los tres Estados eslavos: Rusia, Ucrania y Bielorrusia. El presidente bielorruso, que esperaba de todos modos a Yeltsin en Minsk el día 6, se ofreció como anfitrión de un encuentro tripartito que contribuyese a encontrar un terreno de acuerdo con el presidente Kravchuk. Una discusión semejante no podía tener lugar en

Moscú, ya que, después del golpe de Estado, Kravchuk se negaba a acudir allí. Sus dos homólogos eslavos consiguieron convencerle de que se reuniera con ellos en Belavezha. Le tentaron con el placer de una partida de caza, ya que el bosque de Belavezha es célebre por su riqueza cinegética.² Llegó el día 7.

Los tres presidentes estaban reunidos, por tanto. Yeltsin se encontraba rodeado por sus colaboradores Shajrai, Gaidar, Burbulis y Kozyrev. Se sabe por sus testimonios coincidentes que no se había preparado ningún documento para ese encuentro, y que incluso los medios de trabajo empleados en él no eran ni numerosos ni modernos: no había ni siquiera ordenadores. Los presidentes empezaron a debatir sobre el porvenir; sus colaboradores, muy atareados, iban y venían, recibiendo numerosas instrucciones, siempre incompletas y contradictorias. Se iban a una habitación anexa a redactar un proyecto que enseguida acababa rechazado; lo volvían a recuperar. Todo era improvisado y confuso.

El presidente ucraniano no estaba de acuerdo con sus colegas más que en un punto, o más bien una constatación: una vez todas las repúblicas de la URSS habían proclamado su independencia, la URSS ya no existía, y la reunión de Belavezha debía hacer constar esa desaparición. Y añadía además que como los tres presidentes eran los jefes de los Estados firmantes del tratado que fundó la URSS en 1922, tenían el deber de proclamar ese hecho. Ciertamente, faltaba un cuarto Estado que también había firmado el tratado en 1922: era la Federación Transcaucasiana, desaparecida en 1925 a beneficio de tres repúblicas, Georgia, Armenia y Azerbaiyán, tres Estados que proclamaron su independencia en 1991.

Yeltsin y Shushkiévich, sabiendo que su colega ucraniano se negaría obstinadamente a asociarse a un acuerdo de unión, fuera en la forma que fuese, pensaron en imponer un proyecto esbozado poco antes por Yeltsin: la asociación de cuatro repúblicas (Rusia, Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán) bajo una forma inédita. Pero con las prisas, solo los presidentes de tres de los Estados eslavos se reunieron en Belavezha. Yeltsin estaba obsesionado con la idea de que había que proponer a Kravchuk de inmediato una organización cualquiera propia para evitar la ruptura total y el aislamiento de Ucrania.³ En los demás aspectos, sus opiniones no eran demasiado precisas. La primera fórmula que se propuso al intransigente presidente ucraniano, por tanto, fue la de una unión de tres Estados eslavos. Kravchuk saltó: no quería ni oír hablar de «unión», fuese bajo la forma o vocablo que fuese. Después de muchos esfuerzos, encontraron un concepto

más neutro, «comunidad» (*sodrujestvo*), para servir de marco a lo que Yeltsin quería preservar, es decir, un espacio económico, político y militar común a esos tres Estados.

Tras obtener la conformidad de Kravchuk, los expertos se pusieron a trabajar y salió un texto que definía la comunidad que se había presentado con muchas precauciones oratorias a la delegación ucraniana. Pero ay, los ucranianos quisieron quitar de esa versión tan trabajosamente elaborada todo lo que evocaba de cerca o de lejos unas «estructuras comunes» o unas «obligaciones». Kravchuk explicó lo que entendía por «comunidad». En ningún caso se trataba de una estructura de integración, por muy ligera que fuese, sino sencillamente de una fórmula de *divorcio civilizado*.

Dos posturas se oponían de ese modo en la dacha de Belavezha. Para los rusos y los bielorrusos, la comunidad podía ser, después de la desaparición de todos sus vínculos institucionales, una base de acercamiento. Pero para los ucranianos se trataba solamente del marco del divorcio y el reparto de las posesiones. La versión ucraniana fue la que triunfó. Entonces surgieron dos problemas graves, como ocurre siempre en los divorcios, ya sean de orden político o privado. En primer lugar, el de las fronteras y posibles desacuerdos territoriales. Y además, aquello que no podía dejar de inquietar a la comunidad internacional: la seguridad nuclear, ya que el armamento soviético se había desplegado en territorio de Ucrania, Bielorrusia y Kazajistán, además de la parte más importante que, naturalmente, se encontraba en Rusia.

Una bomba de relojería: Crimea

El problema de las fronteras entre Rusia y Ucrania era potencialmente agudo. En las semanas precedentes, en efecto, la cuestión de Crimea surgió en diversas ocasiones.

Crimea, conquistada por Catalina II y joya del imperio de los zares, se había escindido en 1954 de la RSFSR de la cual formaba parte, y se incorporó a Ucrania. Fue una iniciativa de Nikita Jruschov, entonces jefe de la URSS, que quería marcar de ese modo el tricentenario de la unión de Ucrania a Rusia. Ese gesto espectacular escondía dos motivos ocultos. En primer lugar, una voluntad de apaciguar al nacionalismo ucraniano, exacerbado por los dolorosos recuerdos de los rigores estalinistas (aunque tuviera prohibido evocarlos) y alimentado por

la anexión forzosa en 1945 de Ucrania Occidental, donde sobrevivía un fuerte sentimiento nacional, a la Ucrania rusificada en 1654. La segunda explicación es que en 1954, habiendo muerto Stalin y cuando se tomaban las primeras medidas de repudio del estalinismo (rehabilitación de los médicos acusados de complot, relajamiento del sistema represivo), la impaciencia fue en aumento en la URSS, donde todos querían beneficiarse de las disposiciones desestalinizadoras. Esa reivindicación se expresaba con mucha fuerza en los pueblos deportados por Stalin, que los acusaba de haber «colaborado» con los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial. Así fue como los tártaros de Crimea deportados a Asia Central dejaron oír su voz, pidiendo volver a Crimea, e incluso intentando algunos volver a entrar clandestinamente. La transferencia de Crimea a Ucrania no podía hacer otra cosa que complicar esos regresos. Por fin, ¿cómo no comprender que esa transferencia en realidad no tenía consecuencias? En 1954, la URSS era muy poderosa y nadie imaginaba su final. Estuviese unida Crimea administrativamente a Ucrania o a Rusia, su estatus no cambiaba. Todos los componentes de ese imperio eran ante todo soviéticos. Además, Jruschov no había ido más allá de lo razonable en esa redistribución territorial. Había decidido que Sebastopol, el gran puerto de Crimea, cuya importancia estratégica era considerable, permaneciera bajo la administración directa del poder central, así como todas sus instalaciones. Pero los años de *perestroika* habían fomentado las reivindicaciones nacionales. Ya se vio en el Cáucaso y también en el centro de Rusia. En todas partes se afirmaban entonces las voluntades nacionales, incluso independentistas.

Si Yeltsin, contrariamente a ciertos impulsos anteriores, se esforzó en Belavezha en evitar la cuestión, Kravchuk siempre había previsto que no aceptaría que se cuestionara la pertenencia de Crimea a Ucrania.⁴ Sin embargo, desde 1989 la cuestión se había planteado implícitamente. El censo efectuado entonces demostró que Crimea contaba con un 25 % de ucranianos, la mitad de los cuales eran rusófonos. Además se habían contabilizado 100.000 tártaros. Tras regresar a su hogar nacional después de 1954, vivían en unas condiciones materiales espantosas, despreciados tanto por los rusos como por los ucranianos. Eran los indeseables de la región.

Justo después de la declaración de soberanía de Ucrania, en 1990, la población rusa se conmovió, creció la agitación en torno al lema «Más vale unirse a Rusia que ser *ucranizado*», y se organizó un referéndum el 20 de enero de 1991 planteando la pregunta del restablecimiento de una república autónoma

de Crimea, que se incorporaría directamente a la Unión Soviética sin pasar por Ucrania. El referéndum constató de manera notable la tesis de los autonomistas: un 80 % de participantes, un 93 % de votos favorables a la autonomía y a la unión directa a la URSS renovada. Sin duda se podía plantear el interrogante de si era legal ese referéndum. Aunque la respuesta a esa pregunta era poco clara, el poder ucraniano se tomó muy en serio ese referéndum y reaccionó con moderación a fin de calmar los ánimos. En febrero de 1991 restableció el estatus de «república autónoma» de Crimea (estatus suprimido en 1946 y reconvertido en región), cosa que fue a la vez una satisfacción para la población rusa y un estímulo para que perseveraran en sus reivindicaciones. Desde entonces, y a lo largo de todo el año 1991, el tema de la independencia de Crimea o de su unión directa a la URSS movilizó a la población. Sin embargo, en el referéndum del 1 de diciembre de 1991, un 54,2 % de los electores de la república votaron por la independencia de Ucrania.

La cuestión de Crimea se consideraba tan «candente» en Moscú como en Kiev, cosa que explica que el poder ruso quedara silencioso a ese respecto hasta el referéndum del 1 de diciembre. Pero la independencia de Ucrania confirmada ese mismo día cambiaba la situación, y el Parlamento ruso se vio sometido a una fuerte presión por parte de sus diputados extremistas, que exigían la anulación de la decisión de Jruschov de atribuir Crimea a la república de Ucrania.⁵ A principios de enero de 1992, el Parlamento ruso optaría por una postura más moderada: la creación de una comisión de investigación encargada de pronunciarse sobre la legalidad constitucional de la transferencia de Crimea a Ucrania.

Tal era pues el telón de fondo del diálogo que se estableció entre Yeltsin y Kravchuk en Belavezha el 8 de diciembre. Para Kravchuk, no tenía sentido plantear esa pregunta. Se había adherido, con inmensas reticencias, a la idea de la «comunidad», cosa que significaba que sus fundadores se aceptaban tal y como eran, con sus fronteras, que se consideraban definitivas. Si Yeltsin no estaba convencido, no lo manifestó con demasiado escándalo. Korzhakov, entonces su jefe de seguridad, interrogado sobre ese punto, dijo haber oído conversaciones violentas entre ambos presidentes, pero añade que al final Kravchuk siguió en sus trece, mientras que Yeltsin acabó por ceder.⁶ Gaidar, que fue uno de los colaboradores del presidente ruso en Belavezha, escribía que en cuanto se evocaba la cuestión de Crimea, Kravchuk se negaba en redondo a debatirla, fuera el momento que fuese: «Como acababa de triunfar en las

elecciones presidenciales, Kravchuk no podía aceptar que se discutiera la integridad territorial de Ucrania». Ganó Kravchuk, ya que la cuestión se acabó resolviendo mediante el silencio y los textos fundadores de la Comunidad de Estados Independientes (CEI). El artículo 5 del tratado estipulaba, en efecto: «Las altas partes contratantes reconocen y respetan la integridad territorial de cada una, y la intangibilidad de las fronteras actuales dentro del marco de la CEI».

Ese artículo es muy preciso: el respeto de las fronteras queda garantizado a todos los Estados de la comunidad, pero no a los Estados que no forman parte de ella.⁷ Georgia, que en su origen quería ignorar a la comunidad, no podría invocar ese artículo para afirmar su autoridad sobre Abjasia u Osetia, que le oponían el derecho de los pueblos a disponer de ellos mismos.

Shajrai, valioso testigo de los debates de Belavezha, aportaba un juicio poco severo sobre el comportamiento de Yeltsin. Oponía la firmeza de Kravchuk y su intransigencia a las dudas de Yeltsin. Explicaba estas por el hecho de que el presidente ruso hubiese acudido a Belavezha con un solo objetivo, impedir de una manera u otra a Kravchuk que rompiese totalmente con Rusia, pero también por un rasgo de carácter: Yeltsin estaba dominado por la voluntad poderosa de Kravchuk, dice Shajrai, porque en el fondo era un cobarde (*trous*).

No carece de interés comparar la actitud de Yeltsin sobre la cuestión de Crimea con la de Gorbachov a propósito de la OTAN. Los dos, aunque de manera distinta, dejaron en la ambigüedad problemas que volverían a resurgir posteriormente y envenenarían las relaciones de Rusia con el mundo exterior. Exceso de optimismo por parte de Gorbachov, que no pidió que quedase constancia escrita, por parte del canciller alemán o del presidente de Estados Unidos, de su comprensión del rechazo soviético (y más tarde ruso) a la ampliación de la OTAN hacia el este. Exceso de debilidad en Yeltsin, que se contentaría con una fórmula vaga —las fronteras garantizadas el tiempo que los Estados siguieran siendo miembros de la comunidad—, mientras que Kravchuk excluyó ese vínculo, considerando (como repetiría sin cesar) que la intangibilidad de las fronteras existentes con fecha 8 de diciembre de 1991 era «un hecho en sí».

La posición de Kravchuk, en cualquier caso, sería confirmada por el Parlamento de Kiev unos días más tarde. El debate que tuvo lugar, a raíz de la ratificación del acuerdo de Belavezha, puso de manifiesto, más aún que las frases brutales de Kravchuk, los límites de la adhesión ucraniana a la Comunidad

de Estados Independientes. Para el Parlamento ucraniano, esa comunidad era un marco muy flexible, destinado a seguir siéndolo, que no tenía existencia en lo que respecta al derecho internacional. Tampoco tenía ni tendría instituciones propias; además, no estaba dotada más que de poderes de consulta y de recomendación. Y sobre todo, los diputados ucranianos se preocuparon mucho de precisar que las garantías territoriales reflejadas en el texto comprometían a los Estados firmantes tanto si la comunidad tuviera que disolverse como en caso de que un Estado la abandonaba. El compromiso en el que había creído Yeltsin voló en pedazos del mismo modo. No haría falta mucho tiempo a Rusia para constatar que Gorbachov y Yeltsin habían dejado a sus sucesores dos bombas de relojería.

La CEI y sus secuelas

La cuestión de Crimea quedó en la sombra, por tanto, a pesar de los sentimientos que agitaban a muchos rusos. Veremos más adelante que, en Rusia, el asunto de Crimea no se había cerrado. Pero se planteaban también candentes problemas estratégicos, como las armas nucleares desplegadas en las repúblicas. Gaidar escribió sin dudar: «El compromiso que no figuraba en el papel, evidentemente, es que no hacíamos reivindicaciones territoriales, reconocíamos las fronteras existentes de antiguas repúblicas de la URSS y no planteábamos la cuestión del norte de Kazajistán o de Ucrania Oriental. Pero nuestros asociados debían transferir a Rusia el armamento nuclear desplegado en sus territorios».

El acuerdo estaba claro: las cuestiones territoriales se habían silenciado para permitir que Rusia recuperase el control de su armamento nuclear. Y se haría de ese modo. El 21 de diciembre, en Alma-Ata, los Estados de Bielorrusia, Kazajistán, Rusia y Ucrania elaboraron una «declaración sobre las medidas comunes concernientes al armamento nuclear». El artículo 5.3 de la declaración estipulaba «la transferencia del armamento nuclear de los territorios de Bielorrusia, de Kazajistán y de Ucrania al territorio de la RSFSR», y el artículo siguiente fijaba el 1 de julio como fecha última de esas operaciones.⁸

En Belavezha faltaba un socio para la edificación de ese nuevo conjunto de Estados: Kazajistán. En cuanto se firmó el acuerdo, llamaron por teléfono a Nazarbáyev, que se encontraba en Moscú junto a Gorbachov, para invitarlo a que se uniera a sus colegas y a la CEI. Se negó. Shajrai escribiría que Gorbachov le

había «comprado» con la promesa de nombrarlo primer ministro de la Unión Soviética, en la cual todavía tenía confianza y, añadía, ni uno ni otro creían verdaderamente que la URSS estuviera muerta. El testimonio de Shajrai sobre ese punto es inestimable, y fue confirmado a la autora de este libro por el propio Nazarbáyev en una entrevista en París, donde explicó su estupefacción ante el anuncio de la disolución de la URSS y su llamada telefónica a Yeltsin para preguntarle «si se encontraba en estado normal [no ebrio] cuando decidió semejante locura». Gorbachov no se contentó con disuadir al presidente kazajo de unirse a aquellos a los que denominaba «los conjurados de Belavezha», sino que llamó también al mariscal Sháposhnikov y suplicó el apoyo del ejército. Sháposhnikov se negó en redondo. Pero la CEI, que en su origen era totalmente eslava —cosa que ya no era el deseo de sus fundadores—, se transformaría enseguida.

El 13 de diciembre, los presidentes de las cinco repúblicas de Asia Central se encontraron de nuevo en Ashjabad y deploraron haber quedado olvidados a raíz de la creación de la CEI. Pidieron unirse a ella, bajo la reserva de que les fuera dado también el estatus de Estados fundadores. El acuerdo del 8 de diciembre preveía esas ampliaciones, que se hicieron efectivas el 21 de diciembre en Alma-Ata, donde la CEI acogió como Estados fundadores no solo a las cinco repúblicas de Asia Central, sino también a Armenia, Azerbaiyán y Moldavia.⁹ Ese nuevo conjunto empezaba a parecerse a la antigua Unión Soviética, aunque con la ausencia de los Estados bálticos, decididos a no tener ningún contacto con él y que se orientaban ya hacia una comunidad de los pueblos del norte, el Baltikum. Además, los tres Estados bálticos habían sido recibidos en la ONU como miembros el 17 de septiembre de 1991, siguiendo la recomendación del Consejo de Seguridad. La URSS existía aún formalmente, pero las Naciones Unidas consagraban también la independencia de los bálticos y reconocían el carácter ilegal de su antigua incorporación a la URSS. La tesis sostenida insistentemente por los bálticos era así confirmada por la comunidad internacional.

Otro Estado ajeno a la comunidad naciente era Georgia. Pero esta se hallaba presa de convulsiones nacionales y nadie quería oír hablar de ella en Alma-Ata. Para Rusia, la ampliación tenía grandes ventajas, ya que Nazarbáyev y sus homólogos de las repúblicas vecinas deseaban impulsar a la CEI hacia una federalización real dotándola de instituciones estables. ¿No era esto acaso, al mismo tiempo que un apoyo a la tesis rusa de la necesidad de no romper los

vínculos del pasado, un medio de encuadrar a Ucrania y unirla al conjunto? Fue durante un momento la ilusión de Boris Yeltsin, pero el porvenir demostraría la inanidad de la idea.

Antes de ocuparnos del período posterior a la desaparición de la URSS, es importante comprender cómo tuvo lugar ese cataclismo, ese huracán del 8 de diciembre. ¿Se pensó y se preparó de manera consecuente? ¿Y quién lo hizo? ¿Fue un accidente de la historia o la consecuencia lógica de acontecimientos o situaciones mal percibidos anteriormente? Comentando el huracán de Minsk en sus memorias y en otras intervenciones, Gorbachov afirma que el 7 de diciembre el proceso de Novo-Ogarevo conservaba todavía todas las posibilidades de éxito, pero que fue deliberadamente «torpedeado» por Yeltsin, para quien la destrucción de la URSS era el medio de «sacar a Gorbachov del juego». Y concluía: «El presidente ruso y su entorno sacrificaron a la URSS para satisfacer su ardiente deseo de reinar en el Kremlin».¹⁰

Esa afirmación sin matizar comporta, sin duda, una parte de verdad. La rivalidad entre Yeltsin y Gorbachov y su conflicto de legitimidad representaron un papel incontestable en la dinámica que condujo a la desaparición de la URSS. Sin embargo, Gorbachov nunca tuvo en cuenta una dimensión particular de ese duelo entre dos hombres que borra en parte el fondo del problema: la dimensión rusa. Shajrai, que fue no solo participante, sino observador juicioso de la descomposición de la URSS, analizó muy bien las etapas.¹¹ Demostró que, desde el inicio de la *perestroika*, que permitía expresar abiertamente las reivindicaciones nacionales, las repúblicas descubrieron las posibilidades explosivas del derecho a la secesión recogido en la Constitución. Durante décadas, el artículo 17 de la Constitución de 1936 o el 72 de la de 1977, según los cuales «toda república federada tiene el derecho de salir libremente de la URSS», quedaron casi olvidados. A partir de 1985 fueron redescubiertos y reivindicados por las repúblicas, y se convirtieron en el arma principal del «desfile de las soberanías» y después, de las independencias. El poder central tuvo que reconsiderar entonces sus relaciones con las repúblicas a partir de ese hecho: su libertad de estar o no dentro de la URSS. Debido a ello, el equilibrio entre centro y repúblicas cambió por completo. El centro se encontró cada vez más en dependencia de las voluntades nacionales. Al ir pasando los seis años de poder de Gorbachov, ese desequilibrio no haría más que acentuarse, porque el poder se deslizaba hacia los niveles inferiores del sistema soviético, desde el

centro hacia las repúblicas federadas y autónomas. En cada nivel se reivindicaba el poder, una autoridad independiente de la Unión Soviética y el derecho a apartarse de ella.

Sobre ese telón de fondo de un poder central que se debilitaba en provecho de las repúblicas y naciones, se desplegó la rivalidad de Yeltsin y Gorbachov. Yeltsin disponía del apoyo de la inmensa Rusia, y Gorbachov imaginaria, para intentar restablecer el equilibrio en su favor, que la emprendía contra la propia Rusia. El «plan de autonomización» creado según Shajrai por el Comité Central, y en todo caso apoyado por Gorbachov, cuyo esbozo se encontró en los archivos secretos del CC, tenía esa finalidad. El 26 de abril de 1990, ese plan fue aprobado por el Sóviet Supremo de la URSS.¹² Ya hemos visto que habría desmembrado a Rusia. Es muy probable que fuese ese el detonante del arrebato nacional ruso encarnado por Yeltsin y que incitó al Congreso Ruso de los Diputados del Pueblo a proclamar la soberanía de Rusia el 12 de junio de 1990.

Sin embargo, Yeltsin repitió en diversas ocasiones que Rusia participaría en el proceso de renovación de la Unión Soviética. La soberanía rusa no implicaba la separación, en efecto, sino que preservaba a Rusia de la descomposición que hubiese entrañado la aplicación de la ley del 26 de abril de 1990. La soberanía permitía afirmar la supremacía de la ley rusa sobre la ley federal para oponerse a la entrada en vigor de una ley que se consideraba mortal para Rusia.

La fundación de un Partido Comunista ruso en el mismo momento fue también un elemento decisivo del proceso de destrucción de la URSS. Si, a diferencia de las demás repúblicas de la Unión Soviética, Rusia no tenía Partido Comunista propio, era porque Lenin había querido que se confundiera con la Unión Soviética, que encarnase la unidad del pueblo soviético frente a las diferencias de los pueblos que componían la URSS. La creación de un PC ruso dinamitaba un símbolo poderoso: el del internacionalismo. Así, el golpe de agosto, que se producía en un contexto de cambios institucionales e ideológicos continuos, no fue, escribía Shajrai, más que «una gota de agua, y no la causa del final de la URSS». En última instancia supuso la ruptura de Gorbachov con el partido. Pero el partido era el elemento que fundaba la unidad de la URSS y daba su coherencia a la Federación.

Vemos también que todos los momentos de descomposición de la URSS se fueron encadenando. El referéndum ucraniano del 1 de diciembre y la negativa de Kravchuk a participar en cualquier unión, fuese la que fuese, impusieron la constatación de que no había ya Estado federal y era imposible querer

preservarlo, aunque fuera bajo una forma muy flexible. Al considerar ese proceso tal como se desarrolló desde 1990, no podemos sino suscribir el juicio de Shajrai: la reunión de Minsk tenía como primer objetivo impedir a Kravchuk que rompiera completamente con Moscú. Los presidentes Shushkiévich y Yeltsin no eran capaces de salvar a una URSS que, de hecho, ya no existía. Aunque no lo reconocieran, eran conscientes ya de que tenían que concebir un nuevo sistema. De ahí el carácter improvisado de la reunión de Minsk, la ausencia de un texto de trabajo —el documento de Novo-Ogarevo había quedado descartado de entrada— y los tanteos de la redacción.

El propio Boris Yeltsin se explicó. Describió la situación que prevalecía en la URSS desde 1990 como el «teatro de una confrontación mortalmente peligrosa, juego de equilibrio inventado por Gorbachov». Por un lado, la incitación a la libertad nacional; por el otro, la voluntad de mantener la situación bajo control... pero, añade Yeltsin, «le tiembla la mano, y frente a los problemas nacionales en Tiflis o Bakú, acaba enviando a las tropas». Y dice sin ambages que la carrera hacia el abismo que entreveía —el golpe de Estado fue la primera etapa— podía conducir a un baño de sangre, a una guerra civil que enfrentara a las repúblicas con el centro. Había que imaginar, pues, una nueva estructura de relaciones entre naciones, y no «recomponer» la antigua organización. En primer lugar, había que reinventar las relaciones Rusia-URSS. Para Yeltsin, esa era la justificación del encuentro de Belavezha. Y afirmaba: «Existía otra posibilidad, otra puerta de salida. Yo habría podido esforzarme en ocupar el lugar de Gorbachov por medios legales. Ocupar la presidencia de la Unión Soviética relanzando su reforma *desde arriba*... Habría tenido que luchar para conseguir unas elecciones generales a la presidencia de la URSS. Hacer del Parlamento ruso el sucesor del Parlamento disuelto... Pero esa salida se me había cerrado. Psicológicamente era incapaz de ocupar el lugar de Gorbachov».¹³

Belavezha realizó una parte de ese programa: Rusia sustituyó a la URSS disuelta, pero Gorbachov seguía estando ahí.

Este último fue informado oficialmente de las decisiones tomadas en Minsk, en la tarde de la jornada crucial, mediante una llamada telefónica del presidente Shushkiévich. Yeltsin, por su parte, había llamado al presidente Bush, que le felicitó calurosamente. Poco después, Kravchuk explicaría a Bush que Yeltsin solo se expresaba en nombre de Rusia. Los ucranianos, según todas las pruebas, no habían olvidado el tratado de Génova, firmado en 1922, donde la Rusia bolchevique había obligado a Ucrania —jurídicamente independiente,

pero ligada a ella por un tratado bilateral— a confiarle su representación. Por ese motivo, en Génova, el Estado independiente de Ucrania dejó de existir a ojos del mundo; su independencia no sobrevivió.

Gorbachov se sintió indignado al ver que el presidente de Estados Unidos había sido informado antes que él de las decisiones tomadas en Minsk, y por el hecho de que Yeltsin no le hubiera llamado personalmente. No era nada comparado con el huracán que se había desencadenado y la desaparición de la URSS, que Shushkiévich, meloso, anunciaba sin precaución alguna a quien todavía era presidente de la Unión Soviética. Pero todo ello contribuyó a convencer a Gorbachov de que se había enfrentado a un complot contra él y de que tenía el deber de resistirse. Acabó por reunirse con Yeltsin y le dijo: «Lo que hiciste a mis espaldas con la connivencia del presidente de Estados Unidos es una infamia».

Los últimos días del presidente de la URSS

Entre el 8 y el 25 de diciembre de 1991, el espectáculo ofrecido por el Kremlin fue uno de los más sorprendentes que los historiadores hayan registrado jamás. Por un lado, los Estados fundadores de la URSS habían anunciado su disolución. Por el otro, el presidente de la URSS se comportaba como si no hubiera pasado nada. El 10 de diciembre, Gorbachov hacía pública su postura: reivindicaba su estatus presidencial y la legalidad.

«El destino de un Estado multinacional no puede decidirlo la voluntad de los dirigentes de tres repúblicas. Solo se puede decidir por la vía constitucional, con la participación de todos los Estados soberanos, teniendo en cuenta la voluntad de sus pueblos.»

Los últimos días de la presidencia de Gorbachov ilustran la palabra empleada por casi todos aquellos que fueron sus colaboradores: *tragedia*. Esa tragedia comenzó en el momento en que Gorbachov fue informado de los acontecimientos de Belavezha. Pasadas las primeras horas de incredulidad, recuperó su posición de presidente. Era el presidente legal de la URSS. También a él debía el país las transformaciones extraordinarias de los seis últimos años. Gorbachov sabía que sin él, sin la *perestroika*, los presidentes reunidos en Belavezha no habrían podido entregarse jamás a lo que consideraba una traición.

Y era invocando su acción, y sustituyendo con el Estado de derecho al Estado totalitario, como él pretendía influir en el curso de los acontecimientos. Por más que sus detractores se burlaran de su obstinación y dijeran que se había «agarrado a su sillón presidencial», resultaría injusto olvidar que podía hacerlo legalmente, y que el derecho estaba de su parte. Exigió entonces que las decisiones tomadas en Belavezha fueran sometidas al Congreso de los Diputados del Pueblo, al Parlamento de las repúblicas e incluso quizá a un referéndum popular. Al plantear esas exigencias, Gorbachov era coherente tanto consigo mismo como con la historia reciente. Recordaba que había obtenido, pocos meses antes y mediante referéndum, un acuerdo muy amplio de toda la población de la URSS para preservar la Unión Soviética: «¿Se puede ignorar acaso ese referéndum —se preguntaba—, olvidar la respuesta que aportaron 200 millones de ciudadanos privilegiando a cambio la voluntad egoísta de tres responsables republicanos?».

Por legítima que sea esa pregunta, no nos queda otro remedio que constatar que, incluso entre aquellos que hasta entonces lo habían seguido, la idea del referéndum no obtuvo ningún apoyo. Algunos nostálgicos de la URSS se manifestaron. Nikolai Travkin, presidente del partido Democrático de Rusia, reunió a sus tropas en la plaza del Manezh, declarando con vehemencia que la Unión Soviética no se podía liquidar de esa manera. Pero aquella manifestación era una pura formalidad: ningún manifestante imaginaba que aquel mitin pudiera transformarse en una marcha de protesta hacia la Casa Blanca. Era un combate honorífico, que demostraba que la revolución de Belavezha ya estaba grabada en las conciencias.¹⁴

El Sóviet Supremo de la República de Rusia abrió el 12 de diciembre el debate parlamentario exigido por Gorbachov. Este escuchó una larga declaración de Yeltsin explicando en qué condiciones se habían decidido el fin de la URSS y la creación de la nueva CEI. Al término de una amplia discusión, los diputados aprobaron por una aplastante mayoría (185 votos a favor, 5 en contra y 10 abstenciones) la denuncia del tratado de 1922, y por tanto la disolución de la URSS y la creación de la Comunidad de Estados Independientes.¹⁵ Nadie preguntó si el Parlamento de la URSS tendría que pronunciarse sobre esa cuestión. Yeltsin había respondido por cierto en ese sentido, recordado que todas las repúblicas habían declarado su independencia antes de la reunión de Belavezha, ya que solo los parlamentos nacionales eran competentes para pronunciarse sobre las decisiones que se habían tomado allí.

Gorbachov no se daba por vencido. Dos días antes de la reunión de la comunidad naciente en Alma-Ata (el 21 de diciembre), a la cual no estaba invitado, dirigió una carta a todos los presidentes.¹⁶ Reconociendo que se había creado una situación nueva el 8 de diciembre, Gorbachov planteaba la cuestión de la cohesión y la capacidad de acción de la CEI. En el punto 5 de su mensaje precisaba: «Si hay una comunidad, es decir, una formación política, debe estar representada en la comunidad internacional. Sobre el modelo, por ejemplo, de la Comunidad Europea, que es sujeto de derecho internacional. La CEI no puede renunciar a tener un estatus semejante por el motivo también de que ha heredado de la URSS el estatus de superpotencia... Lo más razonable sería disponer de una estructura de relaciones internacionales, adaptada a las necesidades y a los principios de la Comunidad de Estados Independientes, incluyendo el hecho de ser miembro del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas».

En ese mensaje, Gorbachov intentaba por tanto incitar a la CEI para que se dotara de auténticas estructuras para reivindicar el estatus de sucesor colectivo de la URSS. Era una manera distinta de la de Belavezha de concebir la CEI, más cercana a los proyectos de Novo-Ogarevo. Sugería, en conclusión, que después del foro todo volviera ante el Sóviet Supremo de la URSS, que levantaría acta del final de la URSS y de la transmisión de sus poderes a la Comunidad de Estados Independientes. En suma, Gorbachov se esforzaba así por recuperar el dominio del final de la URSS y plasmar las nuevas estructuras en su continuidad y no en una ruptura. Buscaba también, evocando el estatus de la CEI —sucesora de la URSS en el plano internacional—, impedir a Rusia que recogiera el testigo de la URSS y ocupara su lugar en las organizaciones internacionales, y sobre todo en el Consejo de Seguridad de la ONU.

De la misma manera, en un último esfuerzo por arrebatarse a Rusia su papel central en la CEI, Gorbachov intentaba dibujar nuevos perfiles y un nuevo equilibrio geopolítico, sugiriendo una «Comunidad Euroasiática de Estados Independientes».

Pero su carta fue ignorada por todos, y el foro de Alma-Ata ratificó la desaparición de la URSS, así como —cosa que era inaceptable para Gorbachov— la de la institución presidencial. El acuerdo del 21 de diciembre comportaba dos puntos. Creaba un órgano supremo de la CEI, el Consejo de Jefes de Estado, acompañado de un Consejo de Jefes de Gobierno. Y en el punto 2 fijaba en el 30 de diciembre «la supresión de las instituciones de la antigua URSS», un punto

dirigido antes que nada al presidente de la Unión Soviética, Gorbachov. También lo habían tachado de un plumazo del conjunto nacido en Alma-Ata, y nadie se había tomado la molestia de informarle siquiera.

Cherniaiev, hablando del «programa de Alma-Ata», constataba que se abría entonces —aunque Gorbachov se negara a aceptarlo— la última y amarga etapa, la de la partida, que debía preparar con toda dignidad. Pero Gorbachov alegaba, con razón, que a Nicolás II una delegación de jefes militares que se acercó a él¹⁷ le pidió que abdicase por el bien del país. Sin embargo, en 1991 nadie fue a pedirle a Gorbachov que se fuera: quedó expulsado sin más de la historia de su país. Se comprende fácilmente la amargura que embargaba a Gorbachov. Los últimos días que pasó en el Kremlin, porque todo acabó el 25 de diciembre, fueron terribles para él. Recibió mensajes de apoyo y de amistad de jefes de Estado extranjeros, aunque observó que el presidente Bush ya se mostraba más distante de él, atento a establecer relaciones más cordiales con Yeltsin. Pero François Mitterrand le llamó por teléfono y le invitó a visitar Francia más detenidamente que en el pasado. Y Gorbachov siguió trabajando, recibiendo visitas y repartiendo condecoraciones como si no hubiera ocurrido nada.

Sobre su partida pesaba eternamente la sombra de Yeltsin. Desde el 8 de diciembre, las relaciones entre los dos hombres no dejaron de oscilar, de alternar momentos amistosos con algunos otros marcados por la brutalidad. Momentos amistosos aunque ambiguos y poco comprensibles, como las ocho horas que ambos pasaron juntos el 22 de diciembre. Según algunos testimonios, sobre todo el de Yakovlev, se sabe que fueron horas extrañas en las cuales Gorbachov y Yeltsin discutieron, a veces llegaron a pelearse, y bebieron abundantemente... incluso Gorbachov, que normalmente era hostil al alcohol.¹⁸ Imaginamos la atmósfera que reinó durante esas ocho horas en las cuales dos hombres que se odiaban hicieron, en definitiva, como si nada los separase.

El conflicto surgió tres días más tarde, el último que Gorbachov pasaba en el Kremlin. Había llamado al presidente Bush a su residencia del campo para desearle una feliz Navidad, ya que era 25 de diciembre. Había preparado con mucho cuidado su última intervención difundida por televisión. La declaración era digna, pero Gorbachov expresaba con insistencia su desacuerdo con una situación que le obligaba a abandonar el poder. También hacía balance de lo que había querido realizar y lo que no había podido ser.

La tarde estaba reservada a la transferencia del código nuclear, momento de lo más solemne. El presidente expulsado se preparaba para recibir a Yeltsin

según un ceremonial fijado de antemano. Aquí, la historia careció de dignidad. Yeltsin, contrariado por la alocución televisiva de Gorbachov, decidió no acudir a la entrevista que estaba prevista en el programa, cuando este debía ser el último acto de Gorbachov como jefe de Estado. Gorbachov lo esperaba en su despacho y en cambio se encontró frente al mariscal Sháposhnikov, a quien Yeltsin había nombrado ministro de Defensa. El mariscal informaba de que Yeltsin no acudiría a su oficina, donde debía tener lugar el traspaso de poderes, prefiriendo encontrarse con él en terreno neutral, en la sala Catalina del Kremlin. En suma, Yeltsin convocaba a Gorbachov para que fuera a llevarle el maletín nuclear. Ante esa transgresión de las costumbres y en un momento tan grave de la historia del país, Gorbachov se rebeló. Puestos a obrar menospreciando la buena educación, decidió hacerlo hasta el final. Se negó a ir a «encontrarse con Yeltsin» y entregó el maletín nuclear al mariscal Sháposhnikov, encargándole que se lo hiciera llegar a su destinatario. Que temblasen todos los altos responsables de las potencias nucleares...¹⁹

Se había representado el último acto. Gorbachov no era más que un presidente defenestrado. La definición de su estatus de antiguo presidente daba lugar a negociaciones difíciles. Ciertamente es que el problema era inédito en Rusia. Lenin y Stalin habían muerto cuando todavía estaban a la cabeza del país, aunque la enfermedad impedía a Lenin ejercer el poder desde finales de 1922. También fue esa más o menos la suerte del sucesor de Stalin. Cuando apartaron a Jruschov de su puesto, quedó reducido al estatus de «muerto viviente político», recluido en su dacha, sin poder viajar ni recibir a extranjeros. Gorbachov suponía un problema particular: había abierto su país al mundo, había sido recibido por todos los jefes de Estado extranjeros, incluso los había recibido en el Kremlin. Había que crear para él un estatus de antiguo jefe de Estado, y determinar los aspectos materiales teniendo en cuenta las costumbres internacionales. Aunque tuviera que mudarse, conservaba un apartamento y una dacha del Estado, una pensión, personal para servirle y protegerle. Ciertamente, esas ventajas eran nimias comparadas con aquellas de las que gozaba antes, pero también recibía unos derechos de autor considerables, y estaba invitado como todos sus homólogos extranjeros a dar conferencias muy bien retribuidas, y era bien acogido por todas partes. Gorbachov podría incluso financiar su fundación con sus recursos personales.

Podríamos creer que Rusia había conseguido, de entrada, regular el estatus de jefe de Estado retirado. Sin embargo, hubo algunos aspectos sórdidos. Como

Gorbachov no se privaba de hacerse notar como adversario o incluso crítico de su sucesor Yeltsin, este discutiría a veces las ventajas que se le habían otorgado, llegando incluso a cuestionarlas, y las vejaciones a ese respecto se multiplicaron. Rusia, en definitiva, debía hacer su aprendizaje en ese terreno y olvidar las costumbres soviéticas, en las cuales el jefe destituido, en el mejor de los casos, estaba condenado al aislamiento, al silencio y al olvido. A Yeltsin le costaría aceptar que Gorbachov siguiera presente en su país y, sobre todo, en la escena internacional.

Rusia, continuadora de la URSS

En su mensaje a los jefes de Estado de la CEI, Gorbachov había intentado hacer de su instancia común la heredera de la URSS. La decisión del 21 de diciembre rechazó ese proyecto, y la transferencia de los códigos nucleares a Yeltsin atestiguaba que solo Rusia «continuaba» la URSS.

La confirmación última vendría dos días más tarde, el 27 de diciembre. Ya el 18 de diciembre un decreto del presidente ruso había colocado al Ministerio de Asuntos Exteriores de la URSS así como sus bienes bajo la autoridad del Ministerio de Asuntos Exteriores de la República de Rusia. El 27 de diciembre, el representante permanente de la Federación de Rusia en la ONU remitía una nota al secretario general precisando que Rusia ocupaba el lugar de la URSS en las Naciones Unidas como Estado *continuator* suyo (y no sucesor).²⁰

El estatuto internacional de Rusia que le aseguraba un escaño permanente en el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas no podía bastar, ese fin de año de 1991, para tranquilizarla sobre sí misma, ya que era también su propia identidad la que debía ser definida. Continuadora de la URSS, ¿era acaso un Estado imperial? ¿Cuál era su papel? ¿Cuáles eran sus relaciones con los Estados independientes surgidos de la antigua URSS? La CEI que las unía no respondía a esos interrogantes. Se constataría al plantearse la delicada cuestión de las comunidades rusas que vivían en las fronteras de esos Estados.

¿Estado imperial? La respuesta resultaría de las relaciones que establecería el Estado ruso con sus entidades nacionales. En la fiebre de las reivindicaciones independentistas de los años 1989-1991, el poder ruso había tenido en cuenta la necesidad de hacerles concesiones institucionales. El 24 de mayo de 1991, el término *autónomo* otorgado a determinadas repúblicas quedó abolido, y las

dieciséis repúblicas autónomas quedaron automáticamente elevadas al rango de repúblicas de pleno derecho, miembros de la Federación.²¹ Más aún: el 3 de julio de 1991, Rusia reconoció a cuatro de sus cinco regiones autónomas (Adigueya, Altái, Karacháyevo-Cherkesia y Jakasia) el mismo estatus, cosa que representaba para ellas una doble promoción. Esos cambios tuvieron como consecuencia que, a finales del año 1991, Rusia fuera, igual que la antigua URSS, un Estado federal. Los debates que tendrían lugar a raíz de la elaboración de la Constitución sobre el nombre de esa nueva federación testimonian esa deriva. El corolario de esos cambios era que el tratado de la Federación, aprobado el 31 de marzo de 1992, unía a unas repúblicas *soberanas e iguales* en el marco de la Federación de Rusia.²² Y lo que demuestra la dificultad de definición que tenía el estatuto de la Federación Rusa y las relaciones entre ella y sus componentes es que durante algunos años no lo firmarían ni Tartaristán ni Chechenia, mientras que Baskortostán lo firmó con reservas incluidas en un protocolo especial. Las dos repúblicas rebeldes habían reproducido en aquella época el debate que enfrentó en un pasado reciente a la URSS y a sus repúblicas.

Tartaristán muestra muy bien todas esas dificultades. En ese Estado poblado en 1991 por 3.641.000 habitantes, de los cuales casi la mitad eran tártaros, había que añadir la diáspora de cerca de cuatro millones de tártaros dispersos a través de todo el territorio ruso, que observaban con atención la evolución política de su patria. Tartaristán tenía un notable potencial económico, formado en esencia por industrias petrolíferas, petroquímicas y de defensa. Valiéndose de todo esto, reivindicaba su derecho a decidir solo su propio porvenir. Si añadimos que la declaración de soberanía de Tartaristán del 30 de agosto de 1990 no hacía mención de Rusia, y que en 1991 los tártaros exigían en el debate sobre la Unión Soviética renovada adherirse como miembros de pleno derecho y con un estatus igual al de Rusia, y no por su intermedio, se comprende que la preparación del tratado federal se encontrase con enormes dificultades. El presidente Shaimiev, además, estaba aureolado con un triunfo electoral. Y se colocaba como abogado no de una secesión, sino de una *independencia civilizada*. Eso significaba que para él Tartaristán y Rusia, países con iguales derechos, debían definir por tratado sus relaciones bilaterales.

Rusia se veía así enfrentada a un desafío importante: el Estado tártaro había planteado que, en cualquier caso, la ley republicana debía prevalecer sobre cualquier otro acuerdo o tratado, y una enmienda constitucional precisaba que Tartaristán no formaba ya parte de la Federación de Rusia. Por fin, se había

fijado un referéndum el 21 de marzo de 1992, invitando a los tártaros a responder a una sola pregunta: «¿Quiere usted que Tartaristán sea un Estado soberano, sujeto de derecho internacional, cuyas relaciones con la Federación de Rusia y los demás Estados se establezcan sobre la base de tratados firmados entre socios iguales?». Boris Yeltsin se indignó, multiplicó avisos y amenazas y declaró inconstitucionales todas las disposiciones aprobadas por los tártaros en 1991, en especial el proyectado referéndum. Pero nada lo impidió y el referéndum tuvo lugar: el 81,6 % del cuerpo electoral acudió a las urnas, y el 61,7 % de los electores aprobaron el proyecto Shaimiev, contra un 37,2 % negativo. ¿Qué hacer? Yeltsin podía elegir entre la represión y una negociación que tuviera como objetivo atenuar los efectos de semejante desastre. Prefirió la segunda solución. Que, por cierto, se imponía por dos motivos. El ejemplo tártaro seducía a otras repúblicas, sugiriéndoles que había una vía regia hacia la independencia. Un conflicto violento habría dado un carácter heroico a la disidencia tártara, y aumentado el prestigio de ese ejemplo. Otro motivo era que Rusia ya se debatía con el mismo problema en el Cáucaso. ¿Se podía transformar la Federación Rusa en una serie de campos de batalla? La voluntad de compromiso prevaleció.

El Cáucaso, rebelde como siempre, en ese período en que la Federación Rusa intentaba imponerse se había convertido también en un centro de agitación, amenazando con volver al conflicto armado. Conflicto entre pueblos de la región y entre estos y Rusia. Conflicto interrepublicano al principio, enfrentando a dos pueblos que compartían la misma organización político-territorial. La República Checheno-Ingusetia se restableció en 1956. El 23 de noviembre de 1990, un mes antes de que esa República Autónoma Checheno-Ingusetia fuera elevada al rango de república, los chechenos (734.000 contra 163.000 ingusetios sobre una población total de 1.270.500 habitantes) decidieron separarse de los ingusetios y proclamar una independencia total. Al mismo tiempo, el Congreso Nacional Checheno, que se acababa de formar, habiendo tomado esa decisión, nombró «jefe de Chechenia» al general Dudaiev, hasta entonces comandante de las fuerzas aéreas soviéticas en Estonia.²³ ¿Podía aceptar Rusia esa república autoproclamada que se divorciaba de ella sin más proceso y rechazaba a una parte de su población? Los ingusetios, víctimas del nacionalismo checheno, pidieron a Moscú la institución de una república propia que permanecería en el seno de la Federación, pero a la cual Rusia debería unir un distrito incluido en Osetia del Norte, otra república promovida en 1990 a una posición estatal

normal. ¿Qué podía hacer Rusia? ¿A quién debía satisfacer? ¿A los chechenos? ¿A los ingusetios? ¿A los osetios? ¿Podía responder a los ultimátums chechenos sin perder la simpatía de los otros dos pueblos? Sobre todo, ¿cómo imponer una autoridad rusa ante esa avalancha de exigencias separatistas o territoriales? El desafío al que hacía frente Rusia en el Cáucaso en 1991 recordaba extrañamente a aquel que los bálticos o los georgianos habían lanzado a la URSS poco antes. ¿Se descompondría también Rusia como la URSS, mientras reivindicaba su continuidad a escala internacional?

Yeltsin empezó tomándose su tiempo. Le animó el checheno Ruslan Jasbulatov, presidente del Parlamento ruso. Pero cuando sobrevino el golpe de Estado de agosto de 1991, las autoridades chechenas de la república binacional, que sobrevivía todavía al margen de la autoproclamada república chechena, corrieron a socorrer a los golpistas, esperando que pusieran fin al frenesí de independencias y restaurasen el antiguo orden. El golpe fracasó, y Dudaiev purgó a la nomenklatura superviviente del orden soviético y organizó unas elecciones presidenciales. Fue elegido por un 85 % de los votos. Ahí Rusia se encontraba ante una nueva amenaza. Dudaiev exigía que se reconociera la república independiente chechena, así como a su presidente, y movilizó a todos los hombres válidos de quince a cincuenta y cinco años. ¿Dos legitimidades? Por un lado, Yeltsin, alterado, invocaba a la Rusia «una e indivisible», y recordaba que las fronteras del conjunto eran intocables. Por otro lado, Dudaiev encarnaba una independencia salvaje y amenazaba con sublevar a todo el Cáucaso en torno al mismo sueño. ¿Qué hacer para restablecer el orden? ¿Guerra en Chechenia y, por tanto, en territorio de la Federación de Rusia? La cuestión que se plantea a finales de 1991, cuando se prepara el tratado federal, es esta: ¿cómo asegurar la unidad y la estabilidad de la Federación Rusa naciente?

¿Cuál es, pues, la identidad de Rusia, enfrentada al rechazo de los tártaros y los chechenos a compartir su destino? El problema comporta también otra dimensión. ¿Cómo definir los vínculos de Rusia con los pueblos de la Comunidad de Estados Independientes? El marco institucional de la organización, flexible, no estructurado, fue ratificado en Alma-Ata. Sus miembros no tenían todos la misma concepción. Ucrania es la ilustración más extrema, pero rápidamente habría que constatar que esa CEI naciente se enfrentaba a otras voluntades particulares. Por lo tanto, había que intentar nombrar ese espacio que fue soviético y que, a ojos de países exteriores a la antigua URSS, fue arrancado definitivamente a Rusia. Los países de la antigua

URSS experimentaron también la tentación de acercarse a otras formaciones políticas. Ucrania, como siempre, sería la primera en proporcionar un ejemplo. Ya en marzo de 1990, en Bratislava, apenas proclamada su soberanía, se acercó al triángulo de Visegrado (Polonia, Checoslovaquia, Hungría) que quería participar en un nuevo orden europeo, posibilitado por la desaparición del comunismo. El 1 de diciembre de 1991, habiendo proclamado Ucrania esta vez su independencia, esta fue inmediatamente reconocida por Polonia y Hungría, y poco después por Checoslovaquia. A partir de ese momento, Ucrania se volvió hacia el mundo occidental, en el que soñaba con integrarse. Por lo tanto, vemos que la ruptura con Rusia no data ni de 2004 ni de febrero de 2014.

Entonces, ¿cómo definir la naturaleza de los vínculos existentes entre Rusia y los antiguos Estados de la URSS? ¿Cómo marcar la diferencia entre esos vínculos, ese conjunto, y los países vecinos de Europa? Para definir la CEI y los vínculos confusos y difíciles que unieron ese espacio, Rusia inventó el concepto de «extranjero próximo». En cuanto crearon la CEI, Boris Yeltsin diría que esa «formación interestatal única» era la forma institucional del extranjero próximo. Poco importaba que se adhirieran o no a la CEI (Georgia se negó) o que decidieran alejarse como lo haría Ucrania, quedaba una familia inédita de Estados y pueblos llamada «extranjero próximo». Esa expresión no pertenece al derecho internacional ni a la historia, pero a partir de entonces sería inseparable del vocabulario político ruso. ¿Cómo explicarlo? Es difícil hacerlo partiendo de la historia, de la geografía, del derecho que prevaleció durante largo tiempo, ya que sobre todo es una declaración de intenciones. Es el reconocimiento del hecho consumado, de la separación jurídica de las antiguas repúblicas que había con el imperio, pero al mismo tiempo es la afirmación de una *proximidad* que temple el concepto de *extranjero*. «Extranjero próximo» traduce la voluntad de nombrar un fenómeno histórico cualitativamente nuevo, particular, inasimilable a la noción general de extranjero. Ese concepto significa, en definitiva, que Rusia, Estado continuador de la URSS, no consideraba a los Estados vecinos que formaban parte de su imperio como vecinos corrientes, sino como «próximos» en el sentido familiar del término. Y para ese vecindario particular, Rusia tenía que adaptar sus instituciones. A partir de octubre de 1991, un primer viceministro de Asuntos Exteriores, Fiodor Shelov-Kovediaev, se encargó de las relaciones con los «Estados en vías de independencia». A principios de 1992, lo que había sido una simple oficina se convirtió en un departamento especializado. El «extranjero próximo» ocupaba así un lugar específico en Asuntos Exteriores.

Se añadiría un comité del Estado en el seno del gobierno encargado de la cooperación económica con los países de la CEI, cuyo responsable tendría el rango de ministro, y una comisión del Sóviet Supremo cuya misión sería velar por los «problemas de los rusos del exterior», es decir, del «extranjero próximo».

Dentro del ajetreo de las últimas semanas, incluso de los últimos días del sistema soviético y de la URSS, Yeltsin y sus colaboradores estuvieron enfrentados constantemente al doble problema de la integridad territorial de Rusia y el mantenimiento de los vínculos específicos con los cuales se constituía el espacio imperial. Considerando estas dificultades, se comprende mejor la obstinación de Gorbachov en querer salvar la Unión Soviética bajo una forma nueva. La voluntad de los pueblos y la inmovilidad del sistema soviético no lo habrían permitido.²⁴ Se comprende mejor también por qué el propio Yeltsin dudaría tanto entre un «proyecto ruso» y la adhesión al proyecto de la URSS renovado. En definitiva, es esto lo que Vladimir Putin calificaría más tarde como «la catástrofe geopolítica más grande del siglo xx», es decir, la brutal desaparición de la historia y de la identidad de un imperio de 250 millones de personas. El trauma para la conciencia colectiva de esa desaparición, la incertidumbre que se derivó de ello, merecían sin duda alguna la calificación de «catástrofe». No resulta extraño que Solzhenitsyn, como Putin, emplease ese término que era para ambos una constatación, y no la nostalgia de un mundo de dominación desaparecido.

Epílogo

El 1 de enero de 1992, la aparición del país llamado Rusia fue el gran acontecimiento del siglo que acababa. Esa Rusia podía presumir de un largo pasado, ciertamente: un milenio desde su cristianización, once siglos desde que un príncipe de leyenda, venido de no se sabe dónde, fundó a la orilla del Dniéper el Estado de Kiev. 882-1992: es una larga historia, en efecto, y al mismo tiempo una historia que empieza. Al pasar los siglos, el Estado fundado por Oleg se había convertido en un imperio que a veces se llamaba «de todas las Rusias». Después, en 1917, la URSS absorbió a Rusia, y eso duró tres cuartos de siglo. Cuando, el 1 de enero de 1992, los ciudadanos de Rusia descubrieron su país tal como salía de los acuerdos de Belavezha, pudieron interrogarse con toda razón. ¿Qué país era ese tan diferente de aquel que había forjado la larga historia, del cual habían aprendido etapas y lugares? Kiev, la cuna de todo, ya no estaba en Rusia, ni las costas del Báltico, ni las del mar Negro. Pedro el Grande y la gran Catalina, ¿no habían existido tampoco, igual que Oleg, en el pasado ruso? Comprender la Rusia de 1992 imponía a los rusos el olvido del pasado y la contemplación del porvenir; fue eso lo que les propuso aquel que había sido el artesano del renacimiento ruso, Boris Yeltsin.

Hacia el Estado civilizado

En una de las primeras obras consagradas a la historia de Rusia publicada después del fin de la URSS, los autores expresan esta constatación: «Contemplamos nuestro pasado como si nos mirásemos en un espejo. Nuestra imagen se rompe en pedazos. Cada vez más personas lo comprenden: no se puede vivir ya así».¹

Para los autores, ese *nunca más* es antes que nada rechazo de la barbarie rusa, del retraso que engendró esa barbarie. Y la salvación se encuentra en la marcha hacia la civilización. Pocas palabras han conocido en Rusia desde 1992 un éxito tan grande como el de «civilización». Pero esta debe comprenderse en

su nueva acepción postsoviética. Durante tres cuartos de siglo, «civilización» era en la URSS equivalente a «porvenir radiante», la finalidad de las revoluciones. En 1992, ese concepto se invierte. La palabra *civilización* se refiere a las normas morales y políticas del mundo occidental, que el régimen soviético había prohibido a sus administrados. Esa evolución semántica es importante. «Civilización» significa que la sociedad rusa, rechazando la barbarie totalitaria en la cual la habían encerrado, desea unirse al mundo civilizado, con un sistema político civilizado, tal como se entiende en todas partes. Pero esa elección semántica también es una señal de la concepción modesta y prudente ante la historia de la nueva Rusia. La sociedad aspira a edificar un Estado de derecho caracterizado por la separación de poderes, la independencia de la justicia, la existencia de una sociedad civilizada. Ciertamente que la sociedad aspira a ello, pero también presiente que la vía que conduce hasta allí será larga, difícil, y desconfía de los entusiasmos que, en el pasado ruso, desembocaron en regresiones a etapas anteriores, siempre hacia el retraso y la barbarie.

El Estado civilizado es un concepto más progresista que, reconociendo las normas morales del mundo civilizado, creará las condiciones más propicias para el avance de Rusia hacia el Estado de derecho. El Estado civilizado conviene a la etapa de una transición que vuelve la espalda a la barbarie comunista para intentar, a la salida de los escombros, edificar paso a paso y pacíficamente un sistema político y una sociedad civil capaces de asumir ese destino nuevo. El Estado de derecho, objetivo final, se caracteriza ante todo por el respeto a la ley, y el marco es la ley fundamental que define los términos del contrato social. Después del golpe de Estado de agosto de 1991 la necesidad de una reforma constitucional se había impuesto a los diputados rusos, pero esos parlamentarios elegidos en 1990 habían salido casi todos del aparato soviético y, por ese motivo, estaban más inclinados a conservar que a transformar la Constitución para que reflejase el Estado civilizado. Hasta 1992 no imaginaban otra cosa que hacer enmiendas. Sin embargo, había que dar al poder naciente un marco institucional estable para lanzar las dos grandes revoluciones de la Rusia nueva: fundar la democracia y el Estado de derecho, y sustituir la economía administrada por la economía de mercado.

La oportunidad de Rusia en ese camino tan difícil hacia el Estado civilizado, que no iluminaba precedente alguno, se circunscribía a tres elementos. Primeramente, la personalidad notable y excepcional de Boris Yeltsin. Su separación de la escena política en 2000, pero también su naturaleza

excesiva, excesivamente rusa, a veces llegando incluso a la caricatura, y cierta rudeza en sus maneras, harían olvidar lo que era y lo que había conseguido. Es justo devolverle aquí su lugar en ese período decisivo de la historia de la Rusia naciente, y de su búsqueda del Estado civilizado. Sus doce años en el poder — 1987-1992 en la época soviética, y después 1992-2000 en Rusia— marcarían tan profundamente el fin de siglo como los seis años decisivos de Gorbachov.

Un segundo factor favorable al progreso del Estado civilizado fue la calidad de las elites rusas que rodeaban a Yeltsin. ¡Qué pléyade de talentos, de jóvenes inteligentes, que habían recibido una educación superior de gran calidad, buscando ardientemente servir a su país! La frase maravillada de Sájarov con la aparición de Gorbachov se aplica igualmente a esa cohorte de jóvenes rusos: Yavlinski, Gaidar, Chubáís, Shajrai, Nemtsov, Sobchak, Popov, o incluso los que ya se habían impuesto en la URSS, como Primakov. No acabaríamos de enumerarlos nunca. Al mismo tiempo que ascendía esa elite de calidad, desaparecían de la esfera del poder muchos mediocres que habían empañado la imagen de la URSS.

Y por fin, y esta no es la menor de las suertes de Rusia, la calidad de su pueblo: instruido, valeroso, atormentado por el recuerdo de las tragedias pasadas y atento a evitar que se volvieran a producir. En la inmensa revolución política y económica en la cual se hallaba comprometido el país, ese pueblo estaba bien informado —la *glasnost* le había enseñado a querer saberlo todo y había contribuido asimismo a su madurez— y no aceptaba ya que corriera la sangre. El sentimiento de responsabilidad y de solidaridad que caracterizaba a esa sociedad atenuó los choques de una transformación que fue de una brutalidad extrema.

¿Podemos olvidar acaso las hipótesis catastrofistas tan de moda en el mundo de los estrategas occidentales? Una vez desaparecidos la amenaza soviética y el «imperio del mal», ya no se hablaba más que del «peligro ruso». Todo tenía cabida: desastres nucleares, desencadenamiento de terrorismo político, religioso o político-religioso, hambrunas, epidemias, catástrofes ecológicas, guerras étnicas «a la yugoslava»... El milagro ruso es que nada de lo que predecían esas mentes preclaras con tanta certeza se acabó produciendo.

Los años que cerraron el terrible siglo xx fueron muy duros para los rusos, pero supieron amortiguar el fin del imperio, hacer frente a un verdadero cataclismo que sabían irreversible, aceptar con valor el empobrecimiento, la creciente desigualdad, el abandono por parte de un Estado que hasta entonces les aseguraba protección, aunque débil. Contra los males de la transición, los rusos

se refugiarían, pensaban los espíritus negativos, en su fatalismo habitual, cuando en realidad es más justo mencionar el sentido de solidaridad que les es inherente y que, un siglo antes, Bakunin había evocado tan bien. También experimentaban cierta confianza en el porvenir, como atestiguaban los sondeos. En 1992-1993, en el momento en que se hacían sentir con más dureza las repercusiones de las reformas económicas, menos del 20 % de las personas interrogadas dijeron desear su abandono, mientras que más del 50 % insistían en la necesidad de llevarlas a cabo... y esa mayoría no hizo más que crecer entre 1992 y 1993.²

Boris Yeltsin y las vicisitudes de la vida política

El 28 de octubre de 1991, la URSS existía todavía, pero nadie se preocupaba ya por ella. Ese día, Boris Yeltsin se dirigió al V Congreso de los Diputados del Pueblo de Rusia, que habían reemprendido los trabajos interrumpidos el 17 de julio. Ni que decir tiene que ese congreso se encontraba en un mundo muy distinto de aquel del cual se había separado tres meses antes. Y que el hombre que leyó su discurso ante el congreso ya no era el mismo Boris Yeltsin. Ese discurso³ era un programa de transformación económica cuya puesta en marcha abriría, según decía el orador, «uno de los momentos más críticos de la historia de Rusia». Anunciaba cuatro objetivos: la liberación de precios para pasar a los precios de mercado; la estabilización financiera por el cese de la emisión incontrolada de moneda y de crédito; el control de las privatizaciones, ya empezadas, y a menudo criminales; la liberalización de los intercambios exteriores. Para evitar reacciones de pánico, ese programa debía entrar en vigor enseguida, el 1 de noviembre, pero la liberalización de los precios, su disposición esencial, no adquiriría efecto hasta el 16 de diciembre.

Hacía falta un gobierno para conducir semejante política, y este se formó el 6 de noviembre, bajo la presidencia de Boris Yeltsin, pero dirigido por Guenadi Burbulis, entonces su auténtico hombre de confianza, que ostentaba el rango de vice primer ministro. Ese gobierno movilizó a la joven guardia de Yeltsin: Shojin, Chubáís, encargado de las privatizaciones, y Piotr Aven, encargado de las relaciones económicas exteriores. La estrella era Egor Gaidar, de quien Yeltsin dibujó un cálido retrato en sus memorias.⁴

Nieto e hijo de intelectuales, su abuelo era escritor, su padre periodista: el joven Egor había acompañado a este último a Cuba y a Yugoslavia. Gran lector, había «devorado» a todos los historiadores rusos y los autores de izquierdas «heterodoxos», como Bernstein, Djilas, Ota Sik. Viajes y lecturas lo habían orientado hacia la economía. Gaidar, nacido en 1956, el año del XX Congreso, estuvo marcado por la apertura de Jruschov, pero también por las experiencias yugoslava y húngara. Esas fuentes de inspiración que reivindicaba constantemente le impulsaron a definirse como «liberal». En los años ochenta fue responsable de la revista teórica del partido, *Kommunist*. Se alió con Chubáis y Yavlinski. A la hora de la *perestroika*, Gorbachov se fijó en él y le confió la dirección de un instituto de política económica. Rápidamente, él prefirió a Yeltsin. Fascinado por el modelo polaco de terapia de choque, propondría a Yeltsin que lo aplicara, pero dos años más tarde admitiría que la experiencia polaca no era trasladable a Rusia. En 1992 todavía no había tomado conciencia de esa dificultad e instauró aquel programa radical, ayudado por los consejos de dos expertos extranjeros cuyo conocimiento de Rusia era nulo (para el estadounidense Jeffrey Sachs) o muy insuficiente (para el sueco Anders Åslund). Para ellos, Rusia era un laboratorio. Gaidar reconocería que los rusos, desgraciadas cobayas vivientes, pagaron muy cara esa experimentación imprudente.

Ese joven gobierno reunido en torno a Yeltsin tampoco tuvo en cuenta muchas susceptibilidades. El vicepresidente de Rusia, el general Rutskoi, no encontró lugar en él. Es verdad que Burbulis le confió el expediente agrícola y le hizo responsable de los fracasos, pero Rutskoi no podía aceptar esa responsabilidad menor ante sus ojos. Otro caso delicado: Ruslan Jasbulatov, que representaría en ese primer período de la historia rusa un papel considerable, a la medida de una personalidad notable. Era un «checheno de Moscú», cultivado, brillante profesor en el Instituto de Economía Mundial, pero cuya ambición y susceptibilidad ignoraría Yeltsin (equivocadamente). En 1991, Jasbulatov esperaba —numerosos testimonios lo confirman— que Yeltsin le confiase la misión de formar gobierno. La ascensión de Burbulis y Gaidar fue para él una herida muy honda. Pero encontró en la presidencia del Sóviet Supremo una compensación, dedicándose a convertirlo en un centro de poder autónomo que pudiera contrarrestar el del presidente, e incluso sobrepasarlo. En 1992, la Constitución en vigor era todavía la de la URSS, y los retoques que se aportaban constantemente serían para Jasbulatov un medio privilegiado de ampliar los

poderes del Parlamento. De ahí el conflicto que estallaría enseguida con respecto a la reforma constitucional. Antes incluso de que esa reforma estuviera sometida a debate, Jasbulatov se dedicó a convencer a los diputados de la supremacía de la institución parlamentaria.

El conflicto entre los poderes ejecutivo y legislativo estalló a partir de la entrada en vigor de las reformas, cuyas consecuencias sociales fueron terribles. Los precios se dispararon y los ahorros particulares, o lo que quedaba de ellos, desaparecieron. Las primeras víctimas fueron los profesores, médicos, funcionarios, jóvenes becarios y jubilados. La terapia de choque indignó a la sociedad, y los economistas liberales Shatalin y Yasin criticaron la manera en que se había aplicado. Y el Parlamento se enfureció contra aquellos a los que Rutskoi llamó los «chicos con pantalones color rosa», a quienes Yeltsin había confiado tan a la ligera, dijo, el destino del país.

El VI Congreso de los Diputados del Pueblo, reunido del 6 al 22 de abril, ofreció a los diputados la ocasión de entrar en guerra contra el presidente. Primero fue la política de Gaidar la que se sometió a un fuego nutrido de críticas. La Constitución abrió otro campo de batalla muy propicio a los proyectos bélicos de Jasbulatov. Tres textos se encontraron entonces compitiendo entre sí. El primero fue preparado por la muy oficial comisión constitucional que presidía en principio Yeltsin. Este daba grandes poderes al presidente, y reducía el Parlamento al papel de instancia consultiva. Shajrai había elaborado por su parte otro texto proponiendo una Constitución presidencial a la estadounidense, que Yeltsin preferiría. Por fin, Sobchak presentó un proyecto de Constitución parlamentaria. El Parlamento bloqueó toda discusión y Yeltsin concluyó que, para salir adelante, le hacía falta recurrir a un referéndum.

La cuestión cobró impulso en el VII Congreso de los Diputados del Pueblo, en diciembre. Tomando conciencia del estado de tensión del mundo político ruso y preocupado por no agravar más el conflicto, Yeltsin propuso al Parlamento un «período de estabilización», es decir, una moratoria sobre todos los proyectos y decisiones que amenazaban la estabilidad del sistema político y las instituciones. Jasbulatov le respondió atacando con violencia las reformas económicas «que han conducido al desastre y son obra de un gobierno inaceptable». Y pidió que ese «tiempo de estabilización» significase el respeto a la Constitución en vigor que permitía —preocupación primera de Jasbulatov— expulsar al gobierno sin otra forma de proceso. Yeltsin concluía con resentimiento: Jasbulatov quiere ser jefe del gobierno. El Parlamento seguía a Jasbulatov, esperando hacer caer el

gobierno. La oposición entre Yeltsin y el Parlamento era tan violenta que el presidente del Tribunal Constitucional, Zorkin, intervino y propuso lo que se llamaría «el compromiso de diciembre» para resolver la crisis. Conforme a ese compromiso, el «referéndum de confianza» que quería imponer Yeltsin se vio postergado hasta un momento indeterminado, lo mismo que el debate sobre la Constitución, y se decidió un procedimiento conjunto de nombramiento del primer ministro.

Gaidar era primer ministro de facto, pero no había sido investido, y Yeltsin comprendió entonces que el Parlamento se negaría a legitimar su estatus. No se equivocaba. Los candidatos elegidos por Yeltsin y por los diputados se sometieron al voto del Parlamento, que puso a Gaidar en último lugar, prefiriendo a Yuri Skokov —a quien descartaría Yeltsin, juzgándolo demasiado próximo al complejo militar-industrial— y Víktor Chernomyrdin, que sería investido el 14 de diciembre sin dificultades. Adiós a Gaidar. Entró entonces en escena un gran industrial de cincuenta y cuatro años que había dirigido Gazprom antes de convertirse en 1992 en ministro de Energía. Chernomyrdin se declaró de entrada «partidario de las reformas» pero hostil al «desorden» y al empobrecimiento del pueblo que ello entrañaba. Los conservadores del congreso quedaron satisfechos, habiendo cambiado un primer ministro al que se consideraba un liberal de tomo y lomo por un representante de la «vieja guardia». Las decisiones humillantes para Yeltsin no quedaron en la simple reprobación de su equipo. El 13 de febrero de 1993, el Parlamento restauró al Partido Comunista y aplaudió a los golpistas de agosto de 1991 que acababan de salir de prisión. El VIII Congreso de los Diputados del Pueblo, reunido del 10 al 13 de marzo, consagró esta vuelta atrás.

Pero no contaban con Yeltsin, que siempre daba lo mejor de sí mismo en los momentos de prueba. El 20 de marzo se dirigió a sus compatriotas por televisión, anunciándoles que colocaba el país bajo la administración presidencial en espera de nuevas instituciones. Añadió que tendría lugar un referéndum el 25 de abril para preguntar al pueblo: 1) si le seguía dando su confianza; 2) si quería una nueva Constitución, 3) si quería elecciones legislativas. A este discurso respondió un episodio poco glorioso que testimoniaba a la vez la difícil posición del presidente y las incoherencias del Parlamento. Este último, amparado por el Tribunal Constitucional, declaró que las proposiciones del presidente eran ilegales y pidió que un nuevo Congreso de los Diputados lo destituyera. Yeltsin se mostró evasivo, propuso anular el

referéndum y celebrar unas elecciones presidenciales y legislativas anticipadas. El congreso estaba desorientado. El voto sobre la destitución del presidente había tenido lugar, pero faltaban 72 votos sobre 689 para ponerlo en práctica. De modo que el congreso aceptó que se celebrara un referéndum el 25 de abril. Yeltsin se libró de una buena.

El 25 de abril sería para él un día de victoria: un 59 % de los votantes confiaban en él, el 53 % aprobaban la política económica y social del gobierno (pregunta número 2 del referéndum) y los que preferían renovar el Parlamento eran mucho más numerosos que aquellos que deseaban unas elecciones presidenciales anticipadas. Yeltsin ganó; sin embargo, sus adversarios no capitularon y afilaron sus armas.

Esa vez querían sangre.

Yeltsin siempre pensó que la reforma de las instituciones era una prioridad. Pero ¿cómo debatir sobre una nueva Constitución cuando el conflicto latente entre el presidente y el Parlamento se iba enconando y se extendía a todos los ámbitos de la acción política? La creación de un rublo ruso que sustituyera al rublo soviético que tuvo lugar el 24 de julio de 1993, medida indispensable para la economía rusa, provocó un inicio de pánico en el país y una auténtica explosión en el Parlamento. Ciertamente, no les habían consultado. El furor de los diputados se volvió mucho mayor aún el 17 de septiembre cuando Yeltsin llamó a Gaidar, bestia negra de la Asamblea, y lo nombró vice primer ministro encargado de Economía. Se inició una riña monumental. Rutskoi, que se había aproximado a Jasbulatov, acusó al presidente de proteger a grupos mafiosos e incluyó en esa denuncia a algunos ministros y al alcalde de Moscú. El 18 de septiembre, Jasbulatov declaró: «¿Qué podemos esperar por parte de nuestro presidente? Es un auténtico mujik ruso cuando está [y aquí un gesto para indicar el estado de embriaguez], y puede firmar cualquier decreto».⁵ El Kremlin respondió lanzando ataques igual de crueles, sobre todo contra Rutskoi, al que acusó de corrupción. Los insultos volaron en ambas direcciones; el nivel no resultaba demasiado honorable.

Yeltsin entonces decidió asestar a su adversario un golpe fatal. El 21 de septiembre firmó una ordenanza que disolvía el Parlamento, y anunció en una alocución televisiva la puesta en marcha de la reforma constitucional y la celebración de elecciones legislativas el 11 de diciembre. El Sóviet Supremo desvió el golpe. Suspendió a Yeltsin y nombró presidente a Rutskoi. Este también prestó juramento a la Asamblea. Apuntaba la guerra civil. Rutskoi y

Jasbulatov pretendían encarnar la legitimidad que solo podía ostentar el Parlamento. El dúo insurgente hizo distribuir armas a los diputados y civiles llegados como refuerzo para «defender el Parlamento». Llamaron también al ejército. Pero sobre todo se convocó el Congreso de los Diputados del Pueblo con el fin de hacer de la Casa Blanca un centro de la resistencia armada a las decisiones de Yeltsin. Comentario de Yeltsin: «Jasbulatov y Rutskoi han decidido hacerse un escudo vivo con los diputados».⁶

¿Qué podía hacer Yeltsin? Los representantes del pueblo ocupaban la Casa Blanca. Y el Tribunal Constitucional había declarado que su decreto de disolución no era conforme a la Constitución. Hizo rodear la Casa Blanca después de haberse asegurado con el general Grachov, ministro de Defensa, de que el ejército no se inclinaría del lado del Parlamento. Dos batallones de intervención (Dniéster y Delta), algunos destacamentos del OMON de Vilna y de Riga, así como algunos centenares de hombres de los servicios de seguridad habían respondido al llamamiento de Rutskoi y habían llegado para participar en la defensa del bando atrincherado.

Pasaron varios días sin que nadie se atreviera a ir demasiado lejos. El gobierno, que primero había cortado el sistema de comunicaciones y de electricidad de la Casa Blanca, acabó por restablecer la corriente. En octubre hacía ya mucho frío en Moscú, y condenar a los diputados a congelarse hubiera chocado mucho a la población, aunque esta no manifestase más que curiosidad por esa situación extraña. Por lo demás, Moscú estaba en calma. El 26 de septiembre, Rostropóvich, desembarcando una vez más en Moscú en momentos de extrema tensión, dio un concierto público en la Plaza Roja. El éxito fue considerable. Nadie habría podido sospechar que en aquel mismo momento, en la Casa Blanca, Jasbulatov en traje de combate arengaba a sus partidarios y apelaba a los viandantes o a los curiosos que se habían apiñado en el muelle, pidiéndoles que acudieran a «defender a los elegidos por el pueblo contra un asalto inminente». No hubo ningún asalto durante unos cuantos días más. El patriarca Alejo II intentó una mediación, invitando a ambas partes a evitar los enfrentamientos.

El asalto tuvo lugar finalmente el 4 de octubre. En la víspera, los generales Rutskoi y Makashov habían intentado ocupar con sus tropas la alcaldía de Moscú y sobre todo los locales de la televisión, situados en Ostankino. Fracasaron. En la madrugada del día 4, los tanques desplegados en torno a la Casa Blanca abrieron fuego. Por la tarde, la cosa había terminado ya: los

amotinados se habían rendido. Los jefes del motín (Rutskoi, Jasbulatov, los generales Barannikov, Dunaiev, Makashov y Achalov) fueron conducidos a la prisión de Lefortovo. Todo había pasado muy rápido, pero la rebelión acabó trágicamente. Hubo al menos ciento cincuenta muertos, un resultado muy elevado si lo comparamos con las tres muertes accidentales del golpe de Estado de 1991. La sangre había corrido, mientras el imperativo «nada de sangre nunca más» estaba grabado en la conciencia de todos los rusos. Ese drama dejaría sus huellas.⁷

Yeltsin se había desembarazado de un Parlamento intransigente. Las elecciones legislativas del 12 de diciembre restablecieron una vía parlamentaria normal. El mismo día, los electores aprobaron por un 57,4 % de los votos la Constitución que les proponía Yeltsin. Una página, un período atormentado de la nueva historia rusa, se cerraba de ese modo. Era hora de hacer balance.

1992-1994. Una nueva Rusia

A pesar del cañonazo sangriento de octubre de 1993, Boris Yeltsin podía considerar con cierta satisfacción lo que se había conseguido en dos años.

En el aspecto económico, el programa que había anunciado el 28 de octubre entró en vigor en enero de 1992. Se liberalizaron el comercio y también los precios, un 80 % para los precios al por mayor y un 90 % para los minoristas. Los derechos de aduana a la importación se habían suprimido ya. La sociedad había pagado muy caro esas decisiones, ya que el gobierno había reducido al mismo tiempo los sueldos de los funcionarios y las ayudas sociales. En mayo de 1992, el Parlamento puso freno a lo que llamaba los «excesos de Gaidar», negándose a que se cerraran las empresas no rentables y que se fuera más lejos aún en la liberalización de los precios de la energía y en el rigor monetario y presupuestario.

Los rusos sufrían, apretaban los dientes, aguantaban, pero la comunidad internacional aplaudía las decisiones de Gaidar. Rusia fue aceptada en el FMI y el Banco Mundial como miembro de pleno derecho en abril, y el G7 prometió 24.000 millones de dólares para ayudar a sus esfuerzos. Las privatizaciones, que eran responsabilidad de Chubáís, fueron difíciles de llevar a cabo: tuvieron como precio el saqueo de la economía nacional y un fuerte aumento de las desigualdades. Los «nuevos ricos» (o «nuevos rusos») desplegaron entonces

insolentemente unas fortunas mal adquiridas, mientras que los pobres cada vez eran más numerosos. En 1993, la industria estaba en recesión, el PIB había retrocedido en un 9 %, el consumo en un 5,5 % y la inversión en un 11,6 %. El déficit presupuestario se elevó (7,4 %) y la deuda exterior alcanzó los 112.700 millones de dólares. Al cambio, un dólar valía 1.034 rublos.⁸ Para los rusos, aquello era el resultado de una terapia de choque, y Solzhenitsyn preguntaba: «¿Le aplicarían ustedes a su madre esa terapia de choque?».

En el ámbito político, a pesar de la tragedia de octubre de 1993, debemos constatar que la Rusia de Yeltsin progresó por la vía del Estado civilizado. La Constitución tardó en reescribirse, pero en compensación se asistió a la eclosión de una vida política auténtica.

Primer rasgo de esa vida política: la aparición de una elite parlamentaria. Hasta 1992, el diputado de la Unión Soviética e incluso de los primeros Congresos de Diputados del Pueblo pertenecía a una categoría política todavía indefinida, elegida, ciertamente, pero en asambleas donde el lugar en el sistema político debía ser precisado por una reforma constitucional, y cuyo estatus seguía siendo vago. A partir de 1992, los diputados se convirtieron en profesionales de la política. Antes seguían ejerciendo sus profesiones (directores de fábrica, de colegio...) y no acudían a Moscú más que para las sesiones parlamentarias. De pronto, convertidos en parlamentarios a tiempo completo, se instalaron en la capital, dotados de todas las ventajas de su estatus (sueldo, alojamiento...) y sobre todo de inmunidad parlamentaria. Entonces empezaron a sentir que pertenecían a un cuerpo particular y que eran independientes con relación al poder ejecutivo. Las encuestas sociológicas muestran que la sociedad era consciente de la aparición de esa elite, que no la juzgaba siempre favorablemente, pero que le reconocía un verdadero poder. La noción de la separación de poderes penetró así en la conciencia colectiva.

A la profesionalización de la elite política se añadió entonces otro fenómeno: su organización en partidos políticos, que serían en su mayor parte partidos de la oposición. Desde mediados de 1992 se constató fácilmente esa tendencia de los parlamentarios a reunirse en torno a posiciones que, para la mayoría, oponían a las reformas una voluntad conservadora. Entonces se dibujó un paisaje político nuevo, caracterizado por personalidades que fundaban su partido, buscaban alianzas, se peleaban y a menudo transformaban varias veces

su organización. En poco tiempo, los pequeños partidos se multiplicaron, eclosionaron, desaparecieron, reaparecieron, dejando a los electores sin referencias sólidas. En torno a los jefes se fue creando cierta adhesión.

Una de las personalidades más relevantes de esa época turbulenta fue Nikolai Travkin, al que ya habíamos mencionado aquí, fundador del partido Democrático de Rusia, que experimentó enseguida la necesidad de extender la influencia de una posición centrista aliándose con otras formaciones. Se aproximaría así al partido Constitucional Demócrata de Mijaíl Astafiev y al Movimiento Cristiano Demócrata Ruso de Viktor Aksyuchits. Esos tres partidos se fundirían y formarían la Entente Nacional (*Narodnoe Soglasie*), que defendía la especificidad rusa, la integridad del territorio ruso y un liberalismo enmarcado por el Estado. Otra agrupación centrista era la Unión Cívica (*Grajdanskii soyuz*), cuyos jefes de fila eran el vicepresidente Rutskoi y su Rusia Libre, y Arkadi Volski, fundador de la Unión de los Industriales, que llevó al Parlamento a su grupo bajo la etiqueta de Renovación. Travkin abandonaría pronto la Entente Nacional por la Unión Cívica, juzgando que sus nuevos aliados (Volski por su capacidad de movilizar al mundo de la industria, Rutskoi por su posición en el Estado) estarían en disposición de ser mejor comprendidos por la sociedad. Ese giro al final resultaría decepcionante: la Unión Cívica siempre sería respetada, pero no tendría un público real.

La sociedad se mostraba más atenta a los movimientos extremos, cuyos líderes —generalmente muy talentosos— expresaban con vehemencia sus frustraciones. A la derecha, la personalidad más notoria es Vladimir Volfovich Zhirinovski, fundador del partido Liberal Demócrata de Rusia, que sedujo a los electores gracias a su talento de orador, porque defendía tesis patrióticas y se declaraba decididamente anticomunista en un momento en que los comunistas volvían a la vida política. Hay que citar también aquí a Serguei Baburin, fundador de la Voluntad del Pueblo, que predicaba un nacionalismo sin fisuras y que se reencontró en el seno del Frente de Salvación Nacional con los escritores Astafiev y Belov, el general Makashov e incluso el comunista Ziugánov. Ese frente reagruparía a cuarenta movimientos que iban desde los monárquicos a los comunistas, y que deploraban todos el declive de la potencia rusa. El escritor Eduard Limónov, personalidad incendiaria apta para casar los extremos, lanzó en otoño de 1993 el Frente Nacional Bolchevique. No acabaríamos nunca si tuviéramos que enunciar todas las organizaciones que surgieron entonces. Algunas eran conducidas por personalidades competentes y carismáticas, como

Yábloko, de Grigori Yavlinski, que fue una de las estrellas de esos años, pero cuya incapacidad para aliarse con otras formaciones supuso su fracaso. Con los comunistas rehabilitados, en cabeza de los cuales iría Ziugánov, vuelve a la escena política un partido más estructurado y profesional que la mayor parte de los demás. Sobreviviría a las turbulencias de los años de Yeltsin y se aseguraría un electorado estable y relativamente importante.

Esa noria de partidos y agrupaciones políticas refleja sin lugar a dudas cierta inmadurez de las elites políticas, poco preparadas para organizar partidos viables, defendiendo a menudo ideas contrarias —monárquicos y comunistas, por ejemplo— y uniéndose en su oposición a la política liberal y prooccidental de Yeltsin, lo que no contribuía a asegurar a cada uno un público fiel. Esa inmadurez se veía compensada por las cualidades de los responsables de los partidos y su voluntad de representar a la sociedad. En definitiva, se constata ahí la dificultad del aprendizaje democrático en un país donde un partido único fue durante tres cuartos de siglo la única forma conocida de representación social.

Por fin, en el capítulo de esa vida política naciente, hay que citar las relaciones directas que Boris Yeltsin quiso mantener con el pueblo ruso. Su presidencia, marcada por un clima político difícil, rozando quizá la guerra civil, estuvo jalonada por sus «llamamientos directos al pueblo». Los rusos evocaron a este respecto al general De Gaulle, que consideraba que ese vínculo directo con el pueblo era la característica de su legitimidad. Lo que diferenciaba, sin embargo, la manera en que ambos hombres concebían ese vínculo es que el general De Gaulle situaba su legitimidad en el marco de unas instituciones democráticas bien ancladas, mientras que Yeltsin buscaba consolidar su legitimidad en un marco institucional todavía inestable y fundaba su llamamiento al pueblo no en consideraciones legales, sino en la conciencia colectiva. Su mensaje constante a sus compatriotas era que Rusia entera debía perseverar por el difícil camino que conducía al Estado civilizado.

La vida política estabilizada

La Constitución, sujeto de conflictos violentos, fue aprobada finalmente el 12 de diciembre de 1993.⁹ Esa ley fundamental respondía a los votos de Yeltsin y aprendía del fracaso de Gorbachov y la crisis del otoño de 1993. Era incontestablemente una Constitución *presidencial*,¹⁰ aunque el artículo 10

afirmaba fuertemente la separación y la independencia de los tres poderes. El presidente, cuyos poderes se recogían en el capítulo IV, artículos 80 a 94, fue elegido por sufragio universal para cuatro años (la revisión constitucional de diciembre de 2008 llevaría ese mandato a seis años) y solamente para dos mandatos consecutivos. Era jefe de Estado, jefe de los ejércitos y presidente del Consejo de Seguridad. Si bien las condiciones de destitución del presidente plasmadas en el artículo 92.1 eran muy imprecisas, la Constitución había aprendido de la tragedia del otoño. En la hipótesis en que el presidente no pudiera ejercer sus funciones, el párrafo 3 del artículo 92 confiaba sus poderes al jefe del Gobierno, que en el marco de ese reemplazo no podía ni disolver la Asamblea ni decidir un referéndum, ni sobre todo proponer enmiendas o un cambio de Constitución. Así, la vicepresidencia, que había sido fatal para Gorbachov y que impulsó a Rutskoi al golpe de Estado, había desaparecido de la nueva organización del Estado ruso. El presidente también estaba protegido por su inmunidad, por las condiciones muy laxas de la destitución y por un concepto rígido de la suplencia. Aunque tenía necesidad del acuerdo de la Duma para investir al gobierno y para decidir la ley marcial y el estado de emergencia, el presidente tenía la posibilidad de disolver la Duma en caso de conflicto continuado sobre el nombramiento del gobierno. En fin, como otra lección del pasado, disponía de una administración presidencial que le rodeaba y le evitaba tener que enfrentarse solo con las presiones parlamentarias (artículo 83.i).

El Parlamento (Asamblea Federal) era bicameral. El Consejo de la Federación estaba formado por representantes de los sujetos de la Federación (89 en 1993; desde entonces se ha reducido su número), a razón de dos diputados por cada entidad federal. Ese reparto de los escaños consagró una victoria de los sujetos pequeños de la Federación, que estaban representados de forma diferenciada en la Constitución soviética. La Duma estaba compuesta por 450 diputados, de los cuales la mitad se elegía por listas con escrutinio proporcional, y la otra mitad por circunscripciones con escrutinio mayoritario. Los artículos 109, 111 y 117 precisaban las condiciones en que el presidente ejercía su derecho de disolución. Si la Duma rechazaba por tercera vez el gobierno que le había sido presentado, se producía su disolución, y lo mismo ocurría si la Duma desafiaba al presidente y al gobierno. El capítulo VII consagraba un poder judicial independiente con jueces nombrados con carácter vitalicio, un Tribunal Constitucional compuesto por nueve jueces, un Tribunal Supremo y un Tribunal Supremo de Arbitrio.

Al leer la Constitución domina la impresión de que el presidente es todopoderoso, pero el desarrollo de una experiencia política permitió al Parlamento, en sus dos cámaras, representar un papel real.¹¹ El entusiasmo de los electores ante el escrutinio de diciembre de 1993 (53 % de sufragios expresados) demostró que el interés por la política se mantenía, a pesar de las dificultades materiales nacidas de las reformas y de cierto desprecio por unos elegidos demasiado visiblemente apegados a las ventajas materiales de las funciones electivas o de poder. Los privilegios tan ardientemente denunciados por Yeltsin subsistían, fascinando a los que podían acceder a ellos y asqueando al ruso medio. El lema «todos podridos» empezó a ganar terreno. Los dos años que siguieron a la normalización constitucional de Rusia serían contradictorios, a menudo caóticos, y durante ese tiempo, la autoridad personal de Boris Yeltsin suscitaba muchas dudas.

Él abordó todos esos años como un triunfador: la oposición estaba aplastada, la Constitución le confería poderes enormes, y las elecciones, a pesar de las dificultades materiales, le habían confirmado que los reformadores eran respetados. Esos últimos, en efecto, habían conseguido casi un tercio de los escaños en la Duma, y Gaidar, encarnación de la terapia de choque, el hombre más odiado, llegó en cabeza. Su partido, Elección de Rusia, obtuvo 66 escaños de 444. Ciertamente ganó por dos escaños a Zhirinovski, que fue el crítico más virulento de la política de reformas y de «abandono de Rusia».¹² No fue una victoria personal para Yeltsin, para la línea seguida desde finales de 1991 por el Kremlin, pero los resultados electorales le incitarían a reaccionar.

Yeltsin conoció un momento de optimismo del que da testimonio su adicción al deporte. Desde hacía casi un año tenía una nueva pasión, el tenis, y redescubrió también la caza, que practicaba en Zavidovo, finca a la que Brézhnev invitaba a Kissinger para compartir su ocio. Fue, por tanto, un Yeltsin en plena forma el que inició el año 1994 y buscó respuestas a la crisis atravesada. ¿Cómo encontrar un acuerdo con la sociedad? ¿Y con la elite política? Reconciliarse con la sociedad suponía un examen, o incluso un cuestionamiento de la política económica seguida hasta entonces. Chernomyrdin era el hombre del momento. Propuso a Yeltsin un plan poco realista: un sistema financiero y monetario ruso-bielorruso único. Y en su defecto, abrió las compuertas a las subvenciones en el sector agrícola, industrial y de inversión. Y con ello resucitaba la inflación. Gaidar se indignó; no tenía otra elección que abandonar el gobierno. En aquella ocasión, la «era Gaidar» pertenecía verdaderamente al pasado. Con él partían del

gobierno apenas formado el ministro de finanzas, Boris Fyodorov, y la de Asuntos Sociales, Ella Panfilova. El espíritu de 1991 subsistía, ya que Anatoli Chubáís seguía en el gobierno para ocuparse de las privatizaciones. Él también era una personalidad notable: liberal en todos los sentidos, obstinado, no cedía nunca.

Yeltsin esperaba que, al haberse separado de la mayoría de los jóvenes lobos de la reforma, el Parlamento se calmase y se instaurase una cierta paz política. Era una ilusión: lo descubrió el 26 de febrero con la amnistía de los golpistas de 1991 y 1993, que sería para él un golpe terrible. La decisión la había tomado la Duma apenas elegida, que manifestó ya de entrada unos sentimientos poco corteses hacia el presidente. El asunto había empezado el 17 de enero, cuando un diputado propuso que una comisión parlamentaria preparase el proyecto de amnistía. A esa propuesta provocadora siguió la sugerencia más provocadora aún de una reunión con los parlamentarios de Bielorrusia y de Ucrania, con el fin de denunciar el acuerdo de Belavezha. Esa segunda propuesta no obtuvo más que 123 votos, pero la señal para el presidente fue inquietante. En cuanto al proyecto de amnistía, cortocircuitó su propuesta de no amnistiar más que a «las personas que no supusieran amenaza alguna para la sociedad». La Duma ignoró el planteamiento de Yeltsin y adoptó su propio texto por 253 votos a favor y 67 en contra, decidiendo además liberar sin demora a setenta y cuatro personas, entre ellas enemigos jurados del presidente: Jasbulatov, los generales Ruskoi y Makashov y el fundador del Partido Comunista Obrero de Rusia, Viktor Anpílov. ¿No era acaso una manifestación no disimulada de hostilidad con respecto a él? Informado del voto parlamentario, Yeltsin había empezado a poner peros, esperando ganar tiempo, pero no consiguió nada: se inclinó sin reaccionar más para gran decepción de sus colaboradores.¹³ ¿Dónde quedaba el presidente impetuoso de antes?

Yeltsin quería iniciar un diálogo con el poder legislativo, cosa que explica su pasividad respecto a la amnistía. El 24 de febrero, Yeltsin se dirigió a la Asamblea Federal, las dos cámaras reunidas conforme al párrafo 3 del artículo 10 que estipulaba: «Las cámaras pueden reunirse para escuchar un discurso del presidente de la Federación de Rusia». Ese discurso fue muy moderado, adecuado para reconciliar todos los puntos de vista. Yeltsin expresaba su voluntad de restaurar el «poder del Estado» por motivos internos (sobre todo para aligerar el precio de la transición hacia la economía de mercado) y por motivos externos: la necesidad de Rusia de imponerse frente a Occidente y

aproximarse al «extranjero próximo». Propuso al Parlamento un «memorándum de paz civil» que firmarían bajo el nombre de Acuerdo de Entente Social¹⁴ en el Kremlin, el 28 de abril, los presidentes de ambas cámaras. El ejecutivo se comprometía a llevar una política económica y social *razonable* en los dos años que conducían a las elecciones legislativas y presidencial, y el legislativo decidía, por su parte, no oponerse al ejecutivo en ese mismo período.

Tranquilizado por ese resultado, Yeltsin fue a descansar a Sochi. Decisión imprudente, ya que en ese momento preciso circulaba por Moscú —y por todo el país— un texto anónimo titulado *Versión 1*, y después *Versión 2*, que publicaría la *Obshchaya Gazeta* y sería muy difundido por la Radio Eco de Moscú. Según ese documento, un grupo de responsables políticos de alto nivel estaría preparando apartar a Yeltsin, de acuerdo con los ministros de estructuras «fuertes» Grachov (ministro de Defensa), Stepashin (viceministro del Interior) y Yerin (ministro del Interior). La justificación de ese complot sería «la debilitada salud del presidente, incapaz de asumir sus funciones». Se supo enseguida que ese texto era una impostura, que ninguno de los supuestos conjurados tenía responsabilidad alguna sobre él, pero a pesar de los desmentidos («¡Provocación grosera!», aulló Yeltsin cuando se le mostró), el daño ya estaba hecho. Había circulado y provocado debates y recordado una vez más la vulnerabilidad física del presidente. También testimoniaba que la crisis interna persistía y que los acuerdos de compromiso eran de una extrema fragilidad.

La vulnerabilidad presidencial iba a volver a estar sobre la mesa poco después, tras lo que se llamó «escándalo de Berlín».¹⁵ Como telón de fondo de ese escándalo, estalló una crisis financiera en julio de 1994. Estalló el montaje financiero MMM, creado por Mavrodi, un timador astuto. Ese sistema había fascinado a los inversores, y su quiebra los arruinó y provocó el pánico y el furor popular contra un poder que «deja lugar a especulaciones azarosas y deshonestas». En ese momento preciso, volviendo de una entrevista con el presidente Clinton en Estados Unidos, Yeltsin, que según lo previsto iba a reunirse en el curso de su escala en Shannon con el primer ministro irlandés, fue incapaz de salir del avión. Una indisposición, según la versión oficial; la bebida, según los rumores. Y eso no era todo. Algunos días más tarde, el 31 de agosto en Berlín, donde debía presidir con el canciller Kohl el desfile que marcaba la partida de las tropas soviéticas de Alemania, Yeltsin atrajo una vez más la atención. Esta vez por una cuestión incómoda: estaba muy sonriente, visiblemente descansado. De repente se puso a canturrear, y después se apoderó

de la batuta del director de orquesta presente en la ceremonia, fingiendo que dirigía a los músicos. Fantasías que el protocolo reprueba. Y los rumores empezaron de nuevo: ¿otra vez la inclinación del presidente hacia la bebida?

En esta ocasión sus colaboradores reaccionaron firmando un texto colectivo. Le sería remitido en el avión que le conducía a Sochi, donde una vez más iba a descansar. Ese memorándum era algo inhabitual. Sus colaboradores le ponían en guardia contra «una actividad en declive», «una influencia que va disminuyendo en la situación política», «la ausencia de consultas y de contactos con los partidos y los responsables políticos», «una parte demasiado grande dejada al azar, incluso al capricho», «un aislamiento», y ese «objetivo constante: la fatiga del presidente, así como sus consecuencias, altivez, intolerancia, negativa a hacerse cargo de las informaciones que no le complacían, actitudes caprichosas, y a veces incluso comportamiento insultante hacia los demás». ¡Cuántas acusaciones! Aunque el texto concluía haciendo un llamamiento a apoyarse en unos colaboradores fieles, que aseguraban que creían en él, ¿cómo es posible que Boris Yeltsin no se sintiera ofendido por un procedimiento que evocaba las «malas costumbres» que el escándalo de Berlín había puesto de manifiesto? Yeltsin estaba enfrentado a siete fieles, firmantes del texto, y a otros coautores que permanecían en la sombra. ¿Qué pensaba de la crítica de su fiel Korzhakov, del cual no se había separado desde 1990, de algunos miembros de su gabinete —Liudmila Pijoia, Viktor Iliushin y Dimitri Riurikov—, del general Barsukov, de Vyacheslav Kostikov? Solo este último sería sancionado, pero la pena sería ligera porque Yeltsin lo nombraría embajador ante la Santa Sede. A los demás solo les reprochará «sus vacaciones estropeadas por su insolente mensaje». Su reacción profunda solo la conoció su perspicaz esposa, Naina Iosifovna. Ella comprendió —y lo diría así más tarde— que Yeltsin se sentía traicionado, abandonado por aquellos que le rodeaban, y que ese sentimiento acentuó su propensión al aislamiento y a los defectos subrayados en la famosa carta.¹⁶

Los acontecimientos se sucedían, dejando poco lugar a la reflexión. El 11 de octubre fue el *martes negro*, día en que el rublo perdió en un instante el 21 % de su valor. Esa caída provocó el pánico y una crisis política. Yeltsin habló de «golpe de Estado financiero», pero en realidad ese martes negro no era tan extraordinario como se pudiera creer. Lo habían precedido otros dos martes negros: los martes 26 de enero de 1993 y 18 de enero de 1994, y el rublo se había repuesto enseguida y muy bien. Ese martes negro de octubre hacían falta

4.000 rublos para obtener un dólar; cuarenta y ocho horas más tarde, el cambio se efectuaba ya a menos de 3.000 rublos. El gobierno de Chernomyrdin pudo proseguir su camino a pesar de la cólera popular, de los rumores de expulsión, de una huelga que pusieron en marcha los sindicatos y de una moción de censura en que a la Duma solo le faltaron 32 votos para conseguir un cambio de gobierno. El acuerdo del 28 de abril, la entente gloriosamente proclamada aquel día, no había durado mucho tiempo, pero la oposición a la que se enfrentaba Yeltsin estaba todavía muy dividida.¹⁷ A raíz de la moción fallida, dijeron que deseaban la organización de unas elecciones presidenciales anticipadas, cosa que señalaba bien su hostilidad hacia el presidente, pero el efecto sería el contrario. Yeltsin recuperó su fuerza combativa y reaccionó en varios frentes.

Por difícil que fuese para él el año 1994, en todos los ámbitos decisivos en realidad no fue un año de fracasos. En primer lugar, tuvo que hacer frente a varios proyectos separatistas que amenazaban la unidad de Rusia. Lo habíamos visto en el momento de votar la Constitución, en el que repúblicas importantes (Tartaristán, Baskortostán, Daguestán, Chechenia) se habían negado a jugar a aquel juego. El Cáucaso Norte y toda la región del Volga se sentían extrañas a la Federación de Rusia y lo expresaron con firmeza. Hasta febrero de 1994, Yeltsin no consiguió convencer al presidente tártaro, Shaimiev, de que firmase el tratado de la Federación. El reparto de competencias se realizó en detrimento de Rusia. Tartaristán estaba dotado de un estatus privilegiado, cosa que hacía de él un auténtico Estado soberano. El tratado estipulaba, en efecto, que Tartaristán y Rusia estaban unidos sobre la base del nuevo tratado y de las Constituciones de ambos Estados. Ahora bien: subsistían contradicciones entre las dos Constituciones y el tratado no fue sometido, como habría debido ser el caso, a la aprobación del Consejo de la Federación. Ese tratado reconocía a Tartaristán la capacidad de conducir su propia política exterior y sus relaciones económicas con otros Estados, el derecho a decidir cuestiones de propiedad, del uso y de la distribución de la tierra, y de los recursos naturales situados en el interior de sus fronteras.¹⁸ Dos meses más tarde, Baskortostán (o Baskiria) firmó el mismo acuerdo. Luego ya volveremos sobre el caso de Chechenia.

Antes, ¿cómo no añadir a las ventajas reconocidas a esas repúblicas que aspiraban a un destino estatal ilimitado la amenaza que hacían pesar entonces sobre la integridad rusa de las regiones cuyas poblaciones eran generalmente rusas? En 1991, en el Extremo Oriente ruso, donde existía desde la guerra civil de los años veinte un Estado independiente, surgió un movimiento para reclamar

la restauración de aquel Estado. Apenas aplacada esa exigencia —pero ¿por cuánto tiempo?—, se manifestó una reivindicación mucho más estructurada. En 1993, el Sóviet de la región de Sverdlovsk organizó un referéndum sobre la creación de una república de los Urales. El líder de ese movimiento, Eduard Rossel, era una personalidad notable, dotado de un gran carisma. De origen alemán, hijo de «enemigos del pueblo» desaparecidos en el gulag, consiguió a base de inteligencia y de energía hacerse un hueco en la política de la Rusia postsoviética. Elegido gobernador de Sverdlovsk después del referéndum, anunció triunfalmente el nacimiento de la República de los Urales, y su intención de abrirse a las regiones vecinas que desearan compartir su dinamismo y sus recursos. Solo la habilidad de Yeltsin y su larga familiaridad con las elites de los Urales le permitieron devolver a la razón al voluble gobernador. Pero esa iniciativa testimoniaba la realidad de la amenaza separatista. Chechenia sería la ilustración más fuerte y la más trágica. Desde finales del año 1994, Rusia y el poder ruso vivirían sumidos en la guerra chechena.

La guerra sucia

La crisis chechena —ya que al principio todo aquello se percibía en Moscú como una crisis regional— empezó en agosto de 1991, cuando los nacionalistas chechenos reunidos en torno a Dudaiev consideraron el golpe de Estado a la luz de las consecuencias que tendría sobre Chechenia, y a raíz de su fracaso desencadenaron la revolución chechena.¹⁹ Pero los acontecimientos que sacudieron a Rusia en 1991-1992 desviaron entonces la atención de sus responsables de los efectos del golpe en el Cáucaso.

Dudaiev presidía entonces los destinos de una república miserable y corrupta que quería extender su influencia al Cáucaso Norte y a diversas partes pequeñas del imperio: microestados con poca estabilidad Abjasia, Osetia del Sur, Karabaj, Transnistria. Inquieto por esa agitación y por los disturbios que iban en aumento, Yeltsin comprendió la necesidad de iniciar un diálogo con Grozni y confió esa tarea a su ministro de Asuntos Nacionales, Shajrai. A partir de noviembre de 1992, este había elaborado un proyecto de tratado con Chechenia fundado sobre una estricta separación de poderes entre instituciones rusas e instituciones chechenas. Dudaiev había rechazado ese proyecto, que sirvió en 1994 de modelo a la reconciliación ruso-tártara.²⁰

Otro negociador que se propuso de una manera inesperada, y que Moscú no quería, era Jasbulatov. Este había vuelto tras su liberación de prisión en marzo de 1994 a su Chechenia natal, y se había instalado en Tolstoi-Yurt, un pueblo situado al norte de Grozni. Jasbulatov era muy popular en Chechenia: acudió allí y multiplicó las reuniones, de las que extrajo, a su regreso a Moscú tres meses más tarde, una declaración pública «sobre la situación en la República de Chechenia». Abogaba por una solución política a la crisis e insistía en los peligros de una intervención militar. Yeltsin lo tenía por enemigo personal suyo, y por tanto no le escuchó y no pudo representar el papel de intermediario o mediador que su origen étnico y su prestigio en Chechenia quizá habrían favorecido.

Eso explica que alrededor de Yeltsin, el «partido de la guerra» fuera el único escuchado. El 29 de noviembre, Yeltsin consultó a Baturin, su consejero en los problemas de seguridad, que respondió: «No hay solución militar al problema checheno». Y Yeltsin replicó: «Ya he nombrado un consejo de seguridad para Chechenia. No tiene que participar en él». Ese consejo comprendía a Yeltsin, que lo presidía, a Chernomyrdin; Oleg Lobov, secretario del Consejo de Seguridad; Vladimir Shumeiko, presidente del Consejo de la Federación, Iván Ribkin, presidente de la Duma; Pavel Grachov, ministro de Defensa; Viktor Yerin, ministro del Interior; Serguei Stepashin, presidente del Servicio Federal de Seguridad; Vladimir Panskov, ministro de finanzas; Andréi Nikolaiev, jefe de los guardias fronterizos; Serguei Shoigú, ministro de Situaciones de Emergencia; Serguei Shajrai, primer ministro adjunto; Yuri Kalmikov, ministro de Justicia, y Evgeni Primakov, director de los Servicios de Información Exteriores. Consultados ese mismo 29 de noviembre sobre la actitud a adoptar en Chechenia, todos los miembros del consejo se pronunciaron a favor de la intervención militar, con la única excepción del ministro de Justicia, nacido en el Cáucaso y que estaba muy apegado allí. Poco después de esta consulta, por cierto, sería despedido de sus funciones. Dando tan ligeramente su apoyo a un conflicto armado, el consejo parecía recuperar la idea expresada después de las elecciones por Zhirinovski: «¿Podría ser útil a Rusia una guerra victoriosa?».

El 11 de diciembre, dirigiéndose a sus compatriotas, Yeltsin declaró: «Buscamos una solución política al problema de un sujeto de la Federación, la República de Chechenia; debemos proteger a los ciudadanos del extremismo

armado. Pero actualmente es imposible conjurar mediante discusiones pacíficas el peligro de una guerra civil total en Chechenia».²¹

La guerra empezó el 18 de diciembre. Grachov había declarado que sería corta y «naturalmente», victoriosa. Posteriormente Andréi Kozyrev reconocería: «Los militares nos habían convencido, durante la reunión del Consejo de Seguridad, de que sería una “guerra relámpago sin derramamiento de sangre”, y que no duraría más allá del 20 de diciembre».²² La incursión sobre Grozni, que según Grachov debía llevarse a cabo «en un relámpago», fue terrible. Hizo falta un mes entero para tomar el palacio presidencial, y otro mes más para aislar Grozni. Yeltsin creyó durante un tiempo en el éxito de la operación, ya que las tropas rusas progresaban en el país checheno bombardeando a los rebeldes que buscaban refugio en las montañas. Ya se sabía que el precio pagado por esos primeros éxitos era espantoso. Más de 2.000 muertos en algunos meses, miles de heridos, desaparecidos a centenares, y atrocidades que relataban los corresponsales de guerra rusos y extranjeros. Las madres de los soldados, como aquellas que se batieron para salvar a sus hijos durante la guerra de Afganistán, se pusieron en marcha para buscar cadáveres, pero también para interpelar al poder. Serguei Kovalev, representante de Yeltsin encargado de la cuestión de los derechos humanos, contaba a su regreso de Grozni los horrores de la guerra. Intentó convencer al presidente del error cometido y de la necesidad de ponerle fin. Yeltsin tuvo que escuchar también a su comité de expertos sobre Chechenia, que presidía Kovalev y que reunía a Volkogonov, Emil Pain, Kariakin, Yasin y algunos otros. Todos rogaban un cambio de política. Chernomyrdin estaba convencido también, y se embarcó en una negociación con unos representantes de la OSCE en Grozni. Chocó con la oposición de los militares, convencidos de que la victoria era inminente.

El 14 de junio de 1995, el golpe de mano de Shamil Basaiev sobre Budiónnovsk vino a desmentir esos cálculos optimistas. Basaiev había anunciado desde hacía mucho tiempo que iba a «trasladar la guerra a territorio ruso». Ese líder checheno era una leyenda. ¿Acaso en noviembre de 1991 no había desviado un avión ruso de camino hacia Turquía, antes de ir a pelearse en Abjasia para convertirse en ministro de Defensa allí? Ya en 1985 Shevardnadze acusaba a Rusia de jugar con fuego en Abjasia presionando a los chechenos. «No habría guerra chechena, a día de hoy, si no hubiera existido la tragedia abjasia», diría, citando el caso de Basaiev para ilustrar su tesis.²³ El 14 de junio, Basaiev penetraba en la villa de Budiónnovsk, situada en el territorio de Stávropol, a la

cabeza de un grupo muy bien equipado. Once días antes había caído un obús en la casa donde vivía su familia, matando a todos los habitantes, entre ellos su mujer y sus hijos. La operación de Budiónnovsk era a la vez su venganza personal y el cumplimiento de su promesa de llevar la guerra a Rusia. Sus hombres se apoderaron del hospital, de diversos edificios y sobre todo de 1.400 rehenes, entre ellos muchos enfermos, mujeres y niños. Cuando dos días más tarde las tropas federales intentaron una incursión para liberarlos, hubo que lamentar veinte muertos entre los rehenes y numerosos heridos. Se imponía una realidad: sin negociación, todos los rehenes estaban condenados a morir.

Chernomyrdin abrió enseguida negociaciones con los chechenos, e incluso directamente con Basaiev. Yeltsin participó entonces en la reunión del G8 en Halifax. Diría que asumía la responsabilidad del asalto asesino y de los muertos, pero acusaría a los militares de haber actuado con precipitación. Dejaría a Chernomyrdin las manos libres para negociar. Basaiev pedía que se detuvieran las batallas. Los rehenes fueron liberados en la frontera chechena a cambio de un salvoconducto entregado al comando de Basaiev, que se retiró a las montañas. Las negociaciones prosiguieron hasta el 30 de julio, momento en que se firmó un acuerdo entre las dos partes. ¿Fue aquel el final de la terrible guerra? Ciertamente, no: los incidentes se multiplicaron, los militares refunfuñaban a la hora de seguir las políticas, asegurando que no habría paz en tanto que los chechenos no hubiesen depuesto las armas.

A su regreso a Moscú el 29 de junio, Yeltsin reunió al Consejo de Seguridad. Empezaron a caer sanciones. Destituyó al responsable de la administración de Stávropol, Kuznetsov; al ministro del Interior, Yerin; al jefe del KGB Stepashin y a Yegorov, mientras que Grachov y el secretario del Consejo de Seguridad, Lobov, salvaron su puesto. Para este último, el respiro sería de breve duración. Nombrado representante especial de Yeltsin en Chechenia el 25 de agosto, quedó herido un mes más tarde en un atentado con un coche bomba. Volvió enseguida la violencia; la esperanza de paz no era más que un recuerdo.

En Rusia y también en Chechenia llegó en diciembre de 1995 el tiempo de elecciones. En la pequeña república tan agobiada por los problemas, el voto se desarrolló en unas condiciones dudosas, mientras retumbaban los cañones. El resultado podía parecer acorde a los deseos rusos. Los electores colocaron a Doku Zavgaiev en cabeza de la república; ese antiguo segundo secretario del Partido Comunista de la república había sido elegido al Congreso de los

Diputados del Pueblo de Rusia y parecía ser, en cierta medida, el protegido o elegido por Yeltsin.²⁴ Sin embargo, Rusia no consiguió imponer a la república rebelde un tratado parecido a aquel que el Tartaristán había firmado al final, y la guerra no acabó.

Hay que interrogarse aquí por los motivos que llevaron a Yeltsin, que había declarado a las repúblicas unos años antes: «Tomad toda la independencia que podáis digerir», a imaginar la guerra, y no una negociación prolongada, como solución al problema checheno. Sin duda hay que tener en cuenta la influencia creciente que los halcones ejercían sobre él. ¿Quiénes eran estos? El general Korzhakov, Oleg Soskovets, Nicolai Yegorov, el general Barsukov, Oleg Lobov, el general Grachov, Serguei Stepashin y Viktor Yerin. En su mayor parte hombres jóvenes, nacidos a mitad de siglo, para los cuales los recuerdos de la guerra eran algo desconocido, mientras la nostalgia de la pujanza perdida de su país les atormentaba. Yeltsin no era belicista, pero en Chechenia aquel que habría sido el mejor interlocutor de Rusia, Ruslan Jasbulatov, era su bestia negra. En Grozni, Jasbulatov era un héroe y tenía todo el aspecto de presidenciable. Habría podido e incluso debido ser elegido en diciembre: su ambición era restablecer la paz y salvar a Chechenia. Yeltsin no quería ni oír hablar del asunto. Había optado, por tanto, por procurar que eligieran a Zavgaiev contra Jasbulatov. Le animaba a ello su consejero, Shajrai, vinculado por sus orígenes a esa región agitada (venía de una familia de cosacos del Terek) y convencido de que en Chechenia un gobierno fiable debía estar «preparado» por los rusos. De ahí el rechazo del único candidato serio a la sucesión de Dudaiev, Jasbulatov, que habría podido quizá imponer a sus compatriotas un acuerdo a la «tártara».²⁵ Así, la terrible guerra de Chechenia, que desmoralizó a la sociedad rusa e indignó al mundo, resultó ser más producto de pasiones personales y de cálculos políticos erróneos que de presiones de halcones siempre encantados por la posibilidad de mostrar su fuerza.

La autoridad presidencial cuestionada

La guerra de Chechenia no había creado una «unión sagrada», lejos de ello. El 21 de junio, cuando los rehenes apenas acababan de conseguir la libertad, la Duma se puso en pie de guerra contra el presidente, al que quería destituir una

vez más, pero 122 voces faltaron a la llamada. Atacó también al gobierno, al que censuró por 241 votos. Después de haber votado, los diputados tuvieron que reflexionar sobre las consecuencias de sus actos. El artículo 117.3 de la Constitución estaba claro: el presidente debía cambiar de gobierno o bien la Duma debía, al cabo de tres meses, votar una vez más el rechazo, y entonces el presidente podía elegir entre deshacerse del gobierno y disolver la Asamblea Federal. Esta no estaba dispuesta a desaparecer, apenas establecida, y se sentía menos inclinada aún a enfrentarse a los electores. Por lo tanto, el ejecutivo y el legislativo hicieron las paces. El presidente se dedicó a escuchar más los deseos del Parlamento —en particular sobre Chechenia— y este prometió no manifestar más su hostilidad. Las expulsiones decididas por Yeltsin en el Consejo de Seguridad tranquilizaron los ánimos.

La vida política volvió por sus fueros, en unas condiciones difíciles para el presidente. Su salud era un problema constante. Sufrió un infarto el 10 de julio. Sus colaboradores intentaron disimular la gravedad de la crisis y se refirieron a un accidente debido a la presión excesiva de los acontecimientos. De hecho, Yeltsin actuaba como si no hubiera pasado nada: una breve hospitalización, viajes a Francia y Estados Unidos, y después un tiempo de descanso en Sochi. Pero la tregua no duró mucho: el 26 de octubre, nuevo episodio cardíaco. Esta vez los médicos reunidos en gran concilio declararon que había que dar tiempo al enfermo. Un mes de hospital y de reposo. Pero la vida política tiene su propio calendario, y las elecciones legislativas debían tener lugar en diciembre, y después las presidenciales al año siguiente. Para las elecciones legislativas, un nuevo dato atormentaba a todos: ¿sería factible un regreso de los comunistas? Prohibido y vilipendiado al principio de la década, el Partido Comunista había resurgido. Desde el mes de septiembre (entre dos ausencias del presidente), su administración hablaba a los medios de «cerrar el paso a los rojos». Se imponía la idea de impulsar dos partidos políticos: uno de centro derecha, otro de centro izquierda. El primero conducido por Viktor Chernomyrdin, a quien Yeltsin estaba tanteando para que le sucediera, sería Nuestra Casa Rusia. El segundo, confiado al presidente de la Duma, Iván Ribkin, sería una mezcla «socialdemócrata» y «agraria con rostro humano». «Avanzaremos en dos columnas», declaró entonces Yeltsin en televisión.

Frente a las dos «columnas» gubernamentales estaba el enemigo: el Partido Comunista, restablecido en sus derechos en 1993 y que había llevado a cabo sobre el terreno, en lo más profundo del país, donde le esperaba una población

desorientada, un notable trabajo de reimplantación. Estaba dirigido por un político de calidad, Guenadi Ziugánov, carismático, hábil, que jugaba la carta de la apertura hacia el centro, hacia los monárquicos incluso, halagando la sensibilidad del electorado tradicional del partido apegado a la patria, a la solidaridad y a la historia. La víspera de las elecciones contaba con más de medio millón de militantes activos, orgullosos del regreso de su partido, y que aparecerían como observadores en todos los colegios electorales, atentos a que no se perdiera ni un solo voto comunista. No sería el caso de otros partidos. Organizado también, el partido Liberal Demócrata de Zhirinovski contaba con tropas fieles. En el mismo registro que él, otros partidos defendían el tema nacional. Lo que podía recibir atención era el Congreso de las Comunidades Rusas (KRO), de Yuri Skokov y Serguei Glazev, porque se les había unido una «estrella», el general Lebed, veterano de Afganistán y jefe del XIV Ejército, que se distinguió en Transnistria.

Ante esas grandes organizaciones, los liberales se encontraban en una situación complicada, ya que habían dejado espacio para las divergencias personales. Primero, Egor Gaidar, el hombre de la «terapia de choque», al menos esa era la imagen que le perseguía y que había contribuido al poco éxito de su partido, Opción de Rusia, en las elecciones precedentes. Para hacer olvidar ese pasado, rebautizó su partido como Opción Democrática de Rusia, e intentó constituir un frente con los demás reformadores. Padecía de dos males: no le apoyaba ya Yeltsin, y los partidos que este patrocinaba se alimentaban de su electorado. Y sobre todo, eterna debilidad de los liberales rusos —como se había constatado ya desde el siglo xx—, estos eran incapaces de entenderse entre ellos. El socio natural de Gaidar tendría que haber sido Yavlinski, que hacía vida aparte con su partido Yábloko. ¡Y cuántas pequeñas formaciones liberales respetables, como Mujeres de Rusia, querían ir a la batalla por su cuenta y riesgo!

El resultado reflejó ese desorden político. El gran vencedor fue el Partido Comunista, que consiguió 149 escaños sobre 450. Con sus aliados de izquierda sumaba 224 escaños, la mitad de la Duma. Los partidos oficiales apoyados por Yeltsin no brillaron demasiado. El partido que dirigía Chernomyrdin no obtuvo más que 55 escaños; en cuanto a Ribkin, se tuvo que contentar con 3 escaños, una auténtica derrota. Zhirinovski salió peor parado que en ocasiones anteriores, no obteniendo más que 50 escaños. En cuanto al Congreso de las Comunidades Rusas, no sacaría más que 5, pero el general Lebed entró en el Parlamento. Los

liberales habían pagado por sus disputas egocéntricas: 45 escaños para Yavlinski, 9 para Gaidar.²⁶ Los cálculos del Centro Electoral no tendrían apelación posible; cuatro formaciones dominaban la Duma: el PC con 15,5 millones de electores, el partido de Zhirinovski con 7,7 millones, Nuestra Casa Rusia con 7 millones, Yábloko con 4 millones. El resto no contaba demasiado. Los comunistas, a pesar de un éxito real, no disponían de una mayoría «cualificada» que les asegurase la posibilidad de imponer un veto o de destituir al presidente. Pero, como escribirían los colaboradores de Yeltsin, «la Duma se ha convertido en el asiento cómodo y bien equipado del estado mayor del Partido Comunista». Si se sabe que en la víspera del escrutinio Yeltsin esperaba que Chernomyrdin recogiese del 30 al 75 % del cuerpo electoral (y no un 10,13 %), cabe imaginar su decepción y las preguntas que se haría. La más importante era: ¿qué decidir para las presidenciales? Pero también: ¿será compatible un segundo mandato con dos infartos sucesivos?²⁷

El año 1995 acabó con una nota extraña. Por un lado, unas elecciones que se desarrollaron de una manera satisfactoria, en las que se respetó la legalidad — salvo en casos raros— y que testimoniaban un progreso democrático real. La sociedad se adhería a sus instituciones. Pero no se podía olvidar Chechenia. El 9 de diciembre, el yerno de Dudaiev lanzó un ataque sobre una ciudad del vecino Daguestán, Kizliar, reproduciendo con bastante fidelidad la operación de Budiónnovsk, y las tropas federales hicieron lo mismo, reprimiendo y destruyendo un pueblo y haciendo huir a sus habitantes. Muertos, una vez más, rehenes, y para acabar, el jefe de la expedición huyó a Chechenia. Lo más inquietante era que los ataques chechenos se iban extendiendo, como había prometido Basaiev, a los territorios vecinos, a Rusia en junio y a Daguestán en diciembre.

Sin embargo, hay que constatar que Yeltsin, a pesar de sus infartos, sus viajes al extranjero y las operaciones militares, consiguió durante ese año mantener en el exterior una imagen relativamente positiva de Rusia. El FMI reconoció los esfuerzos del gobierno ruso para combatir la inflación, y le otorgó por ese motivo un crédito de 7.000 millones de dólares. Rusia se había adherido en el verano de 1994 a la Asociación por la Paz de la OTAN, y en diciembre de 1995, a pesar de la guerra intermitente en Chechenia, el Consejo de Europa la admitió en su seno. Se convirtió en el trigésimo noveno miembro. En el capítulo de relaciones ruso-estadounidenses, la cooperación espacial entre los dos países siguió siendo muy activa. Con los países de la CEI, Rusia había puesto en

marcha un sistema de defensa común de las fronteras de la comunidad, en el cual no participaban algunos de sus miembros, pero que seguía abierto. Por fin, en mayo de 1995 nació una unión aduanera con Bielorrusia. Ciertamente, el «extranjero próximo» no fue durante ese período objeto de una atención sostenida por parte del Kremlin, y la guerra chechena pesó sobre las relaciones con los países que formaban parte, pero no quedaron realmente deterioradas.

El último combate de Boris Yeltsin

Se comprenden las dudas que agitaron a Boris Yeltsin a principios de 1996. En *La maratón presidencial* escribía: «Yo estaba allí, azotado por los vientos, casi incapaz de permanecer en pie. Me abandonó la buena salud. Mis “amigos más íntimos” me habían encontrado ya un sustituto, como un grupo que poco a poco designa un nuevo jefe... ¡y el pueblo! El pueblo no pudo perdonar ni la “terapia de choque” ni el escándalo de Budiónnovsk y de Grozni. Parecía que todo estaba perdido. Pero vino la luz. Con un espíritu lúcido, me dije: si voy a las elecciones, ganaré. Lo sé. A pesar de todas las predicciones, de todos los sondeos, del aislamiento político».

Habiendo analizado así la situación, Yeltsin se preguntó: «¿Qué hacer? ¿No sería el momento de irse?». Quizá tuviera la tentación. Pero las elecciones de diciembre le habían aportado la respuesta. No había sucesor posible, el fracaso de Chernomyrdin se lo había demostrado. Y concluyó: «La idea de que yo pudiera contribuir al regreso de los comunistas me resultaba insoportable».

Se había decidido en cuanto conoció el resultado de las elecciones. El aislamiento que constataba no era una simple impresión. En ese principio del año 1996, Yeltsin era el único que se veía como candidato. A su alrededor se citaba de buen grado la frase que había pronunciado en 1994: «En las próximas elecciones presidenciales no seré más que un votante». Al oírla explotaba y atacaba a sus interlocutores: «¿Cuándo dije yo eso?». Aseguraba que no le habían entendido... y fin del debate. Burbulis, su antiguo colaborador, interpretaba esa frase: «Él había imaginado un escenario +2. Unas elecciones aplazadas dos años para encontrar un buen candidato, y en 1998 no se presentaría ya más». Pero algunos expertos, y el primero de todos Fiodor Burlatski, rebaten esa interpretación con un argumento sólido: el apego de Yeltsin al Estado de derecho, que implicaba el respeto a las instituciones y, por

tanto, a los plazos electorales. Rusia, apenas comprometida en el camino de la democracia, no podía empezar a despreciar las reglas. Y Yeltsin, fundador del Estado ruso, menos que nadie. ¿Acaso no había escrito lo siguiente?: «Ninguna reforma en Rusia se ha llevado a su fin jamás. Por ejemplo, las reformas de Pedro el Grande que tenían como objetivo crear unos *rusos europeos*. Objetivo excesivamente vasto que no podía alcanzarse en una sola generación... Nos hemos convertido en europeos, pero hemos seguido siendo nosotros mismos».²⁸

Al leer estas líneas se entiende lo que preocupaba a Boris Yeltsin. No ser, como otros antes que él, responsable de una regresión de Rusia en su camino ya difícil de por sí hacia la modernidad. Pero ¡cuántos obstáculos surgieron ante él en enero de 1996! Su salud, en primer lugar, que no dejaba de traicionarle. Un tercer evento cardíaco cerró el año 1995. Su mujer, la sabia Naina, primero protestó diciendo que él no podía poner más en peligro su corazón fatigado. Pero, según contaba ella misma de sus conversaciones sobre el tema, a la pregunta: «¿Puedo abandonar a Rusia a los comunistas?», ella había concluido, como él, que no podía.

Sin embargo, todos se aliaron contra él para disuadirle de que se presentara. En primer lugar la prensa, que relataba con complacencia sus desfallecimientos físicos. Después Gaidar, que fue a decirle que presentarse sería el regalo más bello que podía hacer a los comunistas. Y para que lo entendiera mejor, Gaidar abandonó el Consejo Presidencial.

Al mismo tiempo, los liberales se lanzaron a la «caza del buen candidato» para cortar la hierba bajo los pies del presidente. Gaidar quiso captar a Boris Nemtsov, el brillante gobernador de Nizhni-Nóvgorod, una de las estrellas de la Rusia renacida. Resultó un fracaso. Después se dirigió a Yavlinski, que quería estar seguro de ser el único candidato liberal y le devolvió la pelota a Gaidar: ¿por qué no se presentaba él mismo? Escaldado por el escrutinio anterior, Egor Timurovich rechazó el cargo. En San Petersburgo, los demócratas se reunían para apoyar la candidatura de Chernomyrdin, y en su defecto, la de Luzhkov, Bakatin, Volski o algún comunista moderado.

En fin, determinados políticos propusieron un nombre inesperado: Gorbachov. Pensaban que, a pesar de un pasado criticado y criticable, podía atraer a un electorado moderado y de centro izquierda: «La *intelligentsia* no le es hostil, y no tiene sangre en las manos, contrariamente a Yeltsin». La frase circuló

y gustó a Gorbachov. Algunos demócratas imaginaron incluso una candidatura Gorbachov-Yavlinski, el primero para la presidencia, el segundo como primer ministro.²⁹

Una sola voz, aunque notable, se alzó en favor de Boris Yeltsin: la de Anatoli Chubáís, a quien Yeltsin había destituido a principios de enero reprochándole «que no era exigente». ¡Qué reproche más sorprendente para quien se había batido valientemente por el rigor financiero, contra la inflación, y que había conseguido poner en marcha las privatizaciones! Su cese exasperó a los liberales. Su alegato en favor de la candidatura de Yeltsin los dejó estupefactos, pero en enero nada podía realzar el prestigio del presidente. Hojeando los periódicos, ¡cuántas opiniones negativas! El régimen de Yeltsin era autoritario, preparaba un golpe de Estado anticonstitucional, no tenía legitimidad. Y todos concluían: Yeltsin no puede salir de esta más que retrasando las elecciones *sine die* y agarrándose bien a su sillón presidencial. Incluso el *Izvestia*, órgano gubernamental, difundió esos rumores. Frente a las maniobras y las injurias, Yeltsin callaba. Había dicho a sus allegados que anunciaría su decisión el 15 de febrero. Y en su fuero interno probablemente ya se había decidido. Seguro que sopesó no solo sus posibilidades de ser elegido —porque estaba seguro de ellas—, sino también su capacidad física. Sabía que ya no podía contar con un organismo que antaño fue poderoso. Su único recurso era la *voluntad*. Se lo confió a la autora de este libro y Naina Iosifovna lo confirmó. ¡Qué optimismo! Los sondeos, en enero de 1996, le otorgaban un 3 % de los votos, y entre 26 y 28 % a Ziugánov, cuya candidatura era un derecho adquirido.

La campaña electoral sería inaugurada el 1 de febrero de 1996, aunque Yeltsin todavía no había anunciado su decisión, en Davos por Ziugánov. Este, en efecto, había comprendido que el electorado prometido por los sondeos debía ampliarse. Hasta entonces, su electorado era estable, constituido por una población envejecida, a menudo rural, medianamente educada. ¿Cómo ampliarla, sino intentando convencer a las elites económicas e intelectuales de sus cualidades? Eso explica que la campaña de 1996 estuviera dominada no por cuestiones económicas, sociales o incluso internacionales, como ocurre siempre, sino por el eterno debate ruso de la vía a seguir para transformar el país para siempre. Siguiendo ese plan, Yeltsin parecía tener cierta superioridad sobre Ziugánov y el Partido Comunista. No se puede ignorar la inteligencia política de Ziugánov, que comprendió la necesidad de identificarse con principios y proyectos que su partido no tenía por costumbre llevar. Imposible hacerlo en el

marco de mítines y en Rusia. Ziugánov eligió entonces un auditorio inesperado: el del dinero, del *business*, de la potencia financiera mundial: el Foro de Davos. El 1 de febrero, día de la inauguración del foro, Ziugánov fue acogido allí con inmensa curiosidad y el programa que anunciaba «una jornada rusa» también, ya que el porvenir económico de ese país preocupaba al conjunto del mundo de los negocios. Ziugánov desplegó un gran talento para disipar el miedo de un «regreso al colectivismo». Primeramente en el plano político, diciendo que «el difunto PCUS no era un partido, sino un sistema de gobierno de un país, mientras que el Partido Comunista de Rusia era un verdadero partido político que defendía una economía diversificada y el pluralismo político». Y en el plano práctico, precisaba: «Aunque es necesario un control estatal en unos sectores claves, no puede ser cuestión de nacionalizar la propiedad».

Fue un triunfo: se peleaban por Ziugánov, había convencido a una gran parte de los participantes de Davos de que el comunismo no existía. Pero esa victoria pronto se enfrentó a un obstáculo de gran importancia: Chubáís. Este, llegado a Davos tras la inauguración del foro y tras la campaña de seducción de Ziugánov, explotó de furor ante la credulidad de los grandes dirigentes de la economía y organizó el 5 de febrero una gran conferencia de prensa. Expuso al auditorio la «duplicidad» de Ziugánov, oponiendo las tesis «apropiadas» para Davos que este había presentado con las que él y su partido mantenían en Rusia, enfrentando a los dos y confundiendo al líder comunista. Los más interesados y convencidos por ese discurso fueron los grandes empresarios rusos —a los que todavía no se llamaba oligarcas— y en primer lugar el más poderoso de todos ellos, Boris Berezovski. Seducido por Chubáís, le propuso directamente convertirse en director de la campaña de Yeltsin, que no había hecho pública todavía su candidatura, y prometió asegurarle el apoyo financiero y estratégico de todo el gran empresariado ruso para ganar las elecciones.

Chubáís dudó. ¿Yeltsin lo había destituido! Y si este todavía no era candidato, ¿lo sería él? Dos personas quisieron entonces realizar un acercamiento: Berezovski, decidido a ganar las elecciones y que no creía más que en la candidatura de Yeltsin, y un personaje todavía desconocido en esta historia, Tatiana Diachenko, la propia hija de Boris Yeltsin. A partir de ahí, todo se precipitó. Yeltsin anunció su candidatura el 15 de febrero desde su antiguo feudo, Sverdlovsk, que recuperó su nombre histórico, Ekaterimburgo. Siempre

había comenzado sus campañas en Sverdlovsk. Pero los tiempos habían cambiado y sus antiguos administrados reaccionaron con gran frialdad a ese anuncio.

Antes de que se organizase realmente la campaña, se produjo un acontecimiento imprevisto, considerable, que lo cuestionaría todo: las elecciones, la vida política, la misma Rusia. Y el golpe vino de la Duma. Las elecciones parlamentarias de diciembre de 1995 tuvieron como consecuencia llevar a los comunistas a los puestos de mando de dos asambleas. En la Duma, la presidencia fue a parar a Guenadi Selezniiov; en el Consejo de la Federación, a Egor Stroiev, los dos comunistas de pura cepa. El 15 de marzo, la Duma votó un texto denunciando el acuerdo de Belavezha. ¿Cuál era la legitimidad del Estado ruso en esas condiciones? ¿Y el porvenir de la CEI? Dos días más tarde, el 17 de marzo, Yeltsin convocó a sus colaboradores y les anunció que debían preparar el texto que contenía la disolución de la Duma, la interdicción del Partido Comunista y el aplazamiento de las elecciones. Sus más íntimos reaccionaron: disolver la Duma era imposible, pero prohibir el Partido Comunista o retrasar las elecciones, en rigor, era algo que se podía hacer. Yeltsin se mostró inflexible y contempló la prueba de fuerza. El procurador general y el presidente del Tribunal Constitucional intentaron convencerle de renunciar a disolverla. Todos subrayaron que amenazaba un nuevo octubre de 1993, mientras las tropas rusas quedaban retenidas en Chechenia. ¿Quién restablecería el orden? Korzhakov y el director del FSB, Barsukov, se mostraban favorables a la prueba de fuerza, y aseguraron que todo estaba listo para aislar la Duma y la sede del partido.

Finalmente, Yeltsin renunció. Sus colaboradores le habían remitido una nota firmada por todos insistiendo en la «amenaza de guerra civil que se desprendía de la decisión de disolución». Esos signatarios (Iliushin, Satarov, Baturin, Shajrai, Krasnov, Pijoia) recibieron un apoyo de peso: Chubáis, que Tatiana acabó por imponer a su padre. «Estás obligado —le dijo ella— a oír tocar otros sonos» [que aquellos de los defensores de la prueba de fuerza]. Chubáis defendía con pasión que no se podía aventajar a los comunistas ignorando la Constitución. Para vencerlos había que someterse a la Constitución y, con medios constitucionales, utilizar la Duma, celebrar las elecciones en la fecha prevista para transformar progresivamente el país y las mentalidades. Y Chubáis los aventajaba. Todo se preparaba para la campaña electoral.

El 19 de marzo Yeltsin encontró en el Kremlin a las grandes figuras de los negocios rusos: Berezovski, Jodorkovski, Gusinski, Potanin, Fridman y algunos

otros, que le dijeron fríamente: «Su estado mayor de campaña, dirigido por Soskovets, ya está condenado al fracaso. Eso es lo que nos conduce a intentar entendernos con los comunistas o a hacer las maletas y abandonar el país».³⁰

Yeltsin quedó muy alarmado por ese inesperado discurso. Pero también le reconfortó su conclusión, puesto que proponía la ayuda financiera, pero también intelectual y organizativa del mundo de los negocios. Los mecenas pusieron una condición, sin embargo: que todo estuviera controlado por un equipo serio. Habría dos equipos. Chubáís era responsable del grupo de análisis; era la cabeza pensante de la campaña, y trabajaba con Satarov, Shajrai, Malashenko, Shahnovski, Oslon, Nikonov, Zverev y naturalmente Tatiana Diachenko. El consejo de campaña, presidido por Yeltsin con Iliushin como brazo derecho, estaría compuesto por Chernomyrdin, Yarov, Filatov, Chubáís, Malashenko, Yegorov, Luzhkov, Barsukov, Soskovets y el inevitable Korzhakov. Todavía en este caso dos personas dominan el consejo y aseguran el vínculo con el grupo de análisis: Chubáís y Tatiana.

La entrada en campaña de Yeltsin podía prestarse a dudas. Había venido precedida por tres episodios cardíacos muy seguidos, la situación en Chechenia no dejaba de deteriorarse, y la extensión de la guerra a Rusia alarmaba a la población. Si añadimos las provocaciones comunistas —el voto sobre la anulación del acuerdo de Belavezha era una de gran importancia—, todo sugería que Yeltsin no era un candidato destinado al éxito. Los sondeos que Korzhakov invocaba para incitar a Yeltsin a rechazar las elecciones se mostraron a menudo menos negativos. En diciembre, solo un 3 % de los encuestados se decían dispuestos a votar por Yeltsin. Pero el 25 de febrero, una vez anunciada su candidatura, los votos favorables se elevaron a 11 %; pasaron a 18 % el 31 de marzo, a 21 % el 21 de abril. Yeltsin se unió primero con Ziugánov, y después en mayo se puso a la cabeza del enfrentamiento. Ciertamente, solo se trataba de sondeos.

Aunque estimulante, esa progresión era insuficiente. Se quería ofrecer a los electores la posibilidad de votar por un candidato demócrata, cercano por sus opciones a Yeltsin, y por tanto los votos se unirían a los suyos en una segunda vuelta. Durante algunas semanas, la elección de Yeltsin y sus consejeros se centró sobre Yavlinski, economista respetado y dotado de un carisma incontestable. Pero Yavlinski soñaba con la presidencia por su cuenta y riesgo. El acuerdo era imposible. Entonces fue cuando recuperaron a Lebed, el general, tan carismático como Yavlinski y siempre dispuesto a disfrutar de su glorioso

pasado militar. Nadie recordaba ya que se había extraviado, a raíz de las elecciones legislativas, en el fantasmal Congreso de las Comunidades Rusas, ni siquiera que entonces flirteó un poco con los comunistas. Era popular y se convirtió en el «candidato alternativo» de Yeltsin. Además, complacía a los hombres de negocios que se apasionaban por esas elecciones.

¡Qué campaña! Yeltsin había dejado a un lado su papel de presidente y fue un candidato a tiempo completo, que no retrocedía ante ninguna obligación, ningún contacto, multiplicando los mítines, las entrevistas, pero siempre atento a los consejos prodigados por su grupo de análisis. Se entregaba a fondo, y su adelgazamiento espectacular daba testimonio de ello. Se le vio incluso bailar en el estrado de Volgogrado, donde una muchedumbre inmensa le aclamó. Su energía modificó la actitud de los medios de comunicación, hasta entonces muy críticos con él, que le apoyaron. La situación en Chechenia, que la sociedad le reprochaba, evolucionó de repente, y eso contribuyó a su nueva popularidad. A finales de abril se conoció la muerte de Dudaiev, a quien había acertado un obús ruso. Una vez desaparecido el enemigo irreductible, sus sucesores Aslan Masjádov y Zelimjan Yandarbiev resultaban interlocutores aceptables para Rusia, y se pudieron reemprender las negociaciones. Y la llegada de Lebed a la campaña confirmaba esa hipótesis. Lebed, el «guerrero», quería ser también el «hacedor de paz»; el ejército le respetaba y le seguía. El 27 de mayo de 1996, las delegaciones rusas y chechenas reunidas en el Kremlin llegaron a un acuerdo de paz que sería firmado por Chernomyrdin y Yandarbiev. La guerra debía llegar a su fin el 1 de junio a medianoche. Al día siguiente, ¡oh sorpresa!, Yeltsin aterrizaba en Chechenia.³¹ Había querido llevar a cabo ese desplazamiento contra los consejos de determinados allegados, sobre todo Korzhakov. Su llegada ilustraba la paz tan esperada.

Yeltsin fue también objeto de presiones para cerrar un compromiso con los comunistas. Los partidarios de esa gestión afirmaban que si Yeltsin se encontraba más o menos en igualdad de condiciones con su adversario (Ziugánov, obligatoriamente), los comunistas no cederían, harían bajar a sus partidarios a la calle y se organizaría una guerra civil. O se repetiría 1918. El 27 de abril se publicó un llamamiento al compromiso en la prensa bajo el título «Salir del punto muerto», firmado por algunos grandes empresarios (Berezovski, Gusinski, Potanin, Jodorkovski...). Yeltsin se quedó helado. Tenía razón, y las elecciones lo habían demostrado.

Los resultados de la primera vuelta, publicados en la noche del 19 al 20 de

junio, colocaban a Yeltsin en cabeza (35,28 % de los votos), seguido de Ziugánov (32,03 %), Lebed (14,52 %), Yavlinski (7,34 %) y Zhirinovski (5,7 %). Una gran tristeza acompañaba el resultado de Mijaíl Gorbachov, que apenas había pasado del 0,5 % de los votos. La participación electoral era del 70 %, testimoniando la pasión que habían puesto los ciudadanos en ese voto.

La distancia entre Yeltsin y Ziugánov era débil. Yeltsin había esperado obtener una puntuación de más de un 40 %; se mostró muy decepcionado, pero reemprendió el combate sin esperar. Hizo un llamamiento a los electores de Lebed, de Yavlinski e incluso del célebre oftalmólogo Fedorov (que había obtenido apenas un 1 % de los votos) para que se unieran a él, pero despreció a Zhirinovski.

Las negociaciones para la segunda vuelta fueron muy difíciles. El general Lebed negoció con dureza a cambio de sus votos y consiguió que Yeltsin le nombrara secretario del Consejo de Seguridad, después de haber despojado al ministro de Defensa de sus funciones. Yavlinski, a quien se prometió un cargo de ministro, no se mostró más complaciente. Los políticos rusos habían adquirido enseguida las detestables costumbres de regateo de sus colegas de democracias bien instaladas. Esa segunda vuelta histórica, decisiva, estuvo a punto de romperse por un complot político el 19 de junio³² y por Yeltsin mismo, cuya resistencia física se hundió el 26, a menos de una semana de la votación.

El episodio del 19 de junio fue un intento grosero de interrumpir las elecciones. Dos colaboradores de los servicios de seguridad de Yeltsin fueron detenidos en posesión de «fajos de divisas extranjeras» que sumaban casi medio millón de dólares. De ahí a hacer correr el rumor de que el equipo presidencial estaba financiado por fuentes internacionales, el paso era fácil de dar. Korzhakov, como siempre, declaró acerca del candidato Yeltsin que el escándalo imponía el aplazamiento de la segunda vuelta —y por tanto de las elecciones— y el recurso a un equipo de «patriotas» reunidos por él, el fiel Korzhakov. El escándalo se evitó gracias a la intervención en la cadena de televisión NTV del brillante periodista Kiselióv, que declaró en plena noche, relatando el asunto, que Rusia «estaba al borde de la catástrofe política». Yeltsin, sin perder la sangre fría, apoyado por unos medios a los que Kiselióv había puesto muy nerviosos, el 20 de junio por la mañana decidió destituir a Korzhakov y al jefe del Servicio Federal de Seguridad, el general Barsukov, sospechosos de haber urdido el complot fracasado. El incidente hizo mucho ruido y sirvió en definitiva a Yeltsin, a quien la suerte no le ahorró las consecuencias. Seis días más tarde, una nueva

crisis cardíaca le dejaba extenuado. Y, sin embargo, tras informar a su estado mayor de ese episodio, cumplió el último acto de la campaña, un encuentro público con Lebed para convencer a los electores de este último de su acuerdo, y después dos apariciones televisivas, una con el último llamamiento del presidente candidato a sus conciudadanos, la otra en el instante del voto. Difícilmente podemos imaginar lo que fueron esos momentos. Se efectuaron grabaciones cuando Yeltsin estaba en la cama de un hospital, que había que ocultar, con el orador agotado, expresándose a duras penas y, sin embargo, fue la imagen del poderoso Yeltsin lo que vio el país en aquellas horas tan excepcionales.

El resultado coronó sus esfuerzos: un 53,82 % de los votos recayeron sobre él, mientras que Ziugánov no obtuvo más que un 40,2 %. La distancia entre ellos, tan débil en la primera vuelta, se había ampliado. Sin embargo, lejos de poner mala cara, los comunistas demostraron una gran serenidad... y tenían motivos para hacerlo. Su partido, prohibido y desacreditado poco antes, había conseguido remontar de una manera notable, y podía reivindicar el estatus de fuerza de oposición en un sistema bipartidista. Hay que subrayar que a pesar de los rumores, siempre malévolos dado que se trataba de Rusia, se reconoció que esas elecciones supervisadas por innumerables observadores enviados por diversas organizaciones internacionales fueron honradas, exentas de manipulaciones. Además, los resultados fueron muy próximos a lo que anunciaban los institutos de sondeos. La apuesta de Yeltsin que le había conducido a afrontar aquellas elecciones a pesar de una popularidad debilitada al principio, de presiones que le empujaban a abandonar y de una salud en declive, la apuesta de separar a los comunistas del poder, la había ganado. Y la puntuación de Ziugánov demostraba que la amenaza de un éxito comunista no era un fantasma de Yeltsin, sino una realidad.

Los días posteriores al éxito fueron difíciles. Yeltsin tuvo que aceptar el veredicto de la Facultad de Medicina. Sin operación a corazón abierto, realizada sin demora, en la que se anunciaban cuatro *bypass*, no sobreviviría a su elección. ¿Podía abandonar el poder durante unos cuantos meses, apenas elegido? ¿Qué decir al país?

El carácter de Yeltsin se manifestó plenamente en esos momentos complicados. Contra el consejo de los médicos rusos que, al no tener demasiada experiencia en operaciones cardíacas tan importantes, le presionaban para que fuera a operarse al extranjero, preferentemente en Alemania, decidió que lo haría

en Rusia, con las condiciones rusas, a pesar de los riesgos que le habían anunciado ya. Decidió también decir la verdad al país, cosa nada sencilla, porque ¿qué pensarían sus compatriotas del silencio sobre ese tema antes de su elección? El reconocimiento de su estado de salud, ¿no abriría una crisis de confianza entre él y su país? ¿No se le podía reprochar haber ocultado a los electores un elemento decisivo para su elección? Y por encima se planteaba la cuestión moral, que los rusos enseguida están dispuestos a agitar: ¿tenía derecho Yeltsin a presentarse en tales condiciones, sin haber informado a la sociedad, tras callar la verdad?

Yeltsin siempre había separado la vida privada y la pública, y consideraba que la salud pertenecía a la esfera de la vida privada. En el momento de hablar comprendió que Rusia, el país de la *glasnost*, no aceptaría que decidiesen por ella, no admitiría ya que aquel que la dirigiera determinase lo que ella debía o no debía saber. Fue un nuevo Yeltsin, recién elegido, pero transformado en muchos aspectos —sus más íntimos y su mujer lo reconocieron— el que derribó entonces, en nombre de la *glasnost*, la barrera que protegía su vida privada.

El 9 de agosto, jornada solemne de su investidura, Yeltsin estaba en el Kremlin y prestaba juramento. Debilitado, inseguro, puso toda su energía en aparecer con buena salud. El espectáculo fue trágico: los telespectadores se dieron cuenta y el país se empezó a interrogar.

La respuesta llegó poco después. Yeltsin habló a sus compatriotas. Se dirigió a ellos sentado en el jardín de invierno de la residencia presidencial de Zavidovo. Y en términos simples, directos, ese hombre al límite de sus fuerzas lo contó todo: su estado de salud, la operación que le esperaba e incluso la posibilidad de que resultase mal. Explicó su silencio pasado, la voluntad inquebrantable de «cerrar el paso a los comunistas» que justificaba su candidatura. Añadía: «Me van a operar para que pueda trabajar de nuevo, y para hacerlo con eficacia, sin perder más tiempo con problemas recurrentes de salud». Explicaba también que si la operación se llevaba a cabo en Rusia era porque deseaba compartir la suerte de los ciudadanos rusos que no podían recurrir a los hospitales extranjeros.

Esa intervención televisada tan sencilla, tan franca, ese discurso de un padre de familia dirigiéndose a los suyos en la víspera de una operación arriesgada, conmocionó al país y eliminó las dudas que su silencio había alimentado.

Todas las disposiciones para asegurar el reemplazo del poder estaban ya adoptadas. El primer ministro, Viktor Chernomyrdin, recibió por decreto plenos

poderes presidenciales y el «botón nuclear».

La operación del corazón tuvo lugar el 5 de noviembre. Dos días más tarde, sentado en un sillón, Yeltsin firmaba un segundo decreto que le restituía los poderes confiados brevemente a su primer ministro. El hombre de los Urales que tan a menudo se había hundido sorprendió por su vitalidad. El 22 de noviembre se iba al campo a restablecerse. El 9 de diciembre recibía a Helmut Kohl en su residencia, y el 23 de diciembre volvía al Kremlin. Como siempre, acosaba a sus colaboradores: el líder había vuelto.

El segundo mandato

Apenas ganadas las elecciones, la cuestión chechena volvió a estar sobre la mesa. Boris Yeltsin se volvió hacia el general Lebed, y le confió por decreto el 16 de agosto la misión y los poderes adecuados para «arreglar la crisis de la República de Chechenia». La primera tarea del general, entonces secretario del Consejo de Seguridad, era identificar al interlocutor capaz de dialogar e imponer una solución a sus compatriotas. Aslan Masjádov, el jefe de los separatistas chechenos que a continuación sería elegido presidente de la república, fue ese interlocutor. El resultado fue la paz de Jasaviurt, firmada el 31 de agosto por Lebed y Masjádov, que definía los principios sobre los cuales se restablecerían las relaciones entre Rusia y la República de Chechenia.³³ Rusia se comprometía a respetar las elecciones presidenciales que se organizarían en Chechenia, y reconocía a la república un estatus particular en el seno de la Federación Rusa, con la perspectiva, cinco años después, de un referéndum sobre la independencia. Es difícil hacer balance de esa paz. Ciertamente, daría a los chechenos un respiro entre las dos guerras que estos acogerían con felicidad, ya que en los años que llevaban de guerra habían tenido muchos muertos. Pero se constató enseguida que las negociaciones no habían precisado el reparto de poderes entre Rusia y Chechenia, ni tampoco las condiciones de la retirada real de las tropas. Para Rusia prevalecía un sentimiento de derrota y de humillación, y tanto políticos como medios de comunicación exclamaron que aquello era una traición.

Lebed estaba convencido de ser el triunfador. Entre los dos turnos de elecciones presidenciales ya realizadas,³⁴ Yeltsin le había sacrificado a su ministro de Defensa. Es cierto que el presidente igualmente había querido

compensar esa decisión creando a partir de finales de julio un Consejo de Defensa, instancia destinada a equilibrar el Consejo de Seguridad, y cuyo secretario sería Yuri Baturin. Pero Lebed pretendía nombrar militares para todos los puestos. Destituyó a unos, nombró a amigos suyos en su lugar, y quiso hacer lo mismo con el Ministerio del Interior, buscando en primer lugar desembarazarse del ministro, el general Kulikov. Yeltsin enseguida se dio cuenta del «peligro Lebed», de la crisis que provocaban sus ambiciones en el seno del ejército, del conflicto entre instituciones que amenazaba. Comprendió sobre todo que Lebed, que conocía sus problemas cardíacos, esperaba acceder rápidamente al poder supremo. Boris Yeltsin escribió: «Lebed no se comportaba escandalosamente porque sí en los pasillos del poder. Con ese comportamiento estaba claro que quería ilustrar su punto de vista. El presidente no hace bien las cosas, pero yo estoy aquí dispuesto a ocupar su lugar».³⁵

Más aún que por la ambición de Lebed, Yeltsin se preocupaba por las declaraciones irresponsables que este hacía en el dominio internacional. Lebed amenazó a la OTAN con represalias si avanzaba hacia el este, se refirió a la utilización de misiles soviéticos, reclamó el regreso de Sebastopol a Rusia... Unas declaraciones que encontraban en Rusia, en el ejército y en una parte de la sociedad huérfana de la URSS oídos muy complacientes. Lebed también se tomaba unas libertades increíbles con Yeltsin. Acudía sin previo aviso a su residencia de Gorki, exigiendo que le recibiera, le telefoneaba directamente... en resumen, le iba asediando, sobre todo cuando se sentía amenazado. Un biógrafo de Yeltsin subraya el carácter desequilibrado de Lebed, trágico y caricaturesco.³⁶ Trágico porque había creído en un destino presidencial, caricaturesco por sus excesos verbales y su rudeza. Lebed había subestimado a Yeltsin, creyéndolo definitivamente debilitado. Se equivocaba. El 3 de octubre, mientras aún seguía convaleciente, Yeltsin reformó por decreto el proceso de los nombramientos en el ejército y los confió al Consejo de Defensa. Después destituyó a Lebed el 17 de octubre, acusándole de preparar un golpe de Estado, e hizo que lo sustituyera Iván Ribkin. Lebed no se dio por vencido: contaba con que un desastre quirúrgico le desembarazaría de Yeltsin, pero no fue ese el caso. En enero de 1997 a Yeltsin se le diagnosticó una neumonía y ese fue el principio de una época de neumonías repetitivas que confinaron al presidente en el lecho. Lebed, como los comunistas, recobró la esperanza, y la prensa empezó a valorar y comparar las posibilidades de todos aquellos que, convencidos de la muerte próxima de Yeltsin, se preparaban para sustituirlo.

1997. El año de la renovación rusa

El año 1997, que había empezado mal, después dio un giro positivo. Yeltsin revivió una vez más, y demostró que podía tomar el control del gobierno. Sabía que su estado de salud deficiente había despertado muchos rumores y también muchas ambiciones. La Duma incluso había intentado votar una ley que le habría colocado bajo supervisión médica. Ese proyecto fue sometido a votación el 17 de enero, pero no se encontró una mayoría suficiente para decidir una disposición tan inaudita. Por tanto, Yeltsin proclamó a los cuatro vientos que él era el elegido por el pueblo, que tenía proyectos para Rusia, y que todo iba a quedar marcado con un nuevo impulso.

Chernomyrdin le había sido fiel y había gobernado desde 1993, pero Yeltsin pensaba que el primer ministro debía cambiar de hombres y de métodos para responder a los problemas cruciales de la economía. El Estado se encontraba desbordado por deudas y déficits; incluso el sector militar, siempre cuidado y preservado, estaba amenazado de abandono. En todas partes, las pensiones y salarios no se pagaban ya, o tardaban mucho. El gobierno, que intentaba desesperadamente remediar las dificultades más acuciantes, estaba manifiestamente agotado.

El 6 de marzo, Yeltsin se hizo cargo de todo. Era el día del discurso solemne al Parlamento, el primero desde su reelección y su vuelta a los asuntos públicos. Un discurso solemne, muy intenso, cuyo tema general fue el regreso al orden y la responsabilidad del gobierno a ese respecto. Yeltsin enumeró siete objetivos que debían permitir volver a una situación normal y que serían el programa del gobierno: pago de salarios y pensiones, vuelta a una política social que aportase una ayuda real a aquellos que tenían necesidad, en lugar de dispersar de manera indiferenciada unas ayudas insuficientes para todos, como hacía el poder soviético; reanimación de la vida rural; desarrollo económico de las regiones, obligando sobre todo a las empresas a pagar los impuestos allí donde ejercían sus actividades; supresión de la corrupción; reducción de las defensas del Estado; información a la sociedad de las actividades del gobierno.³⁷

Esas tareas prioritarias habían sido enunciadas hacía mucho tiempo, pero en 1997 aún estaba todo por hacer. Boris Yeltsin confesó sentirse conmovido al oír decir al patriarca Alejo en su homilía navideña que «no pagar los salarios y

las pensiones era un pecado». Esas declaraciones se unían a una de sus constantes inquietudes. Seguía siendo un hombre del terreno, que no ignoraba las dificultades cotidianas de sus compatriotas. Desde 1991 también le agobiaba mucho la corrupción, y no había dejado de denunciarla. Pero ay, sus sucesores no consiguieron que les fuera mejor que a él en esa lucha contra el mayor azote de Rusia. Y por último, como antiguo responsable regional, era consciente de que el progreso general del país prohibía concentrar todos los recursos en el centro.

Tras ese discurso, Yeltsin intentó reconstruir el equipo dirigente, pero sin sacrificar a Chernomyrdin. Creó a su alrededor un verdadero ejército de jóvenes ministros duchos en los aspectos modernos de la economía, y sobre todo en las privatizaciones, en las cuales habían participado. Dos criterios le parecían entonces decisivos: la juventud y el espíritu de iniciativa. En el primer gobierno de Chernomyrdin había ya un hombre que respondía a esas exigencias. El banquero Vladimir Potanin, nombrado vice primer ministro a cargo de la economía, fue el primer gran empresario (como pronto se diría, «oligarca») en participar en el poder; su nombramiento era la señal de la voluntad de asociar al gran empresariado a la dirección del Estado. Chernomyrdin no se entendió con él y enseguida consiguió su destitución.

Dos hombres entonces rodearían —o más bien enmarcarían— a Chernomyrdin: Chubáis, que abandonó la administración presidencial por un puesto de vice primer ministro, y Boris Nemtsov, gobernador de Nizhni-Nóvgorod, con el mismo puesto, encargado de las reformas. Ninguno de esos dos brillantes intelectuales había deseado una misión semejante. Los dos pensaban en el porvenir. Chubáis sabía que la población, que lo acusaba de ser responsable de todos los males debidos a la privatización, lo odiaba, y hubiera preferido mantenerse un tiempo apartado del poder. Nemtsov, muy ambicioso, imaginaba probablemente un destino presidencial y pensaba que consagrándose a su región de Nizhni-Nóvgorod conseguiría la imagen de un hombre de Estado.

Hizo falta mucha capacidad de persuasión por parte de Yeltsin para convencerles de que participaran en el gobierno. Yavlinski había sido también objeto de propuestas igual de halagadoras, pero se negó. Por el contrario, se vio entonces ascender en la esfera política a un joven economista venido del entorno de los negocios, Serguei Kiriyenko, que estaba a cargo del sector energético. En

la administración presidencial, Chubáís sería sustituido por un treintañero, Valentín Yumashev, periodista con talento, popular y poco inclinado a unirse a la esfera pública, pero que cedió a la insistencia del presidente.

Rodeado de ese equipo joven, alegre, que manejaba con energía unas ideas provocadoras, Yeltsin parecía de repente un hombre nuevo, dispuesto a comprometerse en todas las vías de acción posibles, ya que Rusia se estancaba en todos los frentes. Ese tiempo de renovación vino marcado por un episodio divertido. Nemtsov, decidido a manejar el dinero público, ordenó que el parque automovilístico del Estado, equipado con Mercedes y otros coches extranjeros, privilegiase la industria rusa. Y surgió la consigna «Comprad ruso», anticipándose en casi dos décadas al lema «Comprad francés» que se pondría de moda un tiempo en Francia. El lema fracasó: los coches rusos no eran nada seguros, y después de algunas averías espectaculares en pleno corazón de Moscú, donde los transeúntes se reían de los miembros del gobierno bloqueados, volvieron a aparecer los coches extranjeros. Sin embargo, los proyectos prioritarios avanzaban: el código fiscal exigido a Rusia por el FMI, un presupuesto sobrio y sincero, y por fin se desarrollaba la propiedad privada y se prometía una reforma fiscal. Ciertamente que no todo llegaría a su fin, ya que Rusia debía vencer un retraso formidable, pero la dirección ya estaba planteada, y aquellos a los que se llamó *mlado reformatory* (jóvenes reformadores) querían tener éxito, con todas sus fuerzas. Se encontrarían, sin embargo, con un obstáculo que nadie imaginaba: la guerra de los bancos.

Esa guerra comenzó a raíz de la venta al mejor postor de la compañía de telecomunicaciones Sviazinvest.³⁸ Cuando estalló ese asunto, en el verano de 1997, el mundo financiero ruso estaba dominado por algunas grandes empresas que formaban coaliciones para organizar a su gusto la vida del capitalismo. El Estado no era para ellos un actor principal. En el conflicto de los bancos se enfrentaron dos coaliciones. Por un lado, Berezovski (Logovaz) y Gusinski (Media Most): el primero controlaba el petróleo y la industria automovilística; el segundo, los medios de comunicación. Por otro lado, Potanin (Onexium y el holding industrial Interros) estaba más cercano a Mijaíl Fridman (Alpha-Bank), Vaguit Alekpérov (Lukoil) e incluso, fuera de Rusia, George Soros. Berezovski tenía de su parte su proximidad con Yeltsin y su familia. Potanin había sido miembro del gobierno. En este caso, Gusinski, propietario de un inmenso grupo de medios de comunicación independiente (la cadena de televisión NTV, una cadena satélite y periódicos), se empeñó en conquistar Sviazinvest, pero Potanin,

liberado del gobierno, también le dedicó la misma pasión. Chubáís declaró que la venta en subasta debía obedecer a las reglas de la economía, es decir, que el que más ofreciera se lo llevaría todo. Se lo acusó de forzar las reglas del juego, la economía de mercado. Es cierto que al principio las privatizaciones rusas habían adoptado unas reglas inéditas, y el Estado ruso había liquidado a precio de saldo sus bienes a los bancos y empresas rusas. La urgencia y la falta de experiencia lo justificaban, pensaban los padres de la privatización. Pero en 1993 ya no era así, y Chubáís, al decidir cambiar las reglas, levantó contra él al grupo Berezovski-Gusinski, convencido de que quería favorecer a los banqueros. Los dos amigos pusieron a los medios de comunicación contra Chubáís y Nemtsov, que fueron acusados de ser «los padrinos del engaño», y contra el primero se añadía un seudocaso de corrupción.

Rusia quedó sumergida en un escándalo político-financiero que nadie habría podido imaginar. Eso no impidió a Potanin adquirir Sviazinvest con la ayuda de George Soros. Por todo ello, los medios de comunicación exclamaron que el gobierno había sido «sobornado». La corrupción que quería erradicar Yeltsin volvía como un bumerán, salpicándolo a él y a todos los suyos. ¿Cómo continuar? Mientras, el 3 de septiembre, la Duma decidió que una comisión debía arrojar algo de luz sobre las condiciones de venta de Sviazinvest. Yeltsin no se dejó alterar: recuperó la iniciativa reuniendo en el Kremlin el 15 de septiembre a los responsables de los mayores grupos financieros para definir unas reglas destinadas a evitar nuevas guerras bancarias. Y ordenó a sus interlocutores que convivieran en paz.

Por suerte para Yeltsin, otros terrenos de acción le requerían.

En primer lugar, los confines agitados de la Federación Rusa y del «extranjero próximo». Aquí, unos conflictos al menos igual de agudos que los que enfrentaban a los bancos amenazaban a la *pax russica*. Primero Chechenia, eterna obsesión presidencial. El 27 de enero, Aslan Masjádov había sido elegido presidente de Chechenia por sufragio universal. Yeltsin le felicitó inmediatamente por su elección y anunció que se apoyaría en el recién elegido. En virtud de ello, el 12 de mayo, los dos presidentes firmaron un tratado de paz que ponía fin a «cuatro siglos de conflicto».^{39*}

Paz ilusoria, como veremos, ya que la autoridad de Masjádov no dejaría de erosionarse, en tanto que aumentaba la de Basaiev. Esperando estos acontecimientos menos felices, las tensiones se suavizaron también en las cercanías del Cáucaso. Osetios e ingusetios hicieron las paces. El presidente de

Abjasia, Ardzinba, acudió a Tiflis para encontrarse con Shevardnadze. Nada estaba decidido todavía, pero se instaló una cierta calma. En esas negociaciones caucasicas, los rusos se esforzaron por ser intermediarios pacificadores. Bajo su égida se firmó también un acuerdo en Moscú, en julio, por parte de los representantes del gobierno tayiko y la oposición islamista, para poner fin a la guerra civil de Tayikistán.

El problema más importante seguía siendo, evidentemente, el de Ucrania. Después de haberse puesto de acuerdo el 28 de mayo en el reparto de la flota del mar Negro entre sus dos países, los presidentes Boris Yeltsin y Leonid Kuchma firmaron el 31 de mayo un tratado de amistad y cooperación. El reparto de la flota y el tratado también fueron criticados en Moscú. Rusia había conseguido alquilar Sebastopol a Ucrania a cambio de una reducción de la deuda de Ucrania por una de sus compras de gas natural a Rusia. «¿Nos alquilamos Sebastopol, que nos pertenece, a nosotros mismos!», clamaban al unísono nacionalistas y comunistas. ¿Por qué no recuperar Sebastopol por la fuerza? A Yeltsin le costaría mucho rechazar ese proyecto belicoso. Pero quería mantener la paz entre Estados vecinos y consolidarla haciendo de la CEI una estructura de relaciones provechosa para todos. En 1997, la CEI tenía tras ella un quinquenio de conflictos y soluciones transitorias, pero también instancias comunes: un sistema de seguridad colectivo, una unión aduanera, diversas constelaciones de Estados, Eurasia-GUAM (Georgia, Uzbekistán, Armenia, Moldavia). Yeltsin quería estrechar lazos con todos los países de la CEI que estaban dispuestos, y apareció un candidato a una verdadera unión con Rusia: Bielorrusia.⁴⁰

La aventura de esa unión querida por el presidente bielorruso Lukashenko fue para Yeltsin una prueba terrible. Descubrió con espanto en la primavera de 1997 el tratado de integración que Lukashenko había elaborado. Ese tratado ponía a Rusia y Bielorrusia en plano de igualdad en el nuevo Estado, presidido rotatoriamente por cada uno de los Estados fundadores, y cuya presidencia cambiaba cada dos años. Con un solo Parlamento, en el cual cada país disponía de 35 escaños (Rusia para 150 millones de habitantes y Bielorrusia solo para 10). Al leer ese proyecto, Yeltsin, aterrorizado, pidió a Lukashenko que partieran de cero. El nuevo texto no tocaba las instituciones existentes, sino que proclamaba una «intención de integración». Fue aprobado y, el 21 de mayo, el tratado de amistad entre ambos países ya estaba firmado. ¿Había creído Lukashenko que podía imponer aquella integración tan desigual a Rusia? Quizá pensara que a Yeltsin, molesto por los problemas interiores y cuestionado en el seno de la CEI

por Georgia y Ucrania, le gustaría asegurarse un aliado fiable y aceptaría su proyecto. Yeltsin sabía que no dominaba la CEI, que sus propuestas chocarían siempre con oposiciones, y que el «extranjero próximo» seguiría siendo el marco de una familia muy desunida.

Podría constatarlo una vez más en abril de 1998, cuando, contrariamente a sus deseos, los presidentes de la CEI decidieron por unanimidad llevar al frente del Secretariado Ejecutivo a Berezovski, negándose a tener en cuenta sus objeciones.⁴¹ Sobre todo fue el mundo occidental (en particular la OTAN) la que movilizó los esfuerzos de Boris Yeltsin en ese año en el que debía estar presente en todos los frentes.

El 27 de mayo, en el mismo momento en que se disponía a ir a negociar a Ucrania, Yeltsin estaba en París para firmar el acta que fundaba las relaciones entre la OTAN y Rusia. Se creó un Consejo Permanente Conjunto que organizaría las consultas y una cooperación entre los firmantes.⁴² Las consecuencias de ese acercamiento, que supondría un acuerdo implícito de Yeltsin a un avance de la OTAN en el este, quedaron de manifiesto en la cumbre de la OTAN que se celebró en Madrid el 8 y 9 de julio. Se invitó entonces a Hungría, Polonia y la República Checa a que iniciaran unas conversaciones para adherirse a la Alianza en 1999. Para sus adversarios, Yeltsin «entregó» la potencia rusa a la OTAN.

En definitiva, para Rusia, el año 1997 habría sido rico en contradicciones. La economía estaba estabilizada: Yeltsin y Chernomyrdin lo proclamaron en el verano, y el FMI confirmó su optimismo prediciendo para el año siguiente un crecimiento del 5 %. Los traumas vendrían del exterior. En octubre, la crisis asiática (la Bolsa de Hong Kong se hundió el 23 de octubre) repercutió en Rusia, aunque una astuta política financiera atenuó los efectos. A fin de cuentas, la economía rusa saldría bastante bien parada y Yeltsin podría llevar a término su proyecto de reforma del rublo. El 1 de enero de 1998, el nuevo rublo reemplazaba a 1.000 rublos antiguos. Debía ser un rublo fuerte, símbolo del renacimiento ruso.⁴³

El vals de los primeros ministros

Chernomyrdin, sin ninguna duda, sacó de los resultados económicos obtenidos por su gobierno la conclusión de que el mérito le correspondía a él y de que su porvenir estaba abierto. El porvenir, a principios de 1998, eran las elecciones presidenciales que debían tener lugar dos años más tarde y la sucesión de Boris Yeltsin. El presidente ruso, a pesar de una notable actividad, iba de un problema de salud a otro. Pasó el fin del año 1997 en el hospital —por los problemas pulmonares de siempre— y el mundo político pensó ya en su sucesión. Chernomyrdin no dudaba de su condición de sucesor. Era primer ministro desde hacía cinco años, disfrutaba —o al menos eso se podía creer— de la confianza del presidente y quería extender sin cesar su terreno de acción. Viajaba mucho —al extranjero, sobre todo a Estados Unidos— y en Rusia cada día parecía más el candidato de las futuras elecciones, o mejor aún, el sucesor investido.

Se comprende entonces su estupefacción, su furia, cuando el 23 de marzo Yeltsin le anunció bruscamente que ya no era primer ministro. Su sustituto era un joven economista de treinta y cinco años, Serguei Kiriyenko. Chernomyrdin argumentó, intentó defender su puesto, pero no había nada que hacer: Yeltsin ya se había decidido. Eso no impediría que hiciera un elogio vibrante del jefe de Gobierno cesado, y que reconociera su obra, pero consideraba que había llegado la hora de cambiar de equipo.⁴⁴ Se sabía por las declaraciones de Yeltsin que había reflexionado con calma en el curso del mes de febrero, que había evaluado a los posibles candidatos, y se había hecho cargo de las sugerencias de sus más allegados. Circulaban algunos nombres, como el del antiguo ministro de finanzas, Fyodorov, el del presidente del Banco Central, Dubinin, y de los vice primeros ministros Aksenenko y Bulgak. Sin escuchar a nadie, Yeltsin eligió a aquel que nadie preveía para aquel puesto: Kiriyenko. Cercano a Nemtsov, había trabajado a su lado, en Nizhni-Nóvgorod, dirigiendo el banco comercial de Nizhni; le siguió a Moscú y le sucedió en el Ministerio de Energía en noviembre de 1997, pero no era demasiado conocido en la capital. A ojos de Yeltsin tenía el gran mérito de no ser un político, de no estar ligado a ningún grupo o clan, y de ser un economista capaz de dirigir un equipo de técnicos de la economía. Se dice también que dijo que le recordaba al joven Gaidar, y que veía en él a aquel que continuaría sus reformas.

El Parlamento no aprobó esa elección. Por dos veces se negó a investir al recién llegado y se decidió el 24 de abril con el único fin de evitar que, conforme a la Constitución, Yeltsin respondiera a una tercera negativa mediante la disolución de la Asamblea Federal. El gobierno se formaría definitivamente el

12 de mayo.⁴⁵ Era una astuta mezcla de jóvenes economistas ajenos a la gestión gubernamental, jóvenes recuperados del equipo precedente, como Nemtsov o Shoigú, y de ministros experimentados en los grandes campos estratégicos, como Primakov en Asuntos Exteriores, Stepashin en Interior, el mariscal Sergueiev en Defensa. Berezovski, que se jactaba de aconsejar a Yeltsin, y más o menos había apostado por Chernomyrdin para las elecciones del año 2000, siguió encolerizado ante ese nombramiento y lanzó un vez más a los medios de comunicación contra el presidente y su nuevo primer ministro.

El ministerio de Kiriienko se estrenó bajo unos auspicios desafortunados. Como siempre, soplaban malos vientos procedentes de Asia: había estallado la crisis financiera en Indonesia, el rublo sufría las consecuencias, el Banco Central tuvo que echar mano de su capital de divisas y el gobierno llamó en su ayuda al FMI, que respondió positivamente a condición de que «el programa anticrisis» propuesto por Kiriienko el 23 de junio fuera aprobado por la Duma. Esta rezongó y el FMI amenazó con reducir su contribución al rescate de la economía rusa. Rusia no escaparía a la debacle financiera. Kiriienko, acompañado de Chubáis y de Zadornov, abogó el 15 de julio por la causa rusa ante el FMI, que acordó un préstamo de 22.000 millones de dólares para ayudar a la estabilización rusa, pero restringiría las aportaciones en razón de la oposición de la Duma al plan Kiriienko. El 17 de agosto, el primer ministro anunció las tres medidas que se habían frenado de acuerdo con Washington. En primer lugar, se autorizaba al rublo a fluctuar más ampliamente que antes con relación al dólar: el «corredor de fluctuación» fijado hasta el momento en 5,25-7,15 rublos por dólar, se ampliaba a una cotización de 6 a 9,5 rublos por dólar. El Banco Central defendería esta cotización durante algunos días, y después abandonaría el rublo a su suerte a partir de finales de agosto. Segunda medida: una moratoria de noventa días sobre las deudas de los bancos rusos hacia sus homólogos occidentales. Por fin, la congelación del reembolso de la deuda obligatoria (GKO, *gosudastvennye kaznatcheiskie obligatsii*, y OFZ, *Obiazatel'stva federalnogo zaima*) hasta finales de año.⁴⁶ Kiriienko pagaría sin tardanza el precio del desastre, puesto que fue destituido el 24 de agosto. Nemtsov abandonó también el gobierno, a pesar de los deseos de Yeltsin de mantenerlo.

Esa destitución coronó un desastre financiero, pero también un período de conflictos institucionales, con la Duma intentando una vez más derribar al presidente, mientras que el estado del país habría exigido del Parlamento mucha más solidaridad. La crisis se vio acompañada de importantes movimientos

sociales; los salarios impagados soliviantaron a los funcionarios del Estado y los mineros, provocando huelgas masivas y manifestaciones. La Duma decidió iniciar un proceso de destitución del presidente, acusándolo a la vez de haber dislocado la URSS, roto el Parlamento en 1993, animado la guerra en Chechenia, desmantelado el sistema de defensa y lanzado reformas económicas inaceptables. Traidor al país, organizador de un golpe de Estado, Yeltsin no podía permanecer en su cargo. Una comisión de investigación parlamentaria recibió el encargo de establecer los fundamentos legítimos de las acusaciones que se hacían al presidente y de preparar el procedimiento de destitución.⁴⁷

Una vez más, Yeltsin consiguió recuperarse.

Tras destituir a Kiriyenko, abrió una larga consulta para encontrar un primer ministro. Y salió por televisión declarando con tono reivindicativo que no pensaba dimitir. Lo esencial entonces era la elección de un primer ministro. ¿A quién nombrar? El episodio que siguió testimonia la desesperación de Yeltsin, y no es nada glorioso. Se volvió hacia Chernomyrdin, a quien había expulsado cinco meses antes.⁴⁸ Lo anunció por televisión: «El país tiene necesidad hoy en día de aquellos a quienes se llama pesos pesados políticos». Rusia se quedó estupefacta ante ese regreso, y Chernomyrdin aprovechó para presentar múltiples condiciones para su aceptación. Quiso ampliar sus poderes y limitar los del presidente. Para ganar la confianza de la Duma, volvió a hacerse cargo del sueño de los diputados: una reforma constitucional que reequilibrase los poderes y asegurase la preeminencia del Parlamento y del gobierno. En suma, proponía abandonar la república presidencial en provecho de una república parlamentaria. Además, exigía que Yeltsin se comprometiera a no cambiar el primer ministro hasta el año 2000. Chernomyrdin se entregó entonces a una presión extraordinaria en la Duma, prometiéndoles que tomaría las medidas indispensables, como por ejemplo, el pago de los salarios atrasados, pero sobre todo que entregaría puestos y ventajas a todos los que quisieran escucharle.

Una sed de poder tan exagerada exasperó a aquellos a quienes se dirigía Chernomyrdin, y la Duma se lo demostró. Le negó la investidura por dos veces. La primera no recogió más que 94 votos; la segunda, 138. Estaba lejos de los 226 votos requeridos. No habría tercer intento: los comunistas comunicaron que ellos votarían contra él, y como disponían de 135 votos, el resultado parecía claro de antemano. Las dos primeras votaciones habían sido muy humillantes para Chernomyrdin, pero también para Yeltsin.⁴⁹ A partir de entonces se plantearon dos cuestiones. ¿Había que insistir, entablar conflicto con la Duma y

disolverla, o bien encontrar a otro primer ministrable? ¿Y quién podía convenir a la Duma en ese caso? Chernomyrdin insistía en volver a presentarse por tercera vez, asegurando que los diputados no querían correr el riesgo de tener que convocar nuevas elecciones. Yeltsin y sus consejeros más próximos estaban muy preocupados por la composición de la Duma que podía salir de las urnas cuando el clima político y económico era tan oscuro. ¿No se arriesgaban a ver emerger un Parlamento de una aplastante mayoría comunista?

Yeltsin optó por la elección de un nuevo primer ministro; la lista de candidatos se fue alargando hasta que el presidente vio surgir a un ambicioso que había representado un papel claro en la toma de postura negativa de los comunistas: Yuri Luzhkov, el alcalde de Moscú. Primero había sido compañero de Yeltsin, después había adquirido una talla superior a la de un alcalde, aunque fuese de la capital. Habiendo desarrollado una red compacta de relaciones con los responsables de las grandes ciudades y de las regiones, Luzhkov se había convencido de que su experiencia y su influencia creciente en el país le prometían un papel nuevo, el de amo y señor del Kremlin. Yeltsin comprendió su proyecto, la parte que había tenido en la derrota de Chernomyrdin, y concluyó que no lo quería como primer ministro. A eso se añadía que Yeltsin jamás había soportado que lo presionaran. Y Luzhkov era el hombre de las presiones llamativas. Lo pagó con su exclusión. ¿No se podía llamar al presidente del Consejo de la Federación, Egor Stroiev, a Yuri Masliukov, que dirigía el Gosplán con Gorbachov? Alguien propuso incluso el nombre del general Lebed, que fue descartado con desprecio.

A Yavlinski, el fundador de Yábloko, se debió el mérito de haber propuesto el nombre de Evgeni Primakov, del cual dijo: «Es un hombre de compromisos, gustará a todo el mundo». Pero aunque Yeltsin se avino en un principio a esa idea, el interesado, por su parte, no quería ni oír hablar de ello. «Yo no soy un personaje público, yo quiero trabajar tranquilamente hasta retirarme, y me iré con Boris Nicolaievich en 2000.» Hubo que presionar esta vez a Primakov, no a Yeltsin, y todo el mundo se dedicó a ello, incluso Tatiana, la hija del presidente. Apelaron también a la esposa de Primakov. Finalmente se resignó. Yavlinski no se había equivocado: ese candidato gustó a todo el mundo, y en primer lugar a la Duma, que el 11 de septiembre invistió a Primakov sin dudar en el primer intento por 317 votos. El gobierno de Primakov era una coalición, presidida por un yeltsiniano, ciertamente, pero donde figuraba también un comunista, Kulik, nombrado vice primer ministro a cargo de la agricultura. Primakov se definió un

día como «socialdemócrata con rostro ruso».⁵⁰ Y fue una visión socialdemócrata la que dominó sus actos. Ese experto en problemas internacionales, gran conocedor del mundo árabe, no pertenecía a la categoría de «jóvenes dirigentes». Era contemporáneo de Yeltsin, con sesenta y nueve años cuando le nombraron; como Yeltsin, era un hombre dotado de una gran voluntad, intransigente y susceptible. Era un espíritu notable, y su conocimiento del mundo exterior era impecable.

Llevado al poder para «estabilizar» Rusia, Primakov tuvo que ocuparse antes que nada de la economía, ya que la Duma y la sociedad esperaban que él propusiera un «nuevo rumbo». Yeltsin temió que abandonara las reformas para apoyarse en «recetas del pasado», pero Primakov se esforzó por equilibrar el «regreso al buen sentido», como diría en su discurso de investidura, y la prosecución de las reformas. La aprobación del presupuesto por la Duma —que lo había rechazado a los predecesores de Primakov— era una prioridad. El nuevo primer ministro había elaborado un presupuesto riguroso y exigió de la Duma que le diera su acuerdo, y lo obtuvo.

Yeltsin tendría ocasión de sentirse satisfecho de su elección, pero sus relaciones con Primakov no serían nunca sencillas. Sin duda, el presidente era sensible a la fuerza de carácter de Primakov. Le resultaría muy bienvenida cuando, el 23 de marzo de 1999, encontrándose este en el Atlántico para ir a reunirse en Washington con Bill Clinton, Al Gore, Alan Greenspan y el director del FMI, Michel Camdessus, se enteró del bombardeo de Belgrado por la OTAN. Entonces hizo dar media vuelta a su avión sin dudar. Las conversaciones al más alto nivel en Washington ya no eran pertinentes. Yeltsin aplaudió esa manifestación, como lo haría toda la sociedad rusa humillada por el desprecio a Rusia que atestiguaban aquellos bombardeos. Yeltsin disfrutó también de la habilidad de Primakov, que supo suavizar las difíciles relaciones con la Duma. Sin embargo, seguía inquieto: una cierta alianza entre gobierno y Duma, ¿no señalaba acaso una evolución del sistema político hacia el parlamentarismo, y el aislamiento del presidente, o la desposesión de sus poderes? Yeltsin no se equivocaba: como Chernomyrdin antes que él, Primakov quería hacerle aceptar el 26 de enero un pacto que le comprometiera a no despedir al gobierno y a no disolverlo mientras el Parlamento renunciara a sus proyectos de destitución. Yeltsin rechazaría de plano ese acuerdo que limitaba la autoridad presidencial.

Primakov le inquietaba también porque sospechaba que era hostil a los emprendedores. Era verdad que la situación financiera de Rusia no había

mejorado por sus esfuerzos. Los capitales huían al exterior, y las trampas eran de rigor. Primakov denunció ese estado de cosas y declaró en mayo de 1999, cuando la Duma votó una amnistía, que los lugares liberados en las cárceles por esa medida permitirían acoger allí a los autores de delitos económicos. Con lo cual todos los jefes de empresas que se habían tomado libertades con la ley se echaron a temblar. El procurador general Skuratov, que emprendió una batalla espectacular contra la corrupción y llevó sus investigaciones hasta el Kremlin, contribuyó también a ese enfrentamiento confuso entre Yeltsin, la Asamblea Federal y Primakov al fondo.

Pero pronto las inquietudes de Yeltsin se verían alimentadas sobre todo por la popularidad y la patente ambición de Primakov. ¿No acabaría el primer ministro por convertirse en temible candidato a su sucesión? Yeltsin había contribuido por su parte, mediante una extraña iniciativa, a crear ese problema. En efecto, el 20 de octubre de 1998, apenas se había nombrado a Primakov al frente del gobierno, Yeltsin anunció por televisión su intención de no presentarse ya a la presidencia en 2000. Y una semana más tarde, su consejero Oleg Sisuev remachó más el clavo: «La tarea del presidente es a partir de ahora transmitir un poder estable a su sucesor».⁵¹ Esas declaraciones provocaron el efecto previsible: la carrera por la sucesión empezó de inmediato, y los sondeos permitieron constatar la subida en potencia de Primakov. El pacto de no agresión que este propondría a Yeltsin en enero de 1999 se inscribía en ese contexto de sucesión casi abierta.

En la primavera de 1999, el conflicto latente entre Primakov y Yeltsin adoptó una nueva dimensión. La Duma trabajaba entonces en el procedimiento de destitución previsto para el mes de mayo, y Primakov era contemplado como el sucesor. La sociedad lo creía y la Duma era favorable a ello, según temía Yeltsin. Hay que añadir que, en la atmósfera deletérea de los negocios —el escándalo Skuratov, una denuncia constante de corrupción—, Yeltsin no disponía de ninguna garantía para su porvenir pospresidencial. El pacto que le había proporcionado Primakov no decía nada de una posible inmunidad. Si añadimos a eso que Yeltsin temía que Primakov imprimiese un nuevo giro a la política rusa, al sistema que había querido construir y a sus elecciones económicas, veía en definitiva un porvenir incierto para él y una posible destrucción de su obra. Decididamente, Primakov no le convenía como sucesor. Los dos hombres todavía se entregarían un momento más al juego de las negativas, que ya no engañaba a nadie. El 9 de abril, Yeltsin desmentía

públicamente que tuviera la intención de cesar a Primakov: «En esta etapa, Primakov es necesario», dijo, y unas cuantas horas más tarde, en televisión, Primakov declaraba: «No tengo ambiciones presidenciales, y no estoy aferrado a mi sillón de primer ministro. Hoy se dice que soy útil; mañana ya se verá».

El 27 de abril se dio una primera señal. Serguei Stepashin, ministro del Interior, fue nombrado primer vice primer ministro. Primakov fue el primer sorprendido.

No se sorprendería el 12 de mayo, cuando Yeltsin lo acogiera en el Kremlin y le dijera: «Usted ha cumplido con su papel. Entrégueme su carta de dimisión e invoque la razón que más le convenga». Digno y tranquilo, Primakov respondió: «Esta decisión es un error».⁵² Prefería ser destituido que dimitir él mismo. Pero la entrevista acabó de una forma imprevista. Yeltsin empezó a encontrarse mal y Primakov tuvo que ceder su lugar a los médicos. A continuación Yeltsin diría: «Esa destitución fue la más digna de todas las que he conocido». Los comunistas habían amenazado con apelar a la calle si echaban a Primakov; renunciaron, ya que el momento era adecuado para la venganza institucional, más eficaz que la protesta. El procedimiento de destitución fue fijado, en efecto, para el 15 de mayo. Pero ese procedimiento preparado durante tanto tiempo y que tanto temía Yeltsin se convirtió en un fracaso. Había que reunir 300 votos para destituir al presidente. Ningún cargo de la acusación —y había cinco— llegó al mínimo requerido. Yeltsin, una vez más, se salió con la suya. E inmediatamente presentó a la Duma al sucesor de Primakov, Stepashin. ¿Se resarciría la Duma del fracaso sufrido con la destitución, tratando a Stepashin como había tratado a Chernomyrdin y Kiriienko? El caso es que prefirió evitar el conflicto e invistió sin vacilar al candidato que se le presentó: 301 votos a su favor, el 17 de mayo, dos días después del desastre de la destitución.

Es cierto que Stepashin no era una mala elección a priori. Había sido ministro de Justicia y del Interior. Era yeltsiniano, cierto, pero en su momento aplaudió la invasión de Checoslovaquia. No tendría mucha libertad para formar su gobierno, todo le sería impuesto, y sobre todo, desde el principio fue consciente del malentendido que había presidido su nombramiento.⁵³ La pregunta que se hacían todos en ese momento era: ¿sería el sucesor que Yeltsin quería impulsar? Sin embargo, todas las informaciones convergían para indicar que Stepashin fue nombrado por Yeltsin por no poder designar a aquel a quien hubiera preferido, con el cual había mantenido ya una entrevista en 1998 y que se llamaba Vladimir Putin.⁵⁴ La destitución de Stepashin era, por tanto,

ineludible: sobrevino el 9 de agosto, solo tres meses después de su nombramiento. Dos días más tarde fue designado Vladimir Putin. «Yeltsin se volvió loco», así reza el título del capítulo que Yeltsin consagraba al nombramiento de Putin en *La maratón presidencial*. Sin duda, el observador podía quedar algo desconcertado: Yeltsin nombraba su quinto primer ministro, y también había tenido treinta y un vice primeros ministros, y el ritmo de las destituciones era cada vez más rápido. ¿Se habría vuelto loco Yeltsin, como escribía burlándose de sí mismo?

Antes de llegar al nombramiento de Putin se imponen dos observaciones. En primer lugar, a pesar de la rápida renovación —lamentable para los interesados— de los más altos personajes del Estado, en general estos no sufrieron por su caída. Las promociones aseguraban que surgiera una nueva clase política, necesaria para la democracia rusa. Y después de su cese, los destituidos en su mayor parte habían encontrado empleo en la esfera pública. Incluso el general Rutskoi, que a su salida de prisión volvió a tener estatus parlamentario y se convirtió en gobernador de la región de Kursk, y hasta el general Lebed. Tras romper con aquellos que favoreció durante un tiempo, Yeltsin no los persiguió con su venganza. Y eso no es demasiado frecuente en política.

La segunda observación se refiere al contexto. El problema de la sucesión estaba abierto desde 1996 y la elección de Boris Yeltsin, pero más aún después del 20 de octubre de 1998. A partir de entonces, las decisiones de Yeltsin deben examinarse también a la luz de lo que se convirtió en la preocupación primera del mundo político y de la sociedad rusa. Dos ambiciones, dos organizaciones ya se alzaban frente a él: Yuri Luzhkov, con su partido Otechestvo (La Patria) y Primakov, a quien el presidente tártaro Shaimíev había colocado a la cabeza de Vsia Rossiia (Toda Rusia). Pronto ambas organizaciones se fusionarían formando el OVR (Otechestvo Vsia Rossiia) y Primakov sería contemplado como el mejor candidato para las futuras elecciones presidenciales.

Mientras iban en aumento esas ambiciones, incluso casi complots, Yeltsin consultó mucho. A los reproches que se le hacían se añadía su supuesta dependencia de sus consejeros, entre los cuales había que contar con la familia. En efecto, en este período final de su mandato fue cuando el tema de la familia (*semia*), de su influencia, de su enriquecimiento, se convierte en un estribillo insistente. Esa familia era Tatiana, que le aconsejaba desde hacía años, era el periodista Valentin Yumashev, a quien Yeltsin nombró para la administración

presidencial, y después para el Consejo de Seguridad, y a quien profesaba un afecto casi paternal, pero también era el inevitable Berezovski, que se insinuaba siempre en su entorno, y por fin, también Voloshin y algunos otros más. Aunque no estuviera incluido en ese grupo que alimentaba los fantasmas, Chubáís seguía estando muy cerca del presidente y se lo escuchaba mucho. En sus memorias, Primakov evocó largamente a esos personajes cuya presencia constante junto a Yeltsin deploraba tanto, y habló de la necesidad de apartarlos. Es significativo que el programa satírico de la televisión *Kukly* [Las muñecas], cuyo humor corrosivo encantaba a los rusos, tuviera como objetivo a Tatiana Diachenko desde hacía mucho tiempo. En ese clima de ambiciones declaradas, de rumores, de acusaciones de todo tipo dominadas por el tema de la «colisión entre la política y los negocios», pero también de la familia y el mundo de los negocios, se situó la designación del último jefe de Gobierno de Yeltsin.

Putin fue designado el 11 de agosto. Esa elección provocó cierto estupor en el país (¿quién era ese desconocido?) y no entusiasmo demasiado a la Duma. Chubáís, informado de esa elección, intentó vanamente disuadir al presidente y a Putin. Previno a Yeltsin de que la Duma no le seguiría. Pero ella lo desmentiría, invistiendo a Putin con una ventaja muy escasa. Una manera clara de significar su desacuerdo, pero de evitar una crisis institucional a algunos meses de las elecciones legislativas.

En el relato que los dos han hecho de las conversaciones que precedieron a ese nombramiento, Yeltsin y Putin insistieron en el poco entusiasmo que puso el futuro primer ministro a la hora de aceptar la función que le era propuesta. Los que conocían bien a Yeltsin sabían que la reacción reservada de Putin habría contribuido seguramente a animarle en su idea. Apreciaba la contención de Putin, comparándola con las ambiciones desatadas que se desplegaban sin tener en cuenta si podían herirle. Apreciaba también —él estaba loco por el tenis después de haberlo estado por el fútbol— la pasión deportiva de Putin.⁵⁵

La biografía de su candidato hablaba por él. Era joven (obsesión de Yeltsin: hacer llegar a una generación nueva), con formación (estudios de Derecho en la Universidad de Leningrado). Y, tras un recorrido de quince años en los órganos de seguridad de la RDA, había vuelto en 1990 a Leningrado, junto a su antiguo profesor, Sobchak, para ocuparse de las relaciones exteriores de la ciudad. Cuando Sobchak se fue de la ciudad y se refugió en Francia,* él lo ayudó y le fue siempre fiel —una cualidad muy grande, a ojos de Yeltsin—, pero abandonó también la segunda capital por Moscú. Entonces creyó haber roto con los

órganos de seguridad, uniéndose en 1991 a la administración presidencial y después al Consejo de Seguridad, pero en 1998 no pudo negarse a una misión que le sería confiada: ocupar la dirección del Servicio Federal de Seguridad, sucesor del difunto KGB. Aceptó el cargo sin ningún entusiasmo, pero su lema era: «No podemos negarnos a ir allí donde nos juzgan útiles». Para Yeltsin era el hombre adecuado en aquel momento, fuerte, fanático del orden, intensamente patriota, pero también apegado a la nueva Rusia y a su devenir democrático. Y ese fue el juicio que opuso siempre a Chubáís.

El hombre fuerte se impuso porque Rusia estaba conmocionada en ese preciso momento. La guerra en Chechenia había empezado de nuevo de la peor forma posible, es decir, extendiéndose, como había anunciado Basaiev, a todo el Cáucaso y a Rusia. La paz negociada dos años antes voló en pedazos. Las tropas de Basaiev y Jatab ocuparon Daguestán. Si se instalaban, todo el Cáucaso entero se inflamaría: los combatientes de Basaiev remontaron el Volga y sublevaron a las repúblicas musulmanas ya muy atentas a sus movimientos. Putin encarnaba la resistencia y consiguió detener el avance de los rebeldes en Daguestán.

Pero sobrevino entonces la segunda fase de esa guerra, una oleada de atentados particularmente mortíferos, desencadenada simultáneamente en Daguestán, en Moscú y en la región de Kuban. El miedo se generalizó; los moscovitas no se atrevían a salir de casa. Putin se reveló como buen hombre de Estado y también jefe de guerra. Argumentó que Basaiev y Jatab eran agentes de Masjádov, que no eran simples terroristas, sino generales de una guerra chechena que volvía a recrudecerse. Por consiguiente se olvidaron las cláusulas de la paz de Jasaviurt. El 1 de octubre, Putin declaró una guerra total a Chechenia: hizo bombardear las bases donde se acuartelaban las tropas chechenas y se lanzó al asalto de Grozni. Fue la segunda guerra de Chechenia, pero a diferencia de la primera, que había provocado la indignación de la sociedad rusa, de los políticos y de la prensa, la guerra de 1999 obtuvo una aprobación casi unánime. Hubo un momento de indecisión al principio, como testimonian los sondeos, pero en cuanto el ejército ruso fue obteniendo éxitos (la toma de Grozni), el apoyo de la opinión pública fue total. Yeltsin, por su parte, apoyó a su primer ministro, y Yavlinski se quedó solo en su condena de los excesos de la guerra, que sería atroz. En poco tiempo, los sondeos demostraron que el desconocido del 7 de agosto se había convertido en un personaje popular. ¿Qué destino le esperaba? ¿Sería como Kiriyenko o Stepashin un personaje de transición, un primer ministro efímero, o bien Yeltsin habría encontrado en él al sucesor deseado?

A principios del invierno, nadie conocía la respuesta. El mandato de Yeltsin todavía duraría unos meses más, y la atención se fijó entonces en las elecciones legislativas del 19 de diciembre. Las posiciones respectivas parecían bien establecidas. A la izquierda, el Partido Comunista disponía de un electorado fiel y estable. Apenas un poco más hacia el centro, la coalición OVR, que llevaba el tándem Luzhkov-Primakov, parecía disfrutar de un amplio apoyo popular. En el centro, incluso en el centro derecha, había surgido un nuevo partido, Unidad (*Edinstvo*), forjado por Serguei Shoigú, un hombre de la nueva generación también (cuarenta y cinco años justos) que fue ministro de Situaciones de Emergencia. Era más bien conservador, apegado a las tradiciones rusas, y el símbolo escogido por su partido, el oso, sedujo a sus compatriotas. Putin declaró su interés por ese partido.⁵⁶ Las elecciones subrayaron la importancia del apoyo de Putin. Como se preveía, los comunistas llegaron en cabeza, con el 24 % de los sufragios, seguidos de cerca por el partido del oso, solo un punto por detrás, mientras que la coalición Luzhkov-Primakov, tan esperada, no obtuvo más que el 13 % de los votos. Y detrás de ellos, Zhirinovski, Yavlinski y sobre todo Chernomyrdin, jefe de filas de Nuestra Casa Rusia, consiguieron a duras penas el 5 % de los votos.

Se esperaba que saliese de las elecciones un Parlamento de izquierdas, y que los comunistas y los partidarios del dúo Luzhkov-Primakov pudieran formar un gobierno de coalición que sostuviese la candidatura de Primakov a las elecciones presidenciales. El resultado de la votación desbarató esos cálculos. Se estableció un entendimiento tácito de manera inesperada entre los comunistas y los del oso, partidos mayoritarios, opuestos en el fondo, ciertamente, pero que compartían un mismo apego a la patria y la convicción de que el Estado debía representar un papel real en la vida económica y social.

Tres meses antes de las presidenciales, nadie sabía cómo acabaría todo aquello. Al día siguiente de las elecciones de diciembre, Yeltsin callaba; sus más íntimos y su familia deploraban aquel silencio.

La ceremonia del adiós

Y después llegó el 31 de diciembre. Llegado al Kremlin a primera hora de la mañana, Boris Yeltsin pasó un rato con el patriarca Alejo. Justo a mediodía se dirigió al país. En todas partes se encendieron los televisores y Rusia,

estupefacta, oyó un discurso absolutamente inesperado:⁵⁷

Mis queridos amigos:

Hoy me dirijo a vosotros por última vez, para desearos un feliz año, pero eso no es todo. Hoy me dirijo a vosotros por última vez como presidente de Rusia.

He tomado una decisión [...] en este último día del siglo que acaba, abandono el poder [...] siempre he dicho que no me apartaría jamás de la Constitución, y que las elecciones legislativas debían respetar los tiempos constitucionales. Así se ha hecho. Quería también que las elecciones presidenciales tuvieran lugar en el momento legal, en junio de 2000. Es muy importante para Rusia. Nosotros creamos el precedente fundamental de una transmisión civilizada y voluntaria del poder de un presidente a otro.

Y, sin embargo, he decidido hacer otra cosa. Me retiro antes del término de mi mandato.

He comprendido que era indispensable: Rusia debe entrar en el nuevo siglo con hombres políticos nuevos, nuevos rostros, gente nueva, inteligente, fuerte... Habiendo visto con qué esperanza y con cuánta fe la gente ha votado a la Duma para que salga una nueva generación política, he comprendido, y he cumplido ya lo que debía hacer. Rusia no volverá atrás, continuará a partir de ahora, siempre adelante...

Y sigue un fragmento especialmente emotivo:

Quiero pedir os perdón.

Porque muchos de nuestros sueños no se han llevado a cabo. Lo que nos parecía sencillo ha sido terriblemente difícil. Pido perdón porque no he conseguido realizar las esperanzas de aquellos que creían que podríamos, de un salto, con un solo aliento, librarnos de nuestro pasado gris, totalitario, y saltar hacia un futuro luminoso, rico, civilizado. Yo también lo había creído... He sido demasiado ingenuo. Los problemas eran demasiado complicados. Progresamos con errores, con fracasos. Muchas personas se han visto sacudidas por estos tiempos difíciles.

Quiero que sepáis [...] que el sufrimiento de cada uno de vosotros ha sido mi sufrimiento, que lo he sentido en mi corazón.

Me voy, he hecho lo que he podido. Una nueva generación toma el relevo, la generación que hará más y lo hará mejor.⁵⁸

Boris Yeltsin concluyó esa patética despedida anunciando que «conforme a la Constitución, Vladimir Vladimirovich Putin asumirá la presidencia provisional hasta las elecciones, que tendrán lugar dentro de tres meses».

Era el fin de una época histórica excepcional, el fin de una presidencia de la que más tarde se haría balance. Al abandonar el Kremlin, el presidente legó a Putin un último consejo: «Cuide bien de Rusia».

Conforme al calendario anunciado, las elecciones presidenciales tuvieron lugar el 26 de marzo. Vladimir Putin fue elegido en la primera vuelta por el 52 % de los votos; Ziugánov obtuvo un 29,2 %, y Yavlinski un 5,8 % de los votos. Primakov se había retirado, sabiamente, después de haber anunciado un tiempo su candidatura, y Luzhkov había declarado que apoyaba a Putin.

Así se impondría al país la elección de Boris Yeltsin.

Al abandonar por voluntad propia el poder el 31 de diciembre de 1999, Boris Yeltsin puso punto final a la historia del imperio soviético y al imperio mismo. Durante seis años, Mijaíl Gorbachov se había empeñado en dar a ese imperio un «rostro humano», y después en transformarlo radicalmente, y gracias a él, un gran número de pueblos dominados por el imperio habían recuperado la libertad. La *perestroika*, empresa de reconstrucción y de renovación, se convirtió en herramienta de desmantelamiento del monstruo creado por Lenin y desarrollado por Stalin. De las ruinas del imperio iba a surgir también un país desconocido por sus habitantes, que no eran solamente rusos, sino también tártaros, chechenos, kalmukos y muchos otros pueblos y lenguas, religiones y costumbres diversas que solo una larga historia había reunido. Los «rusos», ya que hay que llamar así a todos los ciudadanos de ese nuevo Estado, descubrieron Rusia en 1992 en las peores condiciones. Pueblos y hombres tan distintos reunidos bajo el nombre de «rusos» no estaban de acuerdo en nada. Ni en su comunidad de destino, ni en las grandes opciones —la ruptura con el comunismo, la democracia, la economía de mercado—, ni en las relaciones con el mundo exterior, ni en Rusia. ¿Era europea? ¿Asiática? Sobre todo, ¿qué significaba ser ruso?

Yeltsin se vio enfrentado a un desafío doble. Consolidar la obra de Gorbachov, es decir, cerrar para siempre el capítulo del comunismo, cosa que no era nada fácil ya que el pueblo que debía gobernar no había conocido durante tres cuartos de siglo otra cosa que el comunismo, su único horizonte, su «porvenir radiante». Al mismo tiempo debía convencer a esos pueblos, esos ciudadanos desorientados, de que tenían un destino común, un destino ruso, y por eso había que definir la «identidad rusa». ¡Inmensos desafíos! El día de su partida, Yeltsin reconoció que se había cumplido mucho, ciertamente, pero que la obra estaba inacabada. Su personalidad y su historia podían ayudar a comprender lo que había conseguido y lo que le faltaba. Puro producto de la URSS, de su ideología, de las enseñanzas de Lenin, Boris Yeltsin creía, como el fundador de la URSS, que la *política* y el poder eran decisivos para guiar a las sociedades. Su prioridad, su proyecto, fueron sobre todo políticos, y en ese aspecto su balance es muy notable. Aunque la democracia rusa sea frágil y

todavía no esté del todo madura, existe y reposa sobre instituciones en las cuales creen los ciudadanos, tan desamparados en 1992: la Constitución, los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, las elecciones.

Durante sus ocho años de presidencia, Yeltsin se obsesionó con la firme voluntad de impedir que los comunistas volvieran jamás al poder. A mediados de los años noventa, ese regreso era posible, e incluso verosímil, tan poderosas eran en Rusia la confusión y la nostalgia por un pasado de solidaridad —teórica, ciertamente— y de fraternidad de los pueblos. Yeltsin y la democracia acabaron por eliminarlo, porque los rusos comprendieron por fin la importancia de lo que estaba en juego. También lo consiguieron porque las masas soviéticas habían dejado su lugar en algunos años a ciudadanos, e incluso a una naciente sociedad civil. El *Homo sovieticus* cuya perennidad predecía Zinoviev había desaparecido ante el elector, consciente de sus derechos y de su responsabilidad. El *Homo sovieticus* ya no existía.

Es cierto que, concentrado en el combate político, atento a desmontar todos los elementos del sistema soviético para prevenir su regreso —en especial todos los medios de la economía administrada—, Yeltsin dejó vía libre a los que saquearon la riqueza nacional, organizando la operación de bandidaje más extraordinaria de un Estado que haya conocido la historia contemporánea. Para su sucesor no sería fácil volver al orden. Sin embargo, Yeltsin consiguió edificar Rusia, y a pesar de la tragedia chechena, la preservó de la disgregación nacional a imagen de la que sufrió la URSS. Dejó tras de sí unas instituciones duraderas y un acuerdo social bastante amplio sobre la primacía que se debía dar al interés nacional ruso. Gorbachov había soñado con salvar el imperio; fracasó. Yeltsin retomó lo esencial del proyecto de Gorbachov, pero lo inscribió en el espacio ruso, corazón histórico del imperio. En definitiva, esos dos hombres con un carisma inmenso, que se enfrentaron con tanta violencia e incluso se odiaron, resultan inseparables con respecto a la historia de su país. Por medios parecidos y distintos, ambos persiguieron el mismo objetivo: «superar el retraso ruso», renovar los vínculos entre Rusia y Europa y, sobre todo, reinstalar a Rusia en Europa.

Si a menudo han sido —o aún— mal conocidos o poco queridos por sus compatriotas (Gorbachov) y por el mundo exterior (Yeltsin), el tiempo necesario para comprender una revolución de tal amplitud los colocará a los dos en el lugar

que les corresponde en la historia de Rusia, entre los grandes reformadores que, desde Pedro el Grande, se empeñaron insistentemente en modernizar Rusia a fin de hacer de un país «bárbaro» una gran potencia europea.

Orientación bibliográfica

Para aligerar esta orientación bibliográfica no se vuelven a repetir las obras citadas en las notas.

FUENTES

- Materialy XXVII s'ezda Kommounisticheskoi partii Sovetskogo soiouza*, Moscú, 1986.
XXVII s'ezd Kommounisticheskoi partii Sovetskogo soiouza. Stenograficheskii otchet, Moscú, 1986.
XIX Vsesoiouznaia Konferentsia Kommounisticheskoi Partii Sovetskogo soiouza. Stenograficheskii otchet, Moscú, 1988.
Materialy XXVIII s'ezda Kommounisticheskoi partii Sovetskogo soiouza, Moscú, 1990.
Iz istorii sozdaniia Konstitutsii rossiiskoi federatsii. Konstitutsionnaia Komissiia, 1990-1993, 6 t., Moscú, 2008.
Pervyi s'ezd narodnykh deputatov RSFSR stenograficheskii otchet, Moscú, 1992.
DORONCHENKOV, A. I., *K soiouzou souverenyykh narodov. Sbornik dokumentov KPSS*, Moscú, 1991.
Tchetvertaia sessia verhovnogo soveta RSFSR. Sovmestnoe zasedanie soveta respublik I soveta natsional'nostei, 12 dekabria 1991, GARF, fondos 1026 op.1/d 694 51 a 104.
Entrevistas realizadas por los Archivos del Estado de Rusia depositadas en el GARF: Burbulis, Shajrai, Kozyrev, Korzhakov, Gaidar, Poltoranin, Vochtchanov.
LESAGE, M. (ed.), *Les Institutions de Russie*, París, Documentation Française, n.º 102, 1998.

MEMORIAS

- ABALKIN, L., *Neispolzovannye chansi: poltora goda v pravitel'stve*, Moscú, 1991.
AFANÁSIEV, I., *Ma Russie fatale*, Moscú, 1992. [*Mi Rusia fatal*, Madrid, Anaya & Mario Muchnik, 1994, trad. Carlos Manzano.]
AJROMÉIEV, S. F., y KORNIEENKO, G. M., *Glazami marchala i diplomata*, Moscú, 1992.
BURBULIS, G. (ed.), *Stanovlenie novoi rossiskoi gosudarstvennosti. Real'nost'i perspektivy*, Moscú, 1996.
BOLDIN, V. I., *Krouchenie piedestala. Chtrikhi k portretou Gorbacheva*, Moscú, 1995.
SHAJNAZÁROV, G., *Tsena svobody i reformatsiia Gorbacheva glazami evo pomochnika*, Moscú, 1993.
FALIN, V., *Konflikty v Kremle: Soumerki bogov po rousski*, Moscú, 2000.
FEDOROV, B. G., *Desiat'bezoumykh let*, Moscú, 1999.
FILATOV, S., *Na pouti k demokratii*, Moscú, 1995.
GAIDAR, E., *Gibel'imperii*, Moscú, 2006.
GRACHOV, A., *Kremlevskaia khronika*, Moscú, 1994.
YAKOVLEV, A., *Gor'kaia Tchacha: bolchevizm i reformatsiia Rossii*, Yaroslavl, 1994.
YÁZOV, D. T., mariscal, *Oudary Soud'by*, Moscú, 1999.
ISAKOV, V. B., *Predsedatel'soveta Respubliki. Parlamentskie dnevniki. 1990-1991*, Ekaterimburgo, 1997.
KARIAKIN, J. U., *Peremena ubejdenii*, Moscú, 2007.
LEBED, A. T., *Les Mémoires d'un soldat*, Mónaco, 1998.

- LIGACHOV, E., *Zagadka Gorbatcheva*, Novosibirsk, 1992.
- LUZHKOV, I., *My deti tvoi*, Moskva, Moscú, 1996.
- LUKIANOV, A., *Perevorot mnimi i nastoiachtchii*, Moscú, 1993.
- MATLOCK, J. F., *Autopsy of an Empire: The American Ambassador's Account of the Soviet Union*, Nueva York, 1998.
- MEDISH, V. (ed.), *My Russia, the Political Autobiography of Gennadi Ziouganov*, Armonk Sharp, 1997.
- PETRAKOV, N. I., *Rousskaia rouletka. Ekonomitsheskii eksperement tsenoiu 150 milionov jiznei*, Moscú, 1998.
- PRIMAKOV, E., *Gody v bol'choi politike*, Moscú, 1999.
- RUTSKOI, A., *Neizvestnoi Routsnoi: polititsheskii portret*, Moscú, 1994.
- RYZHKOV, N., *Desiat'let velikikh potriasenii*, Moscú, 1993.
- , *Perestroika, istoriia predatel'stva*, Moscú, 1994.
- SÁJAROV, A., *Mémoires*, París, 1990. [*Memorias*, Barcelona, Actualidad y Libros, 1991, trad. M. Elena Aparicio.]
- SHÁPOSHNIKOV, E., mariscal, *Le Chaos ou la Raison*, París, 1992.
- , *Vybor*, Moscú, 1995.
- SOBCHAK, A., *Jila, byla Kommunisticheskaia Partia*, San Petersburgo, 1995.
- , *Chronique d'une chute annoncée*, París, 1991.
- , *La Cassure de Tbilissi*, París, 1993.
- , *Khojdenie vo vlast'. Rasskaz o rojdenie parlamenta*, Moscú, 1991.
- SUHANOV, L., *Tri goda s Eltsinyom*, Riga, 1992.
- CHERNIAEV, A., *Chest'let s Gorbachevym po dnevnikovym zapiskam*, Moscú, 1993.
- CHUBAIS, A., *Privatizatsiia po rossiiskii*, Moscú, 1999.
- VOLSKI, A., *Smotret'otkrytymi glazami*, Moscú, 1993.

HISTORIA

- BARSENKOV, A. S., *Vvedenie V sovremennoiou rossiiskoiou istoriou 1985-1991*, Moscú, 2002.
- COULODON, V., *Génération Gorbachev*, París, 1998.
- DUNLOP, J., *The Rise of Russia and the Fall of the Soviet Empire*, Princeton, 1993.
- DZAHAGOV, V. V. et al., *Polititsheskaia Istorii Rossii. Khronika i litsa 1985-1997*, Moscú, 1997.
- , *Gorbachev-Eltsine: 500 dnei polititsheskogo protivostoianii*, Moscú, 1997.
- GRAZIOSI, A., *Histoire de l'URSS*, París, 2010.
- HOUGH, J., *Democratization and Revolution in the USSR 1985-1991*, Washington, 1997.
- KISSELEV, A. F., y SCHAGIN, F. M. (eds.), *Noveichaia istoriia otchestva. XX vek*, Moscú, 1997.
- KORJIJINA, T. P., y SENIN, A. S., *Istorii rossiskoi gosudarstvennosti*, Moscú, 1995.
- LAPIDUS, G., *The New Russia. Troubled Transformations*, Boulder, San Francisco-Oxford, 1995.
- LATSIS, O. R., *O tchatelno. splanirovanoe samoubiistvo*, Moscú, 2001.
- LOGINOV, V. T. (dir.), *Soiuz mojno bylo sokhranit'. Belaia Kniga Dokoumenty i fakty o politike M. S Gorbatcheva po reformirovanioi i sokhranenioi mnogo natsional'nogo Gosoudarstva*, Moscú, 1995.
- MARIE-SCHWARTZENBERG, N., *La Russie du crime*, París, 1997.
- MLECHIN, L., *Prezidenty rossii*, Moscú, 2003.
- PIJOIA, R., y SOKOLOV, A. K., *Istorii sovremennoi rossii: krizis kommunisticheskoi vlasti v SSSR i rojdenie novoi Rossii konets 1970-1991 gg.*, Moscú, 2008.
- PIJOIA, R., *URSS. Histoire du pouvoir*, t. 1, *Quarante ans d'après-guerre*, Quebec, 2007, y t. 2, *Le Retour de l'aigle bicéphale*, Quebec, 2008.
- SAPIR, J., *Le Chaos russe*, París, 1996.
- SELEZNEV, G. K., *Polititsheskaia istoriia sovremennoi rossii 1991-2001*, Moscú, 2001.

- SOGRIN, V., *Politicheskaiia istoriia sovremennoi rossii*, Moscú, 1994.
- SOKOLOFF, G., *La Puissance pauvre*, París, 1993.
- STANKEVICH, S., *SSSR na zaverchaïouchchim etape: erozia i raspad soïouznoi gosoudarstvennosti*, Moscú, 2009.
- ZHURAVLEV, V. V. (ed.), *Istoriia sovremennoi rossii 1985-1994*, Moscú, 1995.

POTENCIA. POLÍTICA EXTRANJERA

- BRZEZINSKI, Z., *The Grand Chessboard: American Primacy and its Geostrategic Imperatives*, Basic Books, 1997.
- COLAS, D. (dir.), *L'Europe post-communiste*, París, 2002.
- CORDOVEZ, D., y HARRISON, S. S., *Out of Afghanistan: The Inside History of the Soviet Withdrawal*, Oxford, 1995.
- ENGLISH, R., *Russia and the Idea of the West. Gorbachev, Intellectuals and the End of the Cold War*, Nueva York, 2000.
- GARTHOFF, R. L., *The Great Transition: American Soviet Relations and the End of the Cold War*, Washington, 1994.
- KENDE, P., y SMOLAR, A. (eds.), *La Grande Secousse de l'Europe de l'Est 1989-1990*, París, 1990.
- MINK, G., *Vie et mort du bloc soviétique*, París, 1995.
- ODOM, W., *The Collapse of the Soviet Military*, New Haven-Londres, Yale University Press, 1998.
- PARIS, H., general, *Stratégie soviétique et chute du Pacte de Varsovie*, París, 1995.
- SCHWEITZER, P., *Victory: The Reagan Administration's Secret Strategy hastened the Collapse of the Soviet Union*, Nueva York, 1994.
- STENT, A., *Russia and Germany Reborn: Unification. The Soviet Collapse and the New Europe*, Princeton, 2000.
- SUNY, R. G., *The Revenge of the Past: Nationalism Revolution and the Collapse of the Soviet Union*, Stanford, 1993.
- SZPORLUK, R., *Russia, Ukraine and the Breakup of the Soviet Union*, Stanford, 2000.

GORBACHOV

- BRESLAUER, G., *Gorbachev and Yeltsin as Leaders*, Cambridge, 2002.
- BROWN, A., *The Gorbachev Factor*, Oxford, 1996.
- GRACHOV, A., *Le Mystère Gorbatchev*, Mónaco, 2001.
- , *Gorbatchev. Le pari perdu?*, París, 1998.
- GUETTA, B., *Éloge de la tortue (l'URSS de Gorbatchev)*, París, 1991.
- KERBLAY, B., *La Russie de Gorbatchev*, Lyon, 1989.
- LECOMTE, B., *Gorbatchev*, París, 2014.
- MARCOU, L., *Les défis de Gorbatchev*, París, 1988.
- MURARKA, D., *Gorbatchev*, París, 1987.
- RUGE, G., *Mikhaïl Gorbatchev*, París, 1991.
- SAKWA, R., *Gorbachev and his Reforms*, Nueva York, 1990.
- TATU, M., *Gorbatchev. L'URSS va-t-elle changer?*, París, 1987.
- THOM, F., *Le Moment Gorbatchev*, París, 1991.
- ZINOVIEV, A., *Le Gorbatchevisme ou les Pouvoirs d'une illusion*, Lausana, 1987.
- ZINOVIEV, A., *Katastroïka*, Lausana, 1990.

YELTSIN

- ARON, L., *Boris Eltsine. Jizn'revolioutsionera*, Moscú, 2006.
- BROWN, A., y SHEVTSOVA, L., *Gorbachev, Yeltsin and Putin: Political Leadership in Russia's Transitions*, Brooking Inst., 2001.
- COLTON, T., *Yeltsin, a Life*, Harvard University Press, 2008.
- DOBROJOTOV, L. N. (ed.), *Ot Eltsina k Eltsinou. Prezidentskaia gonka*, Moscú, 1997.
- Epoha Eltsina (otcherki politicheskoi istorii)*, Moscú, 2001.
- JINCHEIN, A., *Eltsin. Kreml'. Istoriia bolezni*, Moscú, 2006.
- KOSTIKOV, M., *Roman s prezidentom*, Moscú, 1997.
- SHEVTSOVA, L., *Russia. Lost in Transition. The Yeltsin and Putin Legacies*, Washington, 2007.
- SMITH, K., *Mythmaking in New Russia: Politics and Memory during the Yeltsin Era*, Londres, 2002.
- SMITH, Gordon B. (ed.), *State Building in Russia; the Yeltsin Legacy and the Challenge of the Future*, Londres, 1999.

Notas

* La Komintern o III Internacional la fundó Lenin en Moscú en marzo de 1919 (I Congreso) y fue disuelta en 1943 por Stalin.

1. Grachov, A., *Le passé de la Russie est imprévisible*, Paris, 2014, pp. 210-214; Pijoia, R. G., *URSS. Histoire du pouvoir*, Quebec, 2008, t. 2, pp. 7-8.

2. Zaslavskaya, T., «Doklad o neobkhodimosti bolee uglublennogo izucheniia v SSSR sotsialnogo mekhanizma razvitiia ekonomiki», *samizdat* recogido en *Materialy samizdat*, RFE, n.º 35/83, 2608-1983; «Tvortcheskaia aktivnost' mass i sotsial'nye rezervy rosta», EKO, 3.198.

3. Shajrai, S.; Speranski, S., *Raspad SSR*, t. 1.

4. Dos obras preciosas: Blum, A., *Naître, vivre et mourir en URSS, 1917-1991*, París, 1994; Mesle, F. *et al.*, *Tendances récentes de la mortalité par causes en Russie 1965-1994*, París, 1996. Cf. sobre todo los trabajos de Murray Feshbach presentados ante el Congreso estadounidense; y publicados, *Ecocid in the USSR: Health and Nature under Siege*, Nueva York, 1992.

5. Feshbach, M., *Prospect for Massive Outmigration from Central Asia*, documento de trabajo, Washington, 1977.

6. Levesque, J., *L'URSS en Afghanistan 1979-1989*, Bruselas, 1990.

7. Grachov, A., *op. cit.*, pp. 179-217.

1. Grachov, A., *Le passé de la Russie est imprévisible*, Paris, 2014, p. 223.

2. Sobre la «leyenda Gorbachov», Yakovlev, A., *Soumerki*, Moscú, 2003, pp. 365 ss.

3. Gorbachov, M., *Mémoires*, 1995, trad. francesa, París, 1997, pp. 100-103. [*Memorias*, Obra completa, Barcelona, Plaza & Janés, trad. José Luis Gil Aristu.]

4. Carrère d'Encausse, H., *La déstalinisation commence*, Bruselas, 1984, pp. 123-124.

5. Sobre el recorrido de Gorbachov, Lecomte, B., *Gorbatchev*, París, 2014; Grachov, A., *Le Mystère Gorbatchev*, París, 2001; Heller, M., *Le Septième Secrétaire (splendeur et misère de Mikhaïl Gorbatchev)*, París, 1990.

6. Brown, A., *The Gorbachev Factor*, Oxford University Press, 1997, pp. 75 ss.

1. Pijoia, R. G., *URSS. Histoire du pouvoir*, t. 2, *Le Retour de l'aigle bicéphale*, Quebec, 2008, pp. 70-71.

2. *Pravda*, 24-04-1985, «Para la convocatoria del XXVII Congreso del PCUS. Sobre las tareas relacionadas con su preparación y su realización».

3. *Svod zakonov SSSR*, 1990, t. 5, p. 32.

4. White, S., *Russia Goes Dry*, Cambridge University Press, 1996.

5. *Materialy, XXVII go s'ezda KPSS*, Mosćú, 1986.

6. Pijoia, *op. cit.*, pp. 79-96.

7. Yarochinskaia, A., *Tchernobyl'soverchenno sekretno*, Moscú, 1992. Aquí se encuentra el estudio completo del informe del Politburó sobre Chernóbil.

8. Vorotnikov, V. I., *A bylo eto tak. Iz dnevnika tchlena Politburo TS KPSS*, Moscú, 1995, pp. 108 y ss. (El autor da cuenta de las dudas que allí se expresan.)

1. Pijoia, *op. cit.*, pp. 107-109.

2. Yakovlev, *op. cit.*, pp. 393-394.

3. Poliakov, J. A., *Nache nepridskozouemoe proclloe*, Moscú, 1995, pp. 68-72.

4. Sokoloff, G., 1933, *l'année noire*, Paris, 2000.

5. Yakovlev, *op. cit.*, p. 415.

6. *Ibid.*, p. 417.

7. Este tema se trató primeramente en el Politburó el 19 de enero de 1987. Medvedev, V. A., *V Komande Gorbacheva. Vzgliad iz nutri*, Moscú, 1994, pp. 43-45.

8. Cherniaev, A., *Sovmestnoi iskhod*, Moscú, 2010, pp. 727-730.

9. *Izvestia tsK*, KPSS, n.º 2, 1989, pp. 280-286.

10. Yakovlev, *op. cit.*, p. 404.

11. *Ibid.*, p. 409.

[12.](#) *XIX Vsesoiuznaia Konferentsiia Kommunisticheskoi partii Sovetskogo Soiuza. Stenograficheskie otchet*, Moscú, 1988, 2 tomos.

13. Vorotnikov, V. I., *A bylo eto tak, op. cit.*, p. 30.

14. *Raspad SSSR. Dokoumenty i fakty (1986-1992 gg)*, Moscú, 2009, t. I, pp. 123-124.

15. *Ibid.*, pp. 147-155.

16. *Ibid.*, p. 154.

1. Grachov, *op. cit.*, p. 227.

2. Zamiatin, L. M., *Gorbi I Megi. Zapiski posla o dvouh izvestnykh politikov. Mikhail Gorbachev I Margaret Tetcher*, Moscú, 1995.

3. Gorbachov, *Mémoires*, *op. cit.*, p. 503.

4. Texto en *Pravda*, 16 de enero de 1986, y Medvedev. J. A., *Gorbachev*, Nueva York-Londres, 1987, pp. 228-240.

5. Brown, A., *op. cit.*, p. 371.

6. Gorbachov, M., *Perestroika*, Nueva York, 1987, pp. 176-177.

7. Shevardnadze, E., *L'avenir s'écrit liberté*, Paris, 1991, pp. 136-139.

8. Véase Shevardnadze, su informe en la XIX Conferencia del PCUS y *op. cit.*, pp. 110-111.

* El poder soviético siempre fue favorable a la «solución polaca», consistente en que un polaco asumía el retorno al orden de su país y ahorraba así a la URSS el uso de la fuerza militar. Ese fue el caso de Gomulka en 1956, y después de Jaruzelski.

9. Mink, G., «Les effets croisés du gorbatchévisme», en Tinguay, A. de (dir.), *L'Effondrement de l'Empire soviétique*, Bruselas, 1998, p. 355.

10. Yakovlev, *op. cit.*, pp. 608-609.

11. Zelikov, P. L.; Rice, C., *Germany Unified and Europe Transformed*, Cambridge, Mass., 1995, p. 369, subrayan el impacto del gorbachovismo sobre los dirigentes occidentales.

1. *Pravda*, 26-02-1986, y Gorbachov, M., *Perestroika*, Nueva York, 1987, p. 18.

2. Tadevosian, E., «Internatsionalizm sovetskogo mnogonatsional'nogo gosoudarstva», *Voprosy filosofi*, n.º 11, 1982, pp. 28 ss.

3. Tatu, M., *Gorbatchev*, París, 1986, pp. 168-169.

4. *Pravda*, 22-07-1986.

5. *Litteratournaia Gazeta*, 14-01-1987, y *Argoumenty i fakty*, n.º 16, 1987.

6. *Pravda*, 21-01-1987.

7. *Kazakhstanskaia Pravda*, 06-05-1987, y Esilbaev, T. en *Pravda*, 11-02-1987.

8. Cf. el excelente expediente Karabaj reunido por Ter Minassian, A., París, Cambridge, 1989.

9. «Opasnye goroda», *Trud*, 03-06-1989.

10. *Komsomol'skaia Pravda*, 21-02-1988; *Bakinskii rabotchi*, 27-02-1988, y *Kommunist (Erivan)* del mismo día.

11. El plan en *Bakinskii rabotchi*, 29-03-1988.

12. *Izvestia*, 17 y 19-06-1988 (voto de los sóviets de Armenia y Azerbayán).

13. *Pravda*, 20-07-1988, resolución completa en el t. II, pp. 156160 de los documentos de la conferencia.

14. *Trud*, 21-01-1989.

15. Sobre los orígenes del enfrentamiento, Choumalov, M. J., *Abkhazskii ouzel'*, Moscú, 1995, vyp. 2 (2.^a ed.) pp. 190 y ss.; Carrère d'Encausse, H., *La Gloire des nations*, París, 1990, pp. 134-142. [*El triunfo de las nacionalidades: el fin del imperio soviético*, Madrid, Rialp, 1991, trad. José Antonio Millán.]

16. Edeljanov, E., en *Referendum*, n.º 26, 1-15 de febrero de 1989, pp. 9-12.

17. Informe de la comisión oficial, *Zaria Vostoka*, 05-10-1989; de la Comisión Sobchak, *Ibid.*, 29-12-1989 y *Ogoniok*, n.º 10, 1990, pp. 26-27.

18. Entrevista de Shevardnadze, *Ogoniok*, n.º 11, 1990, p. 6.

19. Cf. Carrère d'Encausse, H., *op. cit.*, pp. 164-170.

20. Karklins, R., *Ethnopolitics and the Transition to the Democracy. The Collapse of the URSS and Letonia*, Baltimore, 1994, pp. 93 ss.

[21.](#) Declaración del Comité Central del PCUS del 27-08-1989, *Pravda*, 27-08-1989.

22. King, Ch., «Moldovan Identity and the Politics of Pan-Romanianism», *Slavic Review*, 53/2, 1994, e *idem*, «The Politics of Language in Moldova 1924-1994», tesis defendida en Oxford en 1995, pp. 214-224.

* Ucrania Oriental, unida en 1654 a Rusia por Bogdán Jmelnitski, fue considerada como rusa, mientras que la Ucrania Occidental quedó bajo la autoridad polaca-lituana y después bajo el Imperio austrohúngaro, y pudo desarrollar su lengua y su identidad cultural hasta cierto punto.

23. Kuzio, T.; Wilson, A., *Ukraine: Perestroika to Independence*, Edmonton, 1994.

1. *Trybuna Ludu*, 15-07-1988.

2. Keri, L., *After the Collapse*, Budapest, 1991, pp. 150 ss.

3. Grachov, *op. cit.*, pp. 264-265, y Gorbachov, *Mémoires, op. cit.*, p. 654; observa que lo que pasa es inquietante, pero «la idea de renunciar a los principios básicos de nuestro pensamiento ni siquiera se nos ocurrió».

4. «Czechoslovakia 1918-1992», en Rakowska-Harmstone, T., y Dutkiewicz, P. (eds.), *New Europe. The Impact of the first Decade*, Varsovia, 2000, pp. 213-220.

5. Zak, V., «The Velvet Divorce», en Musil, J. (ed.), *The End of Czechoslovakia*, Budapest, 1995.

6. Fritsch-Bournazel, R., *De Rapallo à Zavidovo. Réflexions sur l'avenir des relations germano-russes*, Paris, 1993.

7. Cf. el artículo de Dachitchev, V., *Der Spiegel*, junio de 1990, p. 150.

8. Gorbachov, *op. cit.*, pp. 654-655.

9. *Ibid.*, p. 658.

10. Grachov, *op. cit.*, pp. 285-287.

11. *Pravda*, 25-10-1988.

12. Gorbachov, *op. cit.*, pp. 661-662, sobre el encuentro con Mitterrand en Kiev.

13. Popescu, L., «Romania», en Rakowska Harmstone, y Dutkiewicz, *op. cit.*, p. 438.

14. Sandulescu, S., *Decembris 89*, Bucarest, 1996, p. 66.

15. Iliescu, I., «New year Speech», *Adevarul*, 04-01-1990.

16. Shajnazarov, G., *Tsená svobody i refomatsiia Gorbacheva glazami ego pomochnika*, Moscú, 1993, p. 440.

17. Lebed, A., *Za derjavou obidno*, Moscú, 1995, p. 463.

18. Levesque, J., 1989, *la fin d'un Empire. L'URSS et la libération de l'Europe de l'Est*, Paris, 1995.

1. Gorbachov, M., *Jizn'i reformy*, t. 1, Moscú, 1995, p. 427.

2. *Ibid.*, p. 431.

3. *Pervyi s'ezd narodnykh deputatov SSSR. Stenograficheskiy otchet*, Moscú, 1989, t. 1, pp. 9-10.

4. *Ibid.*, pp. 223-224.

5. Yakovlev, *op. cit.*, p. 417.

6. Sajarov, A. D., *Trevoga i nadejda*, Moscú, 1991 (2.a ed.), pp. 226276.

7. Declaración del Presídium del Sóviet Supremo de la URSS del 16-01-1990, *Vedomosti SND I VS SSSR*, n.º 3, 1990, art. 42.

8. Cherniaev, *Sovmestnyi iskhod*, *op. cit.*, p. 839.

9. Juravlev, V. V. (dir.), *Vlast'i oppositsia*, Moscú, 1995, p. 316, insiste en la extensión de ese movimiento en el conjunto del país.

10. *Vedomosti SSSR*, n.º 12, 1990, st. 189.

11. Gorbachov, M., *Jizn'i reformy*, t. 1, p. 485.

12. Medvedev, V., *V komande Gorbatcheva*, op. cit., p. 110.

13. Yakovlev, *op. cit.*, pp. 422-423.

14. Cherniaev, *op. cit.*, p. 843.

15. El Congreso emitió una declaración el 15 de marzo, *Pravda*, 17-03-1990.

16. *Vedomosti SSSR*, n.º 15, 1990, st. 252.

17. Discurso de Gorbachov «al pueblo de Lituania», *Pravda*, 0104-1990.

18. Las leyes del 10 y 24 de abril de 1990 precisando las relaciones entre la Unión Soviética y los sujetos de la Federación Rusa insisten en la importancia de formaciones autónomas (repúblicas y regiones). *Vedomosti SSSR*, 18-04-1990, n.º 16, st. 230, pp. 334-340, y *Vedomosti SSSR*, n.º 19, 1990, st. 329. [*Vedomosti (SND i VS) SSSR*, resumen de los documentos del Congreso de los Diputados del Pueblo y del Sóviet Supremo de la URSS; *Vedomosti SND i VS RSFSR (idem para la República de Rusia).*]

19. *Vedomosti RSFSR*, 2, 1990, st. 22.

20. Cherniaev, *op. cit.*, pp. 859-860.

[21.](#) *Ibid.*, p. 858.

[22.](#) Cherniaev y Shajnazárov le presionan para que no se presente. Cherniaev, *op. cit.*, p. 860.

[23.](#) *Izvestia*, 13-07-1990.

24. Ley n.º 1674-1, *Vedomosti SSSR*, n.º 40, 1990, st. 802 y declaración del Sóviet Supremo del mismo día sobre las disposiciones para estabilizar la economía, *Vedomosti SSSR*, n.º 40, 1990, st. 80.

25. *Argoumenty i fakty*, n.º 29, julio de 1990, y *Kommounist Ukrainy*, n.º 8, 1990, pp. 40-41.

26. [Vedomosti V. S Respubliki Belarus](#), n.º 31, 1991, st. 536.

[27](#). *Raspad SSSR*, *op. cit.*, pp. 224-250, textos de las declaraciones.

[28.](#) Textos en *Raspad*, *op. cit.*, p. 186.

29. *Ibid.*, p. 250, para el acceso al estatus de república autónoma, y pp. 260-264, para la organización de la soberanía.

30. *Ibid.*, pp. 253-260.

31. *Materially XXVIII's'ezda kommounisticheskoi partii sovetskogo soiouza*, Moscú, 1990, pp. 171-172.

[32.](#) Textos en *Pravda*, 24-11-1990.

33. Textos en *Raspad*, *op. cit.*, pp. 686 y 687 (referéndum).

34. Gorbachov, M., *Mémoires*, pp. 663-664 y 668.

35. *Ibid.*, p. 670.

36. Shevardnadze, E., *L'avenir s'écrit liberté*, Paris, 1991, pp. 261-265.

37. Cf. el conjunto de los textos firmados entre la URSS y Alemania, *Istoria sovremennoi Rossii. dokoumenty i materialy*, Moscú, 2011, pp. 323-337.

38. Fritsch-Bournazel, R., en *L'Effondrement de l'Empire soviétique*, op. cit., p. 402.

1. Gorbachov, *Mémoires*, *op. cit.*, pp. 440 y 443.

2. Gorbachov, *Jizn'i reformy*, *op. cit.*, t. II, p. 507.

3. Decreto presidencial del 5-02-1991, *Vedomosti SND I VS SSSR*, n.º 7, 1991, st. 181.

4. Oficializado por el II Congreso de los Diputados del Pueblo de la RSFSR, 27-11-1990, *Vedomosti SND RSFSR i verkhovnogo sovieta RSFSR*, n.º 28, 1990.

5. Declaraciones del Sóviet Supremo de la RSFSR del 31-10-1990 y ley del 31-10-1990, *Vedomosti (RSFSR)*, n.º 22, 1990, st. 261 y 260.

6. Cherniaev, *op. cit.*, p. 904.

7. *Vedomosti SSSR*, abril de 1991, st. 87.

8. Declaración del Sóviet Supremo de la URSS, 21-03-1991, e *Izvestia*, 23-03-1991.

9. *Vedomosti RSFSR*, n.º 17, 1991, st. 512 y 510.

10. Declaración de los 9+1, *Izvestia*, 24-04-1991, y declaración del Sóviet Supremo de la RSFSR, *Vedomosti RSFSR*, n.º 20, 1991, st. 644.

11. Versión última 23 de julio, *Pravda*, 15-08-1991.

[12.](#) Declaración del III Congreso de los Diputados del Pueblo de la RSFSR sobre la Unión de las Repúblicas Soberanas (art. 3), *Vedomosti RSFSR*, n.º 20, 1991, st. 6 y 4.

13. Decreto del 20-07-1991, n.º 14, *Vedomosti RSFSR*, n.º 31, 1991, st. 1035.

* Ese Congreso nunca tendría lugar.

14. Yeltsin, *Zapiski prezidenta, op. cit.*, pp. 46-48; sobre la elección de Rutskoi y sobre los procedimientos, Poptsov, O. M., *Khronika vremen «tsaria Borisa»*. *Rossia kreml' 1991-1995*, Moscú, 1996, pp. 58 ss.

15. Tretiakov, V., «Boris Eltsine, un ex-nomenclaturiste élu président au suffrage universel», en *URSS, la dislocation du pouvoir*, Paris, Documentation Française, 1991, pp. 13-27.

16. Cherniaev, *op. cit.*, p. 961.

17. Yeltsin, *Zapiski prezidenta, op. cit.*, pp. 54-56. Capítulo II. EL GOLPE DE ESTADO. ¿UN PUÑADO DE GOLPISTAS?

1. Sobre la preparación del golpe, un excelente relato por Pijoia, R., *URSS. Histoire du pouvoir, op. cit.*, t. II, pp. 387-395.

[2.](#) Boldin, V. P., *Krouchenie pedestala*, *op. cit.*, p. 15.

3. Gorbachov, *Jizn'i reformy*, t. II, *op. cit.*, pp. 558 ss.

4. Gorbachov, *Mémoires*, *op. cit.*, p. 602.

5. Gorbachov, *Jizn'i reformy*, t. II, *op. cit.*, pp. 569-570.

6. Gorbachov, *Mémoires*, *op. cit.*, p. 602.

7. Kobets, C., general, *La Vie quotidienne à Moscou pendant le putsch*, Paris, 1991.

8. *Ibid.*, pp. 75-77.

9. «A los ciudadanos de Rusia.» Textos firmados por Boris Yeltsin, Iván Silaiev y Ruslan Jamboulatov, en *Raspad SSSR dokoumenty i fakty*, Moscú, 2009, t. I, p. 832.

10. *Ibid.*, pp. 135-136.

11. *Ibid.*, p. 167, y decretos del presidente ruso del 20-08-1991, en *Raspad SSSR, op. cit.*, t. I, pp. 839-840.

12. Karaulov, A., *Vokroug Kremlia*, Moscú, 1990, p. 216, subraya el pesimismo de Ajroméiev.

13. Gorbachov, *Mémoires*, *op. cit.*, p. 803.

14. Yakovlev, *op. cit.*, p. 427.

15. *Ibid.*

16. *Raspad SSSR, op. cit.*, p. 850.

17. *Vedomosti...*, RSFSR, n.º 35, 1991.

18. Para el conjunto de estas disposiciones, *Raspad SSSR, op. cit.*, pp. 852-853.

19. Medvedev, V. A., *V Komande Gorbatcheva*, op. cit., pp. 199 ss.

[20](#). Sobre esos momentos humillantes posteriores a Foros, Cherniaev, *Chest'let s Gorbachevym*, Moscú, 1993, pp. 491-493.

21. Pijoia, *op. cit.*, pp. 432-433, y *Vedomosti...*, SSSR, n.º 37, 1991, para las estructuras de poder en período de transición anunciadas en la ley del 5 de septiembre de 1991.

[22.](#) *Raspad SSSR, op. cit.*, pp. 883-909, textos republicanos.

23. Texto del acuerdo en *Raspad SSSR, op. cit.*, pp. 929-941, y proyecto ruso, p. 925.

1. Textos en *Istoriia sovremennoi rossii dokoumenty í materialy 19851999*, t. I, pp. 569-575.

[2.](#) Entrevista de Kozyrev para los Archivos del Estado (Garf.), p. 7.

3. Cf. entrevista de Gaidar para los Archivos del Estado, p. 7.

4. *Ibid.* y entrevista de Burbulis para los Archivos del Estado.

5. Cf. los debates del Parlamento ruso, 12-12-1991, Garf. F., 10026 op.1.d.6047, sobre todo la entrevista de Baturin.

6. Entrevista de Korzhakov, *ibid.*

7. Entrevista de Shajrai, *ibid.*

8. Texto en *Raspad sovetskogo soiuza*, t. I, pp. 597-598.

9. Protocolo del 21 de diciembre de 1991, *ibid.*, pp. 595-597, y declaración de Alma-Ata, pp. 599-601.

10. Gorbachov, *Mémoires*, *op. cit.*, y también intervención de Gorbachov el 07-04-2005 ante la conferencia internacional reunida en la Academia Rusa de las Ciencias sobre el tema de la *perestroika* en *op. cit.*, pp. 608-610.

11. Shajrai, S., «Kak raspalsia sovetskii soiouz», *Izvestia*, n.º 51, 2002.

12. *Ibid.*

13. Declaración que hay que completar con el juicio expresado en las memorias de Yeltsin (trad. francesa), París, 2000, p. 523: «Aquí tengo que rendir homenaje a M. Gorbachov».

14. Cherniaev, A., *Sovmestnoi iskhod, op. cit.*, p. 1034.

15. Voto en *Istoriia sovremennoi rossii*, t. I, p. 591.

16. Texto *Raspad SSSR*, t. I, pp. 1038-1041.

17. Cherniaev, *Sovmestnoi iskhod*, *op. cit.*, p. 1039.

18. Yakovlev, *Soumerki*, *op. cit.*, p. 516.

19. Cherniaev, *Sovmestnoi iskhod, op. cit.*, pp. 1041-1042 y decreto presidencial del 25 de diciembre sobre la renuncia al mando de las fuerzas armadas, texto *Istoriia sovremennoi rossii*, t. I, pp. 601-602.

20. Textos de la nota y de las instrucciones para el representante ruso en la ONU, *Istoriia sovremennoi rossii*, t. I, pp. 605 y 604.

21. Ley del 24 de mayo sobre los cambios aportados a la Constitución de la RSFSR, art. 23, último §: «En el artículo 78, las palabras república autónoma serán reemplazadas por la palabra república», *Vedomosti...*, RSFSR, n.º 22, 1991.

[22.](#) Textos en *Istoriia sovremennoi rossii*, t. II, p. 137.

23. Cf. Ibragimov, V. M., «Ob osobenostiakh krizisa v tchetchenskoï respoublike v 1990g.», en *Tchetchenskaia respoublika I tchetchentsy*, Grozni-Moscú, 2006, pp. 371-375, y Mouzaev, *Tchetchenskaia respoublika*, Moscú, 1996, pp. 160 y ss.

24. Conversaciones de la autora con S. M. Shajrai en 2014 en Moscú, y E. Gaidar en su instituto en 2007.

1. *Nache otetchestvo*, Moscú, 1991, t. 2, p. 612.

[2.](#) Boletín del VTSIOM 2, 1996, p. 4.

3. Texto completo, *Izvestia*, 28-10-1991.

4. Yeltsin, B., *Zapiski presidenta*, y Gaidar, E., *Dni porojeniia i pobed*, Moscú, 1987, pp. 17 ss., 42, 43 y 63.

5. Yeltsin, B., *Sur le fil du rasoir*, *op. cit.*, p. 378.

6. Crosnier, M.-A., «L'économie de la Russie en 1993, le règne de l'aléatoire», *Courrier des Pays de l'Est*, n.º 389, mayo de 1994.

7. Yeltsin, B., *Sur le fil du rasoir*, *op. cit.*, pp. 380 ss.; Gaidar, E., «Krasnaia osen'93 go», *Izvestia*, 28 y 29 de septiembre de 1994; Minaev, B., *Elsine*, Moscú, 2010, pp. 437 y ss.; Routsloi, *Krovavaia osen'*, Moscú, 1995.

8. Shajrai, S. M., *Neizvestnaia Konstitoutsia*, Moscú, 2013, pp. 11 y ss.

9. *Ibid.*

10. *Konstitoutsia Rossiiskoi federatsii, 12.12.1993 (ofitsial'noe izdanie)*, Moscú, 2009 (se incluyen las enmiendas de 2008).

11. Topornin, B. N.; Baturin, J. M., y Orejov, R. G., *Konstitoutsia Rossiiskoi federatsii komentarii*, Moscú, 1994, pp. 497-498.

12. Shevtsova, L., *Eltsin's Russia. Myths and Reality*, Washington, 1999, p. 101.

13. Minaev, *op. cit.*, p. 454.

14. « *Dogovor ob obchtchesvenom soglasie. Ivestia*», 30-04-1994, texto íntegro.

15. Baturin, M. *et al.*, *Epoha Eltsina. Otcherki polititcheskoi istorii*, Moscú, 2001, pp. 509 y ss.

16. Korzhakov, A., *Boris Eltsin ot rassveta do zakata*, Moscú, 1997, pp. 212-214; cf. el texto íntegro de la carta en Baturin *et al.*, *Epoha Eltsina*, *op. cit.*

17. Sobre el humor social que reflejan esas divisiones, cf. «Napriajennost'v obchtchestve idet na oubyl'», *Izvestia*, 29-07-1994.

18. *Rossiskaia Gazeta*, 17-02-1994, y texto del tratado *Istoriia Sovremennoi Rossii dokoumenty I materialy, 1985-1995*, Moscú, 2011, t. II, pp. 440-446.

19. Sobre los inicios, *Istoriia Sovremennoi Rossii*, op. cit., pp. 448-460, y Koulikov, A. C., general, *Tiagelye zvezdy*, Moscú, 2002, pp. 189-243.

20. Pain, E., y Popov, A., «Tchtchenskaia politika Rossii s 1991 po 1994 g», *Mirovaia Ekonomika i Mirovye otnocheniia*, 5, 1995, pp. 19-39.

21. Minaev, *op. cit.*, p. 514.

22. Pain y Popov en *Chechnya*, en Azrael, J., y Pain, E., *US and Russian Policy Making with Respect to the Use of Force*, Santa Monica (Ca.), Rand, 1996. Cf. también la contribución de E. Pain en Wehring, F. (ed.), *Ethnic Conflict and Russian Intervention in the Caucasus*, San Diego (Ca.), 1995, pp. 24 y ss.

[23.](#) *Moscow News*, 1-06-1995.

- [24.](#) Dunlop, J., *Russia Confronts Chechnya. Roots of a Separatist Conflict*, Cambridge University Press, 1998, pp. 153-154; *Izvestia*, 1302-1997 (nombramiento en Tanzania como embajador de Rusia).

25. Yandarbiev, Z., *Chechnya Bitva za svobodou*, Lvov, 1996, p. 294.

26. Véase el cuadro publicado por *Rossiiskaia Gazeta*, 6-06-1996, y Yeltsin, B., *Prezidentskii Marafon*, Moscú, 2000, p. 23.

[27.](#) Yeltsin, *Prezidentskii Marafon*, *op. cit.*, pp. 24 y ss.

28. Yeltsin, *Sur le fil du rasoir*, *op. cit.*, p. 243.

[29.](#) Minaev, *op. cit.*, p. 545.

30. *Ibid.*, p. 561.

31. *Izvestia*, 29-05-1996.

[32.](#) Sobre el complot: Korzhakov, *Boris Yeltsin, op. cit.*, pp. 9-26.

33. Declaración común y texto del acuerdo: *Istoriia sovremennoi Rossii, op. cit.*, pp. 486-489; *Nezavisimaia Gazeta*, 3-09-1963, la entrevista de A. Minkin, único periodista autorizado a asistir a las conversaciones, *Vlast'*, 3-09-1996.

34. *Le Monde*, 27-07-1996.

35. Yeltsin, *Mémoires*, *op. cit.*, p. 112.

36. Minaev, *op. cit.*, pp. 626-627.

37. Texto-programa de Chernomyrdin a partir del discurso presidencial. Minaev, *op. cit.*, pp. 644-645.

38. Para una explicación detallada, Sokolov, G., *Métamorphose de la Russie 1984-2004*, París, 2003, pp. 462-467.

39. Tratado del 12 de mayo de 1997 en *Rossiiskaia Gazeta*, 20 de mayo de 1997 (n.º 97); hay que precisar que Chechenia se designaba entonces con el nombre de Ichkeria.

* Hay que observar que el texto del 12 de mayo, firmado por Boris Yeltsin, designa por primera vez a Chechenia como *Ichkeria*.

40. Tratado de Unión Bielorrusia-Rusia, 2 de abril de 1997, texto en *Istoriia sovremennoi Rossii, op. cit.*, pp. 580-581, y *Diplomaticheskii vestnik*, n.º 4, 1997, pp. 41-43.

41. Sobre las relaciones Yeltsin-Berezovski, un excelente resumen en Minaev, *op. cit.*, pp. 655-665, y Klebnikov, P., *Godfather of the Kremlin. Boris Berezovski*, Nueva York-San Diego-Londres, 2000.

[42.](#) Solana, J., «Nato's Quantum Leap», *The Wall Street Journal*, 28-05-1997.

43. Alexachenko, S., *Bitva za rouble'. Vzgliad ouchastnika sobytii*, Moscú, 1999.

44. Yeltsin, *Prezidentskii marafon*, *op. cit.*, p. 188.

45. *Izvestia*, 12 de mayo de 1998, da la composición del gobierno.

46. Yasin, E., *Rossiskaia Ekonomika. Istoki i panorama rynotchnyh reform*, Moscú, 2002, pp. 396 y ss. Cf. *Rossiskaia Gazeta*, 18-08-1998 (declaración del gobierno).

47. La entrevista de Ziuganov en *Vlast'*, 18-08-1998.

48. *Rossiskaia Gazeta*, 3-09-1998, n.º 169, nombramiento de Chernomyrdin.

49. Baturin, *Epoha Eltsina*, *op. cit.*, p. 781.

50. Sokolov, G., *op. cit.*, p. 520, cita las declaraciones de Primakov en *Politique internationale*, invierno 1999-2000, n.º 86.

51. Entrevista publicada en *Segodnia*, 28-10-1998.

52. Sobre la versión de Primakov, E., *Vosem mesatsev pliouss*, Moscú, 2001, particularmente pp. 200 y ss.

53. *Izvestia*, 18-05-1999, «Pravitel'stvo injenerov», e *Izvestia*, 1-06-1999.

54. Minaev, *op. cit.*, p. 714, que relata las confidencias sobre ese asunto de Yumashev.

55. Yeltsin, *Presidentskii marafon*, *op. cit.*, pp. 360 y ss.

* Fue víctima de una campaña que lo acusaba de corrupción. Refugiado en Francia, se quedó allí hasta su muerte.

56. *Izvestia*, 13-11-1999.

57. Los decretos n.os 1761 y 1762 del 31 de diciembre llevan las decisiones de la dimisión del presidente y de transferencia provisional de los poderes presidenciales a Vladimir Putin, *Sbornik zakonov Rossiiskoi federatsii*, n.º 1-2000(II), pp. 109 y 110.

58. Texto íntegro, Kommersant, n.º 1, 5 de enero de 2000.

Seis años que cambiaron el mundo
Hélène Carrère d'Encausse

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Six années qui ont changé le monde*
Publicado originalmente por Éditions Fayard

Diseño de la portada: J. Mauricio Restrepo

© 2015, Librairie Arthème Fayard, 2015

Traducción de Ana Herrera Ferrer

© Editorial Planeta, S. A., 2016
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2016

ISBN: 978-84-344-2439-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

HÉLÈNE
CARRÈRE D'ENCAUSSE

SEIS AÑOS QUE CAMBIARON EL MUNDO

1985 - 1991

LA CAÍDA DEL IMPERIO SOVIÉTICO



Ariel